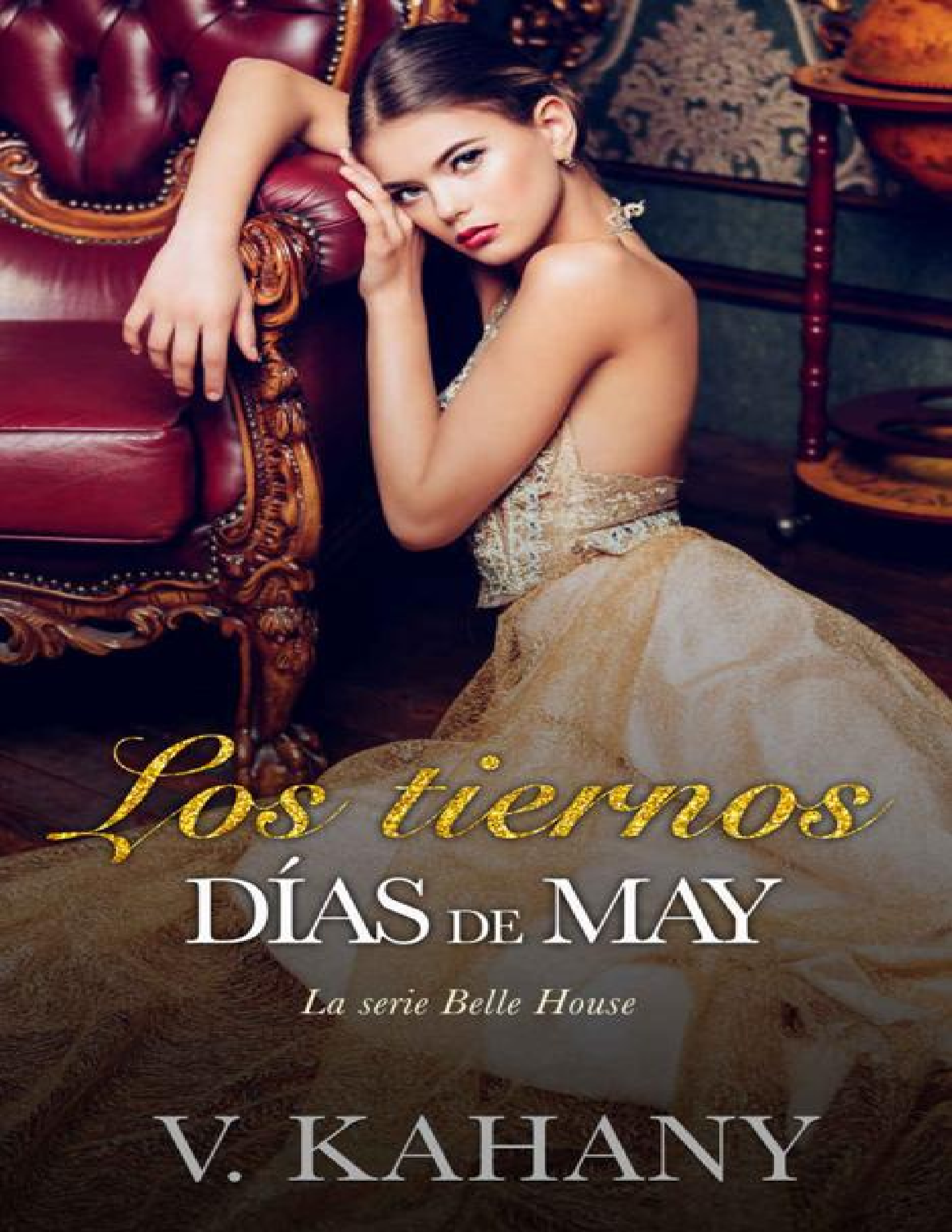




Los tiernos

DÍAS DE MAY

La serie Belle House

V. KAHANY

LOS TIERNOS DÍAS DE MAY

V. KAHANY

ÍNDICE

Los tiernos días de May

Parte I

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Parte II

Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Parte III

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Del Autor:

SUSCRIPCIÓN

Libros de V. Kahany

STAY IN TOUCH!

LOS TIERNOS DÍAS DE MAY

LA SERIE BELLE HOUSE

V. KAHANY

Los tiernos días de mayo

Derechos de autor © 2020 Vlad Kahany

Todos los derechos reservados. Este libro o partes del mismo no pueden ser reproducidos en ninguna forma, almacenados en ningún sistema de recuperación o transmitidos en ninguna forma por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo) sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo dispuesto por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, compañías o eventos es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

PARTE I

EL AROMA DE MAYO

“¿Por qué te vas tan temprano, amor?” Eliza finalmente se levantó de la cama y arrojó un vestido blanco translúcido sobre su cuerpo desnudo. Apenas cubría su frente, dejaba al descubierto la mitad de su espalda y terminaba justo debajo de sus partes íntimas. Otro diseño de la inteligente costurera de Belle House, que no estaba destinado a ocultar el cuerpo, sino a hacer que los hombres quisieran exponerlo nuevamente.

Lord Raymond Ashbee ya se había vestido y se estaba arreglando la corbata.

Colocando su cabello negro y rizado sobre un hombro, Eliza se acercó perezosamente a él y se detuvo frente a él, mostrándose.

Era una belleza morena elegante y esbelta, una de las mejores de la Belle House. Las mejores características y las mejores habilidades en el dormitorio decían. Era una buena pareja para Lord Ashbee, un conocido hedonista, un hombre de negocios despiadado y "el individuo más perjudicial para las mentes jóvenes de la sociedad londinense", como lo describía Lady Agatha Wells.

"Tengo una reunión de negocios, cariño". Lord Ashbee mostró su sonrisa característica. Se sentía agotado y aburrido, su curiosidad había seguido su curso. Cuando esto sucedía, una mujer era lo suficientemente buena solo para satisfacer sus necesidades físicas.

Eliza lo miró soñadora, ladeando la cabeza hacia un lado. Habían pasado varios meses desde que se conocieron, y lord Ashbee ya no parecía tan entusiasmado. Le preocupaba. No solo por el dinero y los regalos con los que la colmaba, sino porque se había encariñado mucho con él. Algunos decían «enamorado», lo que ella descartaba como «tonterías», pero se amargaba cada vez que Lord Ashbee se saltaba las veladas que habían planeado.

¿Qué era no amar? Lord Ashbee tenía la peor reputación de la alta sociedad. Era la mente más brillante de Londres, tenía éxito en los negocios y tenía suficiente dinero para patrocinar a todo el personal de Belle House de por vida. Y —este papel siempre deleitó a Eliza— era un amante exquisito.

¡Ah!

¡Los hombres pueden ser tan aburridos en la cama!

Incluso los mejores intelectuales carecían a menudo de originalidad en el departamento del placer.

¡Pero no Lord Ashbee!

Alto, de pecho ancho, hombros anchos, se veía hermoso cuando estaba desnudo. Más que nada, y Eliza valoraba esto en los hombres, no le importaban un comino las opiniones de los demás o su reputación. Un rebelde, un demonio y un ángel de amor en uno. Para Eliza, era todo ganancia. Le halagaba que, de entre muchas mujeres, fuera ella la que captara su atención. Al

menos por ahora. Pensaba que era más inteligente que todas y esperaba llevar a Lord Ashbee a una relación más seria. O al menos un contrato que le permitiera retirarse de su profesión durante algún tiempo.

"Soy tu reunión de negocios, amor. Y la reunión no ha terminado". Empezó a desabrochar la camisa que él acababa de abotonar.

Entrecerró los ojos y la miró, le pasó la mano por el cuello y le dio un manotazo en el pelo, acercándole la cara de un tirón.

"Una criatura tan insaciable" susurró con una sonrisa, y su boca se estrelló contra sus codiciosos labios. Su otra mano se deslizó por debajo de su negligé y alrededor de su cintura, dejando al descubierto sus nalgas.

Eliza arqueó la espalda con placer y gimió, y sus manos recorrieron su cuerpo, tratando de seducirlo de nuevo, por tercera vez esta tarde. Pero él la levantó y, sin dejar de besarla, la llevó consigo hasta la puerta.

"Volveré" dijo, sonriendo, mientras la dejaba en el suelo y se alejaba.

"Traidor" siseó ella con una sonrisa, tirando de él hacia atrás y deslizando la mano hasta la protuberancia de sus pantalones. "Oh"ladeó la ceja, masajeando su dureza con la mano, "no creo que quieras irte".

Lord Ashbee soltó una risita.

"No eres una buena oyente, ¿verdad?", dijo.

Sus dedos abandonaron su cintura y se deslizaron hasta la hendidura entre sus nalgas, hasta la unión de sus muslos, y aplicaron presión. Eliza chilló de alegría. Volvió a levantarla, metiendo aún más los dedos y abrió la puerta. Riendo y jadeando, irrumpieron en el pasillo.

Se oyó un aullido manso y una repentina conmoción, y una figura saltó fuera de su camino. Ambos giraron la cara para mirar a quien fuera sorprendido por sus ruidosas actividades.

Una joven los miró conmocionada. Echó un vistazo a la espalda de Eliza, al negligé recogido en la cintura, a las nalgas desnudas y a la mano de lord Ashbee sobre ellas, y se sonrojó. Eliza respondió con una mirada condescendiente y se volvió hacia Lord Ashbee con una risita. Pero la joven seguía mirando como si estuviera congelada, con los labios entreabiertos en estado de shock. Levantó la mirada hacia el Lord Ashbee, quien la observaba con curiosidad, y sus ojos se encontraron. Los suyos destellaban ansiedad, como si hubiera sido reconocida.

Parecía tener unos veinte años, delgada y delicada, con el pelo castaño recogido en la parte posterior de la cabeza. Justo durante los pocos segundos que Lord Ashbee había visto su rostro, notó sus rasgos excepcionales, sus labios carnosos y sus ojos... Cuando ella lo miró, él sintió la intensidad de la mirada asustada y su extraña profundidad. Tal vez por sus ojos pensó que la muchacha era de una belleza exquisita.

Al darse cuenta de que todavía estaba allí, la joven se dio la vuelta y revoloteó como un pájaro por el pasillo.

Eliza siguió besando el cuello de Lord Ashbee mientras él veía a la chica desaparecer a la vuelta de la esquina.

"¿Es una recién llegada?" preguntó, intrigado, sin prestar atención a Eliza. "¿Quién es ella?" repitió, tirando suavemente de la cabeza de Eliza por el pelo para apartar sus insistentes labios de él.

"Ah, a quién le importa" exhaló Eliza, tratando de deslizar su mano por los pantalones de Lord Ashbee. "Todo lo que necesitas es a mí, amor".

Su mano estaba casi en el destino previsto cuando él la atrapó y la sacó.

"¿Es una dama nueva?" insistió, tratando de ser cortés al luchar contra el cuerpo de Eliza.

¡Dios! A veces puede ser una sanguijuela, pensó, súbitamente molesto.

“Una sirvienta, más que probablemente. ¿Qué te importa?”, murmuró. Uno de los tirantes estaba fuera de su hombro, tirando de la bata hacia abajo y dejando al descubierto un pecho. Sus manos volvían a manosear a lord Ashbee, ahora buscando los botones de su chaleco.

“¡Cariño! ¡Basta!” La agarró por las muñecas y la apartó con demasiada fuerza. Estaba irritado, no sabía por qué, pero quería salir del lugar. “Te veré pronto” dijo, ya caminando hacia la escalera, abotonándose la camisa y arreglándose la ropa.

Eliza se puso una mano en la cadera y se apoyó contra la pared. “¡Bien!”, le gritó a la espalda. “¡No vuelvas! ¡Más para Sir Reignham!”

Pero él ya estaba al pie de las escaleras, y Eliza se quedó mirando con un puchero de descontento el pasillo vacío donde acababa de estar.

Lord Ashbee salió de Belle House en la fresca tarde de la primavera londinense. Se quedó un minuto mirando a su alrededor como si decidiera si tomar un carruaje o caminar. El aire era fresco y olía a flores primaverales, así que decidió dar un paseo, que disfrutaba mucho después de las largas y placenteras tardes en la Belle House, y se puso en marcha en dirección a Covent Garden.

Sus pensamientos volvieron a la chica misteriosa en el pasillo.

¿Una sirvienta?

No puede ser. Demasiado limpia, demasiado elegante. Solo la había visto por un breve momento, pero sus rasgos no traicionaban a la clase. No, no era una sirvienta. Pero el vestido de casa que llevaba era demasiado sencillo para la clase alta y demasiado modesto para una dama de la casa del placer.

Ni una dama, ni una cortesana, ni una doncella.

¿Qué, entonces?

Lord Ashbee estaba desconcertado. Debería preguntarle a Salome. Si la muchacha fuera realmente una dama nueva, él estaría más que interesado, a pesar de las protestas y los ataques de celos de Eliza. Si la muchacha era una sirvienta... Bueno, una sirvienta como esta también le interesaría.

Sonrió.

Interesante. Muy interesante.

Todos los que conocían a Lord Ashbee sabían que la curiosidad era el principal mecanismo impulsor de su vida, ya fuera por negocios o por placer. Era bueno en ambas cosas. En este momento, la joven en el pasillo tenía su atención.

Lord Ashbee sintió curiosidad.

El Londres del siglo XIX era una ciudad de muy ricos y extremadamente pobres. Cada pecado encontraba su camino en sus aposentos y rincones. En las calles abundaban los crímenes de todo tipo, las obscenidades de todo tipo y los vicios de todo tipo. La belleza y la fealdad se entrelazaban en una criatura compleja que se extendía por las calles de la ciudad.

El East End era un conjunto de barrios marginales, el centro de la pobreza, la suciedad y la desesperación, pero también la mayor esperanza, ya que eran los más pobres los que vivían en la esperanza. Bluegate Fields, Old Nicole, St. Giles y Whitechapel estaban entre los peores, los lugares de los crímenes más atroces, los centros del mercado negro y el contrabando. Era allí donde se comerciaban y vendían cuerpos y almas a los londinenses y a los visitantes más acomodados por igual, así como al mismísimo diablo, ya que allí era donde, según creían, establecía su cuartel general.

El West End era, bueno, lo que generalmente se llamaría una encantadora ciudad europea donde todas las clases de la sociedad coexistían en un solo lugar: trabajaba, encontraba entretenimiento y todo tipo de placeres.

¡Ah! ¡Placer! Era la palabra mágica. Se sabía que la gran ciudad estaba impulsada por el deseo y el sexo. Si París era la ciudad del amor, Londres era la ciudad de la lujuria.

La Belle House estaba situada en el West End, el centro de Londres, en Piccadilly Street, y Piccadilly era el barrio del placer. El distrito estaba lleno de mujeres de todas las formas y tamaños, hermosas y feas, baratas y caras, pobres y acomodadas. Acudían a las calles como polillas, en busca de nuevos amantes o de cualquiera que pagara por sus servicios. El precio estaba determinado por la desesperación, y las mujeres recorrían teatros, cafeterías, tabernas, casas de juego, entrando y saliendo como si fueran entregas de servicios regulares.

La Belle House tenía una reputación particular en el distrito. De hecho, en todo Londres. Había muchas razones: la clase y el estilo de sus damas, los exquisitos servicios que ofrecían, la clientela más elegante, que era la mejor de Londres. Las opiniones al respecto difieren. Algunos escupían en dirección a la Belle House. Algunos se reían y sonreían lujuriosamente. Algunos dirán que en sus cámaras se tomaron decisiones políticas muy importantes. Para ser exactos, en sus camas, entre las sábanas, o encima de ellas, envueltos en los vestidos de seda más fina o desnudos, inclinados sobre las mesas y escritorios, a veces acompañado de látigos y vendas en los ojos, sobre un vaso de aguardiente o ginebra, o en medio del humo de los mejores cigarros. No importaba el tema, el estilo o la técnica, la Belle House era la encarnación del placer. Gracias a su dueña, la mejor de su profesión, la maga de la lujuria, la profesora de psicología, la diplomática más inteligente y la zorra más astuta de esta parte de la ciudad.

A las mujeres de la Belle House —las prostitutas, las cortesanas, las putas, las amantes, las

rameras, las mujeres caídas, se usaban muchos nombres— se las llamaba "las damas de la casa". No confundir con "Ladies", que era un título honorífico de la élite inglesa. En público, eran señoritas: en la Belle House, las damas, porque sus roles con los hombres dentro del establecimiento y a menudo fuera no eran tan diferentes de las mujeres de la clase alta. En todo caso, eran más entretenidos y placenteros.

Independientemente de los diferentes puntos de vista de los forasteros, Belle House era la envidia de la mayoría de ellos. Las damas estaban exquisitamente vestidas, bien cuidadas, bien versadas en las costumbres del mundo, cultas y educadas. Tenían la mejor compañía, en su mayoría hombres, y tenían una excelente reputación entre ellas. Madame Salome Sharke tenía la intención de mantenerlo así porque era la propietaria de la Belle House en Piccadilly Street.

“Espero que todo sea de su agrado” dijo la señora Sharke, estudiando a la joven que tenía delante. En ese momento, una fuerte risa y un gemido lujurioso resonaron en el pasillo. La señora Sharke sonrió. “Al menos, tanto como cabría esperar dadas sus circunstancias” añadió con un movimiento de cejas.

May, la joven que estaba sentada en silencio en la silla frente a ella, bajó los ojos y asintió. Había entrado a los diecinueve años y era delgada y elegante, con hermosos y exuberantes cabellos castaños y rasgos refinados.

"No voy a endulzar tu situación. Es decir, todo lo que sé al respecto" continuó la señora Sharke, bebiendo un sorbo de brandy.

¡Al mediodía! La joven pensó con asombro.

"Pero te daré un resumen rápido de cómo funcionan las cosas aquí y qué es Belle House".

Así lo hizo, explicándole a May las reglas del burdel y lo que podía esperar ver y oír, aunque no iba a formar parte de él. A lo largo de toda la conversación, la señora Sharke no dejó de mirar a la joven, que era toda una belleza. Esto, pensó la señora Sharke con cierta amargura, no era muy útil, teniendo en cuenta la naturaleza del negocio en el establecimiento. Si bien por lo general elogiaba ese tipo de apariencias, en esta situación en particular, podría generar complicaciones. La señora Sharke oró a Dios, y no era una persona religiosa, para que la prueba pasara sin problemas.

May.

Se llamaba May.

Por ahora.

El destino no podía gastarle una broma más cruel que esta, pensó la joven mientras estaba de pie junto a la ventana del segundo piso que daba a la calle trasera. Los laicos entraban y salían, las sirvientas estaban ocupadas, limpiando y gritando a los niños que retozaban en la tierra. De vez en cuando, oía los chillidos de alegría y los gruñidos lujuriosos que venían de los pasillos de la casa. La hacía estremecerse de disgusto.

¡La Belle House!

De todos los lugares, ¿cómo podría la vida llevarla a un burdel? Por muy bueno que fuera, seguía siendo la encarnación de las cosas que despreciaba.

May abrió la ventana, deseando que los sonidos de la calle pudieran ahogar de alguna manera todo lo que ocurría en las habitaciones de este edificio.

Estaba acostumbrada a la naturaleza. De vuelta a casa, este sería el punto de vista más alto que mostraría los jardines, los campos y las colinas en el horizonte, la hermosa vista que había dado por sentada toda su vida. Muchas cosas se daban por sentadas hasta que desaparecían, había aprendido a una edad temprana. Sus padres, por ejemplo. Y ahora, su casa, su vida tal y como la conocía, su posible libertad e independencia. Ahora estaba allí, mirando por la ventana, que no tenía mucha vista. Todo lo que podía ver eran los edificios, un par de callejones tan agrupados que la única naturaleza era el cielo y las flores en las macetas del edificio de enfrente. Llegó a admirar esas flores, la única cosa alegre de su vida en estos días. Todas las mañanas, cuando abría la ventana, el mundo la recibía con una mezcla de ruido, gritos, polvo y todo tipo de olores, la mayoría de ellos no tan agradables. Y las flores eran lo único que le hacía sonreír.

May siempre quiso venir a Londres, pero nunca esperaba que fuera así, en la oscuridad de la noche, acompañada por los susurros y las voces de sus chaperonas. De camino a su santuario —y la idea de refugiarse en un burdel le revolvía el estómago—, todavía tenía la esperanza de que se detuvieran, y que alguien dijera que todo había terminado, y que se dieran la vuelta. En cambio, llegaron a la puerta y fueron recibidos por Salome Sharke, y May fue llevada a su habitación.

La habitación estaba en la parte trasera del edificio, en el segundo piso, la más alejada de la gran escalera, pero la más cercana a las escaleras de servicio. Era limpia y sencilla: una cama, un escritorio, dos sillas, una pequeña mesa de café, un lavabo, un armario y un baúl. Cuadros de diosas desnudas decoraban las paredes, y había panfletos y libros sobre el escritorio. Solo cuando los hojeó la primera noche, inquieta, nerviosa, incapaz de dormir, por primera vez en su vida, vio ilustraciones explícitas de un comportamiento escandaloso y jadeó en shock, dándose cuenta de su naturaleza. Había llorado, pero luego se dio cuenta de que era inútil. Se paseó por la habitación, queriendo escapar y correr libremente, luego se dio cuenta de que la razón por la que estaba allí era porque su hermano y Edward Baillie habían pensado que esta era la mejor opción por ahora, hasta que resolvieran el maltrato, las amenazas de muerte, hasta que no hubiera más peligro para su vida y pudieran reclamar su dinero y sus vidas.

"No tardará mucho", la había consolado su hermano. "Tal vez, un mes, tal vez seis. Pero es por tu propio bien".

"La mejor manera de esconderse es a plena vista" había dicho lord Edward Baillie con una risita. "Tengo conexiones allí. Créeme, nadie te buscará en un lugar como ese —añadió con una sonrisa astuta, y May pensó que Edward disfrutaba viendo el pánico en sus ojos al saber dónde estaría su encierro.

Pero era un hombre poderoso que siempre cuidaba de ellos.

Y en ese momento, ella no era nadie.

Era May.

Y May era una prisionera voluntaria en Belle House, el mejor burdel de Piccadilly.

Ahora estaba de pie junto a la ventana abierta, mirando hacia abajo, observando a la criada mayor, Martha, dar órdenes a otras criadas, que lavaban algo y movían los cubos con suaves ruidos de tintineo. Varios niños jugaban, ajenos a las dificultades de la vida, gritando y riendo de placer, con sus zapatitos golpeando la tierra. Una de ellas, una niña de cabellos dorados de unos siete años era la hija de Martha. Miró hacia la ventana, directamente a May, como si supiera que la vería allí, y saludó con la mano. May sonrió, pero no respondió. ¿Qué posibilidades había de que el angelito de abajo se convirtiera algún día en una de esas mujeres que se vendían por dinero?

May podía oler la comida, la cocina, algo que se estaba pudriendo, tal vez basura, humo que venía de alguna parte, pero siempre mantenía la ventana abierta para que el aire pudiera entrar, como si fuera una prisionera mirando a través de los barrotes de una ventana hacia la libertad, atrapando cada precioso aliento de vida.

Hacía ya una semana. No era tan malo, pensó May. Al principio se enfurruñó, luego hizo las paces y empezó a sentirse agradecida por las circunstancias, que podrían haber sido mucho peores. Al menos no tuvo que *casarse* para salvarse. Eso podría haber sido mucho peor.

De alguna manera, en solo una semana, la vida había comenzado a mostrarle una perspectiva diferente. Si estaba destinada a estar en un burdel, que así fuera. No tenía a su sirvienta aquí, pero eso estaba bien, casi nunca salía de la habitación. Se acostumbró a llevar un sencillo vestido de casa que había traído consigo. Mangas largas y escote alto, sin joyas ni corsé: definitivamente podía pasar por una sirvienta, y ese pensamiento la divertía. Los chefs de la casa no estaban mal. Habiendo crecido en el campo, nunca había sido demasiado exigente con la comida de todos modos. Una sirvienta parlanchina, Krissy, servía su habitación y traía todo lo que necesitaba y estaba más que dispuesta a contarle sobre la vida del establecimiento y las damas de Belle House. Eso fue lo más entretenido que recibió May.

La dueña del lugar, la señora Sharke, no era el monstruo que May había imaginado. La mujer parecía amable y sensata, bastante razonable y nada que ver con lo que May pensaba de las señoras. También sabía que a veces la vida y las circunstancias hacían que personas aparentemente bondadosas hicieran cosas malas. Así que May trató de mantenerse en las sombras. En la trastienda. Sin quejarse. Sin causar problemas. Sin ser vista.

Parecía algo sencillo de hacer, pero de alguna manera, el otro día, en el pasillo, se había encontrado con una de las señoras con su cliente. ¡Lo más impactante e inapropiado que May había visto! Y la forma en que el hombre la había mirado le provocó escalofríos incómodos. No era el hecho de que la hubieran descubierto, no era la posibilidad de que la gente tratara de averiguar quién era, sino el hombre mismo. Sus ojos la habían atravesado y la habían dejado con la sensación de que se había encontrado con un poder oscuro que la observaba a partir de entonces.

May trató de olvidar la escena, pero seguía surgiendo en su mente.

Las manos.

La desnudez.

¡La desvergüenza con la que los dos se agarraban al aire libre!

No podía dejar de pensar en ello.

Era aburrimiento, se dijo a sí misma. Pero se equivocó. Era joven y estaba en el centro de todas las cosas emocionantes. Los jóvenes anhelaban explorar el mundo. Poseían lo único que se agudizaba con su edad: la curiosidad. May no fue diferente. Excepto que era demasiado joven para saber que era la curiosidad lo que generalmente conducía a las aventuras más grandes y a los descubrimientos más impresionantes. Más que nada, que traía problemas.

"Esto es extremadamente entretenido".

Walter Bentley, un joven de poco más de veinte años, hojeó las páginas de *La escuela de las niñas*, una obra pornográfica de un tal Jean L'Ange del siglo XVII. El libro estaba ilustrado de la manera más escandalosa. Estudió las imágenes con asombro y conmoción, sin poder ocultar el sentimiento de vergüenza.

"La vida *debe* ser entretenida", coincidió su primo, Lord Ashbee, que estaba cerca con una sonrisa en el rostro. De vez en cuando miraba a Walter y sentía una inmensa satisfacción. Nada le producía tanto placer como ver a una mente joven siendo educada en las oscuras verdades de la naturaleza humana.

La tienda en la que se encontraban era un establecimiento discreto y oscuro, que no se anunciaba desde el exterior, sino que era uno de los muchos de la calle Holywell que eran conocidos por su material obsceno y escandaloso, ya fuera radicalismo político, agitación social o pornografía. Las gruesas puertas disimulaban su propósito, mantenían alejados a los individuos no deseados y neutralizaban cualquier ruido que viniera de la calle. Quienquiera que entrara estaba destinado a sumergirse completamente en el mundo del placer. Algunas personas preferían la literatura a la realidad. Algunos querían información sobre la variedad de entretenimiento sexual londinense, que se podía encontrar en muchos catálogos que se vendían en la tienda. Otros querían educación.

"Para tu información" Lord Ashbee se dirigió a su primo, "para mantener alejados los ojos incultos, las primeras obras pornográficas se escribieron en latín. Inevitablemente, su público principal se convirtió en aquellos que sabían mejor latín: el clero".

"¡Ajá!" exclamó Walter.

"Sí. Deberías decírselo a tu tía Harriet, fanática luterana. Ver qué explicación tienen sus obras sagradas para eso. Aquí". Lord Ashbee le pasó un libro de un conocido escritor francés, el Marqués de Sade. Llamada *Juliette*, describía las aventuras de alcoba de varios libertinos. El frontispicio mostraba un cuerpo desnudo que estaba colgado boca abajo y era besado y complacido por un grupo de cinco personas en las posiciones más obscenas.

"Eh". Walter exhaló con las cejas arqueadas, aunque estudiando detenidamente la imagen. Los libros y la tienda lo hacían sentir incómodo, pero estaba decidido a aprender todo lo posible sobre el entretenimiento de la ciudad mientras visitaba a su primo.

Lord Ashbee era el mejor guía. Walter se sentía inmensamente orgulloso de estar emparentado con un hombre así. Su primo ciertamente tenía una reputación. Con tanta riqueza como la que tenía Lord Ashbee, a uno no le importaba mucho qué tipo de reputación tenía. Además de heredar una suma bastante sustancial, era conocido por ser un exitoso hombre de

negocios, habiendo triplicado su fortuna a la edad de treinta y cinco años. Era un miembro de la alta sociedad, un coleccionista, un viajero. Conocía las últimas modas y seguía las últimas tendencias. Educado y culto, poseía un ingenio y un cinismo que lo hacían popular en las fiestas.

Pero no era lo que uno sabía de él lo que alimentaba su popularidad; más bien, era lo que uno no sabía. Uno siempre está intrigado por los secretos de los demás. De vez en cuando, Lord Ashbee desaparecía en las partes notorias de Londres y era visto allí. Sin ninguna compañía en particular, pero el mero hecho de que tuviera algún negocio o interés en los lugares espantosos que ningún hombre honorable o decente pisaría lo convertía en el tema de las conversaciones y susurros más silenciosos en las fiestas. Los rumores solo parecían aumentar su encanto a los ojos de los demás, como sucedía a menudo cuando uno tenía suficiente dinero y autosuficiencia para no prestar atención a los chismes. Lord Ashbee era, sin duda, ese hombre. La fascinación por él en la alta sociedad londinense nunca cesaba, especialmente entre las mujeres. Las que solían asociarse con él en un momento u otro con el tiempo se amargaban cuando caían en desgracia con él. Hablaban de él como si fuera una moda más, pero cada vez que traía una nueva mujer que le hacía cosquillas en la imaginación, inmediatamente la miraban con el mayor odio, como si tuviera suerte de tener en sus manos a alguien que habían perdido para siempre.

"El cuento más impuro que se ha contado desde que el mundo es mundo", leyó en voz alta Walter Bentley la introducción del autor y cerró el libro, temeroso de profundizar más. Al menos en este momento. Al menos frente a Lord Ashbee. Su primo tenía fama de hacer este tipo de cosas, y Walter sentía que no importaba cómo tratara de ocultar sus pensamientos y emociones, su primo podía ver a través de ellos.

Lord Ashbee ciertamente podría. Sonrió.

"Definitivamente te encontrarás entretenido en las noches solitarias y tranquilas del campo. El libro está hecho para ser leído con una sola mano".

Se rio al ver a Walter sonrojarse y, después de pagar, lo sacó de la tienda.

Caminaron por las ruidosas calles de Londres, hablando y discutiendo sobre la ciudad, el campo, las formas en que uno nunca podría conocer la vida sin vivir en ambos.

Afuera hacía calor y sol, el mejor momento para disfrutar del despertar de la vida de la ciudad. Y así, dándole a su primo el recorrido por la ciudad, su gente y su arquitectura, prefirió caminar a tomar un carruaje.

Lord Ashbee disfrutaba de la compañía de su primo, que era más de una década más joven que él. Walter era un joven ingenuo, que había crecido en una finca de campo y, por lo tanto, tenía una experiencia limitada de la vida social de la ciudad. A lord Ashbee le encantó lo hambriento que estaba el joven de conocimiento, ansioso por sumergirse en la vida de la ciudad y curioso por el lado más cándido de ella. Justo después de su llegada, un par de semanas atrás, Lord Ashbee lo había llevado a varias fiestas. El cliché de siempre, que había animado a Walter pero que no le había mostrado nada que no hubiera visto en casa.

Pero luego estaba la reunión de lord Dekker, más pequeña e íntima, solo hombres y sus amantes y lady Dekker, por supuesto, porque siempre acompañaba a su marido en sus libertinajes. Los invitados se entretenían con el canto y el baile de las jóvenes, quienes, a medida que avanzaba la velada, iban perdiendo piezas de ropa una a una, como si estuvieran en el momento justo, hasta que algunas quedaban con vestidos translúcidos sobre sus cuerpos desnudos, otras completamente desnudas. Varias chicas se encontraban en el regazo de los invitados, que acariciaban abiertamente las partes más íntimas de las chicas. Las chicas, a su vez, respondían con entusiasmo.

Lord Ashbee había lanzado una mirada a su primo, que no sabía dónde esconder los ojos, y

había ordenado a una de las muchachas que le hiciera compañía.

Lord Dekker se había entretenido mucho con esta muestra de timidez, hasta el punto de estallar en carcajadas cuando la muchacha empezó a desabrochar el chaleco de Walter y el joven se puso del color de la remolacha.

"¡Precioso! ¡Simplemente precioso! ¿Dónde encontraste a un joven tan encantador?" Lord Dekker, que se daba un festín de ostras y acariciaba a la muchacha en su regazo, se volvió hacia Lord Ashbee. Este último se sentó al otro lado de la mesa, tratando de parecer entretenido, pero muriendo de aburrimiento absoluto.

"El campo está lleno de encanto y de virtudes sin explotar" respondió lord Ashbee con una sonrisa cínica a través del humo de su cigarro.

Walter se sintió avergonzado, pero contento de estar bajo la protección de su primo. Lord Ashbee se destacaba en todas las compañías. Sus gestos, llenos de impertinencia, eran, sin embargo, elegantes. Hacían que los demás parecieran una asamblea de una multitud callejera.

"Seguro que ha tenido mujeres antes, señor Bentley". Lord Dekker, que, a pesar de su riqueza, estaba lejos de ser agraciado, miró al joven sin esperar una discusión. Bentley asintió tímidamente, lo que hizo que Lord Dekker volviera a reírse. Cuando se detuvo y se secó las lágrimas de los ojos, miró a Lord Ashbee con reproche. "Raymond, no esperaba que tu primo, de entre todas las personas" abrió los ojos de par en par para enfatizar, "tuviera menos educación que una virgen". Estalló en una carcajada que otros siguieron, lo que hizo que incluso Lord Ashbee se riera y Walter se pusiera del color del brandy en su copa.

"Estoy trabajando en ello. Lo importante de una educación adecuada es ir a un ritmo lento" dijo Lord Ashbee, sin importarle el toque de una joven que se acercó por detrás y deslizó las manos por debajo de su chaqueta.

"Bueno, entonces..." Lord Dekker miró a Walter y a la muchacha desnuda que tímidamente le acariciaba el pelo. "Querida, ¿por qué no lo llevas arriba para *educarlo lentamente*?" Sus ojos siguieron a Walter, que se dejó llevar por la desnuda sonriente, y sacudió la cabeza con deleite. "¡Ah! ¡Tan joven!".

El recuerdo de Walter de aquella noche era todavía fresco y chocante. La muchacha desnuda, mucho más joven que el propio Walter, lo llevó a uno de los dormitorios.

"Rose es mi nombre", dijo.

Walter lo dudaba, pero en realidad olía a flores, y sus manos tenían el tacto más suave. Cuando, todavía en el pasillo, ella lo acercó y comenzó a besarle el cuello y a frotar sus partes íntimas a través de sus pantalones, se sintió excitado al instante.

En la habitación, ayudó a Walter a desnudarse, observando con curiosidad sus movimientos. Le hizo sonrojarse. Cuando ella le quitó los calzones, su miembro se soltó de un salto animado y hambriento. Ella le pidió que se acostara en la cama, se sentó a horcajadas sobre él y comenzó a acariciar su cuerpo.

"Tócame, por favor" le pidió, cogiéndole las manos y poniéndolas sobre sus pechos. Walter lo hizo, con vacilación. Le sorprendió que una criatura tan joven, varios años menor que él, tuviera tanta determinación y franqueza, y eso lo excitó aún más. Mientras tanto, ella se movió para poder sentarse debajo de su miembro, y su mano comenzó a acariciarlo mientras la otra jugaba con sus testículos. Walter sintió que no podía respirar. Jadeaba, tenso por el placer y la conmoción, y observaba cómo su mano subía y bajaba por su pene, rodeando su punta. Sintió que todo su cuerpo se hinchaba con la energía acumulada, y cuando Rose se movió y bajó los labios hasta su miembro hinchado, su lengua apenas llegó a la punta antes de que Walter agarrara las sábanas en convulsiones y explotara en el orgasmo, derramando su semen.

Rose lo miró, riéndose. "Tan impaciente" dijo en voz baja.

"Lo siento" murmuró Walter avergonzado.

Pero a Rose no pareció importarle.

"Está perfectamente bien", dijo con el aire de un tutor. Lo limpió con una sábana, se acercó a su vientre, todavía a horcajadas sobre él, tomó su mano y la movió hacia la humedad entre sus piernas. Por primera vez, Walter tocó la parte del cuerpo de una mujer que era un secreto para él. Sus dedos exploraron sus pliegues mientras ella empezaba a mover las caderas hacia adelante y hacia atrás. Despacio. Luego más intensamente. Y cuando ella soltó la mano, Walter la mantuvo allí, porque ahora parecía entender lo que ella quería.

Mientras tanto, su miembro se excitó de nuevo. Abrumado por el deseo y sorprendido por lo rápido que su cuerpo había recuperado su fuerza, Walter empujó a la chica ligeramente hacia arriba y la colocó encima de su miembro palpitante, hundiéndola en él. La chica gimió y jadeó y comenzó a moverse arriba y abajo, tragándose su erección. Tenía los ojos muy abiertos, observando intensamente la unión de los sexos, sus carnes rechinando.

¡Qué fascinante!

¡Qué crudo!

¡Cómo lo emocionaba!

"Más rápido" suplicó Rose, empujando su mano contra su clítoris, su espalda arqueada, sus piernas abiertas, con su sexo golpeando el suyo. Walter podía sentir su humedad, podía oírla, podía ver su cuerpo palpar por su toque. "Más rápido" repitió ella, y los dedos de Walter empezaron a moverse violentamente, saltando y perdiendo el ritmo, cediendo a su propia excitación. Finalmente, la chica gritó varias veces, moviendo sus nalgas hacia arriba y hacia abajo como si lo estuviera clavando a la cama, y Walter una vez más perdió la cabeza en un orgasmo explosivo.

Después, Rose cogió un paño mojado del cuenco junto a la cama y se limpió, luego hizo lo mismo con Walter, rodeando su miembro y bajando hasta sus testículos con movimientos suaves. Lo hizo con una sonrisa, demasiado feliz para ser obligada, sorprendiendo a Walter con tanta franqueza.

"Fue un placer conocerte", dijo ella, sonriendo cuando lo ayudó a vestirse.

En efecto.

Ahora, una semana después, Walter se sentía menos amedrentado por la idea de la intimidad. Su mente no dejaba de recordar la velada en casa de lord Dekker, pues el encuentro no se parecía en nada al que había tenido con una muchacha en casa, una vez y en la oscuridad de la noche. Esta vez fue mucho más placentero, y no podía esperar a ver qué más tenía reservado Lord Ashbee para él.

Se detuvieron en una cafetería, charlaron con Charles Hamilton, uno de los amigos íntimos de Lord Ashbee, hicieron arreglos para reunirse para cenar y se encontraron caminando por las calles nuevamente.

"Estoy deseando presentarte un curioso establecimiento que he podido disfrutar últimamente" dijo lord Ashbee mientras se dirigían a Piccadilly Circus. "La Belle House. Uno de los establecimientos más entretenidos de aquí, el más limpio y versátil en su selección de mujeres".

"¿Por qué se necesita versatilidad si se puede estar satisfecho en minutos?" Walter era joven y, por lo tanto, estaba seguro de que, después de haber conocido a varias mujeres, era un hombre experimentado.

"El hecho de que pienses que los placeres de dormitorio son cuestión de minutos demuestra

que no sabes nada sobre ellos. Una mujer adecuada puede mantenerte ocupado durante horas. Una mujer hábil puede encontrar tu especialidad".

"¿Especialidad?"

Lord Ashbee le dirigió una mirada condescendiente y una sonrisa igualmente atenuada.

"Seguramente no piensas que todos los hombres disfrutan de esos minutos de la misma manera. A algunos les gusta solo pensarlo. Algunos prefieren a los hombres, otras a las chicas muy jóvenes. A algunos les gusta sacar sangre o aplicar violencia. Algunos incluso llegan al extremo de involucrar a los animales en..."

"¡Alto! ¡Entiendo! ¡Lo entiendo!" Walter sacudió la cabeza en estado de shock. Las ideas de Lord Ashbee podían ser abrumadoras. No es de extrañar que la tía de Walter, lady Harriet, se opusiera a que se quedara un mes con, según sus propias palabras, «un hombre tan escandaloso que tiene una mala influencia sobre la gente, especialmente sobre los jóvenes e inocentes». Sin embargo, el padre de Walter pensó que eso era precisamente lo que Walter necesitaba.

Los dos hombres pasaron junto a un grupo de mujeres vestidas a la mejor moda, saludándolas asintiendo cortésmente con la cabeza mientras Bentley miraba con tanta intensidad que tropezó, ante la risa encantada de las mujeres.

"Si te encuentras con una mujer" continuó Ashbee mientras caminaban, que puede hacerte cosquillas tanto en la mente como en los sentidos, es posible que te des cuenta de que estás desesperado por alargar estos minutos hasta convertirlos en mucho más. Lord Ashbee lo miró con astucia. "La intimidad no comienza entre tus piernas, sino en tu mente, querido muchacho. A veces se convierte en el juego más entretenido que la humanidad haya inventado: el amor".

Walter miró a su primo con interés.

"Un concepto viejo y aburrido, si me preguntas" añadió Lord Ashbee con una sonrisa, pasando junto a otro grupo de mujeres. Después de los meses fríos, todo Londres parecía haber salido a las calles, en busca de aventuras. Ciertamente, en esta parte de la ciudad abundaban las mujeres de todo tipo, y eso era precisamente lo que lord Ashbee pretendía para su primo. "Uno debe experimentar el amor una vez", continuó, "y preferiblemente a una edad temprana para aprender a alejarse de cualquier cosa que conduzca por ese camino. Y ese no es el propósito de tu tiempo aquí. Volviendo al tema, la mejor selección significa que podrías encontrar a la mujer que ocupará tu mente y curiosidad lo suficiente como para brindarte la más amplia gama de experiencias. No tienes idea de lo que es la educación hasta que has estado en un burdel adecuado".

Al oír estas palabras, lord Ashbee se detuvo y miró hacia el edificio que tenían a su derecha. Walter echó una mirada panorámica y se volvió para mirar inquisitivamente a su primo.

"La Belle House". Lord Ashbee asintió hacia la puerta. "Las cosas que aprenderás aquí pueden cambiar tu vida". Sonrió y le dio unas palmaditas en la espalda a Walter.

El aire de la tarde estaba lleno de calidez y del aroma de las lilas que acababan de pasar. A lord Ashbee le gustaba esta época del año, los últimos días de la primavera, especialmente los de mayo, cuando el frío del invierno había desaparecido, y también la timidez y la incertidumbre de los primeros meses de primavera, que a menudo traían lluvias y heladas ocasionales.

¡Pero mayo! ¡El florecimiento de la vida, la fuerza que lanzaba la naturaleza a plena floración antes de que se convirtiera en verano, demasiado caliente y sofocante, apretando tu cuerpo con su calor agotador! Mayo, ese era el mes de la perfección de la naturaleza tal como la conocía y la época del año en que sentía más nostalgia.

Pero no en este mismo momento.

Miró hacia la entrada de la Belle House, emocionado por la iniciación de su joven primo.

Algo más le hacía cosquillas en la mente, algún recuerdo lejano, despertado por los aromas primaverales y la frescura de la tarde.

Y de repente se acordó.

¡La chica del pasillo del otro día!

¡Claro!

Debería preguntarle a Salome por ella.

De repente, su cuerpo hormigueó de anticipación. Inhaló profundamente y cerró los ojos, diseccionando los olores. Narcisos. Carreteras cálidas. Un espino, floreciendo a poca distancia. Y algo más. No era un olor real, pero activó su cerebro de la misma manera tentadora, ya que acariciaba la curiosidad de Lord Ashbee. El aroma de los nuevos comienzos. De alguna manera, tenía que ver con la misteriosa belleza detrás de las puertas. Sus labios se estiraron en una sonrisa y abrió los ojos.

“Walter, ¿vamos?” Tiró de la manija de la puerta y dejó entrar al joven.

La conversación en el tocador de la señora Sharke fue una de las varias que May había tenido desde que se conocieron. Habían pasado dos semanas desde la llegada de May, y la señora Sharke quería asegurarse de que la joven encontrara aceptable su situación de alojamiento.

“Le agradezco su ayuda” dijo May, sentada en el sillón frente a la señora Sharke, que estudiaba a la joven con gran atención.

“Me dijeron muy poco” dijo la señora. “Y preferiría no saber más de lo que ya sé. Teniendo en cuenta al hombre que ambos conocemos y que respondió por usted y proporcionó la suma necesaria para su alojamiento, estoy más que dispuesta a satisfacer todas sus necesidades, querida”.

Esto, por supuesto, era mentira. Salome Sharke no se limitaba a dirigir el mejor burdel de Piccadilly, sino que dirigía una columna de noticias, así como una de chismes. Para asegurarse de que su negocio funcionara con éxito, y esta era su principal preocupación, había aprendido a tener el control. El control significaba información sobre todas las partes involucradas. Quería complacer a lord Baillie, quien, en algún momento del pasado, había sido uno de sus clientes más generosos, y lo habría sido aún más si no fuera por su traslado. Era la persona que respondía por la bonita criatura sentada frente a ella. Fácilmente podría ser que la joven fuera una de sus pequeñas pasiones actuales y no hubiera nada más. Sin embargo, la señora Sharke tenía la sensación de que debía prestar a la mujer la debida atención. Por si acaso. El sencillo vestido de clase media podía estar escondiendo algo mucho más valioso de lo que le habían hecho creer. Su intuición se lo decía, y Salome Sharke sabía por años de experiencia que su intuición rara vez la defraudaba.

“Permítame ser sincera con usted, señorita May” dijo, haciendo una pausa por un segundo. En general, sus sermones más deshonestos comenzaban así, pero ahora trató de aclarar las cosas. “Es una mujer hermosa. Y en cualquier otro momento, trataría de reclutarla para que forme parte de mi negocio en Belle House”.

Al oír esto, May se estremeció, lo que no escapó a los ojos de la señora Sharke.

“Pero teniendo en cuenta el arreglo” continuó la señora, “creo que debo advertirle que permanezca fuera de la vista tanto como sea posible. Ya sabe a lo que me refiero. Los caballeros, por supuesto, teniendo en cuenta su amor por la belleza como la suya, comenzarían a hacer preguntas y a hablar entre ellos. Lo siguiente que sabrá es que será la persona más conocida de

Piccadilly”.

Hizo una pausa para exagerar, y May se removió inquieta en su sillón.

"Las damas de la casa, no las subestime. Les gusta hablar. Más que nada, odian la competencia y la mera existencia de una belleza como la suya a su lado. Le sugiero que no haga amigas. No puede haber ninguna en su situación. Krissy y Martha son las únicas con las que debe interactuar y, según las instrucciones que recibí, no debe salir de Belle House. Me pagan generosamente por su seguridad, y me gustaría que siguiera siendo así. Pero necesito su cooperación".

May asintió, mirando directamente a la señora Sharke. Le gustaba la mujer a cargo de la Belle House. La señora Sharke no era una señora cualquiera. La forma en que dirigía las cosas y la reputación que tenía eran admirables. May nunca había sido partidaria de esos establecimientos, ni quería tener nada que ver con ellos, pero mientras permaneciera en su habitación, podía fingir que vivía en una casa normal de la ciudad. Dios, era difícil fingir, pero no tenía otra opción.

"En el lado positivo" la señora Sharke sonrió astutamente a May, "tenemos mucha literatura, por si se aburre. De vez en cuando, me gusta tener compañía. Así que, si quiere unirse a mí, es más que bienvenida. Si necesita salir de casa por cualquier motivo, me gustaría que me lo dijera, para que no me quede a oscuras".

En ese momento, fueron interrumpidas por un golpe en la puerta, y Krissy entró para anunciar la llegada de Lord Ashbee.

La inquietud se apoderó del rostro de la señora Sharke.

"Dile a lord Ashbee que me reuniré con él abajo en un minuto" dijo, pero antes de que Krissy pudiera cerrar la puerta, se abrió de nuevo y la voz profunda anunció la presencia de un hombre.

"Oh, pensé que no te haría bajar las escaleras solo por mí". Lord Ashbee entró con una sonrisa maliciosa, y ambas mujeres se levantaron bruscamente de sus sillas. "Quería verte para una breve charla". Se acercó galantemente a la señora Sharke y le besó la mano tendida. Entonces sus ojos se dirigieron rápidamente a May, y la saludó con un movimiento de cabeza. "Ya veo que tiene compañía". Sus ojos, acompañados de una sonrisa enroscada, permanecieron fijos en May, la miraron de arriba abajo de la manera más descarada y luego volvieron a mirar a la señora Sharke.

Ella lo fulminó con la mirada.

"¿Una recién llegada?" Le dirigió una mirada inquisitiva, sin poder ocultar una sonrisa, y sus ojos volvieron a mirar a May, estudiándola de nuevo.

¡Esta joven! ¡Su belleza! ¡Sus ojos! ¡Gris claro de las aguas de manantial! Le devolvieron la mirada durante un momento, como si estuvieran paralizados, y se alejaron rápidamente.

Ahora podía ver a la misteriosa muchacha en todo su esplendor y estaba inmensamente complacido por la vista. Joven. Tímida. Delicada.

"Tengo que irme" dijo May con mansedumbre. Ella se sonrojó, tratando de evitar los ojos del hombre, y le dio las gracias a la señora Sharke.

La señora la alcanzó en el pasillo. "¿Ve lo que quiero decir cuando digo que debe tener cuidado de evitar cualquier encuentro, señorita May? Especialmente con hombres como Lord Ashbee".

Cuando regresó a sus aposentos, lord Ashbee ya se había acomodado en un sillón con un vaso de brandy y un cigarrillo.

"¿Quién es ella?" Sonrió descaradamente a la señora Sharke, que le dirigió una mirada de reproche y negó con la cabeza.

“¡Eres una comadreja, Ray! No es asunto tuyo. Ella simplemente está de paso por aquí”. Cogió un vaso de brandy y se lo bebió.

Lord Ashbee enganchó uno de sus brazos detrás del respaldo de la silla y ladeó la cabeza hacia un lado.

“Oh, vamos, Sally” dijo. “No puedes ocultarme cosas. No algo tan encantador como esta criatura”. Él la miró fijamente con un brillo peligroso en los ojos que ella conocía muy bien.

“Déjala en paz, Ray”. Ella negó con la cabeza y se sentó frente a él.

“Oh, por el amor de una vieja amistad, Sally, no seas ridícula. ¿Cuál es la novedad?”

La señora Sharke sabía muy bien que lord Ashbee era bueno guardando secretos. El problema era que tendía a invertir demasiado en ellos, especialmente si tenía algo que ver con mujeres hermosas.

Volvió a negar con la cabeza.

“No ocurrirá, querido” dijo ella, mirándolo fijamente.

Le devolvió la mirada con una sonrisa astuta. “Puedo averiguarlo en otro lugar”.

“¡No te atrevas, Ray!” Ella lo fulminó con la mirada.

Su sonrisa se hizo más grande, sus ojos la miraban burlonamente a través del humo de su cigarro. “Preguntaré por ahí”.

“¡No lo harás!”

“¡Entonces dime! Tus secretos están a salvo conmigo. Lo juro”. Sus ojos brillaban con algo malvado.

“¡Eres un demonio, Ashbee!” exclamó y puso los ojos en blanco.

Lord Ashbee se echó a reír y se preparó para una buena historia.

De vuelta en su habitación, May se paseaba de un lado a otro.

¡Ese hombre!

¡Esos ojos!

Lo había visto antes. Era el hombre que acariciaba a Eliza en el pasillo el otro día. Llevaba aquí apenas dos semanas y ya se había encontrado con alguien que había expresado demasiado interés.

No importaría si no fuera por las palabras de la señora Sharke.

Especialmente hombres como Lord Ashbee.

Era más alto que May. Un cuerpo fuerte, hombros anchos. Probablemente unos diez años mayor que ella. No era exactamente un hombre guapo, pero sus rasgos faciales y su expresión irradiaban fuerza y superioridad. Sus ojos miraban a uno como si observara el mundo y a las personas que lo habitaban con sardónica diversión. May solo lo había visto dos veces, y ya tenía la sensación de que sabía demasiado sobre ella. Como si, tan pronto como sus ojos se cruzaran con los de ella, pudiera leer sus pensamientos y desenterrar sus secretos. Esos ojos parecían perseguirla incluso cuando él no estaba cerca. La hacía sentir incómoda, asustada, pero...

Había algo más, pero se sacudió la idea.

Cautelosa, debería ser cautelosa.

La conversación con la señora Sharke dejó a lord Ashbee desconcertado e intrigado.

¿Cómo podía ser que ni siquiera la señora de Belle House tuviera mucha información, ni siquiera el verdadero nombre de la niña, o de dónde venía? No conocía a lord Baillie, ni se tomaría la molestia de enviar preguntas por todo el país, tratando de averiguar la historia de la muchacha. Pero tanto misterio y...

Tanta.

Belleza.

Lord Ashbee había sido precipitado, lo cual no era común en él, ya que la belleza y la fealdad eran sus especialidades.

Estaba bajando las escaleras para ver cómo estaba Walter cuando vio a una de las jóvenes sirvientas desempolvando los cuadros del pasillo. Hizo una pausa y la estudió durante un minuto. Cuando se dio cuenta de que él la observaba, él le hizo señas con el dedo para que se acercara.

"Has trabajado aquí durante un tiempo, ¿verdad?"

"Sí, señor, casi un año. Me llamo Krissy, señor". La doncella sonrió a lord Ashbee.

"Krissy..." Hizo una pausa, pensando. "Necesito un favor, Krissy". Él sonrió con su sonrisa característica, ante lo cual la criada frunció los labios, tratando de reprimir una risita, y bajó los ojos.

"No ese tipo de favor, querida" añadió. La muchacha parecía más que dispuesta a complacerlo, y esto era una buena señal. "¿En qué habitación se aloja la señorita May?"

La sonrisa de Krissy desapareció. "Ummm. No estoy segura, señor".

Lord Ashbee puso los ojos en blanco. "Vamos, Krissy. No juguemos. No es una pregunta complicada".

"Señor, a la señora no le gusta cuando hablamos de cosas con gente de fuera de la casa. Puedo meterme en prob..."

"Krissy" la interrumpió en voz baja, apoyándose contra la pared. "Estoy a punto de hacerte una oferta. No implica ningún peligro ni nada que ponga en riesgo tu trabajo actual. Pero ganarás algo de dinero. Y todo lo que se requiere de ti es ser inteligente. Lo *eres*, ¿verdad?"

Krissy asintió vigorosamente, con los ojos todavía pegados al suelo.

"No quieres fregar el piso toda tu vida, ¿verdad? Veo mucho potencial en ti". Lord Ashbee sonrió. Esta sonrisa funcionaba de maravilla tanto con la élite como con los sirvientes, y Krissy ya escuchó las palabras de oro. *El potencial* era la única carta ganadora que tenía en esta vida, así que miró al hombre con la disposición y determinación de un espía.

Lord Ashbee revisó sus alrededores para asegurarse de que no había nadie más cerca, luego se volvió hacia Krissy.

"Esto es lo que necesito que hagas".

Y así fue como Krissy consiguió un trabajo secundario, un poco de ingresos adicionales y su primera oportunidad de usar su potencial.

El aire estaba lleno de risas y charlas, el tintineo de platos y vasos, el fuerte olor a perfume, polvo y alcohol.

La mente de Walter era un torbellino mientras estaba sentado en el Gran Salón de la Belle House en compañía de varias damas. Les hablaba de la vida tranquila de la finca. Las jóvenes estaban muertas de aburrimiento, pero se reían y reían fingiendo excitación, como si les estuviera contando el cuento más exótico.

La sala ciertamente no carecía de decoración. Alfombras mullidas, papel tapiz floral, un piano vertical de palisandro, sillones, mesas de té, pinturas de los temas más escandalosos, pero tan divertidas.

¡Y espejos!

¡Había espejos por todas partes!

Multiplicaban tanto el número de damas como su belleza.

Walter observó a los apuestos caballeros dispersos por la compañía de mujeres. Algunos jugaban a las cartas, otros bebían y disfrutaban de los aperitivos, otros charlaban. No podía entender que se encontraba en un burdel. Nunca había estado en uno, y esto ciertamente no era lo que esperaba. Le habría recordado a una elegante reunión en una de las fincas del campo, si no fuera por los toques ocasionales de mujeres, íntimos, bastante inapropiados. Esta exhibición de dinero y lujo levantó su ánimo y alivió su nerviosismo.

Cuando Lord Ashbee entró en la habitación, Walter quiso correr hacia él inmediatamente y quedarse cerca, como si tener a Lord Ashbee a su lado reforzara su confianza.

Tan pronto como una mujer mayor de unos cuarenta años, con aire de autoridad, entró en la habitación, Lord Ashbee se acercó y los presentó.

"Esta es la señora Sharke", dijo Lord Ashbee, y Walter supo quién era de inmediato.

"Sir Bentley, estoy muy complacida de que haya elegido la Belle House entre todos los establecimientos finos de esta ciudad", dijo ella con una sonrisa elegante, demasiado astuta para su edad.

Walter sonrió tímidamente.

"Me temo que sigo las elecciones de Lord Ashbee, ya que parece ser todo un experto", respondió, sonrojándose.

"¡No me diga!" La señora Sharke miró a Lord Ashbee con los ojos bien abiertos, como si estuviera sumamente sorprendida, ante lo cual Lord Ashbee se rio.

Continuaron la conversación de la misma manera durante algún tiempo, hasta que, finalmente, la señora Sharke, con una astuta sonrisa, fijó sus ojos en el joven, cuyas mejillas estaban sonrojadas por la emoción y la novedad de la experiencia.

"Bueno, Sir Bentley. Tenemos la intención de causar la mejor impresión en usted."

Ella llamó a Odaley y Bonnie.

Ligeramente nervioso, Walter se acercó más a Lord Ashbee. "¿Elijo a la que me guste?" susurró.

"No." Lord Ashbee se rio. "No tienes que elegir. Vas a tener a ambas." Guiñó un ojo, y la mandíbula de Walter cayó asombrada.

Antes, en la habitación de la señora Sharke, Lord Ashbee le había explicado lo que quería.

"Walter necesita aprender el camino con las mujeres. No es un profano. Así que, si quiere ser popular entre las mujeres o hacer feliz a su elegida, necesita saber cómo complacer. Ninguna mujer puede quedar satisfecha con un palo que empuja. Si se respeta a sí misma y valora su bienestar, eso es."

"Muy ambicioso, Ray", respondió la señora Sharke.

"Tú conoces esto mejor que nadie, Sally. Elegimos mujeres por la actitud, y ellas nos eligen por la aptitud. Esto es cierto para los placeres en la alcoba. Una mujer no se siente atraída por la masculinidad, sino por cómo se usa. El chico necesita aprender los modales de un hombre."

"Si quieres que sea como tú, es imposible, Ray." Se rio. "Se necesita curiosidad innata para explorar y aprender el oficio."

"La curiosidad innata y el oficio pueden perderse si no se sustentan con una educación

adecuada."

"Ah, tu retórica. ¡Bien! ¡Bien!"

Y así fue como Walter se encontró con Odaley y Bonnie en una de las habitaciones de arriba. Las chicas se desnudaron y luego despojaron a Walter de todo, besándolo y riendo alegremente. Tan pronto como Walter estuvo en la cama, sus besos asumieron una manera diferente. Se acostaron a ambos lados de él, acariciando su cuerpo. Una boca chupaba sus pezones, mientras otra besaba su vientre. Una mano acariciaba su torso, otra su miembro erecto. Él envolvió sus brazos alrededor de las chicas y mantuvo los ojos abiertos, absorbiendo todo lo que las dos pilluelas le estaban haciendo. Luego Odaley se dedicó a besarle, con su lengua temblando en su boca mientras los labios de Bonnie envolvían su erección. Gimió cuando sus labios cálidos empezaron a moverse arriba y abajo de su longitud, con su lengua jugando con la punta como si fuera el postre más delicioso que se comía sin manos. Tomó menos de un minuto, y Walter explotó en un orgasmo, con su semen desapareciendo en la boca de Bonnie para su gran asombro.

Tan pronto como terminó, se sintió avergonzado. Una vez más, ¡no había durado! Pero las chicas parecían no preocuparse. Por un momento, cambiaron de posición y se reajustaron.

"¿Te gustaría probarme?" Bonnie, la más atractiva de las dos, con la piel blanca como la porcelana, miró seductoramente al joven.

"No estoy seguro de qué..." Hizo una pausa, vacilando.

"No te preocupes, no puedes equivocarte. Y yo te guiaré" dijo, estirando su cuerpo desnudo sobre las sábanas y abriendo las piernas. Odaley le indicó que se acostara boca abajo, con la cabeza alojada entre las piernas de Bonnie mientras ésta sonreía y se mordía el labio.

¡Oh, qué torpe se sentía, pero qué extrañamente normal se comportaban las chicas, dándole clases particulares!

Miró fijamente el intrincado diseño de las partes íntimas de Bonnie frente a él. Lo hipnotizó. Después de un segundo de vacilación, plantó un suave beso en su parte íntima, sin saber qué más hacer. La carne se sentía húmeda y cruda, como el interior de la boca de una niña.

Bonnie soltó una risita de alegría y le lanzó una mirada divertida.

"No tenga miedo, señor. Sus labios se sienten maravillosos. ¡Y su lengua! ¡No se olvides de tu lengua!"

Walter, animado, volvió a besar su sexo, esta vez con más sensualidad, usando su lengua. Cuando escuchó los suspiros de satisfacción de Bonnie, se embarcó en una misión para complacer a la chica.

"Oh, mi Señor, ¿dónde aprendió tales trucos?" Bonnie jadeó, y eso animó aún más a Walter.

Mientras tanto, Odaley vino detrás de él y comenzó a darle besos en la espalda y la cintura, bajando gradualmente por sus nalgas. Cuando sus labios tocaron la parte interna de sus muslos, él gimió involuntariamente y hundió su lengua más profundamente en el centro de Bonnie, ante lo cual la chica, a su vez, gritó de placer.

"Señor mío" dijo Odaley, "levántese a cuatro patas para que pueda tener un mejor acceso".

Hizo lo que le dijeron, un poco avergonzado por la posición agachada y con las nalgas al aire, pero continuó trabajando para complacer a Bonnie. Sintió que Odaley detrás de él le apretaba los testículos, luego algo húmedo se cerró a su alrededor, y se dio cuenta de que se los había metido en la boca.

¡Oh, qué maravilloso se sentía! ¡Casi se olvida de lo que tenía que hacer! La mano de Odaley acarició su polla, sus besos cubrieron sus rincones más íntimos, y en poco tiempo, Walter soltó a Bonnie, gimió con fuerza y en segundos, abrumado por el intenso placer, gritó en el orgasmo.

“Oh, Dios” dijo, jadeando, tratando de recuperar el aliento.

Las dos zorras le dejaron tomar un descanso mientras se besaban y acariciaban. Poco después, sus manos volvieron a estar sobre Walter.

“¿Está disfrutando de nuestra compañía?” Odaley arrulló y Walter asintió, con los ojos fijos en las manos de Bonnie que trabajaban entre los muslos de Odaley.

Estaba asombrado de lo que estaba haciendo, fascinado por la cantidad de placer.

¡Tan abierto!

¡Tan desvergonzado!

La mano de Odaley se movió hacia su miembro, que estaba suave por el agotamiento, pero cuando sus dedos comenzaron a jugar con él, sintió que lentamente cobraba vida.

¡Otra vez!

¡La tercera vez esta noche!

¡No sabía que tenía tanta energía en él!

“¿Le gustaría probar un ángulo diferente?” Bonnie le dedicó a Walter una sonrisa anhelante.

Tanto él como Odaley se arrodillaron de un salto. Bonnie se giró para mostrarle la vista más maravillosa de su trasero blanco y los pliegues perfectos que lo atraían con su suavidad rosada. Acercó su erección y empujó a Bonnie con un suave empujón. Ella gimió cuando comenzaron a moverse en sincronía mientras Odaley se colocaba detrás de Walter, entre sus piernas y comenzaba a acariciarle los testículos y las nalgas mientras mordisqueaba la piel de su espalda.

Walter jadeó y gimió de placer, ya no se sentía tímido, cada músculo y nervio de su cuerpo estaba tensado por el deseo.

¡Oh, mujeres!

¿Cómo podría haber pensado que algunos minutos serían suficientes?

Esta vez le tomó mucho más tiempo. Empujó dentro de Bonnie, la empujó y la golpeó, abrió más las piernas para que Odaley lo alcanzara. Finalmente, después de un rato, sudando y jadeando, volvió a llegar al clímax, aunque esta vez más débil, y se desplomó sobre las sábanas, exhausto pero seguro de que acababa de descubrir lo que era el cielo.

Fue uno de esos días en los que May conoció a la niña en persona. Krissy estaba ocupada haciendo mandados en el mercado, así que Martha envió a su pequeña hija a la habitación de May con una bandeja de desayuno. La bandeja era demasiado pesada para la niña, y torpemente la llevó a la mesa, la dejó, hizo una reverencia y se quedó mirando hacia abajo, arrugando la parte delantera de su vestido con sus pequeños dedos mientras esperaba más instrucciones.

"¿Cuál es tu nombre, pequeña?" preguntó May con una sonrisa.

"Ada", respondió la niña, y May se maravilló de la suavidad y la pureza de su voz joven.

"¿Cuántos años tienes, Ada?"

"Siete, señorita."

"¿Y Martha es tu madre?"

La niña asintió.

"¿Y tu padre?"

Ada encogió sus pequeños hombros. "En algún lugar, bebiendo", dijo sin ninguna emoción particular en su voz.

"Oh."

May estudió a la niña, su vestido y zapatos limpios del color de los uniformes de las criadas y un pequeño delantal a juego. Su cabello color paja, lleno de rizos naturales indómitos, estaba sujeto en la parte trasera por un pasador que no lograba contenerlo. Su rostro ya había perdido su gordura de bebé, pero aún estaba fresco, sin estar marcado por el cansancio y la desnutrición, aunque incluso las criadas en este lugar parecían estar bien cuidadas.

"A veces te veo en el patio trasero", dijo May, sentándose en la silla para estar más a la altura de la pequeña.

Los ojos de la niña se dispararon hacia ella. "¡También te veo en la ventana!" exclamó emocionada, como si hubieran descubierto algún secreto mutuo. "Siempre estás sola".

Los ojos de la niña eran grandes y grises, con una inocencia en ellos que aún no estaba arruinada por las dificultades.

Ella sonrió de nuevo, miró hacia abajo y luego hacia arriba a May.

"¿Dónde está tu mamá?" preguntó.

"Oh." May sonrió rápidamente. "Mi madre falleció. También lo hizo mi padre".

Ada la miró con tristeza.

"Está bien", agregó May. "Eso fue hace mucho tiempo".

"¿Tienes esposo?"

"No tengo".

"¿Eres una dama?"

"Hum. No de la Casa, quiero decir, no aquí, quiero decir"—May luchó por explicarse— "Soy una dama, sí, pero ahora mismo, estoy quedándome aquí por un tiempo".

"¿Por qué no llevas un vestido bonito, entonces?"

El comentario hizo sonreír a May. "Porque me gusta este".

Ada estudió su vestido durante un tiempo. "Me gusta tu cabello", dijo. "¿Puedo tocarlo?"

May perdió la lengua por un segundo. Ni las criadas ni los sirvientes habían pedido cosas así antes, pero la niña aún era joven y probablemente pensaba que May no estaba mucho por encima de las criadas ya que ocupaba la habitación más pequeña.

"Sí, puedes". May sonrió. Le gustaba esta niña, tan simple y directa en sus preguntas. Sabía que el tiempo pasaría y eso cambiaría.

Ada se acercó, alcanzó con sus pequeños dedos y tocó el oscuro y grueso cabello de May, tímidamente al principio, como si temiera despeinarlo, luego pasó sus dedos por uno de los mechones. "Eres muy bonita", dijo, parada al lado de May, estudiando su cabello, rostro, el cuello de su vestido. "Algún día, quiero ser bonita como tú".

Las palabras provocaron una risita de May. "Tú también eres bonita". Asintió con una sonrisa.

Ada asintió de vuelta. "Mi papá también lo dice. Dice que mi apariencia vale algo de dinero, pero mamá le grita cuando lo hace".

La sonrisa de May desapareció, y miró a la niña, que no era lo suficientemente mayor como para entender el significado de esas palabras.

La puerta de servicio se abrió abajo, y escucharon la voz de una mujer llamando el nombre de Ada.

"Mamá me necesita", dijo Ada y retiró su mano. "¿Crees que puedo venir aquí a veces? También puedo limpiar tu habitación. O cualquier otra cosa que quieras que haga. Me caes mucho mejor que las otras damas. Son malas".

"¡Oh, cielo!" May alisó el cabello de la niña. "Por supuesto que puedes", dijo sin darse cuenta de que no hace mucho, hacer amistad con criadas o sus hijos estaba muy por debajo de ella.

"¡Ada!" llegó otro grito desde abajo, y la niña suspiró y bajó la mirada.

"¿Qué te parece esto?" May alcanzó detrás de su cabeza, sacó un broche de su cabello y se lo mostró a Ada. "¿Te gusta?"

Los ojos de la niña se iluminaron como estrellas, y sus labios se separaron en asombro mientras acariciaba cuidadosamente el broche con uno de sus dedos, apenas tocándolo. Asintió, aún absorta por el resplandor de las piedras azules y grises en forma de mariposa.

"Toma". May alcanzó hacia el cabello de la niña y deslizó el broche en sus rizos dorados. Sonrió. "Puedes quedártelo", le dijo a la niña, que la miraba en estado de shock, y antes de que la pequeña pudiera objetar, agregó: "Si tu mamá pregunta, dile que fue un regalo mío. ¡Ahora ve!"

La niña se agarró el broche en la parte posterior del cabello con ambas pequeñas manos, sus grandes ojos agradecidos todavía miraban a May con incredulidad, y corrió hacia la puerta. Justo antes de desaparecer, se dio la vuelta. "¡Gracias, señorita!" dijo, y su boquita se estiró en la sonrisa más grande mientras salía de la habitación y bajaba corriendo las escaleras de servicio, todavía agarrando el broche en su cabello.

La sonrisa de May desapareció tan pronto como se quedó sola y recordó las palabras de la chica. *Mi aspecto vale algo de dinero*. La muchacha no tenía ni idea, y May rezó para que nunca se enterara. Esta ciudad, por desgracia, se tragaba a cualquiera con su boca malvada. Especialmente los pobres. Especialmente los jóvenes y los pobres. Especialmente los jóvenes, pobres y hermosos, porque la belleza se arruinaba más rápidamente.

Más tarde en la tarde, fue Krissy nuevamente quien sirvió en la habitación de May.

La sirvienta dejó la bandeja sobre la mesa, se alisó el delantal y se arregló la gorra de la cabeza.

"El barón Morse está en la ciudad" anunció con una sonrisa maliciosa.

May le dirigió una mirada curiosa. "¿Quién es?"

"Oh, no sé qué hace exactamente" dijo Krissy apresuradamente, contenta de iniciar una conversación. Era una muchacha habladora, siempre dispuesta a discutir cualquier asunto o tema y dar su propia opinión. "Pero le tiene cariño a Molly, y cuando la visita, pasan toda la noche hasta la mañana. Duerme todo el día después y tiene que usar todo tipo de ungüentos para curarse, ya sabes..." enarcó las cejas y soltó una risita, "ahí abajo".

"¡Ah, Krissy!" May la despidió con un gesto, sonrojándose ligeramente. "¿Por qué hablas como si estuvieras fascinada con todo lo que está sucediendo en esas habitaciones?"

"Porque algún día quiero ser una de las damas", dijo orgullosa. "Le dije a la señora que estoy lista, pero ella no quiere oír hablar de eso. Dice que es demasiado trabajo". Ella hizo un puchero.

May la miró atónita.

"¿Tú? ¿Una dama de la Belle House?" Miró a Krissy con los ojos muy abiertos. "¿Por qué querrías someterte a servir a los hombres de una manera tan vil?"

"¡Vil!" Ahora era el turno de Krissy de asombrarse. "¿Qué hay de vil en someterse al placer? ¿Y obtener las mejores cosas a cambio? Usar vestidos elegantes", dijo Krissy soñadoramente, "comer la mejor comida y que los hombres te lleven a fiestas y teatros".

"Pero seguramente no es posible que quieras ser un simple juguete en manos de un hombre. Como una mascota. O peor aún, como un pedazo de carne que se compra en el mercado".

"¿Un juguete? Oh no, es al revés, señorita. Tengo la intención de utilizar a los hombres en todo su potencial para satisfacer mis necesidades. Y esto incluye el placer".

Krissy miró a May con descaro.

"¿No sabes lo que es el placer, Krissy!" dijo May en voz baja.

"¿Y usted, señorita?" Krissy miró a May con astucia. "¿Lo has hecho alguna vez?"

"¿He hecho qué?"

"Ya sabes..." Krissy soltó una risita y May se sonrojó como una rosa roja en flor.

"No. Creo que una dama debe guardarse para su marido" dijo May con un aire de nobleza, aunque no estaba segura de que la vida siempre funcionara de esa manera.

"Oh" dijo Krissy, decepcionada, pero luego se animó y empezó a gorjear de nuevo. "Bueno, veo mucho de eso. Yo sirvo las habitaciones, ya sabes. Y voy al pasillo trasero y miro de vez en cuando. Las mirillas, ya sabes".

May frunció el ceño. "¿Las mirillas?"

Krissy ladeó la cabeza hacia un lado. "Seguro que las conoces".

"Dímelo" se oyó decir May con vergüenza.

"Cada habitación tiene una mirilla". Krissy se alisó la falda y se sentó en el borde de una silla vacía, feliz de compartir la información, que era nueva para May. "Las del ala derecha, la de Eliza y la de todos, tienen un estrecho pasillo de almacenamiento detrás de ellas, y todas esas habitaciones tienen las mirillas en la parte de atrás" continuó, sintiéndose importante y como una profesora. "La señora los usa para observar a las nuevas damas, ya sabes, para entrenarlas después, lo que hacen mal y todo eso. Además, cuando las señoras tienen clientes, importantes, discuten ciertos asuntos que la señora quiere saber".

May escuchó con fascinación. Parecía que el lugar era aún más corrupto de lo que había pensado.

“Algunas señoras” continuó Krissy, las cubren por dentro, aunque todavía se oye todo. Algunas no lo hacen. “Molly no es muy observadora, ya sabes, así que cuando limpio la habitación, a veces muevo el cuadro que cubre el agujero, y luego, si voy de noche, puedo verlo todo”. Krissy se mordió el labio y miró a May.

May se sentó con la boca abierta de asombro. Para su vergüenza, sintió que una extraña excitación se acumulaba en ella.

“El barón Morse y Molly son mis favoritos” continuó Krissy, hablando rápido. “¡Las cosas que hacen! ¡Dios mío! La última vez, la colocó encima de él, frente a él, pero boca abajo, si sabes a lo que me refiero, entonces su cara estaba justo encima de su polla y ella...”

“¡Detente!” May puso ambas palmas frente a ella para evitar que Krissy hablara.

“¡Pero ella lo disfruta! ¡Señorita Molly, lo hace!” insistió Krissy. “Lo mismo ocurre con la señorita Eliza, sobre todo cuando está con lord Ashbee. Se rumorea que es un amante bastante hábil”. Krissy soltó una risita.

“¿Lord Ashbee?” May se hizo eco.

“¡Sí! ¡El que te encontraste en casa de la señora Sharke! Lo llaman el diablo. Tiene la reputación más terrible” parloteó Krissy como un pájaro. “¡Imagínese! En esta ciudad donde una mala reputación es una insignia de honor, algunas personas preferirían no tenerlo en su compañía”.

May quería preguntar cómo Krissy sabía todo aquello, pero sus pensamientos corrían como caballos salvajes en otra dirección.

“La señorita Eliza tiene la mirilla tapada, pero cuando están juntos, puedo oírlo todo, y él la hace gritar de placer como nunca has oído...”

“¡Detente!” exclamó May. “¡No quiero escucharlo!”

“Se lo puedo mostrar, señorita. Las cosas que hacen...”

“¡Krissy!” gritó May. “¡No más!”

Krissy suspiró decepcionada.

“Molly dice que el barón Morse va a visitarnos esta noche” dijo en voz baja. “Probablemente se retirarán después de...”

“¡Krissy!” May la fulminó con la mirada. Su corazón latía como un tambor. Se dio la vuelta bruscamente y se acercó a la ventana, sus ojos se movían salvajemente, sin seguir el ritmo de sus pensamientos. De repente, un pensamiento la golpeó y giró sobre sus talones para mirar a la criada nuevamente. “Estás diciendo que cada habitación tiene una mirilla...”

“Bueno, sí, señorita”.

“¿Y esta también?”

“Hmmm...” los ojos de Krissy recorrieron como si buscara una mirilla real, “no estoy segura de esta parte del edificio. No lo sé, señorita”.

En ese momento, sonó el timbre de la planta baja, y Krissy se animó, se puso en pie de un salto y desapareció detrás de la puerta.

May no tocó la bandeja de comida, pero pasó la siguiente media hora estudiando cuidadosamente las paredes, poco a poco, cada centímetro de ellas. Pero no encontró nada. Decepcionada, se sentó en el borde de la cama, pensando que tal vez no había visto algo. Sus pensamientos se desviaron hacia la conversación con Krissy, y dejó que su mente divagara. De alguna manera, trajo a colación la imagen de Lord Ashbee en los aposentos de Eliza, y no importaba cuánto intentara deshacerse de los vergonzosos pensamientos, May no podía dejar de

preguntarse lo más indescriptible: ¿cómo era Lord Ashbee?

Lord Ashbee, Charles Hamilton y el joven Walter Bentley estaban sentados en el salón de la casa de Lord Ashbee y bebían brandy. Las puertas que conducían al jardín de la parte trasera estaban abiertas, y la brisa fresca traía el olor a lilas.

La discusión sobre el dinero y el poder se estaba llevando a cabo. Charles expuso su punto de vista de que el dinero no siempre significaba poder, ya que había muchos tontos que no sabían cómo usarlo. Por otro lado, las mujeres eran el ejemplo perfecto de cómo se podía avanzar en este mundo sin ni un centavo a su nombre. Charles, que era amigo íntimo de Lord Ashbee y tenía la misma edad, disfrutaba introduciendo al joven Walter en la vida social.

"Salome Sharke, la que ya tuviste el placer de conocer, empezó desde el fondo" le explicó Charles, entrecerrando los ojos a través del humo del cigarro encendido entre los dedos. "De hecho, en algún lugar del East End, lo creas o no, aunque esa parte de la historia fue olvidada con éxito. Tuvo suerte de no contraer ninguna enfermedad que pudiera matarla a una edad temprana". Charles soltó una risita y volvió a llenar sus vasos de brandy. "No es cosa de risa, por supuesto. Es por eso que uno" le hizo un gesto con la cabeza a Walter "siempre debe atenerse a establecimientos mejores si los medios lo permiten. Salome Sharke se gana bien la vida. Trata a la gente de manera justa, cuida de sus hijas, juega bien con los clientes y mantiene a sus amigos en las altas esferas. Creo que tiene más poder en Londres que algunos miembros del Parlamento".

Se echó a reír y Walter soltó una risita al unísono. "La dueña de un burdel, quién lo hubiera pensado", dijo el joven.

"La vida en la ciudad" interrumpió lord Ashbee "no se parece en nada a la del campo, créeme, Walter. En Londres, los vicios son mucho más importantes que las virtudes. Ellos gobiernan esta ciudad, a ricos y pobres".

"¿Y los prostíbulos? Seguramente les estás dando demasiado crédito", argumentó Walter.

"¡Ja! Poco sabes, hijo mío. Salvan a hombres y mujeres, familias y matrimonios".

"¡Matrimonios! ¡Tontería! ¡Los arruinan!".

"Al contrario". Lord Ashbee enarcó las cejas, caminando con un cigarrillo en la mano. "Tanto los hombres como las mujeres piensan en el matrimonio como un contrato. Por lo general, uno de conveniencia, olvidando que debe ser uno de placer. Las mujeres se consideran a sí mismas como reproductoras y portadoras del título que tienen los hombres. Así que poco a poco se convierten en cadáveres andantes, olvidando cómo ser mujeres de manera sexual. Y si los maridos no quieren perseguir el placer o son demasiado indiferentes, entonces las mujeres no se molestan. Pero los hombres tienen un mayor deseo sexual. Quieren novedad, emoción. También les gusta ver a su pareja disfrutar del sexo. Nadie quiere un cadáver. Bueno, con algunas excepciones", agregó. Charles soltó una risita y Walter le dirigió una mirada mortificada. "Las mujeres son cobardes", continuó.

"¿Cómo?" Walter enarcó las cejas.

"Sí. Aprenden a complacer. Incluso en contra de sus intereses. Aprenden que tener deseos y buscar placer no es propio de una dama. Así que los reprimen, rechazan a sus maridos y se convierten en gatos mimados que solo saben ronronear, silbar o arremeter con sus garras. Por lo tanto, sus parejas encuentran la liberación en otro lugar. Ya sabes, las personas pueden hacer casi todas las actividades sexuales por su cuenta. Sin embargo, disfrutan de la sensación de unión. De

agradar y ser complacido. De usar y ser usado. Contacto humano. Intimidad. Es imprescindible para la supervivencia. Lo mismo ocurre con el sexo".

"Es una afirmación audaz" dijo Walter con una sonrisa, aunque hipnotizado por la filosofía de su primo.

"San Agustín dijo: 'Si quitas la prostitución, la lujuria derribará las sociedades'. ¿Lo ves?" Lord Ashbee sonrió. "A los hombres les gusta el placer. Es una necesidad humana básica. Pero también buscan potencial. Hay una diferencia entre una puta y una mujer sexualmente abierta. Nos gustan las dos cosas. Usamos putas, soñamos con ser libertinos, pero terminamos casándonos con el dinero o el estatus que las putas no tienen y que a los libertinos no les importa mucho".

En ese momento, su mayordomo, Gordon, un hombre de unos cincuenta años, entró en la habitación y anunció un visitante. Para sorpresa de Lord Ashbee, el visitante se negó a entrar, y encontró a Krissy esperándolo en la puerta. Jadeante y apurada, compartió la información que había recopilado. Después de recibir algo de dinero de Lord Ashbee y un conjunto adicional de instrucciones, se fue con una gran sonrisa, dejando al hombre en un estado de asombro.

La chica misteriosa, ¡una virgen!

¡Qué joya tan rara!

¡Tan refinada e intacta!

La idea lo entusiasmó, y todavía estaba reflexionando sobre la noticia cuando regresó al salón.

"Ray, pareces como si acabaras de descubrir algo que no sabías que era posible". Walter, ya bastante borracho, sonrió y se terminó otra copa de brandy.

"Joven, con el tiempo, llegarás a descubrir que el mayor placer no proviene de las cosas, sino de aquellos que las entregan. Las cosas más simples pueden traer decepción o felicidad, dependiendo de la mano que las presente".

Tanto Walter como Charles estaban perdidos en este último pensamiento filosófico. Miraron con curiosidad a lord Ashbee, que parecía igualmente perdido, pero en las noticias de las que derivaban los pensamientos.

Krissy no era inteligente, pero era una persuasiva zorra. En los días siguientes, sacó a relucir la conversación sobre las escapadas de las damas no solo una sino dos veces. Cuando May protestó, la criada utilizó su argumento más fuerte.

“Pero, señorita, ¿cómo sabrá usted qué hacer cuando llegue el momento?”

Miró a May con tal desconcierto que la joven se sintió confundida por un segundo.

"Con el tiempo se aprende. Seguro que no espías a la gente por eso".

“Pero las damas son las mejores en su profesión” replicó Krissy. “No hay vergüenza en eso, señorita. Incluso las reinas son educadas en los caminos del placer antes del matrimonio. No veo por qué debería avergonzarme de eso”. Krissy alzó la barbilla como si May la hubiera ofendido mucho.

“¿Pero espiar a los benefactores? ¿No crees que esperan privacidad?” argumentó May.

“¿Privacidad?” Krissy la miró conmovida y de repente estalló en carcajadas, lo que confundió aún más a May. "Señorita, no ha visto las fiestas en las que todos están desnudos, haciendo lo que quieren, sin importarles los demás".

May se quedó en estado de shock. “¿Hay fiestas como esas?” Tenía la boca abierta.

"¡Hay todo tipo de cosas, señorita!" Krissy soltó una risita. "Cuando el marqués de Orleans visitó desde Francia, llevó a siete damas a su habitación y les hizo hacer cosas entre ellas y con él, y duró dos días. Algunas señoras todavía hablan de cómo desearían que volviera a visitarnos".

May no podía creer lo que oía. ¿Cómo podría existir un mundo como este? Y no solo en algún lugar, sino aquí en Londres. Patrocinado por lo mejor de la alta sociedad.

El plan de Krissy, que no era, de hecho, el suyo, funcionaba bastante bien. May decidió que miraría solo una vez para alimentar su curiosidad y ver cómo se hacían las cosas.

Cuando Krissy corrió a su habitación más tarde esa misma noche, para guiarla le dijo: "Rápido, señorita, es Bonnie, acaba de llevar al barón Carlile a su habitación", May vaciló y sintió una punzada de pánico y vergüenza. Pero no tuvo tiempo de responder, ya que Krissy ya había regresado al pasillo y May la siguió.

“Ya he visto a Carlile” le susurró Krissy a May, mientras se abría paso por el oscuro pasillo con una lámpara de aceite. "Es todo un caballero. La complace a Bonnie antes de que ella se ocupe de él, y él es..." Krissy se rio, “ya lo verá”.

El corazón de May latía con fuerza cuando giraron a la derecha en la intersección central del pasillo, caminaron hasta el final del ala y se detuvieron al final frente a la vieja puerta de madera.

“Es una cerradura falsa” susurró Krissy, tanteando con ella, y luego le hizo un gesto a May para que la siguiera e iluminó el pasillo, sofocante y polvoriento, de apenas un metro y medio de ancho, con tablones y cubos alineados en la pared derecha. “Cuide sus pasos, señorita” susurró

Krissy mientras se detenía frente a una pequeña mancha de luz del tamaño de una moneda que brillaba a través de la pared del lado izquierdo. “Aquí”. Dejó la lámpara en el suelo y se inclinó para mirar por la mirilla a la altura de sus ojos.

El corazón de May latía tan rápido que creyó oírlo, pero lo que oyó fueron risas y voces ahogadas. Cuando miró hacia el pasillo oscuro, vio varios parches más de luz que brillaban a lo largo de la pared. ¡Las mirillas! ¡Krissy tenía razón! Era una sala de espionaje, y de repente May pensó que, si la atrapaba una de las damas o, Dios no lo quiera, un cliente, el escándalo podría arruinarla. La idea la aterrorizaba, pero ahora, estando allí y escuchando las voces que venían de la habitación, su curiosidad la dominó y no podía esperar a ver qué sucedería en la habitación de la dama.

“Aquí, señorita. Krissy” hizo un gesto para cambiar de lugar, y el corazón de May se estremeció de emoción. Se inclinó hacia el pequeño círculo de luz, y la oscuridad se expandió hasta convertirse en un espacio iluminado de la habitación de Bonnie.

Bonnie, una pelirroja con el pelo del color del fuego y pecas por toda la cara y los brazos, y el barón Carlile, que era un hombre regordete de unos cuarenta años, andaban a tientas, besándose y desvestiéndose. Bonnie soltó una risita y un arrullo, y el barón gruñía y hacía extraños ruidos parecidos a los de los animales.

Krissy hizo un ruido arrastrando los pies en la oscuridad, y May se apartó de la mirilla para agarrar a la doncella de la mano.

“¿A dónde vas?” susurró May alarmada.

“Tengo que ir a hacer mis recados” susurró Krissy.

“No puedes dejarme aquí” protestó May.

“Ssshhhh, pero tengo que irme”.

“¡No te atrevas! ¡No te atrevas a dejarme aquí!” May protestó en un susurro de pánico, y Krissy murmuró «está bien» y se sentó en el suelo, apoyada contra la pared, mirando a May con curiosidad.

May se inclinó de nuevo hacia la mirilla y siguió mirando.

El hombre ya se había quitado la camisa, lo que dejaba al descubierto su cuerpo regordete, pero sus movimientos eran rápidos y codiciosos mientras besaba el cuello y el pecho de Bonnie mientras ella intentaba desabrocharse el corsé. Finalmente logró quitárselo, y Carlile le arrancó la camisola de los hombros y la bajó hasta la cintura, dejando al descubierto sus pechos. Sus manos agarraron los dos pechos de Bonnie, apretándolos, su boca se abrió de par en par como la de un pez que traga, y se llevó un pecho a la boca y chupó el pezón. Bonnie se rio y soltó un fuerte “ah” mientras sus dedos acariciaban la cabeza, el cuello y los hombros del hombre.

May contuvo la respiración y abrió la boca en estado de shock cuando, por primera vez en su vida, vio a dos personas acariciándose. Se sintió petrificada ante la idea de ser sorprendida espiando, pero emocionada al ver a la mujer semidesnuda siendo complacida por el hombre.

Los labios de Carlile se movieron hacia el otro pecho de Bonnie mientras masajeaba el pezón abandonado con los dedos, luego se enderezó, arrastró a la joven hasta la cama y la arrojó sobre ella.

La cama estaba más cerca de la mirilla, justo a la izquierda de ella, y ahora May tenía una vista aún mejor, lo que despertó la emoción en el fondo de su vientre mientras seguía mirando, sin saber que había mucho más por venir.

Carlile dijo algo inaudible, y Bonnie, ahora en la cama, dobló las piernas a la altura de las rodillas, las abrió de par en par y se subió la falda hasta la cintura para dejar al descubierto sus partes íntimas desnudas.

¡Sin bragas!

May quiso jadear, pero el aire se le atascó en la garganta.

Al momento siguiente, Carlile se arrodilló, enganchando sus manos bajo los muslos de la chica, y su boca se dirigió a la parte más privada que la chica acababa de exponer.

May no se sonrojó ni jadeó, porque la abrumadora conmoción la paralizó. Sus ojos se abrieron de par en par mientras observaba al barón lamer y lamer entre los muslos de Bonnie como si fuera un perro hambriento al que le hubieran dado un plato de comida. Bonnie se apoyó en los codos y lo observó también mientras él usaba su boca y su lengua para lamer entre sus piernas. Con una mano subió hasta su pecho derecho y lo apretó con fuerza. Bonnie empujó sus muslos hacia arriba para presionarse más contra su boca, y Carlile se la chupó con un sonido fuerte y descuidado antes de que su lengua se sumergiera de nuevo, ante lo cual Bonnie echó la cabeza hacia atrás con un gemido bajo.

May tragó saliva y sintió un inusual e intenso palpar entre sus piernas.

¿Hace esto la gente normal?

No podía creerlo, pero sabía que sus ojos no la traicionaban mientras miraba fijamente a la joven, con las piernas abiertas y la cabeza oscura de Carlile justo en el centro. El hombre le dio al clítoris de Bonnie un último beso voluptuoso, se levantó de sus rodillas y comenzó a desabrocharse apresuradamente los pantalones. Bonnie le sonrió mientras sacaba su miembro. Los ojos de May se agrandaron aún más, y se esforzó tanto por mirarlo mejor que pensó que se les saldrían. Pero no tuvo la oportunidad de ver los detalles, ya que los pantalones de Carlile cayeron hasta sus rodillas y su miembro desapareció dentro de la parte íntima de Bonnie, donde acababa de estar su boca. Bonnie volvió a gemir, y May observó conmovida cómo los dos cuerpos se unían en tres lugares diferentes: las caderas y las nalgas del barón que se movían violentamente entre las piernas de la muchacha, sus manos que apretaban sus pechos y su boca que se tragaba los suyos. En un momento, sus caderas aumentaron el ritmo, gruñó y finalmente, jadeando violentamente, cayó inerte encima de la chica.

Al otro lado, May se apartó de la pared, apenas respirando. Oyó que Krissy se levantaba y levantaba la lámpara, iluminando el espacio que había entre ellas.

"Creo que han terminado por ahora". Krissy sonrió con picardía, mordiendo el labio inferior. "Puede que empiecen de nuevo, pero tengo que irme, señorita. ¡Quédese! ¡Hay mucho más que ver!"

May miró distraídamente los ojos de la muchacha, que brillaban con picardía. Todavía paralizada por la conmoción, sacudió la cabeza y siguió a la criada fuera del oscuro pasillo.

De vuelta en su habitación, May no podía quitarse la escena de la cabeza. Le chocó la desvergüenza con que la muchacha se había abierto, la avidez con que Barón se comía sus partes íntimas. ¡Un lobo, nada menos que eso!

¿Era eso lo que se suponía que debían hacer las mujeres?

¿Era así como a los hombres le agradaba?

¿Era ese el tiempo que solía durar todo el calvario?

¿Qué hay de las noches enteras de amor sobre las que cantaban en obras de teatro y novelas?

¿Hacer el amor hasta el amanecer? ¿Era eso, de la habitación de Bonnie, hacer el amor?

La cabeza de May estaba llena de estos pensamientos mientras se dejaba caer en la cama y se tumbaba allí, en la habitación poco iluminada, repitiendo las escenas de antes. Se sintió excitada una vez más al recordar el vello púbico rojizo de Bonnie, la hendidura rosada entre sus piernas y la fiebre con que el barón Carlile se lo había mordido y lamido. Sintiendo de nuevo el palpar entre sus piernas, las dobló a la altura de las rodillas, se levantó la falda y deslizó los dedos en la

hendidura de sus bragas. Se enteró con vergüenza de que estaba empapada. Pero tan pronto como sus dedos tocaron las partes entre sus piernas, sintió el deseo imparable. Cerró los ojos y siguió acariciándose de arriba abajo. Su mente le trajo a la mente las imágenes de las piernas de Bonnie, abiertas de par en par, y la boca de Carlile entre ellas. Excepto que, en cuestión de segundos, Lord Ashbee estaba en esas imágenes, y era su mano la que estaba allí abajo, en lugar de la suya, tocándola íntimamente.

Señor Ashbee.

Sus ojos oscuros.

Su sonrisa.

Su mano entre sus piernas.

May jadeó, contuvo la respiración, tratando de no gemir, sintió el destello de placer en lo más profundo de su interior y llegó al clímax. Yacía en la cama en medio de un silencio tenue, con la falda entre las piernas, llena de sorpresa por el placer y de vergüenza al pensar que había sido Lord Ashbee en su imaginación quien se lo había traído.

May no entendía la urgencia y la excitación con la que Krissy entraba en su habitación para revelarles los últimos chismes y noticias. Aunque May detestaba los temas desvergonzados, o trataba de convencerse a sí misma de que lo hacía, estaba inmensamente aburrida y sentía curiosidad por la vida de las cortesanas. Cada vez más a menudo, se preguntaba cómo las mujeres de este oficio en particular trataban a los hombres y por qué tantos hombres elegían gastar su tiempo libre y dinero en compañía de estas damas en lugar de sus esposas.

Krissy era una charlatana. Tenía solo catorce años, pero sabía más que May sobre los detalles de los placeres del dormitorio. Al menos en teoría. O no.

"Lo hice por primera vez con el chico vecino hace un año".

"¿Hiciste qué?"

"Perdí mi virginidad" dijo Krissy con importancia, como si la hubiera subastado por un alto precio. "Me dolió un poco. No fue muy divertido. Es decir, la *primera* vez". Se apoyó en la puerta y sostuvo el dobladillo de su delantal en sus manos, jugando con él. "El segundo fue Tom Aitken, el hijo del carnicero local. Es diez años mayor que yo, y usaba su boca, y... ¡Dios mío!, ¡esa fue la primera vez que supe por qué las mujeres gemían y se revolían como un pez fuera del agua!" Se mordió el labio inferior y miró a May tímidamente. "Tom Aitken era divertido, pero demasiado grande. Su miembro era grande" Krissy abrió mucho los ojos para enfatizar, "y cada vez que me tenía, me dolía más que la primera vez, y sangraba durante un día después. Dicen que una se acostumbra. ¡No, señorita! Cada vez, me destrozaba y ni siquiera cabía todo. Sentía como si me empujara las mollejas hasta las costillas".

"¡Dios mío, Krissy!" May puso los ojos en blanco avergonzada y negó con la cabeza.

"No, señorita. No hay diversión en eso. Así que conseguí que usara la boca y las manos antes de que se complaciera". Krissy miró a May con complicidad, como si supusiera que May sabía lo que quería decir. "Entonces, una vez, Sir Richardson se emborrachó durante la fiesta de abajo y me sorprendió en el pasillo y quería que me levantara la falda y me mostrara y le dije que no, que tenía un tipo de trabajo diferente, y él se enojó y me tiró monedas y..." Krissy bajó los ojos con una sonrisa, "bueno, no gano ni siquiera eso en un día, así que tomé el dinero e hice lo que me dijo. Y empezó a ponerme las manos encima, pinchándome aquí y allá, y me gustó bastante, y lo siguiente que supe fue que tenía los pantalones bajados y me cogía por detrás, pero no lo sentí tanto porque su pájaro carpintero era muy pequeño. Le digo, señorita, que debe de ser así de pequeño en todo su tamaño" Krissy mostró con el pulgar y el índice el tamaño de no más que una moneda grande.

May escuchó todo esto con un rubor de vergüenza y asombro.

"Pero, por supuesto, el tamaño no importa, ¿sabe?", continuó Krissy, hablando como una

experta. "Lo prefiero más pequeño. Solo pensar en el tamaño de Tom Aitken me da... ¡Uf!" Ella se estremeció. "Hay muchas maneras de herir a una mujer, y atravesarla con una lanza es la peor. La señorita Lucie dice que leyó a un famoso médico que decía que tres pulgadas son suficientes para satisfacer a una mujer, porque cualquier cosa más allá de ese punto es como revolver una olla vacía.

"¡Krissy!" May se sonrojó, pero no pudo contener una sonrisa.

La criada soltó una risita, tapándose la boca con la mano. "¡Lo juro por Dios! ¡Ella dijo eso! Y la señorita Molly dice que, si un hombre tiene al menos un dedo, puede complacer a una mujer". Volvió a reírse, y May sacudió la cabeza y se removió en la silla. Su mente era un carrusel de imágenes, cada una peor que la anterior. ¡Quién diría que la vida en el dormitorio era tan complicada y sucia, pero tan emocionante y versátil!

La puerta trasera de la planta baja se abrió con un fuerte golpe. Se oyó el rugido y las maldiciones de un hombre, luego el chillido de una mujer en algún lugar de la casa, y la puerta se abrió de nuevo.

"¡Ah, toma lo que te apetezca, moza!" rugió un hombre en el piso de abajo, y todo quedó en silencio.

Krissy corrió hacia la ventana, inspeccionó la calle con interés y se dio la vuelta.

"Ese cabrón, Will, supongo. El esposo de Martha. ¡Qué maldito borracho!"

Pero con la misma rapidez, su atención volvió a la discusión, como si no hubiera nada que a Krissy le gustara más que hablar de hombres y mujeres.

Krissy le contó a May una historia del conde D'Armanie, que le había hecho un regalo a la señora Sharke no hacía mucho. El regalo era una estatua de Hermes con un gigantesco pene erecto del tamaño del mismísimo Dios. D'Armanie pensó que estaba siendo inteligente. Sus compañeros y las damas de la casa exclamaron.

La señora Sharke arqueó una ceja y se volvió hacia D'Armanie con una sonrisa cortés.

"Agradezco el regalo, querido conde" dijo. Si la señorita Marilyn estuviera aquí, lo habría admirado mucho, porque era una verdadera conocedora de las tallas grandes.

Al oír eso, los caballeros se rieron y las damas se rieron.

"Pero en este establecimiento", continuó, "odiaría que cualquiera de mis maravillosos benefactores se sintiera inferior. En Belle House, hacemos todo lo contrario. Guardaré esta estatua en mis aposentos. Y si encuentras la estatua de un dios con el falo más pequeño, estaría encantada de exhibirla, porque cualquier hombre que entrara en esta casa se sentiría superior a Dios.

"Bueno, *casi* todo el mundo" corrigió Eliza con una risita, y la señora Sharke le lanzó una mirada rencorosa y continuó.

"La verdad es que el arte del placer no siempre tiene que ver con las partes privadas". Le dedicó a D'Armanie una sonrisa cómplice. "Le puedo asegurar que incluso si un hombre no tuviera una polla, mis damas encontrarían una zona erógena para llevarlo al éxtasis". Ella lo miró.

Era una mujer inteligente, y D'Armanie mordió el anzuelo.

"¿Ah? ¿Escuché un desafío?" Miró a sus compañeros como si buscara apoyo, y ellos se rieron.

"¿Quiere que lo sea?" La señora Sharke ladeó la cabeza con la sonrisa de un hábil cazador.

"Estaré más que encantado de hablar de esto. Si su señora puede hacer esto, pagaré el doble de la tarifa. Si no, todo corre por cuenta de la casa".

"Ah, conde, no esperaba menos de usted. Elija a su pareja" dijo juguetonamente, tomando un

sorbo de brandy, y miró a las damas de la habitación sin tomar prisioneros.

“A mí también me gustaría hacer una apuesta” intervino Sir Dale con entusiasmo, ante el oh-la-las de las damas.

“Yo también, ¿por qué no?” gritó Sir Willis con emoción, fijando los ojos en la señorita Kat, que le había estado lanzando miradas sugestivas durante la última media hora.

Las damas fueron elegidas, las reglas establecidas. Las parejas subieron a las habitaciones. Y así fue como la estatua de Hermes comenzó el desafío "sin contacto". Las tres damas tuvieron éxito, por supuesto, ganando los honorarios dobles. Dijeron que la señorita Kat tuvo que sujetar a Sir Willis y atarle las manos, luego se masturbó, a poca distancia de su polla, acariciándole los muslos. Alcanzó el orgasmo en dos minutos, justo después de que ella alcanzara el suyo, y ella ganó otra tarifa doble mientras la retenía hasta el resto de la noche.

"Me pregunto cómo un hombre le haría eso a una mujer", dijo Krissy, concluyendo la historia mientras May permanecía sin palabras. Apuesto a que Lord Ashbee lo sabe. Miró a May significativamente, y May le lanzó una mirada sorprendida al mencionar el nombre y se sonrojó.

Despidió a Krissy, contenta de deshacerse de la boca incansable de la criada, y se quedó junto a la ventana cepillándose el pelo, sumida en sus pensamientos. O se estaba volviendo loca, pensó, o el mundo lo estaba, porque parecía que dondequiera que mirara, la gente se entregaba al placer, y May no sabía nada al respecto.

Esa misma noche, May volvió a ver a Ada. La muchacha entró en su habitación sin levantar los ojos, dejó la bandeja de comida en el suelo y estaba en la puerta cuando May la detuvo.

“¿Está todo bien?” preguntó May, frunciendo el ceño.

Ada asintió, ocultando los ojos.

“¿Estás segura, cariños?”

La niña no respondió.

"Puedes decírmelo, ya sabes. Tal vez pueda ayudarte", intentó May de nuevo. La vida de las sirvientas no era asunto suyo, pero cualquier participación era una forma de pasar el tiempo.

Ada negó con la cabeza y sus manitas se apretaron aún más, como si estuviera tratando de infligirse dolor a sí misma.

“¿Ada?” May insistió.

Un pequeño sollozo brotó de Ada. “Te ha quitado el broche” dijo ella, y sollozó, sin levantar la cara.

“¿Quién lo hizo?” May frunció el ceño.

“Papá” dijo Ada en voz más baja. “Mamá trató de detenerlo” sollozó, “era su regalo” empezó a sollozar, “pero él se lo llevó de todos modos” otro sollozo, “y lo vendió porque dijo que necesitábamos dinero”.

Ada rompió a llorar y el corazón de May se hundió.

“¡Qué hombre tan malvado!” Se acercó a la niña, se agachó y acarició el cabello de la niña. “Está bien, Ada, todo va a estar bien. A veces suceden cosas malas, pero con el tiempo mejoran”.

Ada negó con la cabeza. “No, no lo hacen”.

Oh, ¿cómo se suponía que iba a consolar a la niña cuando ella no tenía nada que decir en este lugar? Ni siquiera podía decírselo a la señora Sharke. La mujer nunca entendería por qué la vida de los pobres era asunto de May. Y no fue así. Pero en casa, siempre se cuidaba a la gente, incluso a los más pobres.

May trató de consolar a la muchacha, prometió darle otro broche, y cuando Ada se marchó limpiándose la cara con pequeños puños, May pensó que la vida era totalmente injusta.

"Entonces, ¿qué piensas de las mujeres?"

Charles encendió un cigarrillo y miró a Walter a través del humo. Acababan de terminar su almuerzo de fricasé de pollo, seguido de pasteles de postre y ahora Nalifka, un licor ruso con sabor a frambuesa.

"Me gustan". Walter se encogió de hombros, pero una sonrisa tímida se dibujó en sus labios.

Charles se echó a reír. "Ray esperaba que te gustaran". Miró a Lord Ashbee, que estaba sentado a su lado.

"Pero, por supuesto, es posible que nunca descubras *otros* gustos hasta que los pruebes", dijo Lord Ashbee.

"¿Qué *otros* gustos?" Walter lo miró con recelo.

"Hombres. Por ejemplo".

"¿Hombres?" Walter gritó y miró a su primo con horror.

"¡Cálmate, Walter!" Lord Ashbee trató de reprimir una risa. "¡Dios mío! Actúas como si te pidiera que asesinaras a un hombre. A veces no sabes lo que tu cuerpo y tu mente necesitan hasta que algo despierta tu curiosidad", explicó.

"Ahora, presta atención". Charles le dedicó al joven una mirada significativa. "Aquí es cuando tienes que tener cuidado, amigo mío". Se inclinó como si estuviera a punto de revelar un secreto. "Cuando tu primo mencione la palabra *curiosidad*, ten cuidado. ¡Es la palabra más peligrosa!"

"¡Es la más liberadora y satisfactoria!" argumentó lord Ashbee.

"No cuando sale de tu boca, Ashbee".

"Bueno. La vida es demasiado maravillosa para ser demasiado cuidadoso con ella".

"Yo diría que es demasiado preciosa para no serlo".

"Mira, Walter" lord Ashbee se volvió hacia su primo, "Charles y yo tenemos opiniones muy diferentes. Esta es la base de la verdadera amistad: nos recordamos mutuamente lo que no debemos ser".

Charles se echó a reír, y lord Ashbee soltó una risita.

"La curiosidad es la razón por la que me mantienes cerca, Charles" dijo lord Ashbee.

"Tal vez algunas de tus aventuras sean mis fantasías que nunca tendré el coraje de cumplir. ¿Para qué *me mantienes cerca*?"

"A veces, eres la única voz de la razón y la que realmente se preocupa. De todos modos, me gustaría pensar que sí" dijo lord Ashbee, mirando a Charles con calidez. "Además, eres la única persona que sabe lo ingenuo y débil que era. Hace años. Será mejor que esté en buenos términos contigo para que no vayas por ahí contándole a la gente historias tristes sobre mí y arruines mi

reputación".

"¡Ja! ¡Ashbee, eres una de las pocas personas que conozco a la que no podría importarle menos su reputación!

"¡Cierto! Pero esto puede cambiar cuando sea viejo y débil. Será mejor que te mantenga por aquí hasta entonces. ¿Quién sabe qué broma nos gastará la vida? Podrías convertirte en un viejo bribón aventurero con una curiosidad voraz que mantendrá a raya a mi yo marchito. La vida es una cosa curiosa".

"¡Esa palabra otra vez!" Charles se echó a reír. "¿Has encontrado el placer que requiere cero curiosidad? Piénsalo. Algo tan intenso físicamente que estimula los sentidos en lugar de tu mente".

"¿No son los sentidos la manifestación física de la curiosidad?"

"No lo sé. Pero ¿existe la posibilidad? ¿Meditación? Deberías investigar las técnicas budistas. Dicen que un hombre puede alcanzar el más alto nivel de unidad con el universo aniquilando completamente los sentidos".

"Esto me suena a muerte".

"¿No te gustaría saber cómo es eso?"

Lord Ashbee dirigió a su amigo una mirada perpleja. "No, Charles. A mí no me gusta eso. Aunque conozco lugares en el East End que se le acercan".

"¡Ah! ¡El East End!". Charles negó con la cabeza.

"¿Qué hay en el East End?" Walter, ensimismado, finalmente intervino.

"Debería llevarte allí" dijo lord Ashbee a Charles.

"Por favor, no lo hagas", suplicó Charles.

"¡Quiero ir!" dijo Walter sin saber cuál era el lugar.

"No, no" replicó Charles y se volvió hacia su amigo. "Ashbee". Le dirigió una mirada de reproche.

Lord Ashbee esbozó una sonrisa diabólica. "Bluegate Fields. Whitechapel. ¡Qué gira sería esa!", resopló.

"Él no es como tú".

"No tiene por qué serlo. Pero eso sería una gran experiencia".

"Entonces quiero ir contigo. Para asegurarme de que el chico no vaya más allá de lo que me gustaría".

"¡Ajá!" Lord Ashbee soltó una risita de sorpresa. "¿Tú? ¿En esa parte de la ciudad? Me temo que no hay suficiente alcohol para mantener la calma".

"¡Pruébame! Haré cualquier cosa para salvar el alma de este joven de tus garras".

"Te salvaste a ti mismo. Eso es un logro".

Los ojos de Walter Bentley pasaron de un hombre a otro. Hablaban de él como si no estuviera allí, y él se maravillaba de lo diferentes que eran, pero de lo fuerte que era su amistad. Más que nada, quería saber sobre los lugares del este de Londres y qué era Bluegate Fields. La curiosidad, en efecto, era algo poderoso.

La curiosidad se estaba apoderando de lo mejor de May, la novedad dejaba de serlo cuando una persona estaba expuesta a algo durante un tiempo. O las conversaciones con Krissy, o las revelaciones a través de la mirilla, o simplemente los asuntos cotidianos del establishment que May llegó a escuchar las 24 horas del día, o todo lo anterior tocó una fibra sensible en ella. Tan

pronto como cedió, se soltó, hizo las paces con su entorno y la realidad de Belle House no parecía tan sombría.

¡Curiosidad!

¡Qué rápido podía arrastrar a una persona por los callejones más oscuros!

¡Una droga, nada menos!

Como si cada vez que May sucumbiera a ella, su cuerpo anhelara más. La mente joven era un monstruo hambriento que esperaba ser alimentado y buscaba al maestro que pudiera domarlo.

A veces, abría lentamente la puerta y miraba hacia el pasillo. La alfombra bordó que revestía sus pisos de madera. Las puertas como portales a los momentos de placer. Los olores que variaban en diferentes épocas: vino, flores, colonias y perfumes. A menudo, había risas y charlas en el piso de abajo. Los sonidos de alguien tocando el piano. ¡Cómo echaba de menos la música! Se oían gemidos y chillidos en las habitaciones. Maldiciones aleatorias. De vez en cuando, estaba tranquilo, por lo general en las primeras horas de la mañana, cuando Belle House era casi como un lugar de alojamiento promedio, excepto por la decoración exagerada. Por las noches, cuando los pasillos estaban oscuros y oscuro en la parte trasera de la casa, May se aventuraba a salir y ver a las parejas subir las escaleras. Sus conversaciones tranquilas, sus besos, sus manoseos... el corazón de May se estremecía de miedo, pero quería saber más, verlo todo, como si, por primera vez, le hubieran revelado el mayor misterio de la humanidad: el juego entre mujeres y hombres.

Fue el encuentro con William Dunn lo que puso a May al borde del abismo y la convenció de que algunos hombres no eran más que animales en sus placeres.

Krissy escogía los temas de placer como una conocedora, atrayendo a May más profundamente en la dudosa educación. Pero después de un par de veces, May encontró cada vez más valor para aventurarse en el pasillo oscuro detrás de las habitaciones y en las mirillas que le mostraban el mundo que no sabía que existía.

Una vez más, fijó la mirada en el círculo de luz de la mirilla que se abría a la habitación donde encontró a un hombre y a una chica de pelo oscuro.

“William Dunn y la señorita Odaley” susurró Krissy como si hiciera una presentación formal.

A May no le gustó Dunn desde el principio, ni su cabeza calva y sus patillas desaliñadas, ni su cara de lechón, ni su cuerpo en forma de berenjena. Y lo que vino después le dio pesadillas.

Dunn no dijo nada agradable, pero ordenó a Odaley que se desnudara hasta la cintura, mientras se quitaba todo lo que estaba debajo de él. Luego la besó con avidez, apretando sus pechos con sus garras, luego se agachó para morderlos, lo que hizo que ella produjera un grito agudo. Siguió mordiéndola y apretándole el pecho, los hombros, el cuello, mientras ella permanecía obediente y su mano le masajeaba el miembro. De repente, empujó su cabeza hacia abajo, la arrojó de rodillas, la agarró por la parte posterior de la cabeza y se metió en su boca.

May observó con horror y disgusto cómo le daba un puñetazo en el pelo a Odaley y le empujaba la cabeza con fuerza sobre su polla. Siguió así durante un minuto, luego la arrastró más cerca de la cama, de modo que ella seguía en el suelo con la espalda apoyada en el colchón, y volvió a meterse en su boca. Puso las manos encima de la cama para mantener el equilibrio, las piernas, dobladas por las rodillas, a cada lado de la chica, y siguió follando a Odaley, penetrándola cada vez más fuerte. Gruñó con satisfacción a los gemidos y gorgoteos que salían de la garganta de la pobre muchacha hasta que produjo un extraño balido continuo, como el de

una oveja moribunda, hizo varios empujones violentos en la boca de la muchacha y finalmente se detuvo, con la ingle atascada en su cara. Se quedó así un momento, luego se retiró y fue a hacer sus necesidades a la olla mientras Odaley intentaba esbozar una especie de sonrisa, limpiándose la boca y la cara.

“Llévame de aquí” susurró May, con los labios fruncidos por el disgusto, las manos temblorosas, y echó a andar hacia la puerta.

“Odaley está de acuerdo con esto, ¿sabes?” Krissy se encogió de hombros, siguiendo a May. “El señor Dunn paga más, y Odaley se lo permite”.

“Es repugnante” siseó May, con la sangre palpitando en las sienes.

“A algunas mujeres les gusta así” dijo la criada en voz baja. “Se necesita de todo tipo. Dicen que su esposa es hermosa, y además simpática” añadió, pero May le hizo señas para que se fuera.

“No quiero oír hablar de él” dijo May, y trató de borrar de su mente la imagen del bruto-.

Covent Garden era un distrito en el centro de Londres que tenía una amplia variedad de establecimientos: cafeterías, tabernas y restaurantes, tiendas, teatros y la ópera. Había todo tipo de entretenimiento para complacer a cualquier multitud, incluidas actuaciones callejeras, orquestas al aire libre, hostigamiento de osos y, por supuesto, muchas mujeres a la venta.

Era el final de la tarde. El distrito ya estaba abarrotado, y zumbando, mientras Lord Ashbee y Walter se encontraban en medio de la multitud que rodeaba un pequeño estadio. El letrero decía: "¡Sam el Destructor de Huesos! ¡En vivo!" mientras dos hombres, tan grandes como toros, luchaban en el centro del círculo. Solo llevaban calzoncillos ajustados, por lo que su gloriosa desnudez y sus músculos abultados estaban a la vista. Los dos se agarraban y rodaban por el suelo, rugían y gemían mientras el público los vitoreaba con los gritos e insultos más desagradables y maliciosos. El árbitro, un hombre bajito y rechoncho vestido con un traje, gritó comentarios alentadores a los hombres sudorosos dentro del círculo, y los aplausos de alegría surgieron de la multitud reunida a su alrededor.

"Te hace admirar la fuerza del cuerpo de un hombre, ¿no?" Lord Ashbee dijo en voz alta en medio de los gritos de la multitud mientras Walter estiraba el cuello, maravillándose de los músculos abultados de los dos hombres que se entrelazaban de las maneras más peculiares.

"¿Por qué alguien necesitaría tanta fuerza, excepto para exhibición pública?" gritó de vuelta a su primo y apartó a varias personas que lo presionaban desde atrás, tratando de acercarse más a la arena.

"Estás en un rango que tendría poco uso para eso. "Pero lo mismo se puede decir sobre la belleza".

Observaron otro cuarto de hora cuando un árbitro los separó a los hombres y se quedaron de pie, encorvados, jadeando y resoplando, en los lados opuestos del círculo. Con una sonrisa sórdida, el árbitro desafió a los miembros del público a derribar a uno de los luchadores para obtener una recompensa sustancial.

Lord Ashbee le hizo un gesto a Walter para que saliera de entre la multitud, y mientras se arreglaban la ropa, desaliñados por la gente que los empujaba, Lord Ashbee miró al joven con curiosidad.

"Hay lugares más emocionantes que este si tienes el deseo de explorar este lado del entretenimiento", dijo con una sonrisa mientras se dirigían por Strand Street.

Walter le dirigió una mirada curiosa.

"Solo tenemos que hacer un viaje al otro lado de la ciudad", agregó Lord Ashbee.

¡Al East End! Walter recordó y miró a su primo con un atisbo de vacilación en los ojos.

En ese momento, una joven de buen aspecto chocó con él y se sonrojó, murmurando

disculpas, pero sin quitarle los ojos de encima.

Los dos hombres siguieron caminando, y Walter volvió la cabeza para mirar a la muchacha, que, a su vez, se quedó mirándole.

"Creo que le gusto" dijo, y lord Ashbee estalló en carcajadas.

"¡Walter! ¡Mira a tu alrededor! ¿Para qué crees que están aquí todas estas mujeres?"

Los ojos de Walter se movieron a su alrededor y, de repente, notó un número abrumador de mujeres que entraban y salían de los edificios, paseaban, ocupaban los bancos, charlaban con caballeros. Vestidas con vestidos bonitos y elegantes, o con atuendos más modestos o con ropas sencillas de sirvientas, parecían infestar las calles.

"No lo entiendo" murmuró mientras otra chica lo miraba abiertamente de arriba abajo y esbozaba una sonrisa acogedora.

"Estás en el centro del Distrito Rojo. Durante ciertos momentos del día y de la noche, aquí es donde los hombres vienen a buscar placer, y las mujeres acuden en masa a las calles para proporcionárselo. Si una mujer no tiene compañía, lo más probable es que esté en venta".

"¿Todas?" Los ojos de Walter se abrieron de par en par y, de repente, notó la forma en que las mujeres miraban a su alrededor, lo ansiosas que estaban por iniciar conversaciones con extraños. "¿Cómo harían... Quiero decir... ¿A dónde vas una vez? Sabes... ¿Y si uno hiciera un trato con una de las damas?", trató de encontrar las palabras para expresar su curiosidad.

"Más que nada a las habitaciones de arriba, encima de los negocios. Algunas se alquilan, otras se cobran por hora. Algunas mujeres tienen un trato con los dueños de las tiendas y usan las trastiendas".

Walter miró desconcertado a lord Ashbee.

"Pero..."

"Para mucha gente, el sexo es una mercancía, Walter. Es una necesidad física que debe satisfacerse sin juegos previos ni arreglos complicados".

De repente, el East End no tenía importancia para Walter.

"¿Crees que podemos posponer el viaje?" preguntó, boquiabierto, como si hubiera encontrado un nuevo significado en las cosas.

Lord Ashbee lo observó con curiosidad. "¿Qué tienes en mente?"

Walter no quería explicarlo, pero a Lord Ashbee no se le escapó cómo el joven miraba con a las mujeres, las estudiaba y buscaba señales de sus verdaderas intenciones.

¡Precioso! Lord Ashbee sonrió. Qué delicioso era ver a las mentes jóvenes descubrir cosas nuevas. Y lo que es mejor, observa cómo satisfacen su curiosidad. Los ojos de Walter ardían de fascinación y brillaban de lujuria de una manera que le decía a Lord Ashbee que el joven finalmente había encontrado una obsesión.

"¿Te apetece volver a visitar la Belle House?" Walter miró a lord Ashbee con tanta avidez que el hombre se echó a reír.

"¡Por supuesto, hijo mío! ¡Haremos lo que quieras!" Lord Ashbee le dio unas palmaditas en el hombro y subieron por la calle que desembocaba en Piccadilly, que era su destino, y lord Ashbee pensó de repente en su propio interés por el establecimiento.

Varias horas más tarde, en la Belle House, llamaron a la puerta de la habitación de May, y encontró a Krissy de pie detrás de ella con los ojos más grandes que ciruelas.

"¿Qué pasa, Krissy?" preguntó May ansiosa, sintiendo la excitación de la doncella.

“Es lord Ashbee, señorita” dijo, volviéndose para mirar tímidamente hacia el pasillo. “Está con la señorita Eliza”.

May frunció el ceño, sin entender. “¿Y entonces?”

“Entonces debería irse, señorita” Krissy señaló con la cabeza hacia el pasillo, “al pasillo oscuro, ya sabe”.

No-no-no-no-no.

May negó con la cabeza. “No Lord Ashbee. No, Krissy. Ese hombre...”

No sabía cómo explicarle a Krissy que ese hombre podía ser peligroso. Le tenía miedo por razones que ella misma no entendía. Como si, cuando estaba en la Belle House, pudiera intuir dónde estaba May.

"No. Ya he visto suficiente".

“¡Pero, señorita! No tiene ni idea de las cosas que hace...”

"¡Krissy! ¡Déjame!"

May cerró la puerta en la cara de puchero de Krissy, se dejó caer en la silla y se sentó así durante un rato, golpeando con el pie, incapaz de contener su frustración.

Lord Ashbee...

El hombre era peligroso, lo decía la propia señora. May debería mantenerse alejada. Podía espiar a cualquiera, pero no a él. Pero eso la afligía aún más, porque quería verlo con una dama. Era un amante hábil, decían. Era el favorito de Eliza, admitió la propia señora. Se rumoreaba que ella se sentía más que atraída por él, enamorada, en realidad, y ningún otro hombre podía complacerla mejor, y Eliza había probado muchos.

Llamaron a la puerta y Krissy volvió a estar detrás de ella.

“Señorita, debería venir” dijo Krissy de nuevo.

¿Qué tiene la insistencia de esta chica? May puso los ojos en blanco y suspiró.

"La señorita Eliza está borracha, y cuando ella está así, él hace cosas que..." Krissy se burló y se tapó la boca sonriente con la mano.

May se dio por vencida. Las cosas que había visto en los últimos días ya habían enviado su mente en todo tipo de direcciones curiosas. ¿Estaba siendo arruinada por este burdel, o era natural que una mujer joven se emocionara tanto con el deseo?

Sus sentidos abrumaban cualquier noción de decoro, y se prometió a sí misma que echaría un vistazo rápido y huiría. Solo un vistazo. Solo para volver a ver a Lord Ashbee. Como si la sensación de peligro estimulara su curiosidad.

Justo en la puerta del pasillo oscuro, Krissy le entregó la lámpara.

“Vuelvo enseguida, señorita” dijo y, antes de que May pudiera objetar, desapareció a la vuelta de la esquina.

May luchó contra una sensación de inquietud, pero entró en la oscuridad y cerró la puerta tras de sí.

Llamaron a la puerta de una de las habitaciones, luego se oyeron voces. Se movió en su dirección, luego vio la luz que salía de uno de los agujeros, dejó la lámpara en el suelo y se inclinó para mirar más de cerca.

La habitación tenía el mismo diseño: una cama a la izquierda, un escritorio junto a la pared, justo debajo de la mirilla, una silla al lado, un sofá y una mesa junto a la pared opuesta. La habitación estaba bien iluminada por los apliques adosados a la pared, y May podía verlo todo como si fuera de día.

Lord Ashbee y Eliza estaban solos en medio de la habitación. Lord Ashbee vestía pantalones y una camisa blanca desabrochada. Se paró detrás de Eliza, murmurando algo en su oído y

deslizando lentamente la camisola hasta su cintura, dejando al descubierto la parte superior de su cuerpo. Los pechos de la mujer eran perfectos. Sus manos se deslizaron hacia ellos por detrás y los acarició suavemente. Llevaba el pelo suelto y se balanceaba con gracia sobre un hombro, cubriendo uno de sus pechos, pero Lord Ashbee se lo echó hacia atrás, dejando al descubierto su frente.

May sintió una punzada de envidia al observar el cuerpo perfecto. Sabía que debía irse, pero la curiosidad se apoderó de ella. Quería ver el resto de Eliza y entender por qué Lord Ashbee la prefería a ella sobre el resto de las chicas. Más que nada, May tuvo que admitir que quería ver a Lord Ashbee desnudo. Así que siguió observando cómo desataba las faldas y la ropa interior de Eliza y las dejaba caer al suelo.

Eliza era realmente hermosa. Mientras los ojos de May seguían su figura hasta sus partes íntimas, se sorprendió al descubrir que Eliza no tenía pelo allí abajo. ¿Cómo? Había oído, por supuesto, hablar de prácticas tales como que las mujeres lo depilaban completamente, pero nunca lo había visto ni siquiera en fotos, y ahora estudiaba las partes íntimas de la joven, que parecían las de una niña pequeña.

Eliza levantó los brazos para enredarlos en el cabello del hombre detrás de ella mientras él continuaba besando su cuello y jugando con sus pechos.

¡Oh, qué diferentes eran sus besos! ¡Nada como los sorbos codiciosos y lujuriosos de otros hombres! May lo observó, fascinada, y se sintió excitada. Empezó a respirar con dificultad, observando sus labios, que se movían suavemente a lo largo del cuello de Eliza, sus dedos acariciando su piel. Empujó suavemente a Eliza hacia delante, guiándola hacia el escritorio de la pared, detrás del cual May permanecía inmóvil, asombrada. Finalmente, estaban tan cerca que May podía oír su respiración, podía ver los lunares en el cuerpo de Eliza, podía ver cada movimiento de los dedos del hombre. Lord Ashbee volvió la cara hacia la mirilla y, por un momento, a May le pareció que la miraba. Se apartó de la pared y se quedó con la boca abierta, temerosa de moverse, temerosa de respirar. Todavía podía huir, irse, correr de regreso a su habitación antes de que la descubrieran, pero tenía miedo de que sus movimientos hicieran ruido, así que volvió a presionar la vista contra la mirilla.

Lord Ashbee besaba y mordisqueaba la oreja de Eliza. Sus manos se dirigieron lentamente hacia su abdomen, acercándose a la parte íntima.

“Dime lo que quieres” dijo en voz baja y ronca, y May se estremeció al oírlo, vio su sonrisa, su lengua como una pequeña serpiente jugando con el lóbulo de la oreja de la mujer.

“Quiero que me acaricies el coño” respondió Eliza, con los ojos cerrados. Por detrás, Lord Ashbee enganchó su mano debajo de su rodilla derecha, levantó su pierna y puso su pie en la silla, luego abrió esa misma rodilla, exponiendo completamente sus partes íntimas. Su mano se deslizó entre las piernas de Eliza y comenzó a acariciar su sexo. Eliza gimió de placer y echó la cabeza hacia atrás sobre su hombro.

Al otro lado de la pared, May jadeó y sintió un ardor tan intenso entre sus piernas que pensó que iba a explotar. La pareja estaba a solo dos metros de ella, como a propósito. Podía ver todos los detalles desvergonzados, los dedos de Lord Ashbee y cómo se movían arriba y abajo y rodeaban el clítoris que brillaba de humedad, cómo eso enviaba convulsiones por el cuerpo de Eliza, cómo la mujer se retorció en sus brazos, empujando sus genitales contra sus dedos.

May respiraba con dificultad, excitada por la vista y la cercanía de la acción. Se mordió el labio inferior y siguió mirando, hipnotizada.

Las manos del hombre se retiraron de repente, y buscó a tientas sus pantalones, oscurecidos por el cuerpo de la mujer, luego dobló las rodillas y empujó a Eliza, haciéndola jadear. La estaba

cogiendo por detrás, se dio cuenta May en estado de shock. La boca de Eliza se abrió en un fuerte gemido, y los dos cuerpos comenzaron a moverse en sincronía como si estuvieran unidos por las caderas.

¡Lord Ashbee!

Había una especie de gracia animal en él, pensó May. La forma en que sus manos tocaban el cuerpo de Eliza, cómo la besaba. May no podía apartar los ojos de ellos, mirándolos con avidez y creciente excitación, con la boca abierta.

Pero justo en ese momento, para sorpresa de ella y Eliza, lord Ashbee dio un paso atrás, se subió los pantalones, dijo: «Espera aquí», y comenzó a caminar rápidamente hacia la puerta.

Eliza se dio la vuelta. “¿Qué ha pasado, amor?” le gritó, pero lord Ashbee se había ido. Ligeramente irritada, se dejó caer sobre la cama y se tendió sobre las sábanas, esperando.

May apartó la cara de la mirilla y se quedó perpleja durante un minuto, con los ojos aún muy abiertos por todo lo que había visto.

Lo que sucedió después fue tan inesperado que no tuvo tiempo de correr, ni esconderse, ni siquiera darse cuenta de lo que estaba pasando. Oyó pasos rápidos y silenciosos en alguna parte, luego una ráfaga de aire, y se volvió para ver que la puerta del pasillo se abría de golpe y una figura alta aparecía en la oscuridad. Ella jadeó sorprendida, pensando por un segundo que era Krissy. Pero la figura era más alta y ancha. En cuestión de segundos, estaba cerca de ella, emergiendo a la tenue luz de la lámpara. La tiró de la cintura, la arrastró más lejos del agujero, lanzó sus dos brazos contra la pared y la atrapó entre ellos. Levantó la cara para ver la sonrisa maliciosa de Lord Ashbee y sus ojos oscuros y diabólicos a centímetros de ella.

“Bueno, hola, por fin” dijo en voz baja, y May pensó que se iba a desmayar-.

Era como si el peligro más grave hubiera caído sobre ella. Su corazón latía como un pájaro atrapado, su pulso estaba en sus sienes, sus ojos estaban muy abiertos por el horror y presionó su espalda y sus manos con fuerza contra la pared como si pudiera salvarla.

Lord Ashbee bajó la mirada hacia sus pechos agitados y volvió a subir hasta sus ojos.

“¿Se estás divirtiendo?” preguntó en voz baja y estudió la cara asustada de May.

Tembló.

¿Cómo sucedió esto?

Su mente revoloteaba de pánico.

¿Cómo lo supo?

Ella bajó los ojos y se sonrojó de vergüenza, aunque él no podía verlo en la penumbra.

“¿Está disfrutando de la noche?” Él sonrió y se acercó aún más a ella, sintiendo ahora el movimiento de su pecho con el suyo.

Estaba tan cerca que May podía sentir su cálido aliento mientras hablaba, podía oler la mezcla de cigarrillos, licores y el perfume de una mujer, el de Eliza. Trató de no mirarlo, pero cuando bajó la vista, pudo ver su camisa blanca desabrochada, su pecho desnudo y su piel a centímetros de su vestido. Giró la cabeza, todavía jadeando, pero no había ningún lugar donde mirar para evitar su cuerpo.

“¿Le gustó lo que vio, cariño?” volvió a preguntar en voz baja. Su mano abandonó la pared, se acercó a su cabello y acarició uno de los mechones. May se apartó bruscamente, pero no había a dónde huir. Estaba atrapada por sus brazos, por su cuerpo.

“¿No es así?”, insistió. “Puede decírmelo. No tengas miedo”.

“Déjeme ir” dijo ella con mansedumbre y levantó la mano para apartarlo, pero él era como una roca y no tenía intención de moverse.

“Ah” sonrió, demasiado orgullosa para admitir tus deseos secretos. Estaba tan cerca de él que

sintió que su miembro, ya despertado por la acción en el dormitorio, se hinchaba de nuevo. Era como un pajarito atrapado en sus manos, y él no quería dejarla ir, quería jugar con ella.

"No deseo", dijo avergonzada.

Arqueó una ceja.

"Demasiado orgullosa para admitirlo, pero no demasiado orgullosa para espiarme".

May no tenía una respuesta. Estaba avergonzada. Tampoco había salido. Este hombre vicioso había tendido una trampa y no había nada que ella pudiera hacer.

Había algo más. Estaba nerviosa, pero no era solo por haber sido atrapada. Parte de ello era la cercanía de su cuerpo, el olor de él.

"¿Le gustaría unirse a nosotros?" Lord Ashbee volvió a sonreír, su rostro aún más cerca de ella.

"Déjeme ir" dijo ella, sintiéndose impotente a su lado.

"Tsss. ¿Así nomás?" Sus dedos se apartaron lentamente de su cabello, le tomaron suavemente la barbilla y volvieron su rostro hacia el suyo.

¡La tocó! Su corazón se estremeció en estado de shock, pero no se atrevió a moverse, solo mantuvo los ojos bajos.

"Míreme" dijo él, y ella obedeció, con el corazón palpitando de miedo. Ella lo miró a los ojos, y todo volvió a suceder: la oleada de energía como si él la estuviera atrayendo.

Y así era.

Bajó la cara y sus labios se posaron de repente en los de ella, separándolos suavemente. Su cálida lengua se deslizó en su boca y, por un breve momento, May se sintió perdida, cedió a la ola de deseo, respondió a su beso, pero de repente lo apartó.

"Usted..." Ella jadeó, queriendo decir algo terrible. Estaba horrorizada por tal comportamiento, porque ningún otro hombre en su vida la había tocado sin su permiso.

"Shh" susurro, "no quiere que nadie nos descubra, ¿verdad?" Hizo un gesto con la cabeza en dirección a las habitaciones.

May bajó la cara y negó con la cabeza. Todo era un mal sueño, este hombre siniestro aquí, en este espacio oscuro y polvoriento, sus brazos sobre ella, sus labios sobre ella, hace un momento, ¡no podía estar sucediendo!

"¿Qué vamos a hacer, cariño?" volvió a oír su voz, como si viniera de la oscuridad.

May no sabía la respuesta. Necesitaba huir del hombre, de este lugar, pero ya había huido, y aquí era donde se suponía que debía estar a salvo. Alzó la vista hacia lord Ashbee y buscó en su rostro la respuesta, luego miró sus labios ligeramente entreabiertos, y un pensamiento loco le atravesó la cabeza como una flecha: quería volver a tener esos labios.

"No me aleje" susurró, el sonido de sus palabras era tan íntimo y vivo en la oscuridad que May casi podía sentir que la acariciaban.

No lo hizo.

No pudo.

La mano de Lord Ashbee se deslizó a lo largo de su cuello, su otro brazo dejó la pared y se envolvió como una serpiente alrededor de su cintura, y en el momento siguiente, la estaba besando de nuevo.

Despacio.

Profundamente.

Dejó que su cuerpo se apretara contra el suyo y se dio cuenta de que le estaba devolviendo el beso. Se sentía divino estar en sus brazos, como si una fuerza cálida envolviera todo su cuerpo, cada centímetro de ella, y la elevara en el aire. Su sensual boca exploró la de ella, su lengua,

suave y cálida, le hizo temblar los nervios. Necesitaba alejarlo, pero su cuerpo decía lo contrario, queriendo ceder ante él en este mismo momento.

De repente, el sonido de pasos rápidos y una puerta que se abría en alguna parte, y una voz llamó el nombre del hombre.

¡Eliza!

May se apartó de Lord Ashbee en estado de shock y lo miró con desesperación. Oyó el ruido de la puerta que se cerraba y el impaciente ruido de Eliza en el suelo.

May apartó la cara de lord Ashbee y le apretó los brazos con las manos, apartándolo.

“Tengo que irme” dijo, con voz apenas audible.

“No tiene por qué hacerlo” le susurró al oído y lo besó suavemente. “No corra” sus labios eran tan suaves en la mejilla de ella, “no tenga miedo”, sus labios cerca de los de ella, sus palabras hipnotizantes, volviéndola loca.

Tembló.

“Por favor” suplicó ella y lo miró.

Aunque ella le había devuelto el beso unos segundos, él vio miedo en sus ojos.

Oh, dulce cosa, pensó. Tan joven y tan... inocente.

La repentina oleada de excitación en sus pantalones era casi dolorosa. Dios, ¡qué tenía que hacer para conseguir esta preciosa criatura!

“Por favor” repitió ella en un susurro, apartando suavemente sus brazos, y esta vez, le cedió el paso. Ella se liberó, y antes de que él pudiera tocarla de nuevo o decir algo más, antes de que ella cediera de nuevo a este deseo enloquecido, ella se alejó revoloteando como un pájaro en la oscuridad del pasillo.

Lord Ashbee sonrió y se quedó un minuto con las manos en la pared, pensando en su plan de acción y sintiendo una excitación inusual. Miró al suelo y se fijó en la lámpara de gas que May había dejado atrás. Podía ir a su habitación, ya sabía dónde estaba, pero eso era demasiado fácil, demasiado pronto. Le gustaba jugar, que así fuera. No podía dejar de sonreír, recordando a la joven y cómo temblaba en sus brazos, con qué facilidad se abría a sus besos. Su cuerpo se tensó de deseo, imaginando lo que podría haber sido.

De vuelta en su habitación, Eliza estaba furiosa, regañándolo como si no fuera él quien pagara por ella. La atacó con pasión, liberando la tensión que se había acumulado, y alcanzó su clímax tan pronto como pensó en la misteriosa chica frente a él en lugar de Eliza. Permaneció tendido en la cama durante otros diez minutos, haciendo caso omiso de la charla de la morena y de las preguntas sobre el paradero de cuando había desaparecido. Se sintió abrumado por una extraña agitación al pensar que May estaba a solo unas habitaciones de distancia de él. La idea le asaltaba. Se preguntó qué estaría haciendo, si pensaría en él o si huiría para salvar su preciosa virginidad.

¡Seres humanos! ¡Cuán cuidadosamente protegían su verdadera naturaleza, y cuán fácil era descubrirla! Una vez que lo hacías, era un camino seguro hacia el éxito. Un empujón, y la persona descubría lo que era. Dos, y la persona lo probaba. Tres, y no había forma de detener los deseos desvergonzados.

Lord Ashbee yacía en la cama, disfrutando de las caricias de Eliza. Sus pensamientos se concentraban en la nueva alma que pronto arruinaría, pero todo lo que podía oler era el perfume de su cortesana. Le molestó. Quería el aroma de May, el olor almizclado y ligeramente dulce de la inocencia mezclado con el miedo en sus ojos. La idea de que estaba a un minuto de viaje de él era embriagadora. En su mente, podía verla en sus brazos, abriéndose, entregándose a su cuerpo. La idea lo volvió loco.

Se sintió excitado de nuevo, y para poner fin a la locura, se vistió y, a pesar de la protesta de Eliza, salió de la Belle House. En noches como esta, cuando necesitaba una distracción, por lo general bebía y hablaba.

May echó el cerrojo a la puerta, cerró las cortinas y, temblando, se paseó por la habitación.

¡La había tocado!

¡La había besado!

¡Cómo se atreve!

Se arregló los mechones de pelo como si delataran lo que acababa de suceder, luego se acercó al escritorio y enderezó los libros. Se dio cuenta de que uno de ellos era una colección de ilustraciones escandalosas y lo dejó caer como si le prendiera fuego a las manos. Sus brazos abrazaron su cintura y siguió caminando, lanzando miradas ocasionales a la puerta. Podía oír las fuertes voces y los gemidos que venían de otras habitaciones, pero tenía miedo de oír los pasos que podrían significar que Lord Ashbee la estaba siguiendo.

¡Sería un desastre!

Cerró los ojos y recordó los acontecimientos.

Él la arrinconó.

Acarició su cara, su barbilla.

¡Sus dedos!

¡Sus labios sobre ella!

Los ojos de May se abrieron de par en par y jadeó ante la sensación de hundimiento que la abrumó. Quería odiar al hombre que la había violado. Sin embargo, su mente estaba en shock al notar que su cuerpo había reaccionado tan intensamente a su toque.

Su cercanía...

Su abrazo...

Sintió el familiar palpar entre sus piernas y quiso castigarse a sí misma por tal reacción. Sin embargo, el recuerdo del beso resonaba una y otra vez en su mente.

Como un carrete.

Como una obsesión.

¡Locura! ¡Se estaba volviendo loca! ¿Cómo podía un hombre tener tal efecto en ella? A menos que fuera el mismísimo diablo, tejiendo la telaraña de deseos siniestros en su mente.

Trató de leer, luego guardó el libro y comenzó a escribir, pero cada vez que las imágenes de la noche infectaban su mente, cometía un error. Irritada y agotada por sus emociones, finalmente se desvistió, apagó la lámpara y se metió debajo de las sábanas.

Esto era aún peor. En la oscuridad de la noche y con los ruidos lujuriosos del burdel, sus pensamientos se dirigieron inevitablemente a Lord Ashbee y sus brazos alrededor de ella. Se preguntó qué estaría haciendo, dónde estaría en ese momento, qué pensaría de ella, si volvería a verlo.

Y su mente volvió a pensar en el beso, en el abrazo, en el olor de él que aún parecía persistir en su cabello. Ardía en un deseo que no podía explicar, el anhelo con el que su cuerpo reaccionaba a cada recuerdo de sus manos sobre ella, la vergüenza que la seguía a todas partes. Finalmente, sus dedos levantaron la parte inferior de su vestido y se deslizaron entre sus piernas, hasta su núcleo palpitante, mojado como un océano. Sus piernas se abrieron más, se hundió en los recuerdos y se entregó a los pensamientos de un hombre.

Lord Ashbee.

Al día siguiente, May se vio acosada por un sentimiento enfermizo. Los recuerdos de la noche anterior la seguían a todas partes. Las palabras del hombre estaban alimentando su ira.

¡Un sinvergüenza!

Su toque la hizo arder de vergüenza. Su beso y las imágenes a través de la mirilla hicieron que su cuerpo entrara en una extraña inquietud. Ahuyentó las imágenes, pero cada vez que su mente divagaba, volvían con mayor insistencia.

Un golpe en la puerta no presagiaba nada alarmante hasta que May contestó y vio a lord Ashbee de pie. La calma habitual en sus ojos se convirtió en pánico tan pronto como reconoció la sonrisa astuta.

“Así que nos volvemos a encontrar” dijo Lord Ashbee mientras se abría paso suavemente entre May y entraba en la habitación, echaba un vistazo a su alrededor y se volvía hacia May, encontrándose con sus ojos asustados.

Le encantaba este aspecto de animal atrapado. Sus ojos eran aún más hermosos ahora a la luz del día, una mezcla de gris y azul, claros pero muy profundos.

Era realmente hermosa. Lord Ashbee la miró de arriba abajo, notando su mano suave agarrando la manija de la puerta con tanta fuerza como si su vida dependiera de ello.

"Hm..." Él sonrió y detuvo sus ojos en los de ella.

No, no es un animal atrapado. ¡Un pájaro enjaulado!

Era como una especie rara, capturada y guardada para su preservación, rara y exquisita en su belleza. Lord Ashbee había visto una buena cantidad de mujeres hermosas, pero esta frente a él, tan joven y delicada, era otra cosa.

May desvió la mirada.

“¿Qué quiere?” preguntó, sin dejar de mantener la puerta abierta.

"¿Qué es lo que todos queremos...?" Lord Ashbee repitió. "Esa es la pregunta, ¿no?" Dio varios pasos hacia la silla cercana y se sentó descuidadamente, como si estuviera en su propia casa.

“Tiene que irse” dijo May en voz baja-. Ella estaba horrorizada por su manera informal.

"No *tengo* que hacerlo. ¿Quiere que lo haga?" Él sonrió, fijando sus ojos en ella.

Ella alzó los ojos hacia él.

“Sí, quiero que se vaya” dijo en voz más alta, tratando de reunir toda su determinación, pero no lo consiguió.

"Si sigue gritando, alguien podría interesarse y venir a ver qué está pasando. Deberías cerrar la puerta” señaló con la cabeza, “a menos que, por supuesto, quiera espectadores”.

May vaciló un momento y cerró la puerta. Tenía razón. Lord Ashbee ya era bastante malo,

pero no quería que nadie más los encontrara a los dos aquí.

Se tomó su tiempo para mirar alrededor de la habitación, limpia y sencilla, fijándose en los libros del escritorio. La habitación olía a una fragancia que no podía distinguir del todo: un aroma floral con algunos acordes afrutados frescos, pero almizclado y amaderado. Había en él un toque de nenúfar. Bastante inusual.

“Me parece extraño” dijo, volviendo la mirada hacia ella “que cada vez que nos encontramos, nos escondamos de la gente”.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, y May se sonrojó al oír la referencia a la noche anterior.

No creo que nos hayan presentado formalmente. Soy Raymond Ashbee. Ray. O Lord Ashbee. Puede dirigirse a mí como quiera”. Sonrió. “Y usted es...” Enarcó las cejas, esperando la respuesta.

“No es asunto suyo, lord Ashbee” contestó ella, y levantó la barbilla para reforzar su respuesta.

“Hm, he escuchado esto en alguna parte”. Él entrecerró los ojos y la miró. “¡Ah! Señorita May. Así es”.

Sabía su nombre, se enteró ella en estado de shock. El pánico se reflejó en sus ojos y apartó la mirada de él.

“Así está la cosa, May. Las mujeres hermosas son lo que me interesa”. Hizo una pausa, pero ella guardó silencio, y continuó. “Y también lo es cualquiera que haga suyo mi negocio”. Se levantó de la silla y caminó hacia ella. “Y creo que accidentalmente cayó en esa categoría cuando decidí espiarme”.

Se detuvo frente a ella. Demasiado cerca, de hecho. Dio un paso atrás solo para encontrar la puerta detrás de ella. Lord Ashbee se acercó y la arrinconó. Estaba indefensa, de nuevo, sin forma de huir.

Sus ojos recorrieron su rostro. “Soy un hombre rico, señorita May” dijo, esbozando una sonrisa lenta y maliciosa, que May aún no entendía muy bien su significado. “Tal vez le vendría bien un benefactor. Estaría más que feliz de ser útil”.

“No necesito dinero” respondió May con brusquedad, pero no pudo ocultar su temblor. “O un benefactor” añadió y se sonrojó, sabiendo perfectamente lo que el hombre le ofrecía.

“Ya veo”. La sonrisa de Lord Ashbee no desapareció. No aceptó un no por respuesta. “¿Le gusta que la entretengan, señorita May?” En cambio, su sonrisa se hizo más grande.

“No quiero nada de usted” respondió ella con brusquedad, tratando de evitar sus miradas.

“Ajá.” Él asintió. “El encuentro de anoche no puede probar su declaración. Pude percibir un cierto interés que expresó al invadir mi intimidad” se aclaró la garganta. Por decirlo suavemente”. La sonrisa se dibujó en sus ojos.

May empezaba a entrar en pánico. No había a dónde huir. El rostro de lord Ashbee estaba casi tan cerca de ella como la noche anterior, y aunque a May le asustó, sintió una extraña sacudida de excitación por estar tan cerca de él. Su cuerpo estaba a centímetros de distancia, y ella podía oler tabaco, colonia y licores. Era un aroma maravilloso, el aroma de un hombre que vivía una vida plena sin negarse a sí mismo ningún placer.

Ella trató de no mirarlo.

El tiempo se detuvo.

El silencio entre ellos era más peligroso que las palabras.

Pudo ver su mano levantándose y, en el momento siguiente, su dedo acarició delicadamente su mejilla.

Su boca se abrió en un pequeño jadeo agudo y su corazón comenzó a latir violentamente.

Inmóvil, incapaz de hablar, se sintió paralizada, sintiendo que el dedo de Lord Ashbee recorría su mandíbula y luego acariciaba un mechón de su cabello.

“No hay razón para tener miedo, May” dijo lord Ashbee con voz ronca mientras su otra mano se deslizaba lentamente alrededor de su cintura.

Volvió a estar demasiado cerca, igual que la noche anterior. Ella alzó la vista y sus ojos oscuros le provocaron escalofríos. Inmediatamente quiso apartar la mirada, pero no pudo, en cambio, sintiendo como si su mirada magnética llegara al núcleo mismo de ella, leyendo sus pensamientos, descubriendo sus deseos más profundos.

Su dedo índice recorrió su barbilla, luego se detuvo, y su pulgar acarició su labio inferior.

Apenas podía respirar, incapaz de moverse mientras su pulgar se movía lentamente de un lado a otro a lo largo de sus labios y sus ojos estudiaban su rostro. Sabía que tenía que detenerlo, pero su cuerpo se negó, le decía lo contrario, se hinchaba con el deseo previamente desconocido y quería que este hombre estuviera aún más cerca.

Lord Ashbee estudió a May. Sus ojos, enmarcados con perfectas pestañas oscuras, eran hipnotizantes, la mirada en ellos era timorata de anhelo, no se equivocaba. Su piel era como crema y sus labios tan carnosos y sensuales que él se sentía excitado con solo tocarlos. Quería devorar la frágil cosa que tenía delante, arrancarle la ropa, cogerla al instante y ahogarse en su interior, pero había una dulzura en esta lenta tortura de contenerse. La chica no se parecía a ninguna otra, y él sabía que tenía que tomárselo con calma. No era la oscuridad del pasillo donde él, ya ardiendo de deseo, la había cogido por sorpresa. Aquí, a la luz del día, intentaba no asustarla.

“Es preciosa” susurró, acercando el rostro de May y sus labios tocaron los de ella.

Al principio la besó lentamente.

Una vez.

Dos veces.

Su tacto era el de las alas de una mariposa, como si dejara que sus labios conocieran los suyos. Sus labios se movieron lentamente, luego, con una intensidad gradual, separaron los de ella. Deslizó con cuidado la suave punta de su lengua entre ellos, provocando un temblor en sus nervios. Luego más profundo, finalmente encontrándose con su lengua, tímida pero receptiva, dispuesta a igualar su entusiasmo. La apretó suavemente y sintió que sus manos trémulas le tocaban los antebrazos y subían hasta los bíceps. Su lengua respondió con más entusiasmo, lo que lo arrastró en una ola de deseo que tomó su mano para acariciar su rostro y hundir su lengua más profundamente, entrelazándose con la de ella, tan suave, abierta y acogedora. Se apretó contra ella como si tratara de transmitir su deseo a través de sus ropas, y el cuerpo de ella se debilitó, cediendo al suyo, y un gemido apenas audible escapó de su garganta. Sus bocas y lenguas se fundieron y se convirtieron en una sola. Su cuerpo la apretó contra la puerta, queriendo estar más cerca, pero incapaz de acercarse lo suficiente.

El repentino y fuerte golpe en la puerta los sacudió. May se apartó y sus ojos se abrieron de par en par hacia él.

¿Qué pasa?

Su mente entró en pánico y su corazón comenzó a latir salvajemente en su pecho.

De repente, la habitación parecía demasiado silenciosa.

Lord Ashbee la miró con asombro.

Miró sus manos, todavía sobre él, luego las retiró y se apartó lentamente, tratando de ocultar sus ojos como si pudieran decirle algo que estaba ocultando.

Lord Ashbee se hizo a un lado y dejó ir a May, observando atentamente sus movimientos

desorientados, arreglándose el vestido como si delatara lo que acababa de suceder. Abrió la puerta y encontró a Krissy detrás de ella. La criada levantó la vista alegremente, pero se quedó paralizada al notar los ojos asustados de May.

"Señorita..." Krissy hizo una pausa, temerosa de que algo horrible hubiera sucedido, luego, con un movimiento enérgico, se arregló la gorra y continuó. "La señorita Eliza está buscando a lord Ashbee" dijo y bajó los ojos, avergonzada de admitir que sabía que el hombre estaba en su habitación. Luego hizo una rápida reverencia y se alejó apresuradamente.

May cerró la puerta y se detuvo un momento, componiendo sus pensamientos. No podía entender muy bien lo que acababa de suceder. El beso no era el problema. Ni siquiera Lord Ashbee en su habitación, que podría ponerla en peligro, lo estaba. Su respuesta ansiosa, por otro lado, y la sensación que nunca antes había experimentado, lo era. Eran impresionantes y, sin embargo, aterradoras.

"May" dijo lord Ashbee en voz baja y se acercó, tendiéndole la mano, pero ella se apartó bruscamente. Ella no quería mirarlo, pero parecía estar en todas partes, y cuando hablaba, su voz la envolvía como si estuviera de nuevo en sus brazos.

"Tiene que irse" dijo ella en voz baja y dio un paso atrás, sin mirarlo, pero tratando de mantener la distancia.

"Ya lo dijo" se acercó un paso más, "pero no creo que eso sea lo que quiere". Su boca se curvó en una media sonrisa, pero May volvió a dar un paso atrás y lo miró.

"No quiero problemas, lord Ashbee. Tiene que irse" dijo ella, aunque sus ojos le decían lo contrario. "Por favor" añadió con desesperación e insistencia.

Dio otro paso atrás, y Lord Ashbee asintió y miró a su alrededor una vez más como si esperara a que cambiara de opinión.

"Muy bien, entonces" dijo finalmente. "Espero verla pronto, señorita May. La vida es mucho más interesante cuando cede a sus deseos".

Y con eso, salió de la habitación.

May se acercó a la puerta y escuchó el sonido de sus pasos. Su mente volvió al beso, a sus manos sobre ella. Apoyó la frente en la puerta y cerró los ojos, repitiendo en su mente el momento: sus dedos, sus labios tan suaves y gentiles, su lengua que exploraba la suya con tanta cautela. ¡Sabía cómo trabajar a las mujeres, ese diablo! ¡Nadie la había besado así antes! ¿Y por qué demonios May le permitió salirse con la suya de nuevo? ¡Qué tonta era! Tan segura de sí misma antes, se convirtió en una criatura indefensa ante este hombre. La sensación aún le quemaba el cuerpo, como si su mente estuviera tratando de establecer las reglas, pero su cuerpo funcionaba en contra de su voluntad. A pesar de lo que estaba tratando de decirse a sí misma, su cuerpo quería a Lord Ashbee de nuevo.

Sus ojos oscuros con el brillo de un depredador, tan agudos y a la vez tan amables.

Sus labios sobre los de ella.

Su lengua.

Sus dedos, tocando su piel.

May se dio la vuelta y miró desesperadamente alrededor de la habitación vacía, con las fosas nasales cosquilleadas por el olor de lord Ashbee, que había quedado atrás. Se acercó al escritorio, enderezó los libros, se sentó en la silla, se levantó de nuevo, se arregló el vestido y, durante el resto de la noche, hizo todo lo posible por borrar las imágenes de lo que había sucedido.

"¡El destino! ¡Qué criatura tan astuta!

Suerte, destino, providencia, o como se llamen los eventos que hacen que la vida de uno se des controle."

Sólo más tarde, después de los fatídicos acontecimientos, se pudo ver la verdadera escala de sus obras. Las atrocidades disfrazadas de bendiciones, o la felicidad que traen las desgracias.

Sucedió en un día soleado y perfectamente agradable, como suelen suceder las cosas más indescritibles. Cuando el cielo azul brillaba sobre el mundo. Cuando los cantos de los pájaros eran los más alegres. Cuando las flores de primavera eran más hermosas.

Fue Krissy quien trajo la noticia, entrando en la habitación de May con la expresión más grave en su rostro.

"Es Ada" dijo, y el corazón de May pareció detenerse. "Ese bastardo, el borracho, se la llevó".

"¿Su padre?"

Krissy asintió.

"¿A dónde la llevó, Krissy?" May se quedó mirando confundida.

La criada se encogió de hombros.

"Debía dinero. Por juegos de azar y demás".

Le contó a May lo que sabía: que se había involucrado con los despiadados tiburones del Bluegate, que seguía perdiendo dinero pero que seguía adelante, ya muy endeudado, que le habían pegado varias veces y que había perdido aún más dinero, y que finalmente, bajo amenazas de muerte, les había ofrecido a Ada.

"¿Pero ¿cómo...?" May la miró boquiabierta, conmovida. "Eso no puede ser... ¡Los alguaciles! ¡Martha necesita llamar a los alguaciles! ¡El magistrado! ¡La Corte!".

"No tiene sentido". Krissy negó con la cabeza. "Hay muchos como él. Se deshará de Martha antes de que alguien haga nada".

"Pero... ¿Qué será de Ada?"

Krissy suspiró. "Quién sabe. Las cosas que hacen, probablemente la venderán".

"¡Venderla!" exclamó May horrorizada.

"Por algo o para alguien" respondió Krissy simplemente. "Las niñas pequeñas ganan mucho dinero en el East End. Es verdad, señorita" —asintió—, "las bonitas les gustan aún más".

May se quedó mirando conmovida. Las palabras resonaron en su mente con las de Ada.

"Mi papá también lo dice".

Sus ojos recorrieron salvajemente la habitación, sus pensamientos fueron un remolino.

¡El bastardo!

¿Cómo podría?

¿Alguien?

¿Cuán podrido puede estar el corazón de uno para hacer tal cosa?

Una ola de hielo se apoderó de sus entrañas y de sus pulmones, que parecían carecer de aire.

Llamó a Martha. La sirvienta era todo lágrimas y sollozos, con los ojos rojos hinchados, la boca torcida por la angustia mientras repetía la historia.

"No puedo contárselo a la señora Sharke" sollozó. "Ella no quiere problemas. Y si me despide, estaré como muerta de todos modos", concluyó y estalló en un ataque de sollozos aún más violento.

"Entonces se lo preguntaré yo misma" dijo May con confianza. "Encontraré una manera".

Tembló de conmoción. Sin duda, la señora Sharke no se mostraría indiferente cuando una niña estuviera en peligro.

"¿Ha perdido la cabeza, querida?" gritó la señora Sharke después de oír la historia y se sirvió más brandy.

May no estaba segura de si era sorpresa o burla en la voz de la señora.

"¿Sabe la cantidad de dinero que se necesita?" continuó la señora Sharke. "Dígame, ¿qué voy a hacer si un día desaparece y me quedo con la pérdida monetaria, mi único consuelo es haber hecho una buena acción? Casi todas las habitaciones de esta casa tienen un alma rescatada. ¡Rescatada por nada menos que por mí!" Levantó un dedo índice en el aire para enfatizar. "No soy un ángel. O Dios. Pero ciertamente no soy asquerosamente rica".

¡Oh, la señora Sharke estaba siendo modesta! Tenía mucho dinero. Y, para sorpresa de los demás, suficiente empatía que estaba oculta a los ojos de extraños. Calculó en su mente los costos, reflexionó sobre la situación y decidió que, si Martha estaba tan inconsolable y le pedía ayuda, ella la ayudaría.

Mientras tanto, May regresó a su habitación con el amargo sentimiento del rechazo y al borde de las lágrimas. Desesperada, trató de encontrar una salida. ¿De dónde podría sacar el dinero? Solo una imagen de Ada en manos de gente sucia, aprovechándose de ella, usándola, humillándola, obligándola a hacer lo inimaginable, hizo que May se asfixiara de horror. Pasó horas paseando por la habitación, luego llamó a la criada y se desplomó en el sillón.

Cuando Krissy llegó, encontró a la joven al borde de las lágrimas, con los ojos desorbitados y brillantes como si tuviera fiebre.

"¿Sigue molesta por Ada, señorita?" preguntó Krissy con una mirada solemne.

"Ni siquiera puedo pensar en que algo vil le haya sucedido a esa niña. ¿Te imaginas lo que podría sucederle?" May la miró con desesperación.

Krissy no necesitaba imaginarlo. Ella lo sabía. Conseguir un trabajo en Belle House había sido una suerte inimaginable. Por otro lado, su hermana, que estaba en una de las casas de marineros en los muelles, vendiéndose por centavos y posiblemente muriendo de tuberculosis, no había tenido tanta suerte.

"¿Tiene algo en mente, señorita?" Krissy alzó sus ojos desesperados hacia la mujer.

May dudó un segundo.

"Si quisiera localizar a uno de los clientes, ¿sería posible?"

"Bueno, sí, señorita. Estoy segura. La señora conoce a cada uno de ellos".

"¿Y si no quisiera decírselo a la señora Sharke? ¿Podrías hacerlo por mí, Krissy? Necesito

enviar un mensaje".

Krissy la miró con dudas.

"No estoy segura de eso, señorita. Podría meterme en problemas. ¿A quién quiere encontrar?"

May se estremeció al pensar en el nombre.

"A Lord Ashbee" dijo en voz baja.

May envió a Krissy a casa de Lord Ashbee con una nota en la que decía que quería verlo urgentemente.

Krissy fue rápida. Una hora más tarde, regresó con la noticia de que Lord Ashbee no podía venir. Si se trataba de algo urgente, May debía reunirse con él en su casa, decía su nota.

¡Qué diablos!

La cara de May se sonrojó ante la noticia. Estaba frustrada y desesperada como nunca antes. Pero las imágenes de Ada eran tan graves en su mente que decidió romper la regla más importante de su seguridad.

Llegaron a la casa de lord Ashbee en carruaje.

Era como un sueño: estar fuera de la Belle House por primera vez, estar en las calles de Londres durante el día. El paisaje fuera de la ventanilla del carruaje era tan fascinante que, por un segundo, May olvidó el destino que la había traído a esta ciudad. Llevaba un vestido adecuado, un sombrero velado y guantes. Por primera vez desde su llegada a Londres, se sentía más ella misma, pero seguía siendo una fugitiva.

La casa de Lord Ashbee era grande y elegante. May temblaba ante la mera idea de que alguien más la viera, preguntara por ella, se enterara de alguna manera de su visita. Pero la casa estaba vacía, excepto por el mayordomo, cuyas miradas rápidas y curiosas hicieron que May se sintiera incómoda. Krissy se quedó en el área de recepción, lanzando miradas inquisitivas a su alrededor mientras May entraba en el estudio.

"Lord Ashbee..."

Al verlo, sintió escalofríos. ¡Verlo a la luz del día, formalmente, en su propia casa, por su propia voluntad! Qué extraño que estuviera ocurriendo, pensó mientras se miraban el uno al otro durante más tiempo del que se lo permitían los modales.

"Así que nos volvemos a encontrar, señorita May" dijo finalmente en voz baja, y una sonrisa familiar se dibujó en sus labios. Sus ojos la miraron de arriba abajo, estudiando su vestido. Ante esto, los temores y el nerviosismo de May se hicieron más fuertes.

Él se acercó y extendió su mano hacia ella, y ella se estremeció y la miró con pánico al principio, luego se dio cuenta de que era parte de la etiqueta. Ella puso su mano enguantada en la suya y él la besó suavemente, sosteniéndola demasiado tiempo hasta que ella retiró la mano.

"Conozco la historia de la niña. Ahórreme los detalles" dijo, ofreciéndole un asiento y ocupando el sillón frente a él. Encendió un cigarrillo y alzó los ojos, que brillaban con el brillo diabólico que la inquietaba tanto. "Tengo curiosidad por saber qué tiene que ver todo esto conmigo" continuó con un leve movimiento de la boca.

¡Oh, él lo sabía perfectamente! Estaba convencido de que siempre conseguía lo que quería. Y esta vez, el destino funcionó de alguna manera misteriosa.

May volvió a explicar la situación. La historia. Ella le pide ayuda a la Sra. Sharke. Y que ahora ella le pedía la suya. Cuando terminó, lo miró, esperando una respuesta.

“¿Dinero?” Parecía sorprendido. “¿Por qué iba a prestar dinero a alguien que no conozco?” El corazón de May se hundió. “¿A alguien escondido probablemente por problemas de dinero?”

Sus ojos penetraron en los de ella, interrogándola, pero ella sintió que él ya sabía antes de que ella llegara a la casa cuál era el problema.

May bajó los ojos al suelo, deseando estar en otro lugar.

“Yo no presto dinero, señorita May” continuó, “lo invierto. En buenas oportunidades de negocio. Y no veo ningún interés de préstamo aquí para mí. ¿Sabe cuánto vale una niña?”

May sacudió la cabeza sin levantar los ojos, encontrando toda la situación embarazosa.

“Bastante. Para una pequeña criatura sin habilidades. Especialmente una guapa. Se sorprendería. Algunas personas, por supuesto, encuentran potencial en todo” dijo con un tono tan diabólico que hizo que May se estremeciera.

Estaba fracasando.

Le estaba fallando a Ada.

Recordó el rostro de la niña, sus pequeñas manos. La cabeza de May empezó a dar vueltas de horror, y en sus ojos apareció una niebla de lágrimas.

“Supongo que no hay ninguna otra garantía de préstamo que pueda ofrecerle, lord Ashbee”. Ella lo miró, y él sintió ternura al ver tanta belleza en apuros. Pero solo momentáneamente, cuando May murmuró: «No debería haber venido», y se levantó bruscamente.

“Señorita May” soltó un anillo de humo y se puso de pie también, “¿se acuerda de nuestra conversación del otro día?” La media sonrisa en sus labios hizo que ella se sonrojara y apartara la mirada. “Dijo que no necesitaba dinero. O un benefactor”. La palabra atravesó la mente de May como una flecha envenenada. “Este podría ser un buen momento para cambiar de opinión”.

Las palabras la dejaron helada en un estado de estupor. ¿Estaba tratando de comprarla?

“Pero... No soy una dama de la Belle House” dijo con el ceño fruncido.

“Es irrelevante”.

“No quiere decir...” Ella se detuvo, frunciendo el ceño, y sus ojos la miraron fijamente con el brillo tan familiar.

No respondió, pero parpadeó lentamente.

No tuvo que preguntar.

Ella lo sabía.

Ella sabía que él sabía que era su elección.

Se miraron el uno al otro y supieron exactamente lo que significaba.

May dudó un minuto. Los pensamientos en su cabeza eran la batalla moral más grande que había tenido que librar hasta el momento. Y la vida humana estaba en juego.

Lord Ashbee no se movió. Se quedó de pie entre los rastros del humo del cigarrillo como si fuera el mismísimo diablo. No se acercó más, temeroso de asustarla, esperando pacientemente.

“¿Qué...?” empezó a decir e hizo una pausa. “¿Cuáles serían los términos de este... arreglo?”

Miró a Lord Ashbee con todo el coraje que pudo reunir y esperó la respuesta con horror.

“Muy sencillo, señorita May. Usted sería mi amante”. Hizo una pausa para enfatizar, y el silencio hizo que las palabras parecieran aún más siniestras. “Sé que desprecia la idea” continuó, “pero para su sorpresa, con el tiempo puede que el arreglo le resulte bastante agradable”. Ahora sonrió y May se sonrojó.

“¿Por cuánto tiempo?”

"Digamos, ¿un mes?"

"¿Un mes?", exclamó ella y lo miró sorprendida. "No creo que pueda..." Ella exhaló y cerró los ojos como si luchara contra sus propias palabras, luego lo miró de nuevo. "No estoy segura de poder ser tan útil como otras mujeres a las que estás acostumbrado".

Sonrió y se acercó un paso más.

"Tal vez no sepa lo que quiero. Podemos averiguarlo" dijo en voz más baja. "Es su decisión y solo suya". Habló despacio, como si dejara que ella se acostumbrara a la idea. "Será un arreglo muy respetuoso, si le sirve de consuelo. Nada que no quiera hacer". Al oír esto, sonrió, porque sabía que no era así. "Como no sale de casa con demasiada frecuencia, no tendrá que acompañarme a ninguna parte. A menos que cambie de opinión". Seguro que así lo esperaba.

Era cuidadoso, ocultando su anticipación y la sonrisa que intentaba brotar de sus labios. ¿Era posible que esta joven belleza, y virgen, estuviera cayendo directamente en sus manos? ¿Y en circunstancias tan extrañas?

"Puede pensar en mi oferta, señorita May" dijo, "pero no tarde demasiado. Las niñas bonitas tienden a ser arrebatadas del mercado bastante rápido". Él sonrió y ella lo miró horrorizada.

"Muy bien, entonces" se oyó decir a sí misma y bajó los ojos.

Lord Ashbee la observó en silencio. Así como sabía cuándo decir lo correcto, y sabía cuándo no decir nada.

Ella lo miró.

"Estoy de acuerdo" repitió en voz más baja, con el corazón latiendo violentamente al oír estas palabras.

Se miraron el uno al otro durante algún tiempo, sus mentes evocando las imágenes de lo que vendría después: ella con miedo, pero con una extraña anticipación, él con emoción, apenas capaz de creer su suerte.

Tanta belleza. Tanta compasión. Una decisión tan rápida. Será un mes emocionante, pensó.

"Muy bien, entonces" repitió.

Ella le preguntó si iba a redactar un contrato, y él le dedicó una cálida sonrisa.

"Tengo la sensación, señorita May, de que le conviene no romper nuestro acuerdo. No me conoce bien. Todavía", agregó con una sonrisa. "Pero soy el tipo de persona de cuyo lado bueno quiere estar".

Ella no respondió.

"¿Cuándo le gustaría conseguir esa cosita preciosa que está tan desesperada por salvar?", preguntó.

"¿Ahora?" Ella lo miró con alivio, pero con la misma desesperación en sus ojos. "No me perdonaré a mí misma si no lo hacemos a tiempo para..."

No terminó de pensar en eso. Y Lord Ashbee se dio cuenta de que se arrepentiría para siempre si algo impedía que este acuerdo sucediera.

"Tan impaciente" dijo en voz baja y sonrió.

Si May hubiera sabido lo que estaba a punto de presenciar, no se lo habría pensado dos veces antes de salvar a Ada.

Lord Ashbee, por otro lado, nunca había llevado mujeres al East End, aunque había conocido a muchas allí. Este viaje era extraño, incluso para él, y por lo tanto lo emocionó aún más.

El viaje hasta el East End duró aproximadamente una hora. Los dos permanecieron en silencio la mayor parte del tiempo. May mantenía los ojos fijos en las calles, al otro lado de la ventanilla del carruaje, pero sentía que los ojos de lord Ashbee se posaban en ella casi constantemente, estudiándola, probablemente elaborando algunos planes perversos en su mente. Él no intentó seducirla de nuevo, y los encuentros anteriores parecían casi como un sueño. Aún no pensaba en el futuro, su mente estaba ocupada con pensamientos sobre Ada.

El viaje fue un camino gradual hacia la penumbra, como si, en lugar de avanzar, el carruaje comenzara a descender a un mundo diferente que existía debajo. Las calles se hicieron más estrechas, más oscuras, más ruidosas, más concurridas. Lord Ashbee había convocado a dos hombres corpulentos, sus lacayos, para que los acompañaran. Aunque May se había preguntado por qué los necesitaban, ahora lo comprendía, porque cuanto más se adentraban en los suburbios, más aterrorizada se sentía. Y cuando por fin bajaron del carruaje, pensó que ya no estaba en Londres, sino en un extraño reino de pobreza y fealdad.

La suciedad, la basura, la comida podrida y los cadáveres de animales cubrían las estrechas calles mientras May, Lord Ashbee y los dos hombres se abrían paso por los barrios bajos. Los zapatos de May se metían con frecuencia en algo húmedo y viscoso, resbalando de vez en cuando, y el hedor de la podredumbre y los excrementos le producía arcadas. Las calles eran sofocantes y oscuras. La luz que llegaba quedaba oscurecida por las casas que sobresalían, amontonadas, piso tras piso, las calles tan estrechas que uno podía pasar de una casa a otra al otro lado del camino. Cuerpos humanos en jirones de ropa yacían como sacos de basura en su propia inmundicia, gimiendo y tosiendo. Los mendigos de todos los vicios les gritaban en la cara y se reían. Los borrachos parloteaban delirantes. Mujeres lisiadas y sucias, apenas vestidas, cubiertas de costras, agarraban a los transeúntes por las manos y las chaquetas, ofreciéndoles sus viles servicios, mientras que alguien más ya se aprovechaba de otra criatura allí mismo, a plena vista.

La compañía se movió rápidamente, tratando de no mirar a su alrededor, pero los ojos de May se sintieron inevitablemente atraídos por las miserias que los rodeaban.

¡Qué diferencia había hecho un viaje de una hora!

Era una pesadilla viviente. Debe ser aquí donde Dante había obtenido las visiones para su Infierno, pensó ella. Este infierno la sofocaba con el hedor de los cadáveres que nadie tenía dinero para enterrar. La estrangulaba con el horror, golpeaba y olía a desesperación desde todos los rincones de los callejones oscuros. ¿Qué podría ser un infierno peor en la tierra?

Una mano como una garra de acero la agarró y la azotó, y un rostro, contorsionado en una horrible máscara de enfermedad e ira, apareció tan cerca que casi se desmayó por el hedor de muerte que le respiraba. Lanzó un aullido manso cuando uno de los lacayos apartó al monstruo con un codazo, y Lord Ashbee la atrajo hacia él.

“Está bien, estás bien, cariño” dijo él en voz baja, y ella lo agarró y lo miró a los ojos para tranquilizarse.

Él la miró con una picardía familiar y algo nuevo, la anticipación del peligro. Sus ojos no estaban asustados, eran casi alegres, ardiendo con una especie de fiebre. A May la asustó por un segundo: la idea de que lord Ashbee conociera las calles, que las hubiera recorrido antes, que supiera de los males que residían allí y que no se sintiera perturbado, además, estaba en ciertos términos con ellos. La revelación conmovió a May, pero agarró el brazo de Lord Ashbee con más fuerza, sintiéndose protegida, y no lo soltó el resto del camino.

Tardaron una eternidad en llegar a un edificio sucio y oscuro al final de un callejón igualmente deteriorado, donde los hombres intercambiaron palabras con un viejo lisiado manco

que olía a aguardiente fuerte, vómito y orina. El vagabundo, o quienquiera que fuera, miró a May de arriba abajo con una sonrisa desdentada, se lamió los labios y escupió los dientes podridos que le quedaban.

¡Oh, Dios!, pensó May presa del pánico. Empezó a temblar, agarró el brazo de Lord Ashbee con más fuerza y escondió el rostro detrás de él mientras los conducían a través de las puertas de hierro del oscuro edificio y bajaban los escalones. Su corazón latía con fuerza y temblaba por todas partes al bajar a la oscuridad del sótano, dándose cuenta de que, en este momento, estaba a merced del hombre que apenas conocía, cuya reputación estaba lejos de ser honorable, que era el único que sabía dónde estaba en ese momento. Si alguien quería deshacerse de ella, ahora era la oportunidad perfecta. La idea la aterrorizaba, y una sensación repugnante comenzaba a resurgir en su estómago. Quería vomitar, sus nervios estaban cediendo, pero se recompuso y mantuvo los ojos abiertos, orando en silencio para que Dios le mostrara el camino.

En ese momento, el camino era hacia un sótano oscuro y apestoso, húmedo y mohoso, iluminado solo por velas que sobresalían de botellas de cerveza y frascos sucios.

La vista que se abría frente a May hizo que se le enroscaran los dedos de los pies.

Había dos grandes jaulas en el suelo de piedra. Llegaban hasta el pecho de uno, y dentro de ellas, algo se movía. O alguien. Varios. ¿Perros? ¿Animales?

¡Gente!

Sus ojos tardaron un minuto en adaptarse a la oscuridad y se dio cuenta de que las jaulas estaban llenas de niños. Como perros, los cuerpecitos se encogían, se agarraban unos a otros y gemían. Empapados en sus propios excrementos, lágrimas y desesperación, sucios y apestosos, en la oscuridad del inframundo, apenas parecían humanos.

May contempló el espectáculo, paralizada por el horror y la conmoción, olvidando el hedor y sin darse cuenta de los silbidos y las bromas sucias que le lanzaban las voces de los rincones oscuros más siniestros.

Finalmente volvió a la realidad, y sus ojos buscaron frenéticamente a su alrededor mientras decía: "¿Ada?" y luego otra vez, más fuerte. Se oyó una voz, luego otra, y de repente, decenas de vocecitas empezaron a suplicarle, a llorar, a extender sus manitas hacia ella a través de los barrotes metálicos de las jaulas. Los aullidos se apoderaron del sótano.

“¡Cállense, malditos vagabundos! se oyó el repentino rugido que hizo que May se acercara bruscamente a lord Ashbee cuando un hombre alto saltó como una víbora desde la oscuridad hacia las jaulas y empezó a golpear un palo de madera contra los barrotes de metal. Las manitas se retiraron hacia adentro y los gritos disminuyeron, convirtiéndose en gemidos y sollozos silenciosos.

“¿Señorita May?” oyó un leve chillido. Su cabeza se movió bruscamente en la dirección del sonido y, en medio de una docena de otros, vio la cabeza de diente de león de Ada y los ojos familiares que estaban grandes por el miedo y húmedos por las lágrimas.

"¡Es Ada!" exclamó May.

Pensó que se iba a desmayar, tenía miedo de acercarse, pero no quitó los ojos de la niña mientras Lord Ashbee intercambiaba palabras con el hombre feo y le pagaba. El monstruo sacó a Ada de la jaula como a un gatito callejero y la arrojó hacia May. La niña se agachó y abrazó las rodillas de May, sollozando y temblando, humedeciendo el rostro de May con lágrimas de gratitud y alivio.

"Tenemos que irnos. Ahora mismo" dijo lord Ashbee en voz baja pero insistente. Uno de los lacayos recogió el frágil cuerpo de la niña y lo tomó en sus brazos, y bajo la mirada hostil de los monstruos del sótano, los cuatro subieron las escaleras y salieron a la calle.

Después de la mazmorra, incluso los sucios barrios bajos se sintieron como libertad, y May exhaló con alivio nervioso.

“¡Pero todos esos niños que están ahí abajo!” Miró a Lord Ashbee con los ojos llenos de lágrimas.

"No puede salvar a todos, May. El mundo es lo que es" dijo, y mientras se abrían paso por los sucios barrios bajos, no dejaba de mirar su rostro retraído.

La verdad era que lord Ashbee sabía perfectamente que no tenían que venir aquí, sino que podría haber enviado a un criado con los dos guardias para que se encargaran del negocio. Pero quería mostrarle a May cómo era la vida para algunos. Tenía la sensación de que ella no había visto este lado de la humanidad, y quería... quería mostrarle que la vida no era solo flores y virtud, que la Belle House no era una prisión, que los tratos no eran solo cuestión de orgullo y ego. Algunos negociaban con destinos, jugaban con vidas, y si para algunos la vida se trataba de preservar la dignidad y el honor, para muchos otros, la vida valía solo otro golpe, o un trago, o un encuentro, o un plato de comida, o un suspiro más de aire. Para algunas personas, solo nacer ya significaba prisión e infierno. Lord Ashbee lo había visto más que suficiente en su vida. En aquellos días, había pasado mucho tiempo en el fondo del desagüe humano para saber cómo era. Todavía venía aquí cuando estaba abatido, para sentirse vivo, para recordarse a sí mismo que para algunas personas, la vida era un juego de supervivencia. May también necesitaba verlo. Además, le causaba un inmenso placer impactar a almas inocentes, abrirles los ojos por primera vez al lado explícito de la naturaleza humana.

Lord Ashbee no dejaba de mirarle la cara, manchada de lágrimas. Estaba seguro de que, durante el resto de su vida, May estaría segura de que había tomado la decisión correcta. Por significativo o no, este gesto suyo simbolizaría la pérdida de la inocencia por haber adquirido este terrible conocimiento mundano. Nada que ver con el placer. Todavía no, al menos.

La idea enterneció su cínico corazón. Al fin y al cabo, era un demonio, y cuando ayudó a May y a la muchacha a subir al carruaje, supo perfectamente que, independientemente de lo que May sacrificara, ella estaría agradecida por lo que acababa de hacer.

Cabalgaron por las ahora oscuras carreteras de la amenazante Londres. Cuando las farolas empezaron por fin a iluminar el camino, May pudo ver a través de la ventana las tiendas y las luces de los locales, los disfraces y los sombreros de copa. De vuelta a la realidad, pensó. Los tugurios y la suciedad que la habían sacudido hasta la médula se sentían como una pesadilla, un mal sueño dejado atrás, y el pequeño y frágil cuerpo de Ada a su lado, la cabecita en su regazo, las manos delgadas que le sujetaban con fuerza la falda, eran el único recordatorio del infierno del que la habían sacado. Si May hubiera sabido que existían horrores como esos, ni siquiera se lo habría pensado dos veces antes de salvar a esta niña. ¿Qué pasaría si las personas se encontraran en situaciones como esas todo el tiempo? ¿Y si la pobreza los obligaba a tomar decisiones aún peores que las que ella había visto? ¿Cómo podía juzgar a los demás cuando no tenía ni idea de cómo eran sus vidas?

Miró a lord Ashbee. Permaneció en silencio todo el camino de regreso, pero sus ojos no la abandonaron. No sonrió como de costumbre, solo la estudió. May tuvo la extraña sensación de que había sabido todo el tiempo, cuando se habían encontrado brevemente en el pasillo, que terminarían en este camino del infierno. Sintió que el hombre frente a ella tenía algunos poderes oscuros, porque aún no podía comprender la indiferencia con la que había caminado por las

calles de los suburbios, la severidad con la que había mirado todo en el calabozo, sin inmutarse, como si ese oscuro inframundo fuera parte de él. En la oscuridad del carruaje, May miró a los ojos de lord Ashbee, que brillaban con el reflejo de las luces de la calle, y vio la nobleza y la ignominia, la luz y la oscuridad, y todo eso combinado en una fuerza que había confundido con vanidad. Se dio cuenta de que conocía ambos lados del mundo y, aunque la idea le daba miedo, también acercó a May a él. Con nadie más se sentiría tan protegida en la oscuridad como con Lord Ashbee, como si fuera Dios mismo quien la guiara en el camino.

El carruaje se detuvo en la parte trasera de la Belle House. Apenas habían pasado unas horas desde que lo había dejado, pero ahora le parecía frío y extraño, como si hubiera pasado toda una vida.

“¿Se quedará un momento?” preguntó lord Ashbee a May en voz baja. Quería saber cómo se sentía, qué pensaba del mundo que acababa de mostrarle, cuánto daño le había hecho, como si disfrutara de la experiencia como la serpiente saboreó la conversación con Eva.

Uno de los hombres ayudó a Ada a salir del carruaje y la llevó adentro. May no necesitó verlo para saber que Martha rompería a llorar, que abrazaría a Ada con más fuerza de lo que lo había hecho antes, que no la perdería de vista mientras viviera, que la niña probablemente olvidaría todo el episodio con bastante rapidez. Pero no importaba porque May no lo haría. Martha le estaría eternamente agradecida sin saber *lo que* May había cambiado por ella. Pero eso parecía ridículo ahora. Así que iba a ser la amante de un noble. El acuerdo había salvado una vida. ¿Qué podría ser más importante? ¿Se vio obligada May a hacerlo? No. ¿Quería? Esta era la pregunta. Y la respuesta era sí. La verdad es que May no pensó en ello como su logro. No importaba a lo que hubiera renunciado, era Lord Ashbee quien la había llevado al inframundo y sellado el trato. En su mente, él era el salvador.

Lord Ashbee se levantó y se sentó junto a May. Y de repente, a solas con él, sintió que los sentimientos familiares revoloteaban dentro de ella.

“¿Qué pasará con su padre, el borracho?” May se volvió para mirar a lord Ashbee que estaba a su lado. “Si lo vuelve a hacer, ¿entonces qué?”

Su rostro estaba seco por las lágrimas. Estaba tranquila y de alguna manera madura en las últimas horas. Ahora, dicho y hecho, finalmente sintió la presencia magnética de Lord Ashbee nuevamente. Podía olerlo a su lado, y era aún más embriagador, mezclado con la imagen de él caminando por los barrios bajos.

“No lo hará” contestó lord Ashbee, sacudiendo la cabeza. “Todo está solucionado. No volverá a aparecer aquí nunca más, y estoy seguro de que la criada no se molestará”.

May no quiso preguntar qué significaba eso. Si el padre borracho intercambiaba vidas con Ada, eso le vendría bien. Este pensamiento aterrador parpadeó solo por un segundo en su mente y desapareció.

Lord Ashbee estudió el rostro de May que ahora, empañado por la tristeza, era aún más hermoso.

“Ese lugar, esas calles” dijo finalmente May, “ya ha estado allí antes, ¿verdad? Y no por accidente, tampoco”.

Ella lo miró a los ojos.

“Sí, May” dijo, parpadeando lentamente.

“Conoce muy bien esas partes, ¿verdad?” Quería confirmar sus pensamientos, como si esto le dijera más sobre el hombre al que se había prometido.

Él asintió lentamente. “Algunas, sí”.

“¿Por qué?”, preguntó ella, pero él no respondió. “¿Por qué iba a ir allí?”, repitió ella. ¿Era

esta la razón de su reputación? ¿Era una de las personas que ganaba dinero vendiendo o comprando los vicios de los demás? Quería saber si de alguna manera eso podría acercarla a él o mantenerla lo más lejos posible.

“Porque cuando piense que su vida es inútil” dijo lord Ashbee lentamente, “los barrios bajos le mostrarán lo que vale la vida. Porque la forma más fácil de deshacerse del dolor es observar el dolor de los demás o infligirse uno mayor a sí mismo. Porque tocar fondo puede enseñarle esperanza. Porque no puede conocer a otro ser humano o a usted misma hasta que vea de lo que son capaces los humanos o cuánto puede soportar. Algo de eso lo vio por usted misma”.

Las palabras se hundieron en la oscuridad del carruaje, y no había rastro de una sonrisa en el rostro de Lord Ashbee. Por primera vez, May no escuchó una nota de cinismo. Y cuando pronunció estas palabras, sus ojos brillaron no con la burla habitual, sino con dolor y amargura, como si hubiera algo dentro de él que nunca se hubiera curado.

Para ella, el viaje al East End fue la mayor revelación. Aunque la había aterrorizado, de alguna manera, los horrores la hicieron sentir bendecida por su situación actual, que antes parecía haber tocado fondo.

Oh, ¿cómo podía saber cómo era tocar fondo?

“Quiero saber más sobre ese mundo” dijo en voz baja, mirando a Lord Ashbee a los ojos. “Quiero saber más de *usted*” añadió y contuvo la respiración.

“Hm...” Él la miró con curiosidad. “May” dijo en voz baja y levantó la mano para acariciarle la mejilla. Esta vez no se inmutó ni apartó la mirada. “No estoy seguro de que sea el tipo de persona que necesita saber demasiado sobre las oscuras profundidades de la humanidad”. Sus dedos seguían acariciando su mejilla.

“No sabe qué tipo de persona soy. Eso es lo que vamos a averiguar, ¿verdad?”

Él levantó una ceja y ella buscó en su rostro una respuesta, pero no obtuvo ninguna. En cambio, siguió mirándola como si estuviera perdido en sus pensamientos.

Había algo misterioso en lord Ashbee, pensó May. Él estaba ocultando algo, una parte que ella sentía que lo gustaría descubrir. La sensación, momentánea y débil, acercó su rostro al de él. Sus dedos tocaron su mejilla y lo besó suavemente, con el corazón palpitando por su demostración de coraje. Sus labios respondieron de buena gana, y acercó su cuerpo, ahogándola en un deseo ardiente que estaba lleno de sumisión y el conocimiento de que su viaje acababa de comenzar.

PARTE II

EL SABOR DE MAY

Era el día que habían decidido.

May se había bañado esa misma mañana y se había puesto un vestido formal de manga corta, aunque se había saltado el corsé. No podía almorzar, porque estaba demasiado nerviosa, y pasó el resto del día tratando de preocuparse por cualquier cosa que pudiera distraerla de lo que iba a suceder. Al anochecer, se había agotado y se sentó en la silla junto a la ventana, observando la vida en el callejón trasero.

Llamaron a la puerta y May se levantó de la silla, temblando.

Era solo Krissy. Sostenía un cuenco con agua y algunos paños, que dejó en el lavabo, luego sacó una bolsa de su delantal y, con una sonrisa tímida, la dejó en la mesita de noche. Desapareció y regresó con una bandeja en la que figuraban una botella de brandy y un par de vasos.

El candelabro junto al buró estaba encendido, así como el candelabro sobre la mesa. Ya había demasiada luz, pensó May mientras Krissy encendía una vela junto a la cama. Esta noche, su resplandor anaranjado le pareció ominoso a May.

Los movimientos de Krissy eran lentos y metódicos, como si se estuviera preparando para un ritual. Hizo una pausa para mirar a May con curiosidad.

“¿Está emocionada, señorita?”

¡Oh, May quería abofetearla! ¡Echarla fuera! ¡Decirle que no era asunto suyo! A May le avergonzaba que la chica supiera lo que estaba pasando.

“No” respondió May con brusquedad y la despidió. Solo cuando inspeccionó la bolsa se dio cuenta de lo que había en ella. Condones. La hizo sonrojarse de vergüenza.

Afuera estaba oscuro. Las pantallas de las velas iluminaban la habitación con una tenue luz rojiza. May caminaba de un lado a otro, incapaz de calmar sus nervios.

Cuando volvió a llamar a la puerta, allí estaba él.

Lord Ashbee.

Sus ojos oscuros.

El olor de su colonia.

Y las flores, un ramo de gardenias, que la sorprendieron.

“Qué considerado” murmuró.

Lord Ashbee sonrió.

"Pensé sobre todo en mí mismo. Las flores le recordarán a mí y a nuestra primera noche".

Sus ojos se clavaron en los de ella. Se acercó y la besó suavemente en la mejilla.

“Buenas noches, May”.

Ella tembló al tocarlo. La anticipación. Lo desconocido.

La estudió. Los mechones de cabello, retorcidos, sujetos, se juntaban en la coronilla de su cabeza. Su rostro estaba enrojecido y sus mejillas ardientes. Sus ojos, que brillaban con una gama de emociones: timidez, curiosidad, desconcierto. Sus labios, de un color rosado más profundo. Se maravilló al verla, tan hermosa y tímida.

"Tomemos algo, May. Creo que usted lo necesita". Él les sirvió brandy, y rápidamente y con torpeza, ella dio un sorbo, ahogándose con ello.

Eso le dibujó una sonrisa en el rostro. "¿Está usted nerviosa?"

"Sí", admitió ella vacilante, manteniendo sus ojos en cualquier lugar menos en él.

"Lo sé". Asintió y sonrió aún más ampliamente, ya que ese pensamiento lo excitaba. "No tenga miedo. Es algo por lo que toda mujer tiene que pasar. Usted tendrá una experiencia mucho mejor que muchas otras".

Experiencia; la palabra la hizo ruborizarse.

Bebieron brandy, y él le preguntó por Ada y la Sra. Sharke y la rutina diaria como si tratara de distraerla del propósito de su visita. No se sentaron; ella permaneció junto al escritorio como si intentara mantener su distancia mientras él caminaba como si la estudiara desde todos los ángulos.

Pasó un tiempo en esta charla, y May se sintió más relajada. Podía sentir sus mejillas ruborizarse por el alcohol, el líquido filtrándose en su sistema, calmándole los nervios. Todavía no intentaba besarla, y eso la sorprendió y decepcionó. Evitó sus ojos, en cambio, estudiando su ropa y movimiento.

Tenía buen gusto. Por supuesto que sí. Sus movimientos eran refinados y gráciles para un hombre fuerte y musculoso. Notó el anillo en su mano izquierda, el amarillo y verde del oro coloreado, los diminutos tentáculos que formaban una corona en la parte superior y sostenían una piedra de color amarillo-verdoso. Posó sus ojos en él por un momento, y él lo notó.

"Crisolito", explicó. "Fue un regalo de un gran hombre. La piedra cambia de color según la luz. Un rasgo humano", añadió.

"Parece una araña", dijo May.

"Uno ve lo que quiere", respondió con una sonrisa y se quitó la chaqueta. "May, quiero que suelte su cabello", dijo mientras se quitaba el chaleco a continuación.

Su corazón empezó a latir tan rápidamente que pensó que él lo escucharía.

Ahí estamos...

El pensamiento le devolvió su nerviosismo, que se irradiaba por todo su cuerpo.

Pero hizo lo que él pidió, sus manos temblando ligeramente al quitar las horquillas, sacar los clips, luego pasó ambas manos por la melena de cabello castaño que caía hasta sus hombros y pecho.

Lord Ashbee desabrochó su camisa, y May lanzó una mirada al hombre, notando su amplio pecho y los músculos tonificados de su estómago. Se acercó a ella y pasó sus dedos por las ondas sueltas de su cabello que caían sobre su rostro.

"Mejor", dijo, luego levantó su rostro por el mentón y la besó. Lentamente al principio, luego usando su lengua. May le devolvió el beso y sintió la familiar ola de placer recorrer todo su cuerpo hasta las piernas.

Pero no sostuvo el beso por mucho tiempo. En lugar de eso, apartó su cabello, dejando al descubierto su cuello, y plantó suaves besos mientras desabrochaba su vestido con los dedos. El aroma del lirio de agua era más fuerte en su cuello, y él continuó besándola, inhalando el olor, deshaciendo su ropa como si escondiera los aromas más placenteros.

May temblaba por su cercanía e intentaba ayudar con los botones, tirando nerviosamente de

uno atascado, y él se detuvo y se rio suavemente de su lucha.

"Permítame hacer esto", dijo suavemente.

Cuando el vestido finalmente se deslizó hasta el suelo, May se quedó en su camisón, calzones, medias y zapatos. Parecía más pequeña y delgada sin la ropa. Más delicada, como la primera flor de primavera. Él bajó el camisón suelto de sus hombros, lo bajó y lo dejó deslizarse al suelo, dejando al descubierto su parte superior del cuerpo.

May jadeó e intentó no respirar. Era la primera vez que un hombre la veía desnuda.

Él la estudió con una sonrisa, luego levantó ambas manos y apoyó el dorso de sus dedos contra sus pequeños pechos llenos, rodeándolos, notando los escalofríos en su piel. Pasó sus pulgares sobre sus pezones, que ya estaban duros, y notó cómo contenía la respiración.

¡Oh, cuánto lo deleitaba esto! Sintió cómo su miembro se hinchaba de deseo. Cada vez que ella tomaba un aliento cuidadoso, sus senos parecían cobrar vida en sus manos, y eso lo excitaba aún más.

"Usted es hermosa", susurró y se inclinó para besarla en los labios, acariciando su piel, luego se apartó y se inclinó, sus labios alcanzando su pezón izquierdo. Tiró suavemente, luego lo soltó, circuló alrededor con su lengua y lo besó más fuerte.

May jadeó y movió las manos ligeramente, sin saber qué hacer con ellas.

Él soltó su pezón y regresó a su rostro. La besó nuevamente, más insistente esta vez. Sus manos se deslizaron hacia los cordones de sus calzones, desatándolos.

"Quítese todo, May", dijo usted suavemente.

Ella dudó, pero obedeció, se deshizo del resto de sus prendas y zapatos, y se enderezó, bajando la mirada avergonzada, su cuerpo completo expuesto para él.

Sus ojos bajaron a sus senos, luego a sus manos, que estaban cruzadas al frente, ocultando la parte que él quería ver. Él las separó, mirando con una sonrisa el triángulo marrón entre sus piernas. Ella se sonrojó. Sus ojos volvieron a subir, y él se acercó, comenzando a besarla. Sus manos acariciaban sus caderas mientras su lengua se deslizaba en su boca, acariciando la suya. Finalmente, ella cedió, y sus manos subieron hacia sus brazos.

¡Oh, cariño! Él quería que esas manos desabrocharan sus pantalones y lo tocaran. Pero ella era demasiado tímida. Por supuesto. Estaba bien. Aprendería a hacerlo.

Mientras tanto, sus manos exploraban su cuerpo, deslizándose hacia su perfecto trasero, acariciándolo, sintiendo cómo su cuerpo se inclinaba hacia el suyo, con su lengua más valiente y su boca más insistente. Sus manos se deslizaban cuidadosamente por su piel, cada toque resonando en su cuerpo con un temblor tímido. Exploraron sus muslos internos, acariciándolos, y su cuerpo la traicionó con un gemido. Su boca se fundió en la suya, atrapando ese gemido, y sus dedos se deslizaron hacia la unión entre sus muslos.

Jadeó y contuvo la respiración.

¡Oh, qué contento se sintió cuando encontró su charco de humedad!

"¡May!" le susurró en la boca, sorprendido por semejante descubrimiento. ¡Estaba excitada! "Oh, cariño..."

Encontró su clítoris y sintió que contenía la respiración de nuevo. Sus dedos se deslizaron más profundamente, separando los labios de su sexo, bajando más, explorando la humedad y deslizándose hacia arriba. Sintió que ella le apretaba los brazos, se apartó y la miró a la cara.

May se quedó sin aliento, trató de actuar con calma y control, pero pudo ver la tensión en su cuerpo, el miedo en sus ojos que luchaba contra su deseo y cómo intentaba evitar mirarlo.

"No va a funcionar así, ¿verdad?", dijo en voz baja, y sus ojos volaron hacia él presa del pánico.

De repente, se inclinó, la levantó, la llevó a la cama y la acostó. Luego se alejó para recoger una de sus medias, regresó y la miró intensamente.

"No hay razón para tener miedo, cariño".

Le ató la media sobre los ojos como si fuera una venda en los ojos, se quitó la camisa y se colocó encima de ella.

"Relájese, May. Solo quiero hacerla sentir bien", susurró.

Sus labios volvieron a posarse en los de ella y rodeó su cintura con el brazo, acercándola más a él. Sus besos eran ahora más impacientes, su mano más insistente. Le acarició los pechos y May volvió a sentir una intensa oleada de deseo. Ahora no podía verlo y, de alguna manera, el hecho de no ser escudriñada por sus ojos la hizo soltarse. Ella cedió, su boca se hundió en la de él, con sus manos menos tímidas, deslizándose arriba y abajo de sus brazos y su cuerpo musculoso.

Su boca abandonó la de ella y bajó por su cuello, sus hombros, sus pechos y las perlas rosadas en sus centros. Le lamió uno de los pezones y trató de llevarse a la boca todo lo que pudo.

"Ah" gimió y arqueó la espalda.

"Así es, May" susurró, "buena chica".

Cambió al otro e hizo lo mismo mientras sus manos le acariciaban los hombros y el cuello.

"Aprenderá a soltarse, May" dijo él en voz baja y le besó el ombligo, que ella absorbió al tocarlo. "Cuando seas lo suficientemente valiente como para expresar sus deseos" le plantó varios besos en los muslos, "haré" se acercó a la parte interna de su muslo, "cualquier cosa" la besó de nuevo, separando ligeramente sus piernas, "que usted", mordiéndole la piel suavemente, "quiera..."

Sus labios y su lengua cubrieron su parte más íntima, y May soltó un gemido.

Comenzó a plantarle suaves besos en el clítoris y sintió que sus músculos se tensaban. La punta de su lengua acarició su carne sensible y ella jadeó, tratando de ocultar su emoción. Sus dedos separaron sus labios, y su lengua tocó su ardiente núcleo y se deslizó en un movimiento lento hasta la parte superior. Ella gimió, los movimientos de sus caderas traicionaban su deseo.

Alzó la vista y se fijó en los movimientos irregulares de sus músculos y pechos. Él sonrió, satisfecho, y comenzó a lamer su humedad de nuevo, con su lengua explorando los pliegues sedosos de su lugar íntimo mientras May seguía jadeando y gimiendo, tratando de permanecer en silencio, pero sin poder hacerlo.

Separó aún más sus piernas y besó la suave piel alrededor de su sexo, luego lamió su carne, su lengua se movía como una serpiente, sus labios tiraban del clítoris y tiraban de él suavemente, jugando con ella. Sus manos se aferraron a las sábanas y su boca jadeó en busca de aire cuando experimentó por primera vez la conmoción y la satisfacción de ser complacida.

Los dedos de Lord Ashbee tomaron el control en lugar de su boca, acariciando su sexo suavemente, y miró a May con una sonrisa de satisfacción. Luego su dedo mojado se deslizó entre sus nalgas hasta la suave forma de su ano.

May soltó un gemido manso y tenso mientras él empezaba a masajear suavemente el lugar, sintiendo cómo sus caderas se movían al ritmo de sus dedos. Sus manos agarraron las sábanas con más fuerza, y su boca volvió a los labios de su sexo, que dejaron al descubierto su clítoris rosado, invadiéndolo de nuevo con su lengua, empujándola suavemente, abriéndola como un capullo, mientras su dedo presionaba suavemente su entrada trasera. La respiración de May se aceleró, su espalda se arqueó, y él siguió adelante, sin romper el ritmo, y en un breve momento, May estalló en una serie de gemidos ahogados, explotando en el orgasmo tímido más delicioso

que Lord Ashbee había visto en mucho tiempo. Besó su sexo varias veces más como si lo calmara y lo soltó.

Cuando se quitó la venda de los ojos, su cara estaba frente a la de ella. Jadeaba, tenía los labios entreabiertos, el más hermoso color rosa manchaba sus mejillas.

Sus ojos lo decían todo.

Sorpresa.

Vergüenza.

Reconocimiento.

La besó suavemente, con el sabor de su humedad aún en los labios.

Aunque tranquilo en la superficie, Lord Ashbee estaba descerebrado por la lujuria. May estaba tan caliente, tan húmeda y tan hermosa. Apenas podía contenerse. Podía tomarla de la mano y hacer que acariciara su erección, pero sentía que llegaría al orgasmo en segundos. Podía abrirle las piernas lo más que pudiera y sumergirse en ella con toda su fuerza hinchada, hasta la empuñadura.

Pero no, esperaría.

Esta vez, sería considerado.

“¿Le ha gustado, May?” Una leve sonrisa curvó sus labios, la chispa en sus ojos oscuros como un guiño de demonio.

“Sí” susurró ella, y sus labios se acercaron a él para darle un beso.

Por supuesto que sí, pensó. Y disfrutó viendo su primera experiencia, pero ahora era el momento de otra.

Se levantó de la cama, se desabrochó los pantalones y se los quitó sin apartar los ojos de May.

Su erección se liberó. Estaba tan rígido que casi le dolía.

May también era consciente de ello, aunque temía bajar los ojos para inspeccionarlo adecuadamente.

Lord Ashbee estaba de nuevo encima de ella, apoyado en un codo, con la otra mano acariciando su cabello mientras la besaba.

Podía sentir su piel contra la suya, su pecho apretado contra sus pechos, el peso de su cuerpo sobre ella. Sus piernas entre las de ella. Su piel contra la de ella. Y su miembro, rozando sus muslos.

Enganchó su mano detrás de su rodilla, levantándola, y puso su pie sobre su muslo, abriéndola aún más para él.

“Puede doler” dijo en voz baja, y su mano se deslizó entre sus piernas y acarició suavemente sus partes íntimas. “Míreme, May” dijo. Sus ojos se cruzaron y ella sintió un objeto entre sus piernas. La penetró suavemente, en sincronía con el ligero movimiento de su cuerpo, luego más insistente, como si luchara contra la resistencia, luego más fuerte.

Dolió.

Otra estocada.

El dolor se disparó entre sus piernas, y se estremeció y jadeó.

“Shhhh, está bien” susurró lord Ashbee, que se quedó quieto un momento, y luego se adentró un poco más, observando el rostro de May en busca de signos de dolor.

Un par de estocadas más y él estaba dentro de ella, llenándola.

Oh, qué divina se sentía, los músculos de su pasaje apretados contra su palpitante erección, como si sus intrincadas partes estuvieran diseñadas para adaptarse perfectamente a él. Empezó a empujar más rápido, porque sabía que ya no le dolía tanto y no podía esperar más. Ella mantenía

sus ojos en él, sentía que su cuerpo se movía con cada embestida, cada movimiento resonaba en sus mentes con la comprensión de su cercanía.

«Valió la pena la espera», pensó Lord Ashbee mientras su cuerpo sentía una oleada de intenso placer. Por lo general, podía hacer que durara, pero ahora estaba alcanzando la cima demasiado rápido. Cerró los ojos, sus movimientos aumentaron y, en poco tiempo, se retiró y su mano terminó el acto. Exhaló ruidosamente, y este fue el único sonido de su placer.

A May le sorprendió, porque el acto, el más esencial entre un hombre y una mujer, no le dio ninguna satisfacción. En todo caso, pensó que era demasiado mecánico para ser placentero. Todo lo que seguía le quitaba cualquier romance. Lord Ashbee se limpió los rastros de sangre y se vistió mientras May hacía lo mismo, mirando con vergüenza las manchas de sangre en la sábana, pensando que las secuelas de cualquier celebración eran siempre muy sombrías.

Finalmente, Lord Ashbee le rodeó la cintura con el brazo y le cogió la barbilla con el otro.

"Sé que no estás muy satisfecha con la primera vez", dijo, sonriendo, "pero será más agradable".

Ella no respondió. De repente, se sintió más adulta. Sabía. Como si esta experiencia esencial de la introducción a la feminidad ya la hubiera cambiado.

"No la molestaré más esta noche". Le dio un suave beso y dio un paso atrás.

"¿Cuándo lo voy a volver a ver?", tartamudeó.

"¿Cuándo le gustaría volver a verme?" Sus ojos se clavaron en los del otro, pero May no respondió.

Ella estaba en conflicto.

Tranquila.

Valiente.

Más receptiva.

Orgullosa, incluso. ¡Qué ridículo!

Sin embargo, lord Ashbee seguía poniéndola nerviosa. Siempre lo hacía. Incluso ahora, la miró con una sonrisa y los con ojos brillantes de brandy, y eso la hizo sentir incómoda. Pero había un nuevo vínculo entre ellos, el conocimiento de que él la había poseído íntimamente, que le había quitado la virginidad, que era el único hombre que se había acostado con ella. Le sorprendió la mente y le hizo cosquillas a él, y todo estaba en sus ojos mientras se miraban el uno al otro.

Lo único que May tuvo que admitir, y trató de ser honesta consigo misma, fue que quería intentarlo de nuevo. Sus manos, su lengua, su boca. Quería más de sus besos. Los más largos. Quería volver a llamar su atención entre sus piernas. Y, por otra parte, ese acto, tal vez le tomaba tiempo aprender a disfrutarlo.

"¿Mañana?" soltó finalmente, con sus grandes ojos grises oscurecidos por el deseo y esta nueva anticipación.

"¿Mañana?" Lord Ashbee repitió sorprendido, luego se acercó a ella de nuevo y la besó apasionadamente.

Volvió a sentirse excitado. La quería de nuevo. *Pero no esta noche*, pensó y no pudo dejar de besarla. Finalmente se apartó y le pasó el pulgar suavemente por los labios.

"Me alegro de conocerla íntimamente, May. La veré mañana, entonces".

Se fue.

De repente, la habitación parecía demasiado vacía sin él. El olor a tabaco y colonia aún flotaba en el aire. Los vasos vacíos y la botella de brandy eran un recuerdo de él.

También lo era el leve dolor en su cuerpo...

También lo eran las flores que estaban sobre el escritorio...

Su voz, resonando en su mente: *"Le recordarán a mí"*.

En efecto.

Su primera vez...

No era así como ella lo había imaginado. Definitivamente no en una habitación de un burdel con un extraño que había pagado por ello. Pero, de alguna manera, May se sentía atraída por lord Ashbee más que por ningún otro hombre antes. La asustaba, pero la excitaba al mismo tiempo. Quería pasar más tiempo con él, escucharlo hablar.

De repente, se levantó, se acercó a la ventana y la abrió de par en par, dejando entrar el aire fresco de la noche. Miró fijamente hacia la calle oscura, escuchando los sonidos de la vida nocturna, los vítores, los gruñidos, las risas, el traqueteo de los carruajes de caballos en la calle principal. Inhaló el aroma de los árboles en flor y se quedó así durante un rato, perdida en la oscuridad en la que Lord Ashbee había desaparecido.

Lord Ashbee fue directamente a casa de lady Agatha Wells. Charles ya estaba allí, aunque Walter no aparecía por ninguna parte.

"¿Dónde está mi primo? ¿Encontró ya una nueva empresa en Londres?" inquirió lord Ashbee.

"Me temo que le has mostrado el lugar más excitante para obtener compañía, Ray" respondió Charles, y se inclinó para susurrarle al oído: "Dijo que iba a ir a Belle House".

"¡Ah, por supuesto!" Lord Ashbee sonrió.

"¿Qué es este lugar que es más emocionante que mi fiesta?" Lady Agatha se acercó a saludar a Lord Ashbee.

"El lugar donde los hombres prefieren ir solos". Charles soltó una risita.

"¡Ah, esos!" Agitó la mano con gracia. "¿De dónde viene, lord Ashbee? Tan inusualmente tarde, todo misterioso, con los ojos chispeantes, agitados, como si hubiera estado con una mujer. ¿Quién es esta vez?"

Oh, la zorra, pensó lord Ashbee. Era demasiado perspicaz y conocía demasiado bien a los hombres.

"No estoy seguro de que quiera saberlo, lady Agatha" bromeó Charles.

"Oh, me gusta saber todo lo posible sobre lord Ashbee. Todo el mundo siempre lo hace. Los que no lo hacen son hipócritas o celosos o heridos por sus acciones y tratan de mantenerse alejados".

"Solo un nuevo... proyecto". Lord Ashbee sonrió misteriosamente. "Necesito un buen trago" añadió, y lady Agatha arqueó una ceja hacia él.

"El proyecto debe ser bastante fascinante", dijo y se rio.

Los pensamientos de Lord Ashbee eran realmente muy intensos. No había nada nuevo en el primer encuentro con una mujer, tampoco nada especial en uno con una virgen. No para él, de todos modos. Quería hacer que una mujer se abriera a él, que aprendiera sus costumbres. Era la magia de enseñar a una mujer a comprender completamente el significado del placer. Con May, era su misterio. La virtud. El deleite de su sorpresa ante cada roce de él.

El recuerdo hizo que su miembro volviera a ponerse rígido. Quería tomarla de nuevo, esta vez como es debido. Sin ataduras. Quería verla descubrir cosas nuevas, las posibilidades de su cuerpo. Lo haría, de lo que Lord Ashbee estaba seguro. Aprendería que podía estar contenta y

que podía complacer a los demás. Podría convertirse en una hábil amante, pensó lord Ashbee con anticipación.

Por supuesto, eso continuaría hasta que ella estuviera completamente encantada con él, necesitada de sus habilidades, atención, sensualidad. Entonces se volvería codiciosa y exigente. ¿Lo haría? ¿Como el resto? Lord Ashbee odiaba la necesidad, el rasgo más patético de las mujeres. No quería verla en May. Tal vez esa era la mayor atracción: estaba tan desesperada por proteger su secreto que prefería negarse a sí misma sus deseos antes que admitir que lo necesitaba. Pero, entonces... ¡mujeres! ¡Qué criaturas tan impredecibles! Como si sus decisiones dependieran del clima, o del color de las flores, o del postre que hubieran almorzado.

Pero eso sería más tarde. Mucho más tarde.

Por ahora, Lord Ashbee no podía esperar para volver a May y continuar su educación.

Más tarde esa noche, mucho después de la medianoche, regresó a casa y se encontró con Walter en el salón y con una bebida en la mano. El joven ya estaba bastante borracho e inusualmente agitado, esperando su regreso.

"¿Cómo estuvo la Belle House?" inquirió lord Ashbee.

Tomó asiento en el sillón frente al joven y lo estudió con una sonrisa, observando cómo Walter alborotaba su cabello con un rápido movimiento torpe de la mano.

"Mujeres, ya sabes..." El joven se encogió de hombros y sus labios se estiraron en una sonrisa.

Lord Ashbee no respondió. Había algo encantador en la forma en que uno hablaba con autoridad sobre los nuevos placeres que acababa de descubrir, como si uno fuera el maestro del oficio.

"¡Cuéntame!" Lord Ashbee lo animó.

"Está esta, Lucie es su nombre. Ella..." Walter vaciló, frotándose la boca de un lado a otro con las yemas de los dedos como si pudiera traerle los recuerdos. "Es inteligente, Ray. Es maja. No como el resto. Ella... ¡Ah!" Su cabeza se balanceaba de un lado a otro como si luchara contra una mosca molesta. "¡Ella es muy agradable! Ella no quiere hacer esto por mucho tiempo. Quiere ahorrar lo suficiente y abrir una cafetería. Todavía no tiene suficiente. ¡Ella me lo dijo! ¡Es cierto! Me miras como si te estuviera diciendo mentiras. ¡Pero necesita mi ayuda!"

"Walter". Lord Ashbee suspiró en voz alta. "Estás demasiado borracho para entender ciertas cosas en este momento y eres demasiado joven para saber lo que son las mujeres. Son como gatos. No te aman por lo que eres. Siempre hay algo que necesitan: hogar, comida, atención, dinero, estatus. Cuando terminen, se alejarán y encontrarán a otro hombre a quien seducir. Y si no hay nada que tomar, quieren poseerte. Como una mascota. Les gusta sentir su control sobre ti y dirán cualquier cosa que quieras".

"Ella no es así, Ray. Ella..."

"¡Walter! Hablaremos mañana, hijo mío".

Lord Ashbee se levantó bruscamente, interrumpiendo la conversación. No tenía sentido discutir. Estaba cansado. Quería descansar. Quería estar solo y repetir por enésima vez los acontecimientos que habían ocurrido en la Belle House. May no se apartaba de su cabeza. Quería cerrar los ojos y sumergirse en las visiones de su cuerpo desnudo.

Más que eso, no podía esperar al día siguiente, cuando volvería a verla.

A la mañana siguiente, cuando lord Ashbee se levantó y entró en el salón, Walter ya estaba allí. Acababa de terminar de desayunar, se sentó junto a la puerta que daba al jardín y bebió café.

¡Ah, la juventud! Lord Ashbee pensó. *¡Qué rápido se recupera un cuerpo joven después de una noche de placeres excesivos!*

Renovado y de buen humor, Walter entabló una pequeña charla mientras la criada servía el desayuno a lord Ashbee. El joven parecía más comedido en su conversación sobre la Belle House y apartó los ojos ante la mención de Lucie.

“Walter” dijo lord Ashbee, terminando su café, “un joven de tu edad sólo necesita una cosa de las mujeres: experiencia. Sé que todo es nuevo y emocionante para ti, y nada conmueve una mente y unos sentidos jóvenes como lo hace la intimidad, pero hay muchas más cosas interesantes por descubrir en Londres”.

Decidieron visitar a Lord y Lady Dekker, que querían mostrarle a Walter su invernadero. El propio Lord Ashbee era un amante de las plantas, y no había otro jardín en Londres que contara con tantas variedades como el de los Dekker.

Cuando llegaron a la mansión, Walter tuvo una extraña sensación de déjà vu al recordar su introducción a los placeres sexuales de Londres hace varias semanas.

El jardín era realmente espléndido. Era un gran pabellón de cristal detrás del edificio principal. Sorprendentemente, Walter no recordaba haber oído hablar de ello durante la fiesta.

“Esa fiesta era de otro tipo. El jardín no habría atraído tu interés esa noche”. Lord Ashbee soltó una risita al recordar la primera aventura de Walter en el dormitorio.

El pabellón era cálido y lleno de luz. Las plantas más pequeñas estaban sobre mesas de madera y estantes en varias filas. Los más grandes estaban en el suelo a lo largo de todo el perímetro, y aquí y allá había árboles más altos que llegaban casi hasta la cima, tocando el techo de cristal. Cubos, artilugios curiosos, soportes, herramientas de jardinería, palanganas de todos los tamaños sobresalían aquí y allá, así como notas y gráficos de todo tipo que contenían la descripción e información sobre la especie.

El propio Lord Dekker hizo el recorrido. Envuelto en una bata de casa, con el pelo desordenado, no era un hombre de aspecto noble.

Qué diferente se ve, a la luz del día y sobrio, pensó Walter, estudiando al huésped, que los guiaba de una especie a otra, explicándole a Walter las variedades de plantas que había estado

recolectando durante años. Había algo de científico aficionado a los libros en el hombre mayor que no había parecido más que un libertino lujurioso varias semanas atrás.

"Tenemos cazadores de plantas que traen plantas y semillas de todo el mundo", explicó el anciano, agitando las manos con emoción mientras guiaba a los dos hombres por el pasillo. "China, India, Filipinas, Japón. Asia tiene una gran variedad de especies únicas. Precios superiores, por supuesto. Y el peligro de perderlas por un cuidado inadecuado. ¡Pero qué delicia cuando toman y traen la nota exótica a esta ciudad ordinaria! ¡Ah!" Y lord Dekker alzó las manos al aire.

Cada flor, explicó, tenía un significado.

"Eres demasiado joven para saber que uno puede expresar con flores los sentimientos que de otra manera no expresaría". Lord Dekker le dedicó a Walter una sonrisa condescendiente y le guiñó un ojo a Lord Ashbee.

"La acacia blanca", explicó, señalando un arbusto con capullos que mostraban pétalos blancos que comenzaban a asomar, "significa amistad, mientras que la amarilla representa el amor secreto. El lila púrpura es para enamorarse, el iris amarillo para la pasión. Pero no les des narcisos a las damas si no quieres parecer un idiota egoísta. De todos modos, las tres últimas son bastante comunes en la ciudad".

"Calas," continuó Lord Dekker, lanzando miradas satisfechas a Walter, quien lo seguía con la boca abierta. "Un pétalo blanco grande y un tallo amarillo oscuro que sobresale del centro, ¡qué diseño tan intrincado!" El hombre se rio. "Regalar una es admitir una magnífica belleza. La flor de la pasión, por otro lado, es declarar fe. Si te consideras una persona peligrosa, envía un ramo de rododendros, aunque debería ser la flor distintiva del Lord Ashbee. Lo mismo debería ser con la burla naranja." Se rio a carcajadas, y Walter se volvió para mirar al Lord Ashbee, quien rodó los ojos.

Pasaron por los arbustos al final del pabellón y caminaron de regreso por el otro lado.

"¡Tantas!" exclamó Walter.

"Bien, estos claveles deberían ser muy exigentes" explicó lord Dekker. "Los blancos significan inocencia, mientras que los amarillos decepción. Por supuesto, solo guardo los morados para mi esposa, porque representan el capricho". Una sonora carcajada volvió a sacudir su pesado cuerpo. "Estas pequeñas queridas" señaló las pequeñas flores de apenas unos centímetros de altura que brotaban de un lecho plano de hojas verdes "son maravillosas. Pero si quieres despedirte de una dama, seguramente te enviarán el mensaje. Así como flores de trompeta", señaló un pequeño arbusto de forma ovalada con coloridas flores colgantes que caían. "Ahora..."

Se detuvo junto a un arbusto con bonitas flores rosadas.

"Se llama adelfa", explicó. "Una planta muy tóxica en todas sus partes. Probablemente no debería tenerla por mi propia seguridad". Una vez más, su pesado cuerpo tembló de una risita. "La baronesa Ebba Ridgeway, que en paz descansa, era conocida por haber cultivado varias de ellas en su casa y, cuando su marido la irritaba mucho, solía remojar las flores con su té. El pobre bastardo estaba constantemente enfermo, y los médicos estaban perdidos. ¡Y todo el tiempo, fue su preciosa esposa! ¡Ah, las mujeres!" Volvió a reír cuando Walter se inclinó sobre la planta, estudiándola cuidadosamente como si tratara de averiguar cómo tanta belleza podía producir el veneno.

"Y esta" lord Dekker se detuvo junto a un pequeño arbusto que tenía flores blancas "es la belladona. Produce pequeñas bayas negras lisas que son altamente venenosas. Sí" miró a Walter con grandes ojos, "me fascinan demasiado las plantas peligrosas. La belladona tiene propiedades

medicinales. Utilizan el extracto para preparar las gotas oftálmicas que dilatan las pupilas. Muchas mujeres las usan para dar más encanto a sus ojos. Bastante ingenioso, debo admitirlo. Excepto que se rumoreaba que Lady Catherine Milton se había quedado ciega al final de su vida por el uso excesivo de ellas. Se lo merecía. Tenía más arrogancia que la belleza por la que era famosa".

"¡Eh!" respondió Walter con fascinación. "¿Qué es esta planta?" Señaló un arbusto que crecía unos tres pies de altura y tenía una bandeja al lado con hojas sueltas secándose.

"¡Ah! ¡Una planta de coca!". dijo lord Dekker con una sonrisa maliciosa. "Vino desde Sudamérica. Masticar las hojas despeja la mente y da energía. Mi esposa hace té con ella. Dicen que los pueblos indígenas de los Andes lo han estado usando durante cientos de años para lograr vitalidad. Los salvajes, a veces conocen los mejores trucos de la naturaleza. Bueno" suspiró lord Dekker, "pueden pasear por aquí, pero yo ya estoy exhausto. Hay mucho más por explorar. Lord Ashbee" el anciano asintió en su dirección "es todo un experto. Cuando terminen, únanse a mí para almorzar, ¿verdad? Con suerte, mi esposa estará de vuelta para entonces".

Lord Ashbee asintió. "Lord Dekker tiene un álbum de bocetos en su biblioteca" le dijo a Walter. "Muestran algunas especies raras que se pueden encontrar en todo el mundo. De hecho, es algo extraordinario".

"¿Dibuja?" Walter miró sorprendido al hombre, que se alejaba, pero se dio la vuelta.

"¡Ah, solo un pasatiempo tonto mío!" Hizo un gesto con la mano con gracia. "Prefiero dibujar humanos. Puedo hacer un boceto de usted en algún momento" dijo, guiñando un ojo a lord Ashbee y se echó a reír alejándose, lo que Walter no entendió.

"¿No sería maravilloso?" Walter miró a su primo, emocionado.

Lord Ashbee estaba de pie junto a una vitrina rectangular, del tamaño de un gran baúl, que contenía intrincadas flores.

"¿Qué pasa?" Miró a Walter como si no entendiera.

"¡Nadie me había dibujado antes!", exclamó el joven. "¿No sería genial que Lord Dekker lo hiciera?"

Una sonrisa maliciosa se extendió por los labios de Lord Ashbee. "Si te gusta posar desnudo, claro. Esa es la única forma en que Lord Dekker lo hace" respondió, y el rostro de Walter se puso del color de la flor de cerezo.

La atención de Lord Ashbee volvió a la planta en el tanque de vidrio.

Una orquídea.

Una de las especies más raras y difíciles de cuidar.

El tono púrpura claro y delicado, con un matiz de amatista: sabía que esta flor en particular había sido comprada en la subasta organizada por los cazadores de orquídeas que habían venido de una larga expedición a América del Sur. Lord y Lady Dekker habían gastado una fortuna para que más tarde pudieran presumir de ella en fiestas y reuniones y mostrársela a sus amigos. El raro hallazgo que se podía admirar se guardaba en una caja de cristal.

Una orquídea era un símbolo de amor y belleza. Tan encantador, pero tan frío. ¡La verdadera belleza! Su intrincado diseño le recordaba a Lord Ashbee algo más. Estudió la flor durante algún tiempo y pensó en May.

"Es una flor de camelia".

May miró con curiosidad la flor de color rosa claro que lord Ashbee le había traído. Ella había anticipado su llegada, preguntándose en secreto cómo sería el encuentro esta vez.

Tal vez siempre había estado ahí: la curiosidad por la intimidad que cosquilleaba el corazón de toda mujer joven. La sed de lo desconocido. El deseo de experimentar el placer sobre el que tantos poetas escribieron. Quería aprender más, ser capaz de enviar a otra persona a la misma dulce inquietud que Lord Ashbee la enviaba a ella.

Pero una vez que lo vio en la puerta, el nerviosismo se apoderó de ella de nuevo. Era intimidante incluso cuando estaba en silencio, y mucho menos cuando hablaba, cada una de sus palabras era un paso más profundo en su mente y alma.

Ahora sostenía la flor en su mano: su tallo marrón con hojas verdes coronado con una hermosa flor de color rosa claro. Había visto la flor en los libros antes.

Significa añoranza, quiso decirle lord Ashbee. "Es rara en estas partes del mundo", dijo en su lugar.

"Sin embargo, trajo una". Ella logró esbozar una sonrisa.

Sabía que ella estaba nerviosa sobre él. Había traído la flor y ahora trataba de distraerla con una conversación, pero ambos sabían y anticipaban el verdadero propósito de este encuentro.

"Lord y lady Dekker tienen uno de los invernaderos más grandes de Londres" dijo, estudiándola, pensando en la noche anterior y en su perfecta piel bajo el vestido. "Con la colección más grande, sin duda. Hoy en día hay una tendencia a las especies raras".

"Al igual que hay una para las mujeres, ¿no?" Ella esbozó una sonrisa y él respondió con una.

"Las mujeres no son una tendencia, May. Son una necesidad de la vida. La belleza, en cambio, o las peculiaridades de la misma, pueden ser tendencias, sí. Pero con las flores y las plantas, se trata de rareza".

"Como ocurre con las mujeres".

Sonrió. "A veces. Pero a uno le gusta coleccionar especímenes raros de flores, incluso si son feas".

"¿Existe tal cosa como una flor fea?"

"Me he fijado el objetivo de mi vida de encontrar la belleza en la fealdad, pero si alguna vez has visto *Nepenthes*, o copa de mono, como la llaman, estarás de acuerdo. El nombre lo dice todo". Sonrió. "Los Dekkers la tienen en su jardín. Una flor cadáver es otra. Solo he visto las ilustraciones, pero parece un monstruo, y el hedor, dicen, mantiene a la gente alejada a una distancia considerable".

May arrugó la nariz.

“Debería llevarla alguna vez al jardín de los Dekkers” dijo él, y vio que su sonrisa se desvanecía. “O no” añadió en voz baja, recordando su situación. “Las flores son los órganos reproductivos sexuales de una planta. ¿Lo sabía, May?”

Un leve rubor se apoderó de sus mejillas cuando lo miró.

“Las plantas con flores son como las mujeres”. Se acercó y levantó la mano hacia la camelia que ella sostenía. Su dedo recorrió el borde circular de la misma.

May miraba como hipnotizada.

“Algunas plantas tienen varias flores, otras solo una”, continuó en voz baja, saboreando cada palabra. “Algunas dan frutos. Otras no”. Su pulgar recorrió la flor, agitando suavemente el capullo. “Algunas florecen continuamente, otras cada temporada o una vez al año. Algunas, como la planta centenaria, una vez en la vida”. Acarició los pétalos, y eso le trajo a la mente los acontecimientos de la noche anterior. “Durante años, esperas a que florezca, y cuando lo hace, es maravilloso, pero de corta duración, y nunca vuelve a suceder”. Sus dedos se detuvieron de repente y ella levantó los ojos para mirarlo. “Interesante, ¿no?”

Él la miró intensamente.

“Así que disfrútelo mientras pueda”, dijo, repitiendo las palabras que había escuchado en otro lugar.

Lord Ashbee enarcó las cejas sorprendido.

“¿Lo disfrutará, May?”

Se sonrojó ante su audacia, que estaba tan fuera de su carácter.

Se acercó, le llevó la mano a la cara y le acarició la barbilla.

“¿Cree que lo disfrutaremos juntos?”, dijo en voz baja. Ella todavía estaba sonrojada, y eso lo deleitó y excitó aún más. “Míreme, May”.

Sus ojos grises se movieron hacia arriba para encontrarse con los de él. No sabía muy bien cómo expresar sus pensamientos o lo que él esperaba. Pero ella sabía que lo quería, quería volver a estar cerca de él.

“Si me enseña” dijo en voz baja y vio un cambio en su rostro y la mirada brillante en sus ojos.

Si me enseña, su mente repitió, y las palabras salieron disparadas de su mente, a través de su cuerpo, hasta su ingle, y sintió que se endurecía. Eran las palabras más sexuales que una mujer podía pronunciar. Cuando era joven, las mujeres le habían enseñado habilidades en el dormitorio. Más tarde, le había tocado a él mostrar a las demás lo que le gustaba. Pero nunca había tenido una alumna tan pura, tan modesta.

Le quitó la flor de las manos y la puso sobre el escritorio, luego le rodeó la cintura con la mano y la atrajo para besarla.

Ella contestó ahora de tan buena gana que lo sorprendió y lo deleitó. Esta vez la besó más tiempo, y eso aflojó su cuerpo, que estaba listo para aprender y aceptar.

No había prisa ni contención, y May sintió que podía permanecer así durante horas, excepto que su deseo se estaba calentando, y deseaba desesperadamente sentir su piel, su cuerpo desnudo contra el de ella.

“Quitémonos esto, May” dijo finalmente Lord Ashbee y la ayudó a deshacerse de su vestido, luego de su camisa, sorprendido por el hecho de que no tenía bragas puestas. Se quitó la ropa hasta la cintura mientras la veía quitarse las medias. Ella bajó los ojos mientras se enderezaba, y él caminó a su alrededor, con su mirada brillante acariciando su cuerpo como si fuera una estatua en un museo. A la luz del día, era aún más impresionante.

Lentamente la besó de nuevo, con las manos en la cintura y sin ir a ningún otro lado, para su

decepción.

“¿Qué quiere que haga, May?” susurró mientras le plantaba suaves besos en el cuello y los hombros.

Ella no respondió. Sabía dónde quería su cuerpo sus manos, pero su mente no le dejaba decir las palabras.

“¿May?”

Le cogió la barbilla entre los dedos y volvió la cara hacia él. Sus ojos se cruzaron. Sabía lo que ella quería, pero quería que lo expresara, que lo admitiera en voz alta. Y él no iba a hacer nada hasta que ella se lo dijera.

“May” dijo él con más insistencia, sin dejar de mirarla y sin moverse.

“Quiero que me toque” dijo en voz baja.

“Dígame dónde”.

Ella vaciló.

“En todas partes” dijo tímidamente.

Sus manos se acercaron a su cara, la acarició, sus pulgares rozaron sus mejillas.

“¿Aquí está bien?” Él la miró intensamente, la comisura de sus labios se curvó en una media sonrisa.

Ella vaciló, armándose de valor.

“Ahí abajo” susurró, y su rostro se puso rosado de tanto sonrojarse.

“¿Dónde, May?”

Ella se sonrojó.

“Entre las piernas” dijo, conteniendo la respiración.

“Sí, señorita May” dijo, y apenas pudo contener una sonrisa.

La llevó a la cama y la sentó en el borde de la cama, con los pies sobre la alfombra.

“Inclínese sobre las palmas de las manos y abra las piernas” dijo él con voz gruesa, de pie frente a ella-.

Lo hizo, separando ligeramente las piernas, sin que el rubor abandonara su rostro.

¡Oh, cómo disfrutaba diciéndole lo que tenía que hacer! Qué dulce era verla complacer, tímida como era. Sintió que su miembro hinchado palpitaba dentro de sus pantalones.

Quería follársela.

¡Ahora mismo!

¡Tomarla rápido!

¡Duro!

¡Con cualquier otra mujer, ya lo estaría haciendo como un loco!

Pero no...

No con May.

Lo haría despacio.

Hacía que ella sufriera por él, por su caricia. De modo que la próxima vez, y la siguiente, estaría lista para tomarla en cualquier momento.

Ella le pediría.

Le suplicaría.

Sonrió encantado. “No sea tímida, May. La quiero abierta de par en par”.

Ella dudó un segundo e hizo lo que él le había pedido.

“Más” dijo.

Separó aún más las piernas, ardiendo de vergüenza. Sus nalgas estaban ahora en el borde mismo de la cama, los dedos de los pies apenas tocaban el suelo, con sus muslos abiertos de par

en par en toda su extensión. Lord Ashbee contempló su hermoso cuerpo en plena exhibición frente a él: con sus pechos, agitados por la respiración, con sus muslos de marfil, con sus rizos castaños enmarcando el delicioso clitoris rosado que asomaba entre los labios y que eran de un tono más profundo que la camelia rosa que había traído para ella.

"May..."

Era una flor en flor, con los pétalos abiertos, dejando al descubierto su centro, y él quería sumergirse en ella como una abeja. La idea de su erección entre sus piernas le hizo querer llegar al clímax en ese mismo momento, pero se contuvo.

En cambio, se colocó en la cama junto a ella, girando su cuerpo hacia ella. Sus ojos se deslizaron hacia su sexo, su mano lo siguió y su dedo corazón acarició su clitoris con una caricia ligera y lenta.

Sus muslos sufrieron espasmos y sus labios se abrieron en un rápido jadeo, sus ojos hacia otra parte, tratando de evitar mirarlo a él, o a su mano, o a su postura desvergonzada.

Estaba empapada, y a lord Ashbee le encantaba más que nada el hecho de que aquella tímida belleza también lo deseara a él. Sus dedos acariciaron sus pequeños vellos castaños, manchando su humedad.

"Me gusta lo mojada que está" dijo y repitió el movimiento.

Respiró hondo de placer.

Acarició su sexo, una y otra vez, hundiéndose más profundamente en sus jugos, sintiendo cómo se soltaba.

"¿Le gusta esto, May?" preguntó, moviendo suavemente los dedos, deslizándolos con cuidado entre sus pliegues, observando su rostro, la forma en que sus ojos parpadeaban lentamente en sincronía con sus jadeos, en sincronía con sus caricias.

"Sí" exhaló.

"Quiero que observe mi mano" dijo él en voz baja, y ella lo miró. "No mi cara" hizo un gesto con los ojos hacia abajo, "mi mano. Quiero que vea lo que le hago".

Ella bajó los ojos y observó su mano durante unos segundos, luego desvió la mirada.

"No mire hacia otro lado, cariño".

May volvió a bajar los ojos y miró, hipnotizada, sus dedos mientras jugaban con los suaves pelos entre sus piernas, acariciando el clitoris hinchado, provocando escalofríos por todo su cuerpo hasta que, sin que ella se diera cuenta, sus caderas comenzaron a empujar hacia sus dedos. Primero lentamente, luego más exigente mientras usaba todos sus dedos para deslizarse alrededor de sus pliegues, deslizándose entre ellos, alrededor de cada lado de su clitoris y el área sensible sobre él. La tocó exactamente como una mujer se tocaría a sí misma, con la habilidad que solo una mujer puede enseñar. Se sentía como cuando usaba su propia mano para el placer. Él aumentó el ritmo y ella levantó la cabeza hacia arriba, exhalando ruidosamente, incapaz de contenerse, apretando su sexo contra su mano.

"Esa es mi chica" susurró, "déjelo ir" y se tiró al suelo delante de ella. Su mano izquierda enmarcó su sexo y lo apretó ligeramente mientras su boca lo envolvía, su lengua de terciopelo acariciaba sus pliegues.

"¡Señor Ah! ¡Ah!", gimió ella, metiéndole el sexo en la boca.

Se lo metió en la boca, acariciando con la lengua su clitoris turgente, lo chupó y luego repitió el movimiento mientras su dedo la empujaba suavemente dentro de ella, primero solo la punta, luego hacia afuera, luego hacia adentro, esta vez más profundamente. Ella se esforzó con un gemido, y él se contuvo de ir más profundo o más rápido, porque sabía que la clave para lograr placer no era la interrupción, sino mantener el ritmo. Así que siguió adelante, con su dedo

estirándola para preparar su camino y su lengua abriéndose camino alrededor de su sexo hasta que sus muslos temblaron y empujaron con más fuerza contra él. Ella gimió, todo su cuerpo se arqueó en un movimiento ondulatorio y sus caderas se sacudieron con fuerza hacia adelante varias veces mientras su cuerpo sufría espasmos en el orgasmo.

Esta vez no se detuvo, sino que se puso en pie de un salto, se rasgó los pantalones con un rápido tirón y metió su erección hinchada dentro de ella con un suave empujón. Ella jadeó y abrió los ojos con sorpresa y un ligero dolor mientras él la cogía por la cintura y la empujaba de nuevo, cada vez más profundamente, pero con la misma brusquedad, se retiró, y su mano agarró su erección y la acarició mientras el líquido blanco se derramaba sobre la piel blanca sobre su pelvis.

"Dios, May..." Gruñó y se inclinó sobre ella, jadeando, luego se rió y la miró a los ojos sorprendidos e inquisitivos. "Por lo general, toma más tiempo...", comenzó a explicar, pero se detuvo y en su lugar la besó en los labios. "Eres increíble", dijo.

Ella se sonrojó de emoción, y eso la hizo lucir aún más bonita. Ella no entendía la rapidez de todo aquello, pero sabía que había llegado a su punto máximo. Lo vio limpiarse, observando su fuerte figura, y luego hizo lo mismo mientras sacaba un cigarrillo de su pitillera y lo encendía.

"¿Se va?" May estaba de pie frente a él, más valiente ahora, no tan avergonzada de su desnudez, y lord Ashbee la evaluó con placer.

"¿Quiere que lo haga?" preguntó, moviendo los ojos de arriba abajo por su cuerpo.

Ella negó con la cabeza. "No".

Se acercó a ella, llevando consigo el humo del cigarrillo, y le rodeó la cintura con el brazo.

"Entonces no lo haré". La besó, con el tabaco y su propio sabor en los labios.

No la dejó vestirse. En cambio, se acostó en la cama, se sentó en las almohadas y palmeó el lugar junto a él para que ella se uniera a él. Ella lo hizo y usó una sábana para cubrirse.

"¿Le dolió esta vez?", preguntó.

"No tanto". Ella negó con la cabeza. "No es que haya tenido tiempo para..." No pudo encontrar las palabras adecuadas para terminar.

"Correcto". Lord Ashbee soltó una risita. De alguna manera, ella tenía este efecto en él: lo excitaba en segundos y llegaba al clímax con la misma rapidez. Observó su rostro, lo que indicaba que estaba desconcertada por algo. "¿Qué pasa, May?"

Respiró hondo, pero se detuvo antes de decir una palabra.

"Si quiere preguntarme algo, hágalo", dijo. "No tenga miedo. Si yo no tengo la respuesta, no sé quién la tiene". Él volvió a sonreír y esperó a que ella se armara de valor.

"¿Todas...?" Ella vaciló y luego lo miró, ladeando la cabeza. "¿Las mujeres obtienen placer de... hacer el amor?", preguntó finalmente, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

Hacer el amor. Encantador, pensó lord Ashbee.

"No. En absoluto" dijo, pero no pareció satisfacer la curiosidad de May. "Algunas nunca lo hacen", explicó. "No importan las habilidades y el tiempo. Algunas lo hacen, pero requieren otros estímulos. Algunas tienen un orgasmo cada vez. Aunque estas son una minoría". Sonrió amablemente. "Si le preocupa no haber disfrutado del acto de la manera en que todos dicen que debería, no se preocupe, cariño. Lleva tiempo. Se necesita práctica. Y es posible que descubra que su cuerpo no está diseñado para disfrutarlo todo". Su sonrisa se convirtió en una sonrisa astuta.

Se necesita práctica, las palabras le hicieron cosquillas a la mente de May de una manera extraña, y se sorprendió al admitir que estaba emocionada ante la perspectiva.

"Tiene que descubrir su cuerpo para saber lo que puede y no puede hacer" continuó Lord

Ashbee mientras se levantaba y se servía un trago.

May observaba su cuerpo, sus movimientos confiados, deseando que se quitara los pantalones para poder verlo todo como él la veía a ella. "Algunas mujeres nunca hacen un esfuerzo por explorarse a sí mismas", continuó, "luego pasan años en la miseria, insatisfechas, amargadas, enojadas con sus cónyuges y hombres en general, rencorosas de los romances de otras, avergonzándolas. Porque avergonzar a las demás solo proviene de la insatisfacción personal".

"¿Los hombres necesitan explorarse a sí mismos de la misma manera?", preguntó con curiosidad.

"Algunos". Él le sonrió. "Los hombres son criaturas más simples cuando se trata de placeres en el dormitorio. Son más físicos que sensuales. Más visuales".

"Visuales" repitió, recordando cómo Lord Ashbee miraba su cuerpo. Entonces algo le vino a la mente. "¿Los hombres prefieren cuerpos bonitos?"

Él la miró sorprendido.

"¿Bonitos? ¿A qué se refiere con bonitos?"

"Bueno... ¿Pechos grandes? Y..." Se sonrojó sin terminar.

Él soltó una risita y se deslizó junto a ella en la cama. "A los hombres les gusta todo".

"¿Pero prefieren ciertas cosas?"

"Todo el mundo tiene preferencias. Al igual que las mujeres".

"Pero mi cuerpo no es tan perfecto como el de Eliza".

Él estalló en carcajadas y la vio bajar los ojos confundida.

"¿De eso se trata? ¿Se está comparando a usted misma?" Le acarició la barbilla mientras ella le miraba con las pestañas. "Me gusta su cuerpo tal como es, cariño".

"Entonces no es el cuerpo lo que elige, ¿verdad?"

Arqueó una ceja.

"No quiere solo mi cuerpo", continuó May. "Hay más. Entonces, ¿qué es lo que buscan los hombres?"

"¡Ah! ¡Ese es el misterio!"

"¿Cuál es?"

"Es complicado".

Ella lo observó por un momento.

"¿Quizás lo opuesto a ellos mismos?", sugirió.

Ladeó la cabeza. "Puede que tenga razón. Odiamos admitir que alguien tiene los mismos defectos que nosotros. Nos esforzamos por encontrar algo nuevo que pueda alimentar nuestra curiosidad. Lo contrario es tan chocante como seductor. Si fuera como Eliza, ¿qué habría de nuevo en usted para hacerme desearla? Si fuera como yo, mi curiosidad no sería tan grande. Dígame, ¿ha conocido en su vida a hombres jóvenes, virtuosos y nobles como usted, que hayan despertado su interés?"

La pregunta hizo que las comisuras de su boca se contrajeran. "Tal vez", dijo tímidamente. Podía pensar en dos o tres, aunque nunca habían provocado nada más que un breve enamoramiento.

"Tal vez" repitió Lord Ashbee con una sonrisa. "Esa es su respuesta. ¿La hicieron arder de deseo como yo?"

May se sorprendió ante esta suposición. "¿Cree que estoy ardiendo de deseo?"

"¿No es así?" Él volvió a arquear una ceja y ella bajó los ojos. "Respóndame, May. No tiene que fingir. Lo sé muy bien".

“¿Y usted?” Ella le lanzó una mirada inquisitiva.

“No ha contestado, May”.

“Tiene razón” admitió ella, mirándolo con un reto. "Lo sabe todo".

"Esa es mi chica".

Ella lo miró con dolor. "¿Y qué pasa si le doy el dinero que le debo? ¿Dejaría las visitas? ¿Estaría de acuerdo con eso?"

La sonrisa de Lord Ashbee se desvaneció y entrecerró los ojos al mirarla. “¿Lo haría?”

"Hm." Ella desvió la mirada, se retiró y luego levantó los ojos hacia él. "Quiero saber más acerca de *sus* ardientes deseos, Lord Ashbee."

“Los míos están dormidos y embotados, May”. Él sonrió y le tomó la barbilla entre los dedos. "No hay mucho que me emocione".

“¿Es así?”

"Usted, May, eres mi consuelo últimamente. Encuentro nuestro arreglo bastante encantador. Al enseñarle, le doy una parte de mí mismo. Y me agrada mucho saber que no importa lo lejos que huya de mí, siempre estaré con usted. Por esta misma razón, me siento aún más atraído por usted. Ahí lo tiene". Se inclinó y la besó, suavemente, luego con más insistencia. “¿me los quita?” Hizo un gesto hacia sus pantalones, y May hizo lo que le pidió, torpemente, sonrojándose y sin saber dónde esconder los ojos, estando tan cerca de su excitado miembro. La volvió a tomar, esta vez sin contenerse, satisfaciendo sus propias necesidades, que había estado reprimiendo durante algún tiempo.

Era un día caluroso, el sol brillaba inusualmente, jugaba en las superficies brillantes, en las pesadas cortinas rojas y arrojaba la luz color melocotón en el Gran Salón de la Belle House. La primavera llenaba el mundo de nueva vida y a los londinenses de alegría, por lo que los hombres acudían en masa a los salones, restaurantes y todos los lugares de entretenimiento en busca de compañía.

La Belle House había estado llena todos los días durante varias semanas. Los hombres entraban y salían, llenaban sus salones de risas y conversaciones, las habitaciones de gemidos y gruñidos de satisfacción, porque la primavera traía consigo no sólo un espíritu más elevado, sino algo más que llenaba a los hombres con el deseo de la compañía de las mujeres, y a las mujeres con un flirteo furioso.

Lord Ashbee estaba sentado en el sillón junto a la señora Sharke, fumando y manteniendo una conversación informal. Observaba la mezcla de los hombres a su alrededor, pero sus pensamientos estaban en la habitación del fondo del piso superior. May estaba allí. Lo excitaba y le producía una extraña sensación de trascendencia, como si pudiera verla a través de las paredes, sentirla a poca distancia. Quería visitarla, pero era demasiado temprano, estaba demasiado lleno, y trataba de limitar sus visitas. La espera alimentó su expectación.

En la mesa de al lado, Charles jugaba a las cartas con otros dos caballeros en compañía de las damas de la casa. El joven Bentley estaba enfrascado en la conversación con Lucie, que sonreía y se sonrojaba con la pasión de una cortesana entrenada.

"Su primo se divierte bastante" dijo la señora Sharke. "Ha estado aquí casi todos los días durante la última semana".

"Tal vez haya encontrado su nueva inversión" contestó lord Ashbee.

"Parece bastante encaprichado con esa cosita". Entrecerró los ojos y miró a Lucie, estudiando a la muchacha.

"Todos disfrutamos de cositas hasta que se convierten en una carga o le crecen garras".

Sus ojos se dirigieron a Eliza, que estaba sentada al otro lado de la habitación, charlando con un caballero mayor. Era enérgicamente alegre, todo sonrisas y risitas, pero las ocasionales miradas hostiles que lanzaba en dirección a lord Ashbee y la forma en que lo buscaba en la habitación delataban su desesperación.

"Eliza no parece muy amigable" comentó Lord Ashbee con una risita, observando a la mujer a través del humo del cigarrillo que tenía en la mano.

La señora Sharke sonrió.

"Al igual que cualquier mujer que cae en desgracia contigo. Es una tendencia que te sigue a todas partes, Ray".

"Ella no cayó en desgracia. Tengo mi interés ocupado en otra parte en este momento".

La señora Sharke se volvió para mirarle largamente.

Por supuesto, se había enfurecido cuando Krissy le dio la noticia de la señorita May y de lord Ashbee. Por supuesto, ella había ido a su casa para confrontarlo. Por supuesto, él le había asegurado que el asunto se mantendría en secreto. Y, sí, sabía que se podía confiar en Lord Ashbee. ¿Pero la chica?

¡Ah, odiaba cuando las cosas se salían de control!

"Me alegro de que te estés divirtiendo, Ray. Últimamente pareces inusualmente alegre. Solo recuerda que la vida puede apuñalarte por la espalda" dijo la señora Sharke con amargura.

"¿Me estás amenazando, Sally? ¿Tú? ¿De todas las personas?" Levantó las cejas sorprendido. "Eres como yo. No es posible que te molestes por esta situación".

Ella agitó la mano con molestia. "Dios, Ray. No estaba hablando de mí, tonto. Esa cosita tuya" hizo un gesto hacia arriba con los ojos, "no sabes qué garras tiene. No sabes *nada* de ella. Esa fue la razón por la que te pedí que te mantuvieras alejado".

Lord Ashbee enseñó los dientes.

"Vamos, Sally. No puedes estar enojada conmigo. Una pequeña aventura nunca le hace daño a nadie. Te dije que sería discreto".

"Y te dije que quitaras tus manos de mi negocio".

"Creo que mantendré ese pequeño negocio en buena forma". Se rio de buena gana, y la señora Sharke puso los ojos en blanco. "Te aseguro que todo va a ir bien, Sally. En todo caso, la niña se irá de este lugar pensando que ha pasado el mejor momento de su vida". Sonrió y se bebió el resto de la ginebra de su vaso. "Piensa en ella como una cliente: tú proporcionas el alojamiento, yo me encargo del entretenimiento. Recuerda, ella entró en él por su propia voluntad".

"No justifiques tu comportamiento. Si tan solo usaras tu cabeza en lugar de tu polla en lo que respecta a las mujeres, ya podrías haberte casado bien, duplicado tu fortuna y convertido en uno de los hombres más poderosos de Londres. En lugar de ser uno de los más chismorreos, claro".

"No somos nosotros, los hombres, los que somos tan aficionados a nuestras pollas. Las mujeres lo son", argumentó.

"Esto podría ser cierto".

De repente, hubo un fuerte gemido de decepción. Charles se levantó bruscamente de la mesa y se dirigió hacia ellos.

"¡No tengo suerte ni en las cartas ni en el amor!" Se echó a reír nerviosamente y se dejó caer en el sillón frente a lord Ashbee.

"Tal vez necesites una mujer que te guíe en la dirección correcta" resopló Lord Ashbee riendo y le ofreció un cigarrillo a Charles.

"¿Oigo esto de *tu* boca, Ashbee?" Charles soltó una risita.

"Esto es lo que sugiere la señora Sharke".

"Simplemente estaba diciendo", explicó, "que las mujeres no son elegidas por su apariencia, sino por sus habilidades. Las damas de la corte y las damas de Belle House son lo mismo. La corte tiene dinero y títulos, la Belle House las habilidades para guiar a los hombres en la dirección correcta. Es con las pollas con las que los hombres toman sus decisiones: en el amor, en la sociedad, en la política. ¿No está de acuerdo?"

"Hasta cierto punto". Asintiendo con la cabeza, Charles se sirvió un trago y se lo tragó, agitado por su derrota en el juego de cartas. "Las damas de Belle House tienen muchos talentos. Pero todo el mundo puede ser entrenado, enseñado y educado. Estoy bastante seguro de que los

gatos callejeros tienen más instintos de supervivencia y aprenden más rápido que otros".

"Qué comparación" murmuró la señora Sharke, y lord Ashbee fijó los ojos en Charles con curiosidad.

"Adoptas un gato callejero joven", continuó Charles, "lo alimentas y lo cuidas, y es un rival para los criados en casa, gordos y perezosos. De hecho, un gato callejero bien cuidado siempre estará más alerta, astuto y observador".

"Aquí está el truco" intervino lord Ashbee. "No importa el entrenamiento, llegará el momento en que el gato callejero se romperá y sus garras callejeras saldrán. Puedes sacar al gato de las calles, pero nunca dejará de ser un sobreviviente". Lord Ashbee sonrió. "Además, en tiempos de adversidad, saltará la valla en un segundo. Porque esa es la diferencia: los gatos callejeros carecen de vergüenza y lealtad".

"Hay casi algo de hombre en ellos" comentó la señora Sharke, y ambos hombres estallaron en carcajadas.

"Bueno, dígame esto a Sir Ryrie, que se casó con esa muchacha suya. Penny era su nombre, ¿no?" Charles frunció el ceño, recordando.

"Era la gata más hambrienta y con el aspecto más engañoso". Los ojos de la señora Sharke se oscurecieron de despecho.

"Entonces, Ashbee, hipotéticamente, ¿preferirías un gato callejero reformado o un buen gato doméstico?" Charles miró a su amigo con curiosidad. "Sé que te gustan las dos cosas, y conozco tu punto de vista sobre el matrimonio. Sin embargo, ¿qué elegirías?"

"Se necesita una criatura verdaderamente mágica para satisfacer a un gran hombre y su hambre. ¿Crees en la magia, Charles?" Lord Ashbee soltó una risita.

"¿Te consideras un gran hombre?", replicó.

"¿No lo hacemos todos?" Lord Ashbee sonrió y pensó en May.

El último mes de la primavera. La naturaleza estaba enamorada de sí misma, y todo era un soplo de pasión. Los pájaros de colores que revoloteaban alrededor de los árboles. Las abejas que se movían lentamente de un pistilo de flor a otro, excavando profundamente con hambre y lujuria, bebiendo el néctar, invadiendo las flores de la manera más despiadada. Iris. Peonías. Rosas. Narcisos.

Parecía haber romance en todo lo que lo rodeaba. En la forma en que los zapatos de las mujeres tocaban suavemente los adoquines y sus manos enguantadas acariciaban las flores. De la misma manera que uno se llevaba una taza a los labios en las cafeterías al aire libre y bebía tímidamente, saboreando el sabor de la bebida. En la forma en que uno abría las ventanas, dejaba entrar la brisa primaveral, bañándose en su frescura. Y la forma en que los perros y gatos callejeros lamían agua de los charcos matutinos después de perseguirse toda la noche.

May no podía dejar de pensar en Lord Ashbee. Lo que estaban haciendo parecía incorrecto al principio. Ardía con una extraña mezcla de vergüenza y deseo, como si su cuerpo y su mente trabajaran en direcciones diferentes. A veces, abrumada por la culpa, se consideraba una de las damas de la Belle House, una cortesana. Pero no, ¡no era así! Incluso si esa era la intención, servir a un hombre por dinero, no se sentía de esa manera. Se dio cuenta de que Lord Ashbee estaba tratando de complacerla más de lo que quería satisfacer sus propias necesidades. Como si encontrara una extraña satisfacción en conseguir que ella aprendiera del sexo, la intimidad, de ella misma. Era una estudiante. O, tal vez, una protegida. O tal vez un partido. Como si Lord Ashbee tratara de prepararla para que se convirtiera en una amante adecuada.

Pero esto era racionalizar.

La mayoría de las veces, May no lo era.

Más a menudo que nunca, pensaba en el cuerpo de Lord Ashbee y en cómo le hacía explorar el suyo propio. La excitaba.

Cuando él no estaba con ella, ella quería más de él.

Cuando él lo estaba, ella no se cansaba.

Cuando él se iba, ella deseaba poder ir con él.

Era una tarde cualquiera cuando se paró junto a su escritorio y tomó uno de los libros. Era una especie de manual, con dibujos de un hombre y una mujer, desnudos y en diferentes posiciones. Sus partes íntimas estaban dibujadas en detalle, representando exactamente cómo encajaban en cualquier pose en particular.

¡Oh, cómo cambiaba el tiempo a la gente! Cuando llegó por primera vez, había empujado el libro con disgusto. Ahora, se sentía atraída por él como si le abriera un mundo nuevo. Hojeó las páginas, e inmediatamente siguió la inquietud habitual, como si alguien estuviera mirando. Fue y

cerró la ventana, luego se dejó caer en el sillón junto al escritorio y siguió hojeando las páginas del libro.

Estudió los cuerpos desnudos y dejó que su mente divagara, imaginando a Lord Ashbee y a ella misma en esas posiciones. Su cuerpo respondió con la tensión familiar en la parte inferior de su vientre, y a medida que examinaba las imágenes, el latido entre sus piernas se intensificó. Un minuto más y pensó que se tocaría para calmar el impulso. Su pierna se levantó, y apoyó el tacón de su zapato en el borde del sillón, abrió más las piernas y se subió la falda. Había dejado de usar bragas, y ahora, cuando sus dedos se deslizaron hasta el punto caliente entre sus muslos, lo encontró empapado. Exhaló aliviada y complacida mientras sus dedos respondían a sus deseos.

Deseó por un segundo que Lord Ashbee estuviera allí.

¡Ah, el momento!

No podía saber que en ese mismo momento entraría por la puerta trasera de la Belle House, subiría las escaleras y aminoraría la marcha al llegar a la puerta de la habitación de May. Permaneció allí durante varios minutos, apoyado en el marco de la puerta, sonriendo para sí mismo.

Los dedos de May seguían pasando las páginas, sus ojos contemplaban las imágenes mientras los dedos de la otra mano seguían tocando el punto palpitante entre sus piernas, y un suave gemido escapó de su boca. Y solo cuando oyó el silencioso chirrido levantó los ojos y vio a lord Ashbee en la puerta, con los ojos fijos en sus piernas abiertas.

Se levantó de un salto como un conejito, bajándose la falda.

“Lord Ashbee” exhaló con fuerza, con el corazón latiendo con fuerza

Lentamente cerró la puerta detrás de él.

“Veo que está practicando, May” dijo él con una sonrisa, y ella se sonrojó con el tono rojo más profundo-.

Al momento siguiente, él estaba a su lado, besándola en los labios y acariciando su mejilla, y la emoción recorrió su cuerpo con un deseo aún más profundo.

“No hay necesidad de ocultarlo, cariño” dijo en voz baja, echando un vistazo al libro y luego volviendo los ojos hacia ella.

“Déjame ayudarla”. Buscó los botones de su vestido. “¿Me ha echado de menos, May?” preguntó, quitándole el vestido y la camisa de los hombros hasta la cintura, liberándole las manos y dejando al descubierto la parte superior de su cuerpo. Sus dedos subieron para acariciar sus pechos desnudos y sus duros pezones mientras los escalofríos recorrían su cuerpo.

Mantuvo los ojos bajos, congelada por la vergüenza de haber sido atrapada.

“Muéstreme cuánto me echó de menos, May”. Volvió a besarla, esta vez con más avidez, acariciando sus pechos con las manos.

¿Mostrarle? Ella lo miró, confundida.

“Quiero que haga lo que estaba haciendo” dijo, con voz suave e hipnotizante.

La empujó suavemente hacia la silla.

“Quiero que se abra”.

Le acarició la mejilla, bajando la mirada mientras ella intentaba evitar sus ojos.

“No sea tímida, cariño. Quiero sus piernas sobre los brazos de esta silla”.

Contuvo la respiración, luego se hundió más en el sillón y abrió las piernas con falda, una sobre cada brazo de la silla.

“Ahora, muéstreme, May”. Lentamente se quitó la chaqueta y la dejó sobre el escritorio, sin apartar los ojos de ella.

May contuvo la respiración mientras recogía la falda y se la subía lentamente hasta la cintura,

dejando al descubierto sus largas piernas, abiertas de par en par, sus muslos blancos y, para deleite de lord Ashbee, su sexo, que brillaba de humedad.

“Oh, May” exhaló lord Ashbee, contemplando todos sus encantos, húmedos y ligeramente movidos al ritmo de su respiración agitada. Parecía una diosa con el pelo recogido en la nuca, su cuello largo y esbelto, sus pechos jóvenes y perfectos, sus brazos blancos y delgados, sus manos que se aferraban a la falda alrededor de la cintura, sus largas piernas que colgaban a cada lado del sillón, y entre ellas como si estuvieran en un pedestal, el corazón de su feminidad. La preciosa flor, los pliegues rosados que sólo podía verlo él, lord Ashbee. Tan desnuda y abierta, lo atraía hacia adentro. ¡Cuánto esfuerzo le costó a él no tomarla en este mismo instante!

“Cariño, míreme” dijo, conteniéndose, mientras se desabrochaba el chaleco.

Ella alzó los ojos y se encontró con los suyos, morenos y sonrientes. ¡Oh, cómo quería ella que se diera prisa, que se arrancara la ropa, que se arrojara sobre ella, que la tomara de inmediato, que la besara, que la complaciera, que se metiera en ella! Pero no, se estaba tomando su tiempo, desabrochándose lentamente la camisa blanca.

“Muéstreme cuánto me echó de menos, May. Igual que lo hacía antes de que yo viniera” dijo en voz baja.

Tragó saliva, incapaz de moverse.

“¿May?” repitió.

Sin apartar los ojos de él, deslizó los dedos entre sus piernas y comenzó a acariciarse suavemente, sonrojándose con el tono escarlata más profundo.

Lord Ashbee gruñó de satisfacción, colocando su camisa encima de su chaqueta, su cuerpo tenso por la anticipación.

“Esa es mi chica” susurró él, con los ojos fijos en los dedos que se movían tímidamente entre sus piernas.

May no dejaba de tocarse y sentía que el líquido inundaba su sexo. Su respiración se aceleró al ver a Lord Ashbee desabrocharse los pantalones y quitárselos con el resto de su atuendo. Él se enderezó y ella le echó una mirada a su miembro, ya erecto y listo. Sus dedos aplicaron más presión en sus partes íntimas mientras contemplaba su cuerpo desnudo, fuerte y hermoso. No había obtenido ninguna satisfacción de tenerlo dentro de ella antes, pero sentía que lo deseaba de nuevo. Como si su erección fuera la clave para curar sus necesidades ardientes.

Lord Ashbee se acercó un paso más. Su mano se envolvió alrededor de su miembro y comenzó a moverse lentamente. Hacia arriba. Y hacia abajo. Y de nuevo hacia arriba, rodeando la punta. Sus ojos estaban fijos en May. Los de ella estaban fijos en su pene, pues nunca había visto a un hombre complacerse a sí mismo.

Se paró a solo un pie de ella y observó cómo trabajaban sus dedos, rodeando su clítoris, luego deslizándose más profundamente en los pliegues y volviendo a subir mientras sus caderas se movían ligeramente al ritmo de sus dedos.

“May” susurró. “Es hermosa. ¿Es así como lo hace cuando piensa en mí?”

Ella lo miró a los ojos, pero no había burla en ellos, solo una pregunta.

“Sí” se oyó decir.

Se acercó a ella, se inclinó, le metió las manos por debajo de los muslos y tiró de ella, acercando su sexo al borde de la silla. Su rodilla derecha se deslizó por debajo de su pierna izquierda, y ahora su miembro erguido estaba justo al lado de su flor empapada, a solo unos centímetros de distancia.

Sus dedos se detuvieron mientras miraba su suave miembro y esperaba su siguiente movimiento.

“No se detenga, May” dijo en voz baja y cambió de mano. Su brazo derecho se envolvió alrededor de su cintura, acercándola a él, y su mano izquierda ahora se envolvió alrededor de su miembro hinchado, acariciándolo lentamente.

¡Estaba tan cerca de ella ahora!

Sus dedos comenzaron a moverse rápidamente de nuevo y sus pechos se elevaron con su respiración agitada. ¡Dios, ella iba a estallar de frustración si él no hacía algo! Su cuerpo desnudo estaba junto a ella, su fuerte brazo alrededor de su cintura, y ella quería sus dedos, sus labios, su miembro, ¡todo a la vez!

Movió sus caderas hacia ella, sin dejar de acariciar su polla de arriba abajo, y la suave cabeza tocó sus pliegues.

“Ah” exhaló y se empujó hacia él, moviendo los dedos más rápido. Se deslizaron alrededor de la punta de su erección y exhaló de satisfacción.

“Dígame lo que quiere, May”. Su voz era ahora más urgente, su mano todavía alrededor de su miembro, la punta de la misma deslizándose alrededor de su clítoris húmedo y bajando hasta sus pliegues, pero sin ir más allá.

Sus dedos seguían moviéndose, ahora más rápido, perdidos entre ambos sexos.

“Lo quiero” exhaló ella, empujando su sexo contra su miembro.

“¿Qué quiere que haga, May?” preguntó, deslizando la punta de su erección hacia arriba y hacia abajo por el centro de ella, tocando sus dedos, que respondieron con caricias impacientes. Ardía de deseo, pero esperó, observando cómo May luchaba con las palabras.

“Lo quiero dentro de mí”, exhaló. “Por favor” dijo ella en voz más baja. “Por favor” añadió en un susurro.

“Oh, cariño” repitió él, deslizando un poquito su erección dentro de ella.

“¡Ah!” gimió ella, y él se apartó y se detuvo.

“¿Así?” susurró y se inclinó para besarla en la mejilla.

“Sí”. Bajó la mirada hacia su miembro, que apenas tocaba sus pliegues. “Por favor” susurró.

Volvió a empujar suavemente su erección dentro de ella, empujando más profundamente, pero sin soltar su mano.

Ella gimió y empujó su sexo contra él. Pero se apartó y se detuvo de nuevo.

“¿Así?”, susurró.

“¡Por favor! ¡Más rápido!”, suplicó, moviendo las caderas con impaciencia, ardiendo de deseo. “¡Lord Ashbee!” suplicó. Sus manos le agarraron los brazos como si le dieran un codazo para que actuara, y él cedió.

“Como quiera, May”. Deslizó la punta de su miembro hacia arriba y hacia abajo a lo largo de la hendidura de su sexo, sus pliegues rosados, luego lo guio hacia el centro de sus sentidos y se deslizó dentro de su carne, que se lo tragó con avidez.

“May” —gruñó mientras empujaba más profundamente con suaves golpes, moviéndose lentamente hacia adentro y hacia afuera, hacia adentro y hacia afuera, sintiendo que su impulso se intensificaba hasta que era casi insoportable. “Se siente tan bien”.

“Usted también” susurró sin darse cuenta de sus palabras.

Exhalaba ruidosamente con cada embestida, su respiración mezclada con gemidos ahogados. Esta vez le dolió un poco, pero ¡cómo la llenó y calmó el palpar dentro de ella!

“Lord Ashbee” susurró ella, sus manos se movieron hacia arriba para acariciar su rostro, y lo besó, su lengua invadiendo su boca al ritmo de él empujándola hacia ella.

Se separó de sus labios y sus manos agarraron sus muslos, empujando más profundamente. Sus piernas, que aún estaban sobre los brazos de la silla, la abrieron perfectamente a él. Vio

cómo su erección se deslizaba dentro de ella y desaparecía, su vello púbico tocaba sus rizos húmedos, y luego reaparecía de nuevo.

May también se sintió embriagada de placer mientras sus cuerpos se mecían como olas, con la boca ligeramente abierta, queriendo gritar con el deseo que Lord Ashbee estaba tratando de satisfacer.

“May” gruñó, sintiendo su propia acumulación y sin estar seguro de poder contenerla por más tiempo. “Quiero que uses sus dedos, cariño”.

Un breve gemido fue su respuesta. Sus dedos se pusieron a trabajar. Sus caderas comenzaron a moverse más rápido. Todo su cuerpo se movió en una ola. Ella se masturbó violentamente, empujando su erección, y en cuestión de segundos, gritó en éxtasis, luego otra vez, y otra vez, exhalando su liberación mientras Lord Ashbee se apartaba y derramaba su semen sobre la hermosa flor de su sexo. Él la agarró por las piernas, envolviéndolas alrededor de sus caderas, y la apretó más fuerte mientras ella respiraba pesadamente en su cuello, plantando suaves besos y finalmente llegando a su boca por uno más largo.

Cuando ella se alejó, él le acarició el costado de la cara, mirándola con una sonrisa.

“Buena chica” dijo en voz baja.

Estaba oscureciendo, y lord Ashbee encendió la vela junto a la cama. May, vestida solo con su camisa blanca, lo miraba con admiración. A pesar del escandaloso arreglo, se sentía orgullosa de que este hombre estuviera en su habitación.

De repente, sus ojos se detuvieron en su espalda y sintió una ola de conmoción. Al principio, pensó que era el juego de las sombras lo que proyectaba un intrincado adorno en su espalda. Sus ojos permanecieron pegados a él durante un segundo, y luego se dio cuenta de que no, no eran sombras. ¡Eran cicatrices!

“¿Qué son estas?” Ella frunció el ceño.

“¿Qué es qué?” Se dio la vuelta y le dirigió una mirada inquisitiva.

Se acercó a él y se acercó a mirarle la espalda.

“Éstas” murmuró mientras sus ojos se abrían de par en par.

Las líneas rectas y dentadas le cruzaban toda la espalda. Profundas, viejas, curadas hace mucho tiempo, las cicatrices cubrían su piel como una cuadrícula macabra. Levantó la mano y movió los dedos a lo largo de la piel llena de cicatrices, pero Lord Ashbee se dio la vuelta y la atrajo hacia él.

“Son el recordatorio de que la vida es algo hermoso y precioso”, dijo, besándola en la mejilla.

“¿Hermoso?” Ella lo miró sorprendida y negó con la cabeza. “Esto no viene de la belleza”.

Ella buscó una respuesta en sus ojos, y estaba en su sonrisa, que estaba en sus labios, pero no en sus ojos.

“¿Quién le hizo esto?”, le preguntó en voz baja.

“Es una larga historia. Algún día se lo diré”.

“¿Fueron castigados por esto?”

Sonrió.

“Lo hicieron porque yo se lo pedí”.

“¿Usted pidió esto?” Parecía horrorizada. Él se inclinó para besarla, pero ella se inclinó, tratando de obtener una respuesta. “¿Lo hizo voluntariamente? ¿Por qué?”

Parpadeó lentamente. Era demasiado pronto para que supiera del East End, del Hombre, de

su juventud.

"Digamos que quería olvidar ciertas cosas. Ahí está una manera fácil de explicarlo". La soltó y se acercó a la mesa para servirse una bebida.

"¿Así que trató de reprimir sus deseos? ¿De eso se trata?", preguntó. Ahora creyó entenderlo.

"Oh, no, May. Son el deseo. El deseo de saber más. Sentir más. Poner a prueba los límites. Para aliviar otros dolores. Uno nunca debe reprimir sus deseos a menos que haya una razón importante para hacerlo. Y las normas sociales nunca son buenas. Cada vez que niega sus deseos, se hunden más profundamente en su alma, la envenenan, se triplican y se filtran en su mente, llevándola a la locura".

"¿Cuál es la solución? Espere, no me diga. Conozco su lógica. La salida es abrazarlos y ceder a lo que quiera". Ella sonrió. "¿Y luego qué?"

"¿Y luego qué?" repitió lord Ashbee con una sonrisa astuta y la condujo a la cama, donde estaba acostado y se apoyó en las almohadas, con ella a su lado.

"¿Cómo se salva de la vida de pecado?" insistió ella, acercándose a él y apoyando la cabeza con una mano y la otra en el pecho. "¿Cómo conciliar la caída de uno con la virtud por la que uno se esfuerza?"

"¿Ah? Piensa que uno se esfuerza por la virtud. Algunos, tal vez".

"¿Algunos? ¿No queremos todos ser buenos?"

"Todos queremos alimentar nuestros deseos. La mayoría se avergüenza de admitirlo y se esfuerza por limitarse. Hay una diferencia, May".

"Eh" exhaló May, pensando algo. "Pero..." Un pequeño ceño fruncido apareció en su frente mientras trataba de pensar en una discusión. "Algunos de los más grandes ejemplos de la historia nos muestran que incluso los pecadores más grandes, las almas más oscuras que habían cedido a los pecados durante más tiempo, encontraron el camino hacia la luz, y eso les trajo el mayor alivio y..."

"¿Como quién?"

"San Agustín. San Mateo", dijo y trató de pensar en los demás. "María Magdalena encontró a Dios y se salvó".

"¿Se salvó?" Lord Ashbee soltó una risita. "Si es que lo llama así".

"¿Cómo lo llama?"

"Aceptación".

"¿Aceptación? ¿Acepta los pecados de uno, quiere decir?"

"El significado del pecado está en el ojo del que mira".

May frunció el ceño. "La sociedad tiene un cierto..."

"La sociedad" la interrumpió lord Ashbee "establece la moral que sirve a las necesidades políticas y económicas actuales. Si estudiara historia, sabría que los burdeles —ya que es un tema relevante— eran legales en Londres en ciertos períodos o, por el contrario, fueron fuertemente perseguidos. Todo dependía del punto de vista del gobernante y del rumbo que tomara. En consecuencia, si es legal, es un servicio a la sociedad, como cualquier otra cosa. Si es ilegal, es un pecado. Si el pecado fuera un concepto universal, esto no tendría sentido, ¿verdad?"

Miró a May, que lo escuchaba fascinada. Sus dedos que acariciaban su pecho desnudo se detuvieron.

"Lo mismo ocurre con el asesinato" continuó, "el robo, y..."

"¿Y la Biblia?" interrumpió ella. "¿No dice que Dios condena el pecado? ¿Estás diciendo que las personas que escribieron Sus palabras eran ignorantes?"

"¿Quién son ellos y quiénes eran esas personas, cariño?"

May se encogió de hombros.

"Exactamente. Nadie lo sabe. ¿Los filósofos? ¿Los pensadores que se escondían en cuevas y tenían mucho tiempo libre para contemplar la vida y luchar contra sus demonios? ¿Los individuos profundamente atormentados? ¿Los románticos? ¿Los idealistas?"

"Pero ellos conocían la palabra de Dios, quienesquiera que fueran".

"Y usted también puede, cariño. No necesita un libro si sabe quién es. Pero la mayoría de la gente no lo hace. Necesitan la guía de los demás. Consejo. Un conjunto de reglas por las que vivir. La Biblia es exactamente esto: un libro profundamente filosófico con ideas ingeniosas tan abstractas y contradictorias en sí mismas que cualquier persona que tome y lea el libro puede interpretarlas de la manera que más le convenga".

"Pero Dios..."

"Dios somos nosotros, May. No hay ningún Dios allí" señaló hacia el techo, "o allí" señaló con la cabeza hacia la ventana. "Está aquí, cariño" levantó la mano y le tocó suavemente la sien con el índice, "y aquí" su mano se deslizó hasta la parte del pecho de ella donde estaba el corazón y rodeó la tela alrededor de su pecho izquierdo, rozando rápidamente su pezón con el pulgar.

Ella sonrió tímidamente y bajó los ojos. "Su filosofía es, sin duda, autocomplaciente".

"Como todo en este mundo. El pecado, querida mía, es el concepto personal. Vuestra María Magdalena es un ejemplo de aceptación. Puedes llamarlo salvación, redención, como quiera. Pero fue cuando se aceptó a sí misma, aceptó a Dios en sí misma, que todo lo demás se volvió irrelevante. Una vez que acepta quién es, el sufrimiento se acaba. Es así de simple. La vida es lo que creemos que es. Si piensas que la vida es placer, entonces lo es. Algunas personas que vió en los barrios marginales se aceptaron a sí mismas y son felices viviendo en la suciedad y la oscuridad. Si piensa que la vida es una tortura, entonces no importa cuánto poder y dinero tenga, no la van a salvar del sufrimiento constante".

"¿Qué es la vida para usted?" preguntó ella, mirándolo con interés.

Sonrió.

"Curiosidad. La búsqueda infinita de conocimientos y experiencias. ¿Y usted?"

Sus ojos sonrieron astutamente a May, pero ella bajó la mirada. Lo pensó por un segundo.

"Me temo que no lo sé" respondió ella finalmente, levantando los ojos hacia él. "No vi ni aprendí lo suficiente como para saberlo. Tal vez me esté diciendo cosas que podría considerar. Solía pensar que la vida era nobleza. Pero luego llegué a Belle House, y eso destruyó mis ilusiones".

Lord Ashbee soltó una risita ante la respuesta.

"Pensaba que era virtud", continuó, "pero mi idea de la virtud era la de los libros".

Él asintió con la cabeza.

"Pensé que era amor, pero luego..."

Sus ojos se dirigieron a la ventana y se quedó en silencio, perdida en sus pensamientos.

"¿Y después?" Lord Ashbee alzó una de sus cejas. Esta conversación se estaba poniendo interesante, pensó.

"Pero entonces no sabía lo que era el amor" dijo ella, y sus ojos volvieron a su rostro.

"¿No lo sabía? ¿Qué cambió?"

"La Belle House" contestó ella y sonrió con astucia.

"¡Vaya!" Lord Ashbee sonrió a su vez. Le gustaba hacia dónde iba esto. "¿Le demostró amor?" Cogió un mechón suelto de su pelo y empezó a jugar con él.

"Me mostró lo que no era y lo que podría ser".

"Podría ser..." repitió.

"¿Cree usted en el amor, lord Ashbee?" preguntó May con una sonrisa tímida.

"¡Ah! ¡El amor!", sonrió, pero había vacilación en sus ojos. "Claro". Echó la cabeza hacia atrás contra la almohada como si recordara. "El amor. Una experiencia breve de una oleada abrumadora de emociones hacia otra persona. Un desequilibrio químico en el cerebro, supongo. Podría llamarlo amor, sí. Es una debilidad. El estado más glorificado, pero también efímero y más decepcionante que jamás podría poseer a un ser humano".

Era el turno de May de levantar una ceja.

"¿Cómo es eso?", preguntó, sorprendida, pues esa no era la respuesta que esperaba.

"El amor, como fenómeno psicológico, dura varios meses, a veces medio año, un año a lo sumo, después de lo cual sigue su curso. La mente sigue funcionando con las secuelas durante uno o dos años más, pero inevitablemente las ilusiones se rompen, los sentidos se embotan y vuelven a su estado normal. Pero la amargura de la decepción permanece. Convierte a las dos personas que estaban enamoradas en las criaturas que permanecen juntas solo para justificar sus expectativas tontas y rotas. Es por eso que la gente no se casa por amor, se casa por conveniencia. Es el arreglo económico más inteligente. Además, como dijo un hombre sabio, es imposible amar y ser sabio".

May sonrió.

"¡Ah! Dijo el mismo hombre que no era sabio ni con el amor ni con el dinero".

Lord Ashbee arqueó una ceja.

"Francis Bacon, ¿no?" May arqueó una ceja para que coincidiera con la suya.

Lord Ashbee entrecerró los ojos como si tratara de averiguar cómo conocía el nombre. Definitivamente una criatura del mundo más fino.

"¿Alguna vez ha amado a alguien?" preguntó May con curiosidad.

"Una vez" se rio, "cuando era joven, tonto e idealista".

"¿Qué pasó?"

"La mujer de la que estaba enamorado era lo suficientemente inteligente como para casarse con alguien por dinero. No tenía tanto dinero en ese entonces, ¿ve? Así que nos hizo un favor a los dos. Continuó demostrando que una mujer necesita dinero más que amor. Continué demostrando que cuando un hombre tiene dinero, el amor es un producto desechable fácil de encontrar".

"Vaya. Rechazo, pues". May sonrió y miró a lord Ashbee solo para encontrarse con una mirada que se endureció al oír la palabra.

"El rechazo, May" le tomó la barbilla entre los dedos, "es un gran maestro y motivador. Prepara el carácter, endurece el alma y previene la decepción que inevitablemente sigue a las ilusiones amorosas". Le soltó la barbilla y añadió: "Uno siempre debe elegir el rechazo a la decepción".

"¿Está...?" May hizo una pausa vacilante. Nunca le había preguntado a lord Ashbee si estaba casado. La mayoría de los hombres que visitaban la Belle House lo estaban. No estaba segura de querer saber sobre su vida privada, pero la curiosidad se apoderó de ella. "¿Está casado?"

Él la miró con curiosidad. Le sorprendió por un segundo: que ella lo hubiera mencionado, que hubiera aceptado el contrato sin preguntar por esta parte. ¡Qué desesperada estaba por salvar otra alma!

May desvió la mirada sin oír la respuesta, y su corazón se volvió más pesado.

Así es, pensó.

Y de alguna manera, la idea la entristeció mucho, aunque no haría ninguna diferencia de una

forma u otra. Se lo imaginó con otra mujer, su esposa legal, y por un segundo sintió una punzada de celos, envidia de la mujer que había logrado atrapar a un hombre como lord Ashbee.

"No, May. No estoy casado" contestó lord Ashbee, y los ojos de May se abrieron de golpe con el alivio que delataba su falta de indiferencia. La comisura de su boca se arrugó en un intento de ocultar una sonrisa. No se le escapó a los ojos. "Pero yo no soy del tipo que se casa, cariño", agregó con una sonrisa. "Tengo más dinero que toda la calle Bond. Puedo apoyar a cualquier mujer que me parezca adecuada. O dos. O tres. Pero no quiero que nadie, obligada por algunos documentos legales, reclame su dominio sobre mí, o se sienta con derecho a limitar mis libertades y aburrirme hasta la muerte". Lord Ashbee soltó una risita.

"Es una visión sombría del matrimonio" dijo May en voz baja.

Él asintió. "La encarnación de la mentira y la necesidad".

"Eh". May parecía desconcertada.

"Algún día, lo descubrirá". Le acarició la cara y ella buscó en sus ojos algún signo de vacilación, pero no estaba allí.

"¿No cree que un día podría conocer a una mujer que lo dejará boquiabierto? ¿Qué destroce su cinismo?"

Se echó a reír.

"¿Por qué casarse?", preguntó. "Puedo vivir perfectamente bien sin el documento legal, cariño".

Ella se encogió de hombros.

"Para evitar que se case con otra persona, digamos".

"Que así sea. No puedo impedirle hacer lo que le plazca. Ha visto lo suficiente por aquí para saber que el matrimonio nunca impidió que nadie buscara otras vías de placer".

"Hm..." May buscó algo que lo contradijera. Lord Ashbee era demasiado inteligente, y ella encontraba un inmenso placer en encontrar formas de ponerlo a prueba. "De modo que" May lo miró con astucia, "¿no le molestaría que la mujer que quiere poseer se casara con otra persona, y dondequiera que vaya, fuera posesión de otro hombre? ¿En el papel, en público, en la mente de otras personas?"

Se rio maliciosamente y acercó a May a él. "¡Niña inteligente!" La besó en los labios. "Trata de idealizar el apego humano. Créame cuando le digo que el amor es una causa podrida. El placer tiene que ver con el aquí y el ahora. No con la noción de cuento de hadas de que algo dura toda la vida".

Deslizó la mano por debajo de la sábana y entre sus muslos, haciéndola jadear.

"¿No está de acuerdo?" dijo con una sonrisa diabólica, y sus dedos se pusieron a trabajar en el arte de complacer a May.

Día tras día. Lord Ashbee sabía que May tardaría algún tiempo en abrirse a él. Se convirtió en un juego de paciencia y búsqueda.

El deseo de May se desarrolló como una flor, floreciendo lentamente hasta convertirse en una pasión ardiente que era difícil de ocultar. Pero no de Lord Ashbee. Cada vez que la visitaba, le fascinaba lo mucho que saboreaba cada momento íntimo de su encuentro.

Le gustaban los cuerpos de las mujeres, pero con May, le encantaba lo virgen que era con el tacto de un hombre, lo mucho que disfrutaba de los suyos. Ella jadeaba, gemía, empujaba su mano mientras él la acariciaba, se complacía en observarla. Le acariciaba la piel, la cubría de besos suaves, mordiscos aún más suaves, y la lengua suave en los lugares que más la excitaban. A diferencia de otras mujeres, donde su propio placer era su objetivo principal, se divertía al saber que encontraba placer en mirarla *a ella*. Las caricias que potenciaban sus sensaciones. La forma en que arqueaba la espalda en los picos y jadeaba como si viera a Dios. Cómo su cuerpo se abría a sus caricias, cómo olvidaba su timidez.

Cada vez que estaban desnudos, ella se acercaba más a su miembro, como si hiciera falta coraje, como si su sexo fuera más intimidante que él mismo. La idea lo entretuvo. Al principio, era un juego cauteloso de caricias ocasionales, miradas tímidas y distracciones intencionadas hacia otras partes de su cuerpo, aunque cualquier amante hábil sabía que ninguna otra parte del cuerpo de un hombre deseaba tanta atención como su sexo. Pero Lord Ashbee lo disfrutaba aún más al ritmo de May. Podía enseñarle muchas cosas, y lo hizo, poco a poco, una por una. Pero la habilidad de la sensualidad sólo podía aprenderse mediante la exploración. Los exploradores más minuciosos encontraban los lugares más encantadores. Y poco a poco, las manos de May encontraron el coraje para ser más persistentes con su cuerpo, su tacto más ansioso por complacer, por excitar, tan erótico a veces que casi lo hizo sonrojar. La primera vez que lo hizo gemir, se rió, divertida al darse cuenta de su nuevo poder.

No podía esperar a que se convirtiera en la verdadera dueña del dormitorio. La idea lo excitaba, aunque su timidez era más excitante que cualquier habilidad. Aquello le desconcertó. Lo asombró. A mitad del día, en medio de tareas aleatorias, reuniones de negocios, o en la cena, o por la mañana cuando se despertaba, su mente se desviaba pensando en ella. Sobre todo, por las mañanas, cuando, después de soñar toda la noche, las ganas de tenerla en su cama eran más fuertes. Cuando por fin estaba en su habitación, la tomaba en la cama, el suelo, el escritorio, por detrás, con las piernas de ella sobre su hombro o entrelazadas con sus extremidades de maneras intrincadas. Encontró un camino hacia cada orificio de su cuerpo, lo abrió suavemente o con fuerza, la tomó lentamente, excitándola durante horas sin dejarla llegar al clímax, o de repente, en minutos, sin mucha consideración. Ella no se resistía, sino que parecía disfrutar cada pedacito

de ello. Él era un excelente tutor y ella era la mejor estudiante que podía tener. Pero nunca parecía tener suficiente. Nunca antes su cuerpo y su mente habían estado tan preocupados por una mujer.

May, por otro lado, tan cautivada por la parte física de la relación, pronto se dio cuenta de que había mucho más que la atraía a Lord Ashbee. Observaba cómo sus manos hojeaban las páginas de un libro o sostenía un cigarrillo y se sentía celosa de los objetos que tocaban sus dedos. Pensó en otras mujeres a las que Lord Ashbee entretenía y con las que se involucraba, y le dolía pensar que ella era solo uno de sus pequeños entretenimientos. Ella era su esclava sexual, confinada en esta habitación. ¡Oh, cómo quería salir en público! ¡Vestirse para él! ¡Hacer que los demás giren la cabeza! ¡Darle celos! En lugar de eso, estaba encerrada en la habitación. La única manera de mantener su atención era dejarlo ser su maestro y aprender.

¡Qué mente tan fascinante tenía! Le hacía cosquillas en la curiosidad y hacía volar sus pensamientos. Nunca en su vida había conocido a nadie remotamente tan asombroso e inteligente como Lord Ashbee. ¡Las historias que le contaba, las ideas tan venenosas y a la vez tan frescas que la asustaban! Era su propia obra la que la había puesto en la situación que la convertía en su amante y su maestro. Finalmente, se dio cuenta de que estaba agradecida. A ella le encantaba. La intimidad, las conversaciones, cómo se movía y hablaba, ¡todo él!

Se convirtió en su obsesión.

Cuando Lord Ashbee no la visitaba durante uno o dos días, ella se ponía melancólica. La habitación parecía asfixiarla. Cada lugar y objeto a su alrededor servía como un recordatorio del tiempo que pasaban juntos. Trató de distraerse, leía más de lo habitual y enviaba a Krissy a las librerías. Leía los libros tontos de Jane Austen, y encendían en ella todo tipo de sueños románticos. Entonces se dio cuenta de lo absurdo de su situación y comenzó *Tartufo*, pero incluso eso tenía un significado oculto que la puso en un estado de la mayor inquietud. Volvió a leer a Dante y luego probó las obras de Séneca. Pero eso causaba pensamientos inquietantes.

Recordaba las cicatrices de lord Ashbee, las historias que le contaba.

"Todos tenemos un lado más oscuro, May", explicó. "El núcleo más profundo que tenemos miedo de mostrar a los demás o admitirnos a nosotros mismos. Solo cuando se enfrenta a él se da cuenta de lo que es y cómo manejarlo. Los pobres y los desafortunados no tienen ese miedo. Están demasiado metidos en los horrores de la vida cotidiana. Los privilegiados no se molestan. Se sienten con derecho. Son los amos del mundo, o eso creen. Pero no puede ser una persona poderosa a menos que conozca las profundidades de la naturaleza humana. No puede conocer sus profundidades hasta que las ve, las experimenta, explora los puntos más altos y más bajos".

"¿Lo hizo?" preguntó May, mirando con asombro sus ojos oscuros.

"Lo intento". Sonrió. "Puede enseñar que el dolor tiene un número infinito de matices. Que uno puede aprender a vivir con su presencia constante. Ese dolor físico no puede ser nada comparado con los tormentos mentales, sin embargo, los dolores del corazón pueden ser curados por medio de la tortura física. Hay muchas cosas que se aprenden de la desesperación y la humillación, mucho más que de la alegría y la felicidad. Tuve la suerte de haber tenido un maestro, un gran hombre que me mostró las profundidades de la naturaleza humana. A veces, trato de transmitir este conocimiento. Por desgracia, la mayoría de la gente no es muy curiosa. Prefieren la comodidad".

Lo escuchó hablar y quedó hipnotizada por su voz. Recordó el lugar donde habían encontrado a Ada: el infierno viviente en el centro del hermoso mundo. El recuerdo le provocó escalofríos helados. Tenía curiosidad, pero no estaba segura de querer ir allí de nuevo. Lord Ashbee, por otro lado, era como el poder oscuro mismo, capaz de trascender cualquier

profundidad de la experiencia humana.

"May estuvo sentada junto a la ventana abierta durante horas, observando la vida del callejón trasero, la calle, las ventanas de enfrente, preguntándose qué tipo de vidas escondían. Ocasionalmente veía a una anciana en una de las ventanas, en otra, las disputas de una joven pareja. Aunque todo eso la entretenía, encontraba las vidas de los demás bastante mediocres. No se comparaba en nada con los mundos que Lord Ashbee le contaba.

Martha venía ocasionalmente, lloraba y le agradecía cada vez, como si May fuera una santa. ¡Oh, si tan solo la criada supiera!

De vez en cuando, May veía a Ada en la calle. La niña pequeña le saludaba, a veces se detenía para charlar, con sus grandes ojos de alguna manera más tristes después del incidente. Una vez, le trajo a May flores frescas que se sumaron a la colección de las traídas por Lord Ashbee. May miraba a Ada y se maravillaba en qué se había convertido al salvar a esta niña, cómo un gesto tan inocente había resultado en las cosas que hacía con Lord Ashbee.

"A veces, los gestos de amabilidad resultan en cosas horribles, May", le dijo Lord Ashbee cuando expresó sus pensamientos. "Así como la belleza puede crecer a partir de actos monstruosos."

¡Ah!

Lord Ashbee.

El recuerdo de sus encuentros amorosos la hacía ruborizarse, sonreír, palpar con más deseo, anhelar su presencia. Pero sabía, podía sentir, que para él era como un hermoso pájaro enjaulado. Al principio, había sido una novedad. Luego llegó la comodidad y el orgullo de la posesión. Pero pronto, el pájaro sería olvidado, su eventual gorjeo sería solo un recordatorio de que siempre estaría allí para entretener a su amo en sus momentos de aburrimiento total. No había nada que May pudiera hacer, pero temía el momento en que Lord Ashbee empezara a venir menos a menudo y, eventualmente, dejara de venir. Su corazón se apenaba al pensar que era un juguete, por muy hermoso y precioso que fuera. ¡Oh, si tan solo se hubieran conocido en circunstancias diferentes!"

Una noche, los tres hombres se sentaron en una mesa en el restaurante Willi's Rooms. Acababan de terminar de cenar y esperaban el café. Walter observaba las otras mesas con sutil curiosidad mientras Lord Ashbee bebía champán, estudiando las formas de los lirios que había en el jarrón del centro de la mesa. Charles, por su parte, mantenía una pequeña charla, lanzando de vez en cuando miradas inquisitivas a los otros dos hombres.

"¡Oh, vamos! ¿Por qué siento que estoy hablando conmigo mismo?", exclamó finalmente, irritado por el silencio de sus compañeros.

Walter lo miró fijamente.

"Solo estoy tratando de averiguar si alguna de las mujeres en esta sala es de la profesión", dijo el joven.

"¿Lo ves?" Charles se volvió hacia lord Ashbee. "¿Ves lo que has hecho? El joven tiene ahora una obsesión. Ojalá fuera mejor".

Walter se sonrojó.

"Es bastante apropiado para su edad", dijo Lord Ashbee con una risita, y todos se quedaron en silencio durante algún tiempo.

"Bueno, podemos ir a Drury Lane esta noche" dijo Charles, haciendo otro intento de conversación. "Hay una nueva obra, *La hija del rajá*, y la joven que interpreta el papel principal es maravillosa. Hay caballos reales en el escenario, dicen, así como cascadas. Suena como todo un espectáculo".

Siguió un largo silencio mientras los ojos de Charles se movían de un hombre a otro, y finalmente explotó.

"¡Oh, Señor! Hablar con ustedes dos es como golpearme la cabeza contra la pared. ¿Qué les pasa a los dos?"

Walter le lanzó una mirada tímida y desvió la mirada. "Tengo otros arreglos" dijo, ocultando los ojos.

"Yo también" repitió lord Ashbee.

"Ya veo". Charles suspiró con intencionada exageración. "Parece que soy el único que no tiene *arreglos* en estos días. ¿Qué es lo que te preocupa estos días, Walter?", preguntó con amargura.

"Esta noche..." El joven hizo una pausa. "Prometí..." murmuró y se quedó en silencio, con los ojos fijos.

Charles ladeó la cabeza y lord Ashbee alzó los ojos hacia él.

"¿Estabas diciendo?" Lord Ashbee miró fijamente a Walter mientras sus labios se crispaban en una sonrisa.

"Le prometí a Lucie que la vería esta noche" dijo Walter en voz baja-

"¡Ah! ¿Lo ves? ¿Lo ves?" exclamó Charles teatralmente. "¡La Belle House! ¡Lo está arruinando!"

Lord Ashbee sonrió.

"Finalmente encontró a la mujer que ocupa su mente más que su cuerpo", dijo. "Y lo bueno es que no hay compromiso. Qué arreglo tan maravilloso. ¿No es así, Walter? ¿Tener una mujer que te gusta y a la que puedes recurrir en cualquier momento, por placer o compañía?" Pensó en May y en la extraña semejanza.

"Hasta que te chupe todo el dinero" replicó Charles, "o desaparezca de repente, o se la prometan a otra persona. Y luego te quedas con la amargura por esa misma falta de compromiso que tanto elogiaste en primer lugar".

Las palabras afectaron a Lord Ashbee de una manera extraña. "Estás siendo demasiado dramático, Charles" dijo.

"¿Lo estoy siendo? Algún día, Ashbee, lo descubrirás. ¡Otra vez! Y te dolerá más de lo que te dolía entonces, cuando eras tan joven e ingenuo. Cuándo, mmm, ¿cómo se llamaba?" Charles frunció el ceño como si recordara, pero con una sonrisa juguetona.

"Muy bien, Charles, basta. Yo era un hombre diferente en ese entonces, si es que se me puede llamar hombre".

"¿Cuál es *tu* trato en estos días, Ashbee? Conozco esta mirada. Es peligroso. ¿Está involucrado en otra empresa? ¿O arruinando otra alma, tal vez?"

Lord Ashbee sonrió.

"¡Ajá!" exclamó Charles. "¡Cuéntalo! ¿Una nueva empresa?"

"Bastante reservado, amigo mío".

"Oh, he oído rumores" admitió finalmente Charles. "Sí, sí, no me mires así. Hay rumores. Y conozco esa mirada de ensueño. ¡No sonrías! ¡No puedes ocultarlo! Es una mujer, ¿no? Incluso tengo una idea de dónde encontrarla..."

"¡Basta, Charles! ¿Desde cuándo tienes tanto interés en mis asuntos privados?"

"Oh, esos son los únicos en los que vale la pena interesarse. ¿Nos lo vas a decir?"

"No hay nada que contar". Lord Ashbee le hizo señas para que se despidiera, pero la repentina pesadez de su corazón al pensar en May le dijo que estaba mintiendo.

No era la primera vez que Lord Ashbee invitaba a May a salir.

"Solo una noche en mi casa", dijo.

Por mucho que le gustara meter a las mujeres en problemas, ese no era el caso de May. Pero cada vez que él lo mencionaba, ella lo miraba con desesperación.

"Finalmente, se volvió más persuasivo. La pequeña habitación lo estaba sofocando. El establecimiento empezó a molestarle. Quería sacar a May de ese lugar. Más que cualquier cosa, quería verla en su casa, en su habitación."

"Mi primo se ha ido de la ciudad. No habrá nadie que nos moleste. Gordon, mi mayordomo, es un hombre leal. Si tiene tanto miedo, puedo darle una noche libre. Solo usted y yo. Le mostraré mi casa, mi biblioteca, mis colecciones. Tendremos comida, bebidas, lo que quiera, cariño. ¡Venga!"

"Su mayordomo podría decírselo a alguien, y el rumor se extenderá".

"No Gordon. Ha estado conmigo desde que tengo uso de razón. ¿Confía en mí?"

¡Oh, cuántas veces le había hecho esta pregunta a las mujeres! ¡Qué engañoso era! La ironía era que las mujeres podían confiar en los hombres, pero nunca en sí mismas. No alrededor de los hombres. Especialmente los hombres de los que estaban enamorados. Los hombres nunca prometían amor eterno, se lo guardaron para sí mismos. Las mujeres querían que el amor durara para siempre y se lo decían a todo el mundo.

¿Confía May en Lord Ashbee? No estaba segura. Pero quería desesperadamente ir a otra parte. Con Lord Ashbee. La lujuria y las emociones borraron su buen juicio y todas las precauciones que había tomado en las semanas anteriores.

"¿Confía en mí, May?" insistió lord Ashbee.

"Sí" dijo ella, aunque no lo hacía, pero ya no importaba, porque la idea ya la consumía.

Era más tarde la noche siguiente, y la Belle House estaba ocupada con clientes y con los habituales negocios de placer. Los sirvientes iban y venían, trayendo comida y bebida. Nadie prestó atención a May, que salió por la puerta trasera y entró en el carruaje donde ya la esperaba lord Ashbee.

Sintió que estaba huyendo. Su corazón latía con una mezcla de miedo y emoción. La noche era cálida y estaba llena de gente, pero May estaba distraída por la novedad de los besos de lord Ashbee en la oscuridad del carruaje.

En la casa, Gordon se encontró con los dos en la puerta, y May lanzó una mirada de desesperación a lord Ashbee.

“Está bien, May” la tranquilizó, y aunque ella quería regañarle, se olvidó de ello en cuanto entraron en el salón, de tamaño considerable y lujosamente decorado, iluminado por la lámpara de aceite suspendida del techo. Había una mesa preparada con todo tipo de comida y aperitivos, y la habitación olía a bálsamos aromáticos y platos gourmet.

¡Qué nuevo y emocionante era todo!

Lord Ashbee se sirvió a sí mismo y a May brandy de cereza y levantó su copa en el aire.

“¡Vamos a celebrar!”, dijo con una sonrisa.

“¿Qué estamos celebrando, Lord Ashbee?” preguntó May con picardía.

“Esta noche, cariño. Usted en mi casa”. Sonrió.

Ella asintió levemente con la cabeza y se llevó el vaso a los labios sonrientes.

“Y...”, añadió.

“¿Y?” Ella arqueó una ceja.

Quiero que me llames Ray.

“Ray” dijo ella en voz baja, y su corazón se aceleró por la forma en que lo dijo. “Ray” repitió ella en voz más baja, y él se acercó y la envolvió en su abrazo, dándole un profundo beso.

May estaba emocionada de estar en la casa de Lord Ashbee. Se dio cuenta de que, lejos de Belle House y de la protección de la señora Sharke, estaba completamente a su merced. Aunque la idea la asustaba, la excitaba aún más.

El lugar era maravilloso. Alfombras persas, roble teñido de oliva, cortinas pesadas y decoración de todo tipo, la mayoría de ellas bastante exóticas.

Lord Ashbee llevó a May a su estudio. La última y única vez que estuvo allí fue cuando hicieron los arreglos. El recuerdo pasó por su mente como si hubiera pasado toda una vida. Pero ahora paseaba por las estanterías que cubrían toda la pared, desde el suelo hasta el techo, mientras Lord Ashbee le mostraba las extravagantes ediciones que tenía, los pesados volúmenes intrincadamente envueltos y los pequeños cuadernos de bolsillo, los diarios escritos a mano y las hermosas ilustraciones. Los ojos de May brillaban de emoción mientras miraba todos los libros, trazando los lomos de los libros con los dedos. Lord Ashbee la observaba con una sonrisa disimulada. Nunca se había sentido tan orgulloso de su colección ni había tenido tanta alegría al compartirla con nadie como ahora, mirando a May asombrada.

Regresaron al salón y él cerró las puertas tras de sí.

“Ya no tiene que preocuparse por nadie”.

Él la llevó de un lado a otro y ella estudió los objetos extraños que había por todas partes: en las mesas, en los estantes, colgados en las paredes. Varias monturas de animales enormes decoraban una de ellas. Bisonte y kudu, explicó Lord Ashbee, contándole sobre su viaje a África hace años.

“¡África!” exclamó ella, mirándolo con admiración.

Fue allí donde se interesó por la taxidermia, explicó, así como por coleccionar huesos, cuernos y objetos de arte hechos con ellos. May estudió con asombro las figurillas de ébano pintadas con colores brillantes, se quedó boquiabierta ante las calaveras decoradas con gemas, se estremeció ante las armas hechas de hueso. Oryx, impalas, dientes de león, garras de oso, pieles de cebrá: había tantos objetos exóticos que May sintió que estaba en un mundo diferente.

“Este es humano”. Lord Ashbee señaló la calavera que había en una bandeja de cristal sobre el escritorio, y May le dirigió una mirada de asombro. “Lo adquirí de una tribu de la costa suroeste de África”.

"¿Por qué querría tener algo así?" preguntó May con inquietud, pero se acercó para inspeccionar las hendiduras y grietas en el hueso del cráneo y los huecos de las cuencas de los ojos.

"Hay algo salvaje en los restos de seres vivos, en la propiedad de una cosa que una vez estuvo viva y luego se convirtió en un objeto hermoso que uno puede admirar. Hay un misterioso rastro de vida en las cosas muertas". "Siguió hablando, siguiendo a May mientras acariciaba un largo cuerno de toro blanco-gris que apuntaba hacia arriba desde un soporte de metal en un atril de vidrio. El cuerno estaba decorado con letras doradas que May estudiaba con la cabeza inclinada hacia un lado. 'Nos remonta a tiempos prehistóricos', continuó Lord Ashbee, 'cuando un humano estaba al mismo nivel que un animal. Algunas culturas creen que los restos de animales retienen la energía y el espíritu de ese animal. Los cuernos, en particular, a menudo simbolizan la fertilidad y el poder masculino.'"

"¡Ah!" May se volvió para mirarlo. "¿Es por eso que tiene tantos de ellos aquí?" Se rio, se dio la vuelta y siguió caminando.

Pronto se detuvo en el escritorio, que tenía varios jarrones con plumas.

"¡Pavos reales!", exclamó, y una mirada de alegría apareció en sus ojos.

"Sí. Pájaros hermosos". Lord Ashbee se detuvo detrás de ella. "Al contrario de lo que la mayoría piensa, los machos son los que tienen las colas brillantes y coloridas de las que provienen las plumas como estas".

"¿Y estos?" Los ojos de May se dirigieron a las plumas negras, mucho más pequeñas, que había en otro frasco.

"El pájaro huia" dijo lord Ashbee mientras May tocaba uno de ellos con el dedo y acariciaba su filo. "Es originario de las islas de Nueva Zelanda y es muy raro".

"Oh..." May se apartó bruscamente, pero lord Ashbee colocó suavemente su mano en el dorso de la suya y la llevó de nuevo a las plumas.

"Está bien" dijo él en voz baja y guio sus dedos para trazar el costado de la pluma. "El pájaro es considerado sagrado por ciertas tribus maoríes" su voz era ahora más suave, su cuerpo se apretaba más detrás de ella, "y solo los de alto estatus" podía sentir su cálido aliento junto a su oído "tienen el privilegio de llevar las plumas" concluyó y plantó un suave beso en el cuello de May.

Había algo sexual en acariciar las plumas, en cómo los dedos de él y los de ella se movían juntos como uno solo. Giró la cabeza y la boca de lord Ashbee se encontró con la suya, hundiendo la lengua en ella.

May volvió a sentirse débil. La dulzura ahora familiar se extendió por su cuerpo.

Se apartó. "Quiero que se incline sobre este escritorio" dijo en voz baja y le dio un suave empujón, guiándola. Así lo hizo, con los pechos apoyados en la madera oscura de la superficie, con las palmas de las manos en contraste con su frialdad.

Lentamente, Lord Ashbee recogió la parte inferior de su falda, trazando sus piernas con los dedos, subió y levantó la falda hasta su cintura, dejando al descubierto sus nalgas desnudas.

May contuvo la respiración. Un escalofrío recorrió su cuerpo y sintió un espasmo familiar entre sus piernas cuando Lord Ashbee tocó su piel expuesta. Dio un paso atrás para ver mejor lo que se abría frente a él: las dos piernas delgadas que se convertían en colinas blancas de sus nalgas, la pequeña flor en la grieta entre ellas y debajo de ella, la intrincada forma de los pliegues que brillaban con prontitud.

May lo vio estirar la mano y sacar una de las plumas de huia del frasco. Al segundo siguiente sintió su suave tacto en sus nalgas y se le puso la piel de gallina de placer.

“Se merece las cosas más exquisitas, May” dijo, y la pluma le acarició las nalgas.

¡Oh, qué divino se sentía! ¡Y May pensó que lo sabía todo!

Lentamente, la pluma recorrió la parte interna de su muslo, luego la suave curva de sus nalgas subió hasta la parte baja de su espalda y bajó por el mismo camino.

La respiración de May aumentó.

“Es hermosa, May” dijo lord Ashbee mientras le ponía una mano en la cadera y seguía jugando con ella.

La pluma hizo un rastro más cerca de su centro, haciéndola gemir. Vio que la humedad se deslizaba por su muslo y sonrió, sabiendo que cada una de sus células ardía de lujuria. Se detuvo un segundo y usó la punta de la pluma para acariciar los pliegues de su sexo.

“¡Oh, Dios!”, exhaló con un gemido mientras sus muslos temblaban y las nalgas se empujaban hacia arriba, buscando la presión de la pluma.

Lord Ashbee volvió a acariciarla.

Despacio.

Una vez más.

Luego otra vez.

Cada pasada resonaba en sus movimientos. Movi6 la pluma hacia arriba y le acarició el orificio de atrás. Ella estalló en un gemido. Repitió el movimiento, y su cuerpo se movió junto con él, la pluma brillando con su crema. Continuó acariciándola, disfrutando de las ondas que enviaba por su cuerpo y de los mansos gemidos que se le escapaban.

De repente, se detuvo.

“¿Le gusta esto, May?”

“Sí” jadeó, esperando otro toque.

“¿Quiere que continúe?”

“Sí”.

“¿Con una pluma?” Sonrió. Esperó su respuesta. “¿May?”

Ella no pudo contener su impulso, pero él no haría nada hasta que ella respondiera. Así que sonrió y cerró los ojos.

“Quiero su boca y su lengua”, dijo. “Los quiero entre mis piernas, en mi sexo, en los pliegues, en el clitoris”, continuó lentamente como si estuviera recitando poesía. “Lo quiero suave y gentil, no demasiado duro”. Ella seguía diciéndole lo que quería, tal como él le había enseñado. “Lo quiero en todas partes” respiraba con dificultad, y luego lo quiero dentro de mí. Por favor” añadió, dibujando una sonrisa en los labios de Lord Ashbee.

Guardó la pluma, se arrodilló y comenzó a plantarle suaves besos en las nalgas, acariciando con sus manos la piel que las rodeaba. Sus labios se acercaron a su punto caliente, que goteaba lujuria, y cuando su lengua lo alcanzó, su cuerpo respondió con un fuerte gemido. Le temblaban las piernas, débiles de placer. Su rostro se apretó contra la fría madera del escritorio. Sintió que su lengua acariciaba su sexo, se deslizaba hacia su clitoris hinchado, luego volvía y se deslizaba más allá de él y subía entre sus nalgas. Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de adónde se dirigía cuando la punta de su lengua llegó a su ano y le dio un golpe suave y rápido. Ella gritó de placer, y él lo repitió.

“¡Ah! ¡Ray!”

Cada vez que lo hacía, ella sentía una ola de intenso placer que arqueaba su espalda, y sus nalgas se acercaban a su lengua. May estaba más allá de sí misma. ¡Ese lugar! ¡Lo más vergonzoso! ¡Y su lengua en él! Estaba ardiendo de vergüenza, pero el placer abrumaba sus sentidos. Su lengua siguió presionando ese punto, empujando más profundamente, luego sus

labios se cerraron sobre él, y todo el cuerpo de May tembló de placer. Su lengua siguió masajeando su ano con más insistencia, sus movimientos de deslizamiento entre sus nalgas la volvieron loca, y cuando deslizó su mano entre sus piernas y acarició su clítoris, May solo tardó unos segundos en estallar en una serie de gemidos mientras alcanzaba el orgasmo.

Lord Ashbee no dudó ni un segundo. Se puso en pie de un salto, se abrió los pantalones y, con un suave movimiento, metió su erección dentro de ella, arrancándole otro grito. Él la agarró por las caderas y siguió empujando, sus movimientos impacientes y contundentes, resonando en ella con los gemidos que seguían llegando.

"Así... Sí..." susurró mientras seguía moviéndose, sacudiendo el escritorio, su cuerpo quería sentir las manos de May sobre él, pero su miembro hinchado exigía toda su atención. Ella estalló en una sucesión de gritos, anunciando otro clímax a medida que su ritmo aumentaba, y él se retiró, derramando su semen sobre su piel blanca.

May jadeaba, su respiración era aguda y desigual, sus labios se entreabrían en un último gemido silencioso. Se quedó así un momento, disfrutando de la cercanía y de las manos de Lord Ashbee en sus caderas, sus nalgas presionadas contra su ingle, luego se enderezó, su falda se desenrolló hasta el suelo y se dio la vuelta.

"Ray" susurró. Sus dedos le dieron una breve caricia en el miembro, como si lo calmaran, luego se deslizaron por su cuerpo y ahuecaron su rostro. "Es increíble", dijo y lo confirmó con un beso largo y suave.

Bebieron brandy y luego se dirigieron a la comida, ambos hambrientos.

"Me encantan las ostras", dijo, sacándolas con un tenedor de ostras y plantándolas en su fina boca.

Lord Ashbee la observó, maravillándose de su apetito. Había algo admirable en las mujeres que amaban la buena comida. A los huevos de codorniz y demás aperitivos les siguió la langosta marinada. Tomó un tierno trozo de carne de langosta con los dedos y lo sumergió en la salsa de mantequilla. "Pruebe esto". Se lo puso en la boca y observó con deleite cómo sus ojos se iluminaban de aprobación.

Probaron el vino especiado.

"Solo bebo vinos dulces", dijo. "Nunca desarrollé un gusto por ningún otro tipo. Hay demasiadas bebidas maravillosas como para perder el tiempo en las de moda que no me gustan del todo".

Aunque hacía calor afuera, encendió la chimenea y se sentaron en el sofá de al lado. La besaba, maravillándose del cálido resplandor que la chimenea proyectaba sobre su rostro, de cómo le doraba la piel.

Por sus caricias se dio cuenta de que estaba excitado de nuevo. ¡Oh, qué delicioso fue darse cuenta de que podía leer tan bien el cuerpo de un hombre!

Ella se quitó la ropa, a él le gustaba que estuviera desnuda. Lo hizo lenta y confiadamente, mirándolo deliberadamente a los ojos hambrientos, luego se sentó en el sofá y se sentó a horcajadas sobre él. Bebió un sorbo de brandy mientras ella le desabrochaba lentamente la camisa y le acariciaba el torso de arriba abajo. Sus dedos se dirigieron a sus pantalones, desabrochándolos, y él empujó las caderas hacia adelante para ayudar a deslizarlas y liberar su erección. Tomó su virilidad en su mano y comenzó a acariciarla suavemente, los ojos de Lord Ashbee fijos en lo que estaba haciendo.

Quería su boca sobre él, sus labios envueltos alrededor de su sexo. ¡Ah! Cómo esperaba con ansias ese momento, pero no quería provocarlo él mismo.

Y no lo hizo.

Todavía no.

En lugar de eso, ella acercó las caderas hasta que su humedad se encontró con su miembro. Su mano mantuvo la erección en su lugar mientras se deslizaba hacia arriba y hacia abajo a lo largo de su longitud, dejando rastros húmedos. Su miembro estaba atrapado entre la pelvis de ella y la de él, y ella seguía repitiendo el movimiento, restregándose contra él, con los ojos fijos en la carne apretada. Su clítoris rosado, como una lengua diminuta adquiriendo el sabor de la superficie, siguió trazando la longitud de su sexo, llegando a la punta y luego volviendo a bajar. Volvió a subir a la cima una vez más y, finalmente, ella se hundió en su erección.

“Mmm” exhaló lentamente. Guardó el vaso y le puso las manos en la cintura, ayudándola a empujarlo más profundamente.

Tardó un momento en coger el ritmo. Su mano buscó apoyo en el respaldo del sofá mientras la otra se envolvía alrededor de su cuello, y ella lo empujó con más entusiasmo, moviendo sus caderas en movimientos circulares cada vez que su cuerpo bajaba.

“No se detenga, May” susurró y le empujó los huesos de la cadera, lo que la llevó a acelerar el ritmo, su respiración más rápida y caliente.

“No lo haré, Ray” susurró ella con una sonrisa.

Sus caderas comenzaron a presionar hacia ella mientras ella lo cabalgaba con confianza, encontrando su boca y besándolo, su mano se deslizaba arriba y abajo de su cuerpo, hundiéndose hacia su erección, atrapando la base de la misma con sus dedos. Él le apretó las caderas con más fuerza, y ella empezó a moverse más deprisa hasta que él la levantó bruscamente de él, y como si de una pista se tratara, en ese mismo segundo, su mano encontró su miembro y, con varios golpes rápidos, soltó la presión, ahogándose en su semen, sellando el acto con un suave beso en su boca.

May se sentó en su regazo, acariciando con sus suaves dedos su camisa abierta. Todavía en el sofá, desnuda, excepto por la camisa, hundido en un dulce cansancio, miraban el fuego y hablaban de literatura, de arte, de filosofía.

A lord Ashbee le sorprendió lo mucho que sabía. Qué leída era. Esto en sí mismo no era una rareza. Pero su ingenio y su capacidad para absorber el conocimiento y usarlo en discusiones eran asombrosos. Había algo encantador en educarla. La forma en que absorbía sus ideas y se hacía eco de ellas. Cómo sus palabras se abrían paso en su mente y continuaban desarrollándose, sin embargo, él sabía que parte de él estaba en ellas. Le fascinaba. Tenía demasiado bien en ella como para parecerse en algo a él. No lo sería. Una mujer así sería una criatura peligrosa: pondría al mundo de pie, lo masacraría y, sin inmutarse, volvería a sus planes para cenar. No es el caso de May.

"Es una buena estudiante", le dijo mientras los destellos del fuego saltaban alrededor de su rostro, como si lo iluminara desde adentro.

Un rubor de placer se apoderó de su rostro.

“Se enorgullece de ser un buen profesor, Ray”. Ella sonrió ante la novedad de llamarlo por su nombre.

"No estoy hablando de habilidades en el dormitorio en este momento, cariño". Él le devolvió

la sonrisa.

“Lo sé”.

"Una buena mujer debe tener cuidado con una filosofía como la mía, si quiere evitar problemas".

"Una buena mujer debe tener cuidado con hombres como usted", replicó ella. "Pero no se preocupó demasiado cuando me atrajo para que entrara en el acuerdo que tenemos".

"¿Atraje? ¿Es eso lo que cree que sucedió?"

Ella alzó una ceja hacia él. "¿Cree que hubiera habido alguna otra forma de que esto hubiera sucedido?"

"May, cariño" ladeó la cabeza con una sonrisa maliciosa, "si usted no hubiera querido que esto sucediera, no lo habría hecho".

"¡Vaya!" Ella le dirigió una mirada extraña y sus caricias se detuvieron. "Podría haberme prestado dinero, pero tenía un plan diferente".

"Podría haber dicho que no si detestaba la idea de venderse a si misma".

¡Venderse! ¡Él usó esa palabra! May se sonrojó de humillación.

"Todos tenemos opciones, May. Y en esa situación, tenía la suya".

"Tal vez sentí que estaba bajo la presión de las circunstancias. Porque si no se hubiera presentado la oportunidad, no hay posibilidad en el mundo de que yo lo hubiera dejado tenerme".

"¿Es así?" Ladeó la cabeza con asombro. "¿De verdad crees que su virtud habría mantenido la fortaleza?" Se echó a reír, negando con la cabeza.

"¿De verdad cree que sus encantos son tan irresistibles que ninguna mujer puede mantenerse alejada?"

"Hasta ahora ha funcionado, May. Sabe muy poco sobre el mundo para entender que la lujuria y el deseo son los impulsos más fuertes. Más poderoso que los instintos de conservación".

"Creo que le da muy poco crédito a la virtud y a la moral".

"Es demasiado romántica".

"Es demasiado vanidoso, Ray".

"¿Vanidoso?"

"Odia pensar que alguien más tiene más poder y fuerza que usted".

"Interesante, May. ¿Estamos hablando de usted?"

"No. Pero la fuerza de una persona poderosa radica en conocer las propias debilidades. Se esfuerza por negar las suyas".

"¿Por qué no me ilumina, May? ¿Cuáles son esas debilidades?"

"No lo sé" se encogió de hombros, "pero estoy segura de que así es. Solo tiene miedo de enfrentarse a ellas".

"Nunca fui un hombre temeroso, May".

"Eso piensa. Todos tememos a algo".

"¿A qué le teme, May?"

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

"Probablemente lo sepa mejor que nadie".

"¿Lo hago?"

"¡El omnisciente Lord Ashbee!" Ella sonrió.

Él la miró perplejo. No le gustaba el tono, ni hacia dónde iba.

"Ya veo. Hmm. ¿Por qué no hablamos de algo más agradable?", dijo con una sonrisa incómoda y le acarició la mejilla.

Dejaron el tema, pero les dejó un sentimiento amargo a ambos.

A May le dolió que pensara que la había *comprado* .

Lord Ashbee estaba amargado por el hecho de que May pensara que podía diseccionar su mundo interior. Además, que se consideraba más poderosa que las mejores mujeres de la alta sociedad que habían cedido ante él a pesar de su estatus y peligro de ser expuestas.

Ambos fingieron que se habían olvidado de la conversación. Ninguno de los dos lo había hecho. Hablaron de otras cosas. El teatro, del que May no sabía mucho. Naturaleza y paseos a caballo, de lo cual sabía. Ella quería volver a la Belle House, pero él insistió en que se quedara hasta la mañana. Su dormitorio era más grande que cualquier otra habitación de la casa, y volvieron a hacer el amor, esta vez lord Ashbee menos atento a May, consumido por sus propias necesidades.

Por la mañana, cuando la primera luz se deslizó por las paredes, ambos se despertaron, la sensación de otra persona en la cama les era ajena. La tomó de nuevo y, más tarde, cabalgaron de regreso a la Belle House.

Hubo una breve despedida, menos tierna que cualquier otra, y los dos pasaron el día pensando en lo que habían dicho. Mientras May sentía que los tiempos del pájaro enjaulado estaban sobre ella, Lord Ashbee decidió que debía darle una lección. Nadie podía decirle a Lord Ashbee lo que era y lo que no era.

¡Cuán rápido se acostumbra uno a la vida social o a la ausencia de ella!

Lord Ashbee se dedicó de nuevo a las fiestas y reuniones, a los teatros y a las obras de caridad. No se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado con May. Ahora, se sentía como si hubiera estado lejos y hubiera regresado.

Dondequiera que iba, era recibido con vítores de bienvenida de algunos y miradas rencorosas de otros. Algunos le preguntaron qué había estado haciendo últimamente. Otros susurraban sobre las cosas escandalosas en las que podría estar involucrado esta vez.

Charles estaba más entusiasmado que nunca por tener a su amigo de vuelta en las reuniones sociales.

Lord Ashbee, por otro lado, estaba decepcionado. ¡Qué aburrido parecía ahora todo este ruido! Había pensado que no ver a May le despejaría la mente, pero sus pensamientos volvían constantemente a ella como si estuvieran anclados en aquella pequeña habitación de la Belle House, y no importaba a dónde fuera, lo hacían retroceder.

No le gustó nada. Le irritaba y le molestaba. Trató de calmar su mente inquieta repitiendo la conversación que habían tenido en su casa. Cada vez que sentía ganas de ir a verla, pensaba en la razón para menospreciarla.

Al tercer día, finalmente se dio por vencido y se fue a Belle House, pero con un propósito diferente.

Para ver a Eliza.

¡Oh, qué encantada estaba Eliza de ver a lord Ashbee! ¡Cómo no podía ocultarlo! Charles, comentarios ingeniosos, fingida indiferencia y estaban en su habitación. Era como un felino que caminaba, como un gato frente a él, su ingenioso juego de seducción. Pero esta vez, no funcionó con Lord Ashbee.

"Quítate el vestido" dijo en cuanto se cerró la puerta. La amargura se apoderó de su corazón, y su mente estaba en la habitación a solo unas puertas de distancia, pero mantuvo la mirada en Eliza.

Ella se acercó a él, con las manos en las caderas y la boca fruncida en una sonrisa.

"¿Por favor?", bromeó ella con su habitual descaro.

"No es una petición, dulces. Es una orden". Sonrió, irritado. No estaba de humor para los juegos previos.

“¿Y ahora?” imitó su tono. Habían jugado a este juego antes. "Di por favor".

Sus ojos permanecieron fríos, pero sus labios se estiraron en una sonrisa, que fue seguida por una risita. "Yo pago por tus servicios, ¿recuerdas?"

Ella se detuvo, levantó la barbilla, sus ojos escupían fuego hacia él, y comenzó a alejarse lentamente cuando él corrió hacia ella, la agarró por la cintura, arrancándole un grito de sorpresa, y luchó con ella boca abajo sobre la cama, con todo el peso de su cuerpo encima de ella. Jadearon por la acción abrupta y la tensión cuando su mano se deslizó hacia sus piernas, recogió su falda y la subió. Eliza se retorció debajo de él en un intento de protesta mientras su mano bajaba por sus nalgas desnudas y entre sus piernas, encontrándola ya caliente y mojada. Lo había echado de menos, pensó con satisfacción. Su dedo se deslizó dentro de ella en un movimiento rápido, luego hacia afuera y empujó hacia adentro de nuevo. Un chillido de placer escapó de su boca, y sus nalgas se apretaron contra la palma de su mano, anhelando algo más grande.

“Creo que tienes que aprender algunos modales” dijo con voz ronca. Su dedo salió de ella y bajó sus pantalones, sacó su miembro y se metió dentro de ella con un rápido tirón.

Ella gimió mientras él seguía golpeándola con fuerza, como si tratara de lastimarla, pensando que esta vez, no la dejaría disfrutarlo. Pero cuando sus caderas comenzaron a moverse más rápido, escuchó sus fuertes gemidos, su perfecta imitación de orgasmo que conocía tan bien. Cerró los ojos y recordó el rostro de May, su cuerpo, sus movimientos tan delicados, casi artísticos. La imaginó debajo de él y pronto explotó en un orgasmo.

Se echó de espaldas, jadeando, con los ojos aún cerrados.

Podía sentir a Eliza a su lado, sabía que ella lo estaba observando, todavía acostada allí sin cambiar de posición, con sus nalgas palpitando por más acción. Atrevida y exquisitamente versada en las costumbres del dormitorio, había sido su entretenimiento durante varios meses. Siempre había disfrutado de su compañía. Ahora, no tenía ganas de mirarla. Todo era ajeno: su voz, arrullando algo, tratando de mantener el juego, su perfume, demasiado intenso y demasiado dulce, esa habitación en la que habían estado cientos de personas.

Estaba agotado, aliviado, pero algo decepcionado, los únicos pensamientos en su cabeza eran los de May.

Varias puertas más abajo, May estaba leyendo un libro cuando Krissy le trajo el té.

“Lord Ashbee está aquí, señorita” dijo la criada con indiferencia, evitando mirar a la mujer.

La noticia hizo que May revoloteara de expectación.

“¿Está con la señora Sharke?” preguntó rápidamente.

“Está con la señorita Eliza”. Krissy dirigió a May una mirada curiosa.

“Oh” exclamó May, y apartó rápidamente la mirada para ocultar su decepción.

No, no decepción. ¡Le picó la noticia!

Así que fue a ver a Eliza. Claro.

Se dio cuenta de que se estaba aburriendo. Pero, ¿no se lo habían pasado muy bien el otro día en su casa?

Ella no entendía. Le dolía pensar en Ray con otra mujer. Trató de deshacerse de los pensamientos, de la frustración, pero las lágrimas brotaron de sus ojos. Se levantó bruscamente, abrió la ventana e inhaló el aire primaveral.

Olía a flores.

A las flores que Ray le traía de vez en cuando.

Olía a él.

Su abrazo.

Su toque.

Sus susurros.

¡Estaba perdiendo la cabeza!

Habían pasado varios días sin que ella lo viera, y ahora estaba aquí de nuevo, pero con otra mujer. Cerró los ojos, tratando de contener las lágrimas que estaban a punto de rodar por sus mejillas cuando Krissy volvió a lanzarle una mirada curiosa y salió de la habitación.

May...

No tenía idea de qué sentimientos se estaban gestando en el corazón de Lord Ashbee. No había otra mujer en su vida a la que deseara más que a ella. Quería poseerla, su cuerpo y su mente. La inocencia que había sido tan seductora cuando la había visto por primera vez en el pasillo todavía parecía estar allí. Pero no, no fue la inocencia lo que lo cautivó. Era la gracia y las cualidades genuinas lo que no podía precisar. Había mucho más de ella a lo que no renunciaría, sin importar el costo. La virtud que brillaba a través de ella era lo más precioso que había visto en una mujer, y darse cuenta de ello le sorprendía ahora, porque la virtud nunca había ocupado un lugar destacado en su lista de cualidades importantes. Quería que fuera suya, temía la idea de compartirla con alguien más, detestaba las imágenes ocasionales en su cabeza de los dedos de otra persona acariciando su cuerpo y usando los rincones más preciosos de su carne.

Pero ¿cuáles eran sus opciones? No sabía cuál era su historia, ni había logrado averiguar de dónde venía y hacia dónde se dirigía después.

"Hábleme de usted", le preguntó tantas veces, pero ella apartaba la mirada.

¿Cuánto tiempo estaría allí? ¿Otra semana? ¿Un mes? ¿Un año? ¿Toda una vida? ¿Podría hacerla suya? ¿Y cómo sería eso? ¿Se aburriría de ella en breve? ¿Se volvería demasiado necesitada? ¿Le importaría?

Los pensamientos ocupaban a lord Ashbee con regularidad, hasta el punto de obsesionarse, pues May inhibía su mente casi constantemente, y se había instalado allí. Sus sensibles palabras acariciaban los rincones más íntimos de su mente, y no tenían nada que ver con los placeres del dormitorio. Esta era la parte más aterradora. Tenía que ver con su alma. Y Lord Ashbee no estaba acostumbrado a esto.

Una noche estaba sentado en el sillón de su estudio y observaba cómo las llamas lamían la leña de la chimenea. Cogió un cigarrillo, lo encendió y bebió un sorbo de brandy mientras sus pensamientos se transformaban al ritmo del fuego.

Sí, quería volver a ver a May. Desesperadamente. Estaba sorprendido de tan patético anhelo. ¿Qué pasaría si la sacara, la exhibiera, la presentara al mundo? ¿Estaría deslumbrante con un hermoso vestido y joyas elegantes! ¿Sería la comidilla del pueblo y la envidia de muchos! ¿Se aburriría eventualmente? ¿Su amor sería sedado lentamente por la mediocridad de la vida?

¡Amor!

La palabra casi lo atragantó. ¿Acaso él, lord Ashbee, acababa de usar esa palabra? Se rio de su tontería.

No, no era amor. Obsesión, tal vez. Anhelo intenso. No era un hombre hecho para el amor. Había sido hecho para la lujuria y el deseo. Ella era su pieza de estudio. Su conquista más

entretenida. El hecho de que ahora la deseara más que nunca, después de haberla seducido, después de haber conseguido lo que quería, no tenía sentido.

Todo seguía su curso. Lo mismo ocurriría con esto. ¿Lo haría? ¿Había alguna posibilidad de que May pudiera ser tan diferente de las demás que pudiera satisfacer sus necesidades sin convertirse en una mujer común y corriente?

¿Quién *era* ella? ¿Entendería la vida londinense y el hecho de que tendría que ser su compañera no sólo en la cama o en la casa, sino también en sus juegos políticos, aprendería los intrincados mecanismos de la vida social? Probablemente no. Esto era lo que más le molestaba. Carecía de poder. Lo aprendía en el dormitorio, porque no era más que la dignidad de la clase alta, su superioridad innata. Ah, para él, incluso el amor venía con condiciones y cálculos.

¡Amor!

¡Qué palabra tan pegajosa y molesta!

Esto no era todo. Entonces, ¿qué era lo que le hacía querer estar en su pequeña habitación en la Belle House? ¿Ser tocado por ella? ¿Estar en sus brazos? ¿Poseerla? ¿Escucharla hablar? ¿Decirle cosas que tenía en mente y que no querría compartir con los demás? Primero, despertó su curiosidad. Luego su imaginación. Ahora ella le conmovía el alma, y esa era la parte más vulnerable de un hombre.

El cigarrillo se había quemado a mitad de camino, y el vaso de brandy apenas se había tocado. Lord Ashbee miró el anillo que llevaba en la mano izquierda. La piedra brillaba ahora con un rojo anaranjado intenso, el dorado de color verde casi marrón oscuro por la falta de luz. Era un regalo del Hombre. Lo único que quedaba de él, además del conocimiento.

¿Qué tendría que decir el Hombre a esto?

Lord Ashbee lo echaba de menos en momentos como este. El Hombre siempre tenía la respuesta. Era un experto en los juegos que la gente jugaba.

Lord Ashbee dio una calada al cigarrillo. Estaba perdido en sus pensamientos. La razón antes que los sentidos. La racionalidad antes que los impulsos. Nunca había pasado mucho tiempo explorando sus sentimientos hasta ahora. Le divertía la tensión y el anhelo que sentía por dentro. Le sorprendió y le perturbó mucho. Siempre advertía a sus amigos que los asuntos del corazón conducían a acciones insensatas y podían destruir al mejor de los hombres. Había creído que se estaba aprovechando de May, arruinando su inocencia, poco a poco, paso a paso. Ahora sentía que ella lo estaba arruinando.

"Me alegro de que podamos verte a esta hora. ¿Te tomaste una noche libre de acostarse con mujeres?" Charles se echó a reír, mirando a lord Ashbee, que estaba inusualmente callado.

Acababan de salir de la casa de lady Agatha, donde ella organizaba su habitual cena de los viernes. La compañía era la misma, excepto por lady Catherine, que se había mostrado inquieta por la presencia de lord Ashbee y se había marchado temprano.

"¿Por qué algunas de las mujeres más respetables de esta ciudad abandonan las fiestas a toda prisa cuando usted está presente, lord Ashbee?" Lady Agatha preguntó mientras tomaba brandy y cigarrillos después de la cena.

"Creo que me lo has preguntado antes, lady Agatha. Y creo que sabe la respuesta", dijo con una sonrisa.

Ella se echó a reír. "Recuérdeme. Los buenos rumores nunca pasan de moda".

"No hay rumores. Es el simple hecho de que las mujeres son demasiado ambiciosas para dejar pasar un buen trato, pero demasiado débiles para admitirlo después".

"Lord Ashbee, sin duda es usted un trato interesante, a falta de una palabra mejor. Y las mujeres odian la palabra *después*. Lo mismo ocurre con muchos hombres".

"Los hombres inteligentes surgen en este mundo gracias a esto".

Lord Ashbee y Charles abandonaron la fiesta poco después de las diez de la noche. El clima era maravilloso y decidieron ir a Haymarket. Pero en lugar de tomar un carruaje, caminaron.

"Algo te molesta, Ray" dijo Charles, incómodo por el silencio de su amigo mientras caminaban por las calles. "¿O alguien? Déjame adivinar. Es una mujer".

"Las mujeres no me molestan, Charles. Sus debilidades sí".

"Sus debilidades son de lo que te aprovechas, amigo mío".

"Me aprovecho de sus poderes, Charles. Cuando ellas los pierden, es cuando yo pierdo el interés".

"Bastante justo".

"Las mujeres son criaturas posesivas. Inviertes tu atención y tiempo en ellas, y de repente creen que saben quién eres, qué necesitas y cómo debes vivir tu vida", dijo Lord Ashbee con más amargura de lo habitual en su voz.

"Oh, ¿escucho decepción?" Charles conocía demasiado bien a su amigo. "¿Quién es ella, este misterioso enamoramiento tuyo?"

Lord Ashbee sonrió y pensó en May. Esa mañana había querido mantenerse alejado de ella. Ahora, quería volver a verla, hablar, volver a la conversación y dejar las cosas claras. Tan pronto como pensó en ella, el deseo de estar con ella y tocarla se hizo más fuerte que cualquier deseo de entretenerla y ser entretenido. Incluso durante la cena, en medio del ruido y las risas, podía

imaginar a May de rodillas frente a él, y eso lo endurecía.

No lo había hecho.

Todavía...

Y todas las cosas que ella no había hecho, lo perseguían en sus sueños. Lo volvían loco. Las mujeres eran algo de lo que nunca había tenido que preocuparse. A veces, las tenía a diario. Putas y damas por igual. Las prostitutas se le echaban encima gratis. Las damas ofrecían dinero para casarse con él. Pero todo en lo que podía pensar en ese momento era una joven inexperta vestida con ropa común que no admitiría su poder.

Los pensamientos ocuparon a Lord Ashbee durante todo el camino hasta Haymarket, donde encontró a la orquesta pública todavía tocando, con la multitud alegre como de costumbre, disfrutando del cálido clima primaveral. Los salones también estaban llenos. Había una multitud en el Teatro Real, que había sido reconstruido después del incendio. El nuevo edificio se veía glamoroso y lleno de vida y luz, pero Lord Ashbee no tenía ganas de ver otra actuación. Se encontraron con Will Crossic y sus amigos y se detuvieron a tomar unas copas en el Wild Goat Saloon. La vida rugía por todas partes. Pero en la bruma del humo del tabaco, el resplandor de los vasos y el calor de las bebidas fuertes, algo molestaba a lord Ashbee y le molestaba la mente.

De repente, sintió la urgencia de presenciar una pelea de osos. Había un lugar en Covent Garden. El oso, viejo y exhausto, probablemente sería una imagen patética. Sin garras, sin dientes. Los perros, igualmente viejos y cansados, ladraban y gruñían en sus últimos esfuerzos tensos por lucirse frente al viejo monstruo acorralado, en sus últimos intentos de mostrar agresividad. En jaulas públicas, las peleas de osos eran un entretenimiento dos veces al día, el oso y los perros solo compañeros de habitación enojados, actuando por hábito. Era una exhibición patética. Teatro. El oso, un desafortunado actor.

No. Lord Ashbee ansiaba un entretenimiento crudo.

“Vamos al East Londons, Charles” le dijo a su amigo y se encontró con una mirada de sorpresa.

“¿Para qué, Ray?” dijo Charles, sonriendo, pero con miedo en los ojos.

“Solo el viejo y famoso hostigamiento de osos. Esto” agitó la mano hacia la alegre multitud “me irrita. Es como ver una obra de teatro barata con malos actores y un público aún más patético”.

“Me temo que no te haré compañía, amigo mío”. Charles sonrió disculpándose, pero miró a Lord Ashbee con preocupación. No era frecuente que su amigo sintiera la necesidad de descender al «Londres más oscuro». Pero cuando lo hacía, por lo general había una razón. Una razón lo suficientemente fuerte como para querer estar entre los lados más oscuros de la humanidad.

En cambio, pasaron algún tiempo en un garito, luego se detuvieron en Rose Tavern en Russell Street. Era un lugar bastante sombrío pero notorio que reunía a un elenco diverso de londinenses. Poetas y actores, estafadores y proxenetas, criminales y aristócratas se congregaban aquí sin interferir en los negocios de los demás. La buena comida y las bebidas baratas complacían el gusto de todos, así como las peleas ocasionales.

No fue una sorpresa que Charles y Lord Ashbee se encontraran con Will Crossic de nuevo, y pasaran varias horas bebiendo. Pero ni siquiera la alborotada multitud pudo ahogar los pensamientos en la cabeza de Lord Ashbee.

Para olvidarse de sí mismo, había que lanzarse al peor horror posible. Para escapar del dolor mental, uno tenía que infligir dolor físico. Sólo exponiéndose a la fealdad, por repugnante que fuera, se puede apreciar la belleza de la vida.

Esa era la filosofía de toda la vida de Lord Ashbee que predicaba y practicaba. La que había heredado del Hombre.

Dejó a Charles en Haymarket y alquiló un carruaje al este de Londres. Era cerca de la medianoche y estaba a bastante distancia, pero no había un momento correcto o incorrecto para estar en los barrios bajos, porque los pecadores estaban despiertos las 24 horas del día.

El juego y la bebida. Proxenas y putas. Drogas y absenta. Robo y asesinato. Perversos y charlatanes. Mendigos y locos. Los viejos lisiados y los jóvenes desvergonzados. Incluso los niños allí eran diferentes, desprovistos de cualquier rastro de inocencia.

¡Oh, el gran Londinium!

Las mejores partes de Londres tenían sus lujosas casas de baños, circos, teatros glamorosos, restaurantes y salones, hermosos jardines y plazas, vestidos extravagantes y joyas que valían una fortuna. Los suburbios de Bluegate Fields, Old Nichol, Whitechapel y muchos otros estaban llenos de arañas humanas que se agazapaban en cada rincón de su oscuridad, orgías que nunca cesaban, esclavas encadenadas para los servicios y pobres almas destinadas a las formas más dolorosas de morir. La luz nunca llegaba del todo a las calles, ni siquiera en los días más brillantes, pero por la noche, era como si el monstruo despertara de su sueño, y el mal que se escondía en sus mazmorras y detrás de puertas cerradas comenzara a filtrarse hacia el exterior.

Tardó casi una hora en llegar, y el conductor exigió el doble de tarifa. Lord Ashbee no lo culpó. Ningún hombre en su sano juicio venía aquí a menos que fuera por una razón, un vicio particular que sólo podía satisfacerse en los barrios bajos y lugares espantosos del East End. Si se encontraba uno aquí, se creía que estaba en problemas y que estaba tocando fondo sin remedio, o que se aprovechaba de la oscuridad de la humanidad. En diferentes momentos de su vida, Lord Ashbee había sido ambas cosas.

Fue en una de estas calles donde lord Ashbee detuvo el carruaje y caminó. Estaba oscuro, pero la oscuridad de los suburbios no se parecía a ninguna otra. Uno decía que las calles del este de Londres estaban llenas de monstruos. Uno no entendía que una vez que estabas en las calles de los barrios bajos, estabas *dentro* del monstruo, tragado, para ser enviado a sus rincones más profundos en cualquier momento sin la perspectiva de salir.

Lord Ashbee conocía demasiado bien la zona. Incluso en la oscuridad, conocía el camino, podía navegar por las calles, los callejones, los arcos y los pasadizos, si no de memoria, sí por algún extraño sentido que uno poseía cuando pasaba suficiente tiempo en la oscuridad. Como si uno pudiera olfatear las cosas, guiado por los sentidos, los pequeños signos aquí y allá: sonidos, olores, expresiones de otros.

Encontró el establecimiento con bastante rapidez. Para su deleite, la pelea de osos iba a comenzar pronto, y pidió una bebida en el bar. Estudió a la multitud. No se sorprendió al ver caras familiares o a la cantidad de caballeros bien vestidos que vio alrededor. La hipocresía de las clases altas estaba aquí mismo, en este establecimiento, que pululaba con los ladridos hambrientos de los perros en las jaulas que cubrían las paredes y el hedor de la sangre, la orina y el miedo, mezclados con el olor del tabaco y la colonia de los hombres que acudían allí en busca de nuevas tentaciones y sensaciones. Eran la élite y los huéspedes ricos de la ciudad que eran traídos aquí para el mejor entretenimiento, que no era el hostigamiento de osos, sino el hecho de que estaban en el centro de los barrios bajos. Como si observar el peor de los destinos humanos fuera el entretenimiento más exquisito jamás inventado. Lord Ashbee sonrió ante la idea y pidió

otra bebida.

Cuando sonó la campana, las masas se desplazaron para llenar el espacio alrededor de la arena grande y alta, cercada por una malla de alambre.

Fue el oso el que entró primero por el largo pasadizo que venía de una brecha negra que conducía a su prisión. La multitud aplaudió y Lord Ashbee se acercó. El oso, la criatura majestuosa pero esclavizada, caminaba rugiendo, ya fuera de dolor, de hambre o de anticipación. Esto era por lo que la élite pagaba mucho dinero. El oso no estaba sedado, ni desarmado, todavía tenía sus dientes y garras. Al primer rugido, los perros en las jaulas se volvieron locos. Se les alimentaba una vez cada tres días, y no antes de la pelea, por lo que su hambre de sangre estaba en su punto máximo.

Sonó otra campana. La muchedumbre rugió y la puerta se estremeció. Como si fuera una señal o un reflejo, el oso movió la cabeza hacia él y gruñó, y de repente varios perros saltaron frente a él, ladrando y gruñendo y caminando como hienas, hasta que uno de ellos dio un salto, chasqueando los dientes.

Entonces se desató el infierno.

Quién sabía cuántos perros murieron cuando terminaron en la guarida del oso. Los hombres dejaban entrar a más de ellos a medida que avanzaba la pelea. El oso los destrozaba, los golpeaba con sus patas, los arrojaba como pedazos de basura inútiles, salpicando saliva y sangre. A su vez, los pequeños animales luchadores lo rodeaban, hundiendo sus dientes en su carne mientras la habitación se llenaba de vítores, ladridos, aullidos y chillidos. El éxito del espectáculo era solo una cuestión de cuántas peleas había soportado el oso. La vida útil de la bestia no era larga, si es que sobrevivía. Ser herido en la pelea lo debilitaba. Los astutos propietarios se quedaban con varios osos, dejando que los heridos sanaran, prolongando su vida útil. Pero Lord Ashbee había visto suficientes de estas peleas como para saber cuándo el oso estaba en sus últimas. La bestia era más débil, caía más rápido, se dejaba atacar por los monstruos que ladraban y lo destrozaban como si la muerte fuera una mejor perspectiva que poner todas sus fuerzas en la lucha. Tales peleas eran más sangrientas. Más salvajes. Más horrorosas. Emocionaban más a los espectadores.

Lord Ashbee despreciaba este tipo de entretenimiento. La única razón por la que vino fue para experimentar la conmoción y el horror de la masacre, para ver lo que la gente disfrutaba, para saber lo que la gente le hacía a los demás, a los animales y a sí mismos, por el bien del dinero y el entretenimiento, la sed de sangre en sus ojos más fuerte que cualquier otra cosa en este mundo.

No terminó de ver la pelea, sabía el final. Esta vez le molestó. Salió a las calles oscuras, jadeando con avidez por aire fresco, disgustado y de peor humor. Esta idea podría no haber sido la mejor, pensó, decepcionado. Pensó en volver a casa, pero cambió de opinión y caminó en dirección al puerto.

Una taberna mugrienta llena de gente rugiente lo atrajo y tomó un par de tragos más para sedar su mente. Una ramera apareció junto a él, mostrando una sonrisa con la boca llena de dientes, aunque su piel estaba cubierta de costras, su ropa manchada y empapada con toda la humanidad. Le invitó una bebida y le dijo que se perdiera. Pero, efectivamente, había otra que quería ofrecer sus servicios. Lord Ashbee bebió su último trago y salió.

Pronto, llegó a la zona del puerto, encontró una casa de huéspedes sucia y consiguió una habitación. Si tenía suerte, no le darían piojos. Si tenía suerte, mañana se sentiría mejor y regresaría al mundo con una nueva perspectiva. Si tenía suerte, los pensamientos sobre la joven de Belle House dejarían de molestarle.

No tuvo suerte y se quedó despierto hasta el amanecer. Vio la luz del crepúsculo lamer el

horizonte. Escuchó los silbidos de vapor de los barcos y los aullidos de los perros del puerto. Se tumbó con la ropa encima de las sábanas rancias y estudió los olores que le rodeaban: la sal del agua, el olor a podrido de las algas, el hedor de la habitación sucia, la madera vieja y húmeda y el orinal. Trajeron recuerdos, emocionantes y sombríos. El alcohol nubló su mente, pero no pudo borrar la imagen de May. En todo caso, era más nítido, más insistente, su hermoso rostro era un sueño exótico en comparación con su entorno actual. Ella era la razón por la que quería volver. Pero ella era la razón por la que había venido aquí en primer lugar.

Finalmente se durmió y se despertó por la tarde con un dolor de cabeza y mareos familiares. Bajó a la calle y entró en la taberna del puerto más cercana, trató de comer algo, dio varios bocados, lo apartó y pidió ginebra.

Normalmente había algo agradable en sumergirse en la vida baja. Revitalizante. Alimentaba la gratitud por la fortuna que el destino le había deparado. Esta vez se sentó a la mesa, observando a los obreros y marineros, y se sintió indiferente.

Al anochecer, fue a caminar por los muelles y bajó a la orilla del Támesis, inhalando el hedor del agua de mar. Las gaviotas chillaban por encima de su cabeza. Incluso eran más feroces en estas partes de la ciudad.

El rosa fangoso del cielo se hundía en el horizonte como si fuera absorbido por la oscuridad que existía en algún lugar detrás de las aguas agitadas. No podía imaginar un lugar en la tierra peor que este agujero.

Pasó por debajo del muelle y caminó entre los indigentes y los mendigos que habían hecho de este rincón su hogar. Alguien tenía un fuego encendido, cocinando a un perro o quién sabía qué, para alimentarse. Un loco intentó iniciar una pelea, pero Lord Ashbee no se inmutó. No era ajeno a lidiar con la basura. Alguien le ofreció absenta y él sacó algo de dinero, para deleite del dueño de la botella, que esbozó una sonrisa desdentada. Lord Ashbee se sentó allí mismo con los mendigos, viéndolos agacharse, dormir, pelear, hablar y asar a la parrilla. Compartió la absenta con ellos, escuchando sus historias. No le importaba si su mente se quedaba en blanco, que solía ser el efecto de la bebida. No le importaba mucho nada.

De vez en cuando, los mendigos le lanzaban miradas curiosas y luego se detenían por completo. Podría ser el extraño fuego que ardía en sus ojos, y solo los residentes de estas partes sabían que no era por el alcohol o las drogas, sino por una locura por la oscuridad. Había muchos perdidos aquí, sin importar su estatus o riqueza. Lord Ashbee no estaba perdido. Había encontrado el camino de nuevo, como solía hacer para calmar su alma. Se sentó con los vagabundos hasta que cayó la noche, absorbiendo el aroma del agua salada y el hedor de los indigentes. Hasta que su ropa apestaba a humo y suciedad. Hasta que oscureció demasiado para ver el suelo. Hasta que existiera la posibilidad de que alguien lo apuñalara y lo arrojara al agua solo por diversión.

Volvió a las calles.

Otra taberna.

Tuvo una pequeña charla con un marinero, joven y agresivo, luego hizo una apuesta y perdió. Le compró al joven una ramera de la calle, consiguió una habitación y pagó más para poder sentarse en una silla y verlos hacerlo. A veces los humanos no eran más que animales, pensó. Se fue antes de que el joven marinero terminara y decidió visitar la mazmorra del dolor y a su amante, Bronagh Morton.

Estaba oscuro y podía oler el humo de las fogatas. Las calles lo asfixiaban con desesperación y una sensación de desesperanza. Un hombre con una antorcha encendida pasó pisando fuerte, seguido de una vieja bruja mal vestida que arrastraba de la mano a una niña con un vestido blanco de encaje. La cosita trotaba, sin apenas seguir el ritmo. Casi parecía flotar y lanzó una mirada a Lord Ashbee mientras pasaba. A la luz amarilla de la antorcha, su rostro revelaba miedo, pánico y sumisión a lo que estuviera por venir. Era la joven novia de un alma oscura y siniestra.

Lord Ashbee se sacudió la visión. Demasiadas almas atormentadas en esta oscuridad. Negociadas. Compradas. Vendidas. Este no era el lugar para la paz. Era una tortura, voluntaria o por destino.

Tardó un rato en encontrar el lugar en la oscuridad, la pequeña puerta con la manija de hierro que golpeó varias veces hasta que se abrió, y una lámpara de gas iluminó su rostro.

“He venido a ver a Bronagh”.

Lo condujeron por las escaleras, oscuras y mohosas. Olía a algo agri dulce. Un hedor, pero de otro tipo. Solo aquellos que habían estado en las profundidades de la mazmorra sabían que era el hedor de la tortura. A veces voluntaria. La mayoría de las veces no. Cuando uno pensaba que no podía ir más profundo, las escaleras continuaron, hasta que Lord Ashbee siguió al hombre gigante y corpulento que le doblaba el tamaño a través de otra puerta y finalmente emergió en el gran espacio abierto de la mazmorra.

Las tenues lámparas iluminaban el lugar, húmedo y sucio. Las paredes y el techo estaban cubiertos con ganchos de los que colgaban cadenas y grilletes aquí y allá. Artilugios conjurados por las mentes más trastornadas. Implementos de tortura. Ganchos que podían suspender a un humano de las formas más intrincadas y terribles, separándolo hasta que uno se rompía en pedazos. Las lámparas arrojaban las sombras más horribles de los monstruos de metal. Un gemido provino de un lejano pasillo negro que desapareció en la oscuridad. Su inquietante sonido rebotó en las paredes y pareció flotar en el aire. Lord Ashbee conocía las celdas, los gritos provenían de allí.

“Espera aquí” dijo el hombre en voz baja, y lord Ashbee sintió el nerviosismo habitual. La humedad goteaba del techo.

Plink.

Su sonido hueco resonaba a través de las catacumbas. Otros líquidos goteaban de las cadenas que colgaban junto a donde estaba Lord Ashbee. Se acercó y miró el metal con los ojos entrecerrados, que brillaba en la penumbra que ocultaba lo que sucedía. Pasó el dedo por la cadena fría y miró la mancha oscura que le quedaba en la yema del dedo. Sangre, sangre fresca. Un escalofrío familiar recorrió su espina dorsal.

Plink.

El charco bajo la cadena lo miraba con su siniestra oscuridad.

“Hola, Ray” la voz baja y ronca detrás de él resonó en las paredes de piedra, y se volvió para mirar a la mujer vestida de negro. Sus ojos lo atravesaron con su frialdad familiar, y él trató de sonreír mientras el rostro lo estudiaba. Se movía en silencio, como una sombra, como si ella misma fuera la noche.

La dueña de las tinieblas.

La reina del dolor.

Bronagh Morton.

"La muerte es el concepto más simple que existe. No tiene fin ni principio. No es continuo. Es desconocido y nunca será explorado, porque uno no puede conocer algo que es el fin irreversible en sí mismo. Es el concepto más singular que nadie quiere conocer de primera mano. Todo lo demás tiene una jerarquía. Gafas de sol. Gradación. Niveles de intensidad. Lo mismo ocurre con los pecados. E incluso la oscuridad. Sólo la muerte es completa".

Estas eran las palabras del Hombre, la persona que le había enseñado a Lord Ashbee todo lo que sabía. Su maestro. Casi un padre. Su único amigo verdadero, que había conocido la muerte de primera mano hacía mucho tiempo.

Cuando Lord Ashbee era joven, el Hombre había sido su guía hacia la oscuridad, pues justo después del estudio de las mujeres por parte del joven, la profundidad de la naturaleza humana se había convertido en su principal área de interés.

Su descenso a los suburbios del East End había comenzado hacía mucho tiempo, cuando apenas tenía veinte años. Joven y audaz, hambriento de vida e impulsado por la curiosidad, había hecho su primer viaje con el Hombre.

Peleas de osos. Jaulas de combate. ¡Entretenimiento inocente! Incluso lo intentó. Apenas salió con vida una vez y pasó un mes curando su cuerpo y su rostro para poder volver a salir en público.

El Hombre se rio de él. "Es la mejor manera de aprender una lección, de primera mano. "Recuerda, hijo mío, que la mayoría de las cosas necesitan ser vistas con tus propios ojos para conocer su significado. No hay que intentarlo todo".

La recuperación fue dolorosa, pero el joven Ashbee se sintió orgulloso.

"¿Por qué?" Charles gritó de horror cuando vio a su amigo magullado y mutilado por la piel hinchada y los cortes.

"¡Ah!", respondió el joven Ashbee con una mirada soñadora en sus ojos que asustó a Charles en ese entonces. "¡Si supieras cuánto revive tu espíritu! ¡Cuando te das cuenta de lo que eres capaz de hacer! Es en esos minutos cuando te sientes más vivo, cuando el dolor se dispara a través de tu cuerpo, cuando tu oponente está listo para quitarte la vida. La mera idea de que tu vida puede terminar allí mismo, en ese momento, te llena de un deseo mucho mayor de vivir".

"¡Loco!", fue el veredicto de Charles.

Luego había prostíbulos, pero de otro tipo.

Los baratos, en los que las mujeres servían a intervalos de diez minutos, un hombre tras otro, como un carrito interminable, una acción rotatoria, una y otra vez. Los más oscuros, donde las mujeres eran tomadas por muchos al mismo tiempo como si una bandada de buitres descendiera sobre una criatura que aún respiraba, destrozándola hasta la muerte.

Una vez, en un calabozo, el joven Ashbee asistió a una cacería humana. La observó con asombro, pero nunca se atrevió a regresar, porque no podía entender cómo se podía cazar a los humanos como se cazaba a los animales, matándolos a tiros.

Había mujeres que hacían trucos, haciendo desaparecer cosas en los orificios entre sus piernas. Contorsionistas, desnudas y pintadas de la manera más espeluznante, de modo que cuando se inclinaban hacia atrás y envolvían sus brazos alrededor de sus piernas, parecían los monstruos más sangrientos.

Guaridas de flagelación y derramamiento de sangre ceremonial de la manera más salvaje. No los sofisticados del West End, sino con herramientas destinadas a infligir un dolor insoportable. Látigos de todos los tamaños y formas, con correas, de nueve colas, algunos con puntas de aguja. Bastones y cepillos. Tablas de clavos y rompe nudillos. Quemadores y pinzas. Uno podía ser azotado, atado, estrangulado, cepillado, azotado, pinchado, ahorcado y torturado de varias

maneras. ¡Elige tu arma!

Lo siguiente fueron los fumaderos de opio.

"No puedes conocer el poder de la adicción hasta que caes en ella. Con un pie, hijo mío. No con dos", dijo el Hombre.

Pero el joven Ashbee se lanzó de cabeza. ¡Oh, llegó a conocer el poder de la adicción! La inmundicia, la desesperación, el odio a uno mismo y a todos los que nos rodean. Hubo momentos en que el joven Ashbee podía pasar varios días seguidos en una de las trastiendas de los barrios bajos. Fumando el veneno. Perdiéndose en el mundo. Hundiéndose en las sucias sábanas junto a alguna pobre alma que gastaba su último dinero para hundirse en el sueño de la muerte. Había muchos matices de adicción, ninguno para la muerte. A veces, se volvía tan loco que no sabía dónde estaba. Su mayordomo, Gordon, venía a buscarlo, de guarida tras guarida, hasta que lo encontraba y arrastraba su cuerpo exhausto y tembloroso de vuelta a la luz. Gordon lo encerraba y lo mantenía así durante días, alimentándolo, limpiándolo, escuchando sus obscenidades, súplicas y gritos de angustia, hasta que el opio aflojaba su control sobre su amo y sabía que el joven Ashbee no volvería corriendo por su dosis.

Esos fueron momentos patéticos, los raros momentos en que el joven Ashbee estaba sin esperanzas, aburrido de la vida, a su vez, estaba decepcionado con él. Fue entonces cuando aprendió que no importaba la voluntad y el carácter, un hombre podía hundirse hasta lo más bajo, a los mínimos, y ningún sentido de la razón y el intelecto podían salvarlo. Volcó varias veces. Si no fuera por Gordon, habría muerto hace mucho tiempo. El mayordomo le salvó la vida, y Lord Ashbee le pagó diez veces más.

Había otros "entretenimientos".

Acudió a subastas clandestinas de esclavos para ver cómo se comerciaba con los seres humanos y se vendían como ganado. Vio a las mujeres vender sus cuerpos y sus vidas por los hijos, la familia o un pedazo de comida. Y los niños pequeños, algunos niños pequeños, siendo vendidos como esclavos, porque incluso los niños pequeños y los bebés eran valiosos para algunos. Todo eso lo dejaba con pesadillas. Ningún opio pudo salvarlo de las oscuras visiones que lo siguieron durante semanas.

"No es posible que conozcas la vida de los pobres hasta que sientas su desesperación", dijo el Hombre, "y eso tienes que saberlo de primera mano".

El joven Ashbee pasó semanas en los barrios bajos de Whitechapel, sin dinero ni medios para sobrevivir más que con su ingenio y la disposición para hacer lo que otros tenían que hacer por supervivencia. Trabajos esporádicos y recados, si podía conseguir alguno, ni siquiera pagaban por una comida decente. Dormía en albergues, donde por varias horas podías alquilar una cama sucia en la que decenas habían dormido. Cuando el dinero no lo permitía, descendía aún más y compartía la vida de los sin techo. ¡Incluso entre los más bajos había una jerarquía, descubrió con sorpresa! En el refugio para personas sin hogar, pasó una noche en uno de los "ataúdes de cuatro peniques" que llenaban al edificio, pareciendo el aspecto de una fosa común de posguerra. La siguiente noche bajó a "resaca de dos peniques" e intentó dormir colgado de una cuerda de la que colgaban cuerpos humanos, no mejor que trapos viejos usados. La opción más baja era pagar un penique por una silla o un banco, pero no se permitía dormir. Con el tiempo, pasó varias noches en la calle, tiritando de frío, hambre y agotamiento. Lo escupieron, le gritaron y patearon. Y lloró. ¡Un hombre adulto, sumido en sus propias lágrimas y miserias! No por lástima hacia sí mismo, no, él tenía un hogar al que regresar. Este sufrimiento autoinfligido era solo una prueba masoquista, una extraña investigación de campo. ¡No! Pensó que era indiferente al sufrimiento de los demás hasta que vio a la humanidad degradada a una insignificancia. Su corazón sangraba

por la desesperación de que los humanos pudieran permitir que otros cayeran tan bajo. Que incluso los animales tenían más dignidad en su comportamiento que los residentes del mundo civilizado.

Un vagabundo lo atacó por sus zapatos, y el joven Ashbee lo golpeó hasta dejarlo sin sentido. Los borrachos que pasaban por allí trataron de prenderle fuego, pensando que no tenía hogar, que estaba dormido o que se estaba muriendo, y él los ahuyentó. Los jóvenes de la calle Dorset lo maldijeron y, cuando él le devolvió la maldición, lo atacaron, pateándolo y cortándolo con cuchillos. Trató de defenderse y podría haber muerto si los muchachos no se hubieran aburrido de repente. Una niña, de apenas diez años, le ofreció sus servicios, y él se rio en su cara.

Si tenía que robar, robar o mendigar para salir de la miseria, lo hacía, pero era en vano. Parecía que no había escapatoria de la oscuridad a menos que estuviera dispuesto a quitarle la vida a otros para salvar la suya. A veces, sentía que la muerte era una mejor opción. ¡Pero!

¡Ah! ¡Ahí está el problema!

Shakespeare tenía razón. ¿Quién sabía lo que era la muerte? Lo que no sabía era que la muerte estaba viva y residía en las calles del este de Londres, el centro del hambre y la miseria. Y los barrios marginales no eran ficción.

Después de semanas de vivir en las calles, el joven Ashbee volvió con el Hombre.

“¿Y qué? ¿Qué te parece?”, preguntó el Hombre, estudiándolo con curiosidad.

El joven Ashbee estaba sentado frente a él, sucio, asqueroso, lleno de piojos, cubierto de suciedad y obscenidades ajenas, apestando a toda la suciedad que un humano pudiera producir. Estaba derrotado, pero miró al Hombre con ojos de loco y comenzó a reír, sus carcajadas se mezclaron con sollozos hasta que su rostro se empapó de lágrimas y rompió a llorar.

Pensó que se estaba volviendo loco.

El mundo definitivamente lo estaba.

"No sabes de lo que son capaces los humanos hasta que haces un viaje a sus rincones más oscuros", dijo el Hombre, y el joven Ashbee se dio cuenta de que prefería mantenerse alejado de ellos.

Y luego estaban las mazmorras. Fue en ese entonces cuando el Hombre le presentó a Bronagh Morton.

El joven Ashbee aprendió lo que eran las catacumbas.

Aprendió el otro lado de la oscuridad.

Los prisioneros.

Las víctimas.

Los que nunca veían la luz del día.

Y los que venían de buena gana.

La primera vez que se adentró en las mazmorras, sintió pánico. Desnudo hasta los calzones, se quedó descalzo sobre el suelo húmedo manchado de sangre, con el fango de naturaleza desconocida goteando del techo, y miró al Hombre con miedo. Los gritos y gemidos de los oscuros pasillos de la parte trasera resonaban entre las frías paredes de piedra. El Hombre asintió con calma, y el joven Ashbee estaba encadenado, estirado y suspendido en el aire. El dolor del metal frío que le golpeaba las extremidades era lo suficientemente agudo como para hacerlo cambiar de opinión. Pero Bronagh Morton no le hizo caso. Escuchó al Hombre, y el Hombre asintió de nuevo.

¡Ah, Bronagh Morton!

¡Era joven en ese entonces! ¡Más despiadada! Despiadada y curiosa, la mezcla más peligrosa. Mortal, incluso. Caminó lentamente detrás del joven Ashbee y levantó un látigo, el menos

dañino, según se supo más tarde. La primera vez que el cuero cortó la piel del joven Ashbee, gritó de dolor, que parecía peor que cualquier cosa infligida a un humano. Otro latigazo, y aulló. Uno más, y suplicó. Pero ella solo miró al Hombre. El Hombre seguía asintiendo, y ella seguía levantando su arma una y otra vez mientras el joven Ashbee ardía en el horrible fuego del dolor.

Pareció durar para siempre...

Esa noche lloró. Le suplicó al Hombre que lo perdonara, como si hubiera hecho algo para merecerlo. Le prometió a la mujer todo su dinero, pero nada de eso detuvo la tortura hasta que su voz fue disparada, con su garganta en carne viva por los gritos, sus ojos cegados por las lágrimas y el sudor frío, su cuerpo débil por el dolor y la conmoción, su piel enrojecida sangrando tanto que empapó sus calzones, se deslizó por sus piernas y goteó de los dedos de los pies. que colgaba sobre el suelo.

No recordaba haberse desmayado. El Hombre lo llevó a casa y se lo entregó a Gordon, y el joven Ashbee cayó en el sueño más largo y delirante de su vida. Cuando se despertó al día siguiente, boca abajo y ardiendo de dolor y fiebre, pensó que había estado en el infierno y había regresado. Cuando el Hombre llegó, el joven Ashbee no podía mirarlo, sintiéndose traicionado y humillado.

"No sabes lo que es el dolor hasta que lo sientes tú mismo" dijo el Hombre, y sus palabras parecían demasiado oscuras en un día luminoso que iluminaba la habitación con la luz del sol.

"No sabes lo que es el dolor hasta que la amenaza se ha ido, pero el dolor persiste detrás, recordándote con cada uno de tus movimientos que tu cuerpo es perecedero como todo lo demás", continuó el Hombre, y el joven Ashbee escuchó la voz de la razón.

"No sabes lo que es el dolor hasta que pierdes la cabeza por el mero poder del mismo, que borra tu 'yo' y toda tu comprensión de lo que es la vida, excepto por ese sentimiento abrumador: el dolor", explicó el Hombre, mirando al joven Ashbee sin pestañear.

"Y lo que es más importante" el Hombre hizo una pausa por un momento, "es una cura".

"¿Una cura?" El joven Ashbee olvidó sus sentimientos heridos y miró al hombre con sorpresa.

¡Oh, cómo se equivocó en aquel entonces, para qué era realmente el descenso a los calabozos! Le tomó tiempo y más visitas hasta que lo aceptó todo.

No era el horror de eso. O el shock. O la sensación de estar atrapado. O la impotencia. ¡Y no el dolor! No por el dolor en sí. Volvió al calabozo un año después por el dolor que era la cura. Y la segunda vez, fue una revelación. Porque cuando el corazón estaba envuelto en las cadenas más apretadas del sufrimiento, cuando la mente estaba atormentada con mil pensamientos, cuando la vida no tenía sentido y el mero pensamiento de su falta de sentido le hacía a uno querer buscar la muerte, la mazmorra era la salvación de uno. El dolor era la respuesta que atravesaba su cuerpo, cegando todos sus sentidos, hasta que todo lo que sintió fue el deseo de vivir a pesar de cualquier otra cosa. Las cicatrices eran el recordatorio, y decoraban su espalda con un diseño hipnotizante y feo.

Qué poco importante parecía todo en comparación con sus experiencias en los barrios bajos. Qué lleno de vida se sintió cuando volvió a su vida habitual. Qué patéticas parecían las quejas y los regaños de los hombres y mujeres en las fiestas que pensaban que usar el vestido equivocado era un desastre y que los chismes podían arruinar la vida de uno. ¡Ja! ¿Qué sabía uno de estar arruinado si nunca habían estado en los barrios bajos?

Eran los días dorados. Los años de aprendizaje y experiencia. Cuando el joven Ashbee estaba hambriento de probar todo y cualquier cosa. Cuando su ansia por la vida era tan grande que a veces lo asustaba. Viajó en barco a África, vio a las tribus indígenas, se maravilló con la cultura,

exploró el territorio desconocido, fue parte del ataque de colonización.

“¿Ha matado alguna vez?” May le preguntó una vez.

Guardó silencio.

"Entonces, tengo la respuesta, entonces..." Bajó los ojos.

¡Oh, hermosa criatura! ¡Qué intuitiva era, pero qué poco sabía de la vida y de lo que eran capaces los hombres!

Ahora, años después, sus sentidos estaban embotados. Había visto bastante, y las sorpresas eran raras. La curiosidad nunca cesaba, pero era mucho más difícil alimentarla cuando uno ya se había aventurado demasiado lejos.

Esa noche, en los calabozos, se sorprendió a sí mismo y a Bronagh Morton. La primera inyección de dolor no trajo alivio. No había nada de la dulzura habitual que venía con la anticipación. La oscuridad que lo rodeaba le repugnaba. Los látigos lo enfurecieron.

“No más” dijo, y luego repitió las palabras y las murmuró una y otra vez, confundido, porque esta vez nada tenía sentido. Su espalda sintió el dolor del primer látigo, pero su mente no lo quería. Pidió desatarse, se vistió y pagó a la mujer el precio completo.

Ella lo observó durante un rato sin rastro de emoción en su rostro gris lleno de cicatrices, luego dijo: "Viniste aquí por la razón equivocada esta vez", y lo despidió.

Durante un tiempo, caminó sin rumbo por las calles oscuras, sin darse cuenta de dónde estaba. Dondequiera que iba, oía los ecos del dolor: el gruñido de los perros en las pistas de caza de osos, el crujido de los huesos rotos en las jaulas de combate, los gritos de los prisioneros de los calabozos, el sonido de su sangre goteando sobre el suelo de piedra, los gemidos de las mujeres encadenadas para tener relaciones sexuales y los gemidos de los niños destinados a la venta. Las alucinaciones, visuales y auditivas, le estaban destrozando la mente. Las visiones lo estaban carcomiendo. Las siluetas agachadas. Las formas monstruosas de los edificios. Los enormes agujeros negros de los arcos. Todos los matices del sufrimiento humano y la desesperación resonaban a través de las sombras silbantes de los barrios marginales. Miró la oscuridad familiar y no pudo entender por qué se sentía diferente esta vez. Había un anhelo en su corazón, un sentimiento apretado de arrepentimiento. Le enfureció no poder comprender la fuente de todo aquello, excepto que tenía que ver con May. Era a ella a quien veía en su mente. No importaba lo que hiciera, sus pensamientos volvían a ella. Como si su mente diera vueltas en círculos.

Finalmente, encontró el camino a un fumadero de opio, uno de los muchos que solía frecuentar. La puertecita que daba a sus oscuros pasillos se lo tragó, y fue absorbido una vez más por las habitaciones oscuras y nebulosas llenas de adictos. Pensó que lo relajaría, pero el humo venenoso lo afectó de una manera extraña esta vez. Poco a poco se filtró en su corazón, pero no mitigó su dolor. En cambio, volvió a traer las imágenes de May. Los pensamientos se convirtieron en un dolor de cabeza desgarrador que era peor que mil latigazos. El humo intensificó sus sentidos y, de repente, pudo sentirlo todo: la sangre empapando su camisa, el corte en su espalda como si se estuviera agrandando, la desesperación y la frustración que se elevaron en él como un tsunami y de dónde surgieron.

May...

Finalmente logró levantarse y salió a la calle. Borracho, mareado y tambaleándose, hizo señas a un carruaje y se fue a casa.

Lord Ashbee se despertó tarde por la tarde. Estaba sin vestir y olía a orinal. Había una jarra de agua junto a su cama, y la abertura entre las cortinas cerradas dejaba entrar una delgada franja de luz que parecía más peligrosa que el dolor de cabeza punzante que resonaba en su cabeza con cada movimiento.

Gordon trajo una bandeja con té y comida, pero Lord Ashbee solicitó la mejor cura para la resaca, que era el mismo veneno que la había causado. Gordon regresó con ginebra, observó a su amo en silencio y preguntó si le gustaría que le preparara un baño.

Gordon había visto lo suficiente en los años con su amo como para saber lo que significaban estas desapariciones. Hace años, cuando Gordon era joven, había servido al Hombre, había sido su mano derecha. Cuando el joven Ashbee había aparecido, Gordon había observado con atención al joven a quien el Hombre había elegido como mentor. Había observado con interés el progreso que hizo el joven Ashbee y se maravilló de lo rápido que se estaba convirtiendo en la persona que era el Hombre. Cuando el Hombre dejó este mundo, Gordon pasó a servir a Lord Ashbee. El joven Ashbee no era exactamente el Hombre. ¿Quién podría serlo? Tal vez esa profundidad de carácter requería tiempo, porque notó a lo largo de los años que el joven Ashbee había aprendido a controlar su curiosidad, frenar sus deseos, agudizar sus habilidades. Lord Ashbee realmente se estaba convirtiendo en el Hombre mismo, aún joven, solo a mediados de sus treinta, y ya con más conocimiento de la naturaleza humana que la mayoría de las personas.

"El significado de la vida", había dicho el Hombre una vez, "es estudiar a la humanidad y diseccionar las complejidades de la mente, para que uno pueda apreciar completamente la vida, su poder y fragilidad".

Gordon conocía las debilidades de los hombres. Sabía qué provocaba las desapariciones de Lord Ashbee.

Lord Ashbee, por su parte, no sabía cómo curar el alma de otra manera. Este era el camino, el único camino. Pero esta tarde, no había sentido el alivio familiar. La cicatriz cruda en su espalda era un recordatorio de su descenso, pero no borraba la extraña sensación en su corazón.

Esto lo desconcertaba.

Lo preocupaba.

Más que nada, lo asustaba, porque no podía entender qué en este mundo podría ser más poderoso que la oscuridad.

May leía, escribía, observaba la calle fuera de la ventana. Pero nada podía detener la tristeza que apretaba su corazón y ocupaba su mente. Sentía ganas de llorar y pasaba horas sentada inmóvil en el sillón, pensando en Ray. No importaba cuánto intentara entretenerse, nada ayudaba.

A menudo llamaba a Krissy e intentaba hablar con ella. La doncella estaba más que dispuesta, contándole las historias habituales y los últimos rumores sobre el burdel. May se sentía ligeramente entretenida, pero la mayoría de las historias ahora la aburrían.

"No, el señor Ashbee ya no viene, señorita", respondió Krissy cuando May finalmente reunió la fuerza para preguntar por el hombre. "Pero el barón Carlile está de visita", agregó con una sonrisa pícaro y una chispa juguetona en los ojos.

Pero a May no le interesaba observar a nadie. Tampoco quería perderse a Ray si pasaba por allí.

¡Ah, qué desesperada se sentía! La molestaba. ¡Esta debilidad! ¡Ella, May, ansiaba a un hombre! No solo verlo, sino entregarse a los placeres mismos que le habían disgustado tanto hace un mes.

¡Qué equivocada había estado acerca de su fortaleza! ¡Qué ciega había estado ante la debilidad de sus virtudes! Había pensado que la Belle House podría mantenerse fuera de su habitación, que nada podría cambiar sus formas mientras siguiera sus principios morales. Pero luego llegó el señor Ashbee con su extraña filosofía sobre la vida y el placer. Y la fascinó, la tocó profundamente y la hizo cuestionar sus propias creencias. Se metió bajo su piel. Sus palabras resonaban en su mente, y el recuerdo de su tacto la hacía inquietar en su cama por la noche. Y ahora, viendo la primavera florecer en su pleno apogeo, todo en lo que podía pensar era en Ray. Quería estar con él. Cuando se imaginaba lejos de la Belle House, era con Ray a su lado. Sabía que había cruzado esa línea prohibida de la que se escriben libros y poemas. Estaba mucho más allá de lo físico. Mucho más allá de lo racional. Había borrado cualquier razón o explicación.

El pensamiento, una vez que se reveló en su mente, la detuvo en seco.

Le llegó como un shock, como una revelación: estaba irremediable, descarada y profundamente enamorada.

Lord Ashbee esperaba que May cediera y le enviara un mensaje. Revisando su correspondencia, no encontró ninguno.

Esto lo desconcertó aún más. ¿Cómo podía ser? ¿No estaba ella tan encantada con él como él lo estaba con ella? Ella era una mujer. Las mujeres eran débiles en asuntos del corazón.

De repente, fue abrumado por el miedo.

¿Y si se había ido?

¿Y si no estaba allí?

Él la había evitado durante días. ¿Y si ahora, cuando volvía a verla, ella se había ido?

El pensamiento lo sorprendió y horrorizó. Habría noticias de Krissy si ese fuera el caso. ¿Y si no?

De repente, estaba en pánico. Se levantó bruscamente, se vistió, salió de la casa y tomó un carruaje, incapaz de quedarse quieto mientras conducía en la dirección familiar.

¡May!

Iba a ver a May.

¡Ella tenía que estar allí!

Todo a su alrededor parecía animarlo: los niños lo saludaban desde las calles, las mujeres sonreían con alegría, los pájaros se cruzaban frente a los caballos como si los urgieran a apresurarse. Y su propio corazón latía más rápido cada minuto.

Detuvo el carruaje antes de llegar a la Belle House y caminó rápidamente el resto de la distancia. Su corazón latía con fuerza, su mente corría mientras sus piernas lo llevaban a través de la puerta, más allá del Gran Salón y las cejas levantadas de los invitados que estaban allí.

No prestó atención, no oyó que su nombre fuera llamado, pero corrió hacia arriba, por el pasillo, más allá de las risitas de dos jóvenes damas en ropa interior. Pasó como el viento junto a Krissy, que estaba con sábanas frescas en las manos y sonreía alegremente, viéndolo desaparecer alrededor de la esquina. Sin detenerse ni golpear, sin dudar un momento, abrió la puerta de la habitación de May y entró apresuradamente.

Ella saltó en shock, derribando su silla, presionándose contra el tocador. Sus ojos ardientes se clavaron en los suyos, y ella no sabía lo que estaba sucediendo, porque nunca lo había visto así, tormenta y fuego. Se quedaron mirándose el uno al otro durante varios segundos, y todo estaba en sus ojos: la espera, la expectativa, el anhelo, el deseo reprimido.

Y luego él estaba junto a ella. Sus manos la atrajeron por la cintura, y su boca chocó con la suya con una insistencia que ella no había conocido hasta ahora. Sus lenguas se fusionaron, y sus manos comenzaron a arrancarse la ropa mutuamente: la suya impaciente, la de ella imitando la suya. Sin decir una palabra, sin explicar nada, le quitó las últimas prendas íntimas, ignorando sus medias y zapatos, la levantó y la sentó en el tocador, con sus nalgas desnudas sobre la fresca madera de caoba y las páginas abiertas del libro de Austen. Cuando empujó su erección en ella, ella jadeó y apretó las piernas más fuerte alrededor de sus caderas desnudas, y él siguió moviéndose, gimiendo como si hubiera encontrado el mayor alivio a su deseo inquieto.

Nada importaba en ese momento, ni el malentendido, ni la razón por la que había tratado de mantenerse alejado de ella. No se cansaba de ella: sus labios sobre ella, su lengua derritiéndose en el calor de su boca, sus manos sobre sus pechos, su cuello, sus muslos, moviéndose sin dirección, pero tratando de encontrar todo lo que se había perdido en los últimos días, sin seguir el ritmo de sus caderas, que se movían insistentemente entre sus piernas. No le preguntó si lo estaba disfrutando y no se dio cuenta de su mano, que le acariciaba suavemente la cara, tratando de calmarlo. No le preguntó si la estaba lastimando, y no importaba. Con cada embestida, quería penetrarla más profundamente y sentía que no podía acercarse lo suficiente. La apretó contra su cuerpo, queriendo que su piel sintiera la de ella, pero cerca no era suficiente. Y siguió como un maníaco. Lord Ashbee se perdió en su May. Sus labios se movieron hacia el hueco de su cuello, gimió y jadeó, olvidándose de contenerse, y no vio la sonrisa que había en su rostro. Los movimientos de sus caderas aumentaron, y finalmente alcanzó el orgasmo con un fuerte gemido, casi un grito, y se derrumbó en su abrazo.

Se desenganchó las piernas y movió los tacones de sus zapatos hasta el borde del escritorio, apoyándose, abriendo más las piernas, apretando más cerca de él como si quisiera que llegara a su núcleo una vez más. Durante algún tiempo, permanecieron así encerrados, abrazados el uno al otro, ambos jadeando —él inhalando su aroma, ella acariciando su cabello— hasta que sus corazones se ralentizaron.

May se apartó, lo miró y le sostuvo la mirada durante un rato.

"Esto es una locura", susurró.

"¿No es así?" le susurró y le besó la sien. "La extraño", dijo, tratando de esbozar una sonrisa de suficiencia para ocultar sus verdaderas emociones.

Aun así, vio a través de él, porque sus ojos no sonreían. En cambio, había desesperación en

ellos, pero la excitaba, porque era la primera vez que sus ojos le decían que no solo la quería, sino que la *necesitaba*, que algo más que lujuria lo había hecho subir corriendo las escaleras como un loco.

"No me vuelva a dejar así" dijo ella en voz baja sin apartar los ojos de los suyos. "Por favor". Y por primera vez, supo que no se trataba solo del acuerdo. Ella también lo deseaba a él, al igual que él la deseaba a ella. ¡Qué tonto había sido, pensando que ella se creía una víctima!

"Me está volviendo loco" dijo en voz baja y la besó suavemente.

Los gritos de los sirvientes a través de la ventana abierta los devolvieron a la realidad. Lord Ashbee se arregló los pantalones, levantó a May suavemente del escritorio y la dejó en el suelo. La página rasgada y desmoronada de *Persuasión* de Austen hizo un ruido molesto.

"Se lo merece", dijo Lord Ashbee con desprecio, mirando el libro roto. "Usted, en cambio"—miró a May de arriba a abajo, las medias y los zapatos que quedaban en su cuerpo desnudo, y pasó sus dedos por su parte delantera desnuda—"se ves genial así".

Sonrió, y ella se sonrojó.

¡Oh, cómo extrañaba ese rubor!

Fue cuando él se dio la vuelta que ella vio la mancha marrón que rezumaba en la parte posterior de su camisa y frunció el ceño.

"¿Qué es esto?" Ella presionó su mano contra su espalda.

Él se estremeció y se movió bruscamente, se dio la vuelta y sonrió suavemente.

"No es nada, May".

"Muéstreme", exigió y no apartó la vista de él hasta que se quitó la camisa y se dio la vuelta.

Ella miró con sorpresa la nueva raya morado-azul que destellaba en su espalda, encima del intrincado adorno de las cicatrices antiguas. La marca le miraba como una sonrisa malévola, la herida más oscura y profunda de ella cortando el centro y brillando con la sangre fresca. Sus dedos se acercaron y trazaron los bordes de la herida.

"¿Por qué?" preguntó suavemente, sus ojos reflejando su dolor.

Él no respondió, y ella fue alrededor para enfrentarlo.

"¿Qué es esta vez?" preguntó de nuevo.

"Nada, cariño". Él sonrió tristemente, y ella le acarició la cara y lo besó suavemente.

"Necesitaba una distracción", dijo en voz baja, y ella lo miró a los ojos.

"¿De su propia filosofía?" Sus labios se torcieron en una débil sonrisa mientras sus ojos estudiaban su rostro, luego se deslizaron hacia sus hombros, y comenzó a besarlos suavemente, tocando su piel con suavidad como si todo su cuerpo fuera una herida. Sus dedos rozaron su torso, bajando a los botones de sus pantalones, y sus labios bajaron hasta su cintura mientras sus dedos acariciaban su cabello.

Él la observó intensamente, sintiendo que su deseo crecía, y cuando ella bajó sus pantalones, su miembro ya estaba completamente erecto de nuevo. Ella se arrodilló frente a él, con sus manos acariciando sus piernas mientras sus ojos se movían hacia arriba y hacia abajo, estudiando su cuerpo. Y cuando sus ojos se encontraron con los suyos, extrañamente brillantes, y sostuvieron su mirada durante un segundo, supo que ella quería complacerlo más que nunca, como si ella fuera la única que podía aliviar su dolor.

Su mano subió y acarició su miembro, sus dedos tan suaves como si tocaran un objeto precioso. Exhaló en silencio, excitado por sus caricias eróticas, y ella lo hizo de nuevo, esta vez

comenzando desde el bulto debajo de su eje, y sus caderas se movieron instintivamente hacia adelante. Ella siguió acariciando su miembro, notando su respiración pesada, luego se inclinó más cerca y besó la punta.

Suavemente.

Como una mariposa.

"May", susurró.

Lo hizo de nuevo. Besó el borde de su corona, luego movió sus labios suavemente a lo largo de su longitud. Parpadeó lentamente y exhaló, queriendo cerrar los ojos por el intenso placer, pero hipnotizado mientras ella seguía acariciándolo y besándolo. Sus labios volvieron a la punta de su sexo, y los envolvió alrededor, y él exhaló aliviado.

¡Finalmente!

Lo soltó y luego lo volvió a hacer usando su lengua.

"May" susurró.

Ella se alegró con su respiración agitada. Quería complacerlo. No lo había hecho de esta manera antes, pero ahora sus movimientos estaban guiados por los sentimientos que se expresaban en los suaves toques de sus dedos y los cuidadosos movimientos de sus labios y lengua.

Su boca envolvió su virilidad, lo absorbió profundamente, y luego la soltó. Sintió que sus manos le sujetaban la cabeza con suavidad, como si la guiaran en sus movimientos, y él volvió a meterse profundamente en su boca, luego hacia afuera, y ella siguió adelante. No había nada correcto o incorrecto, comprendió, y siguió moviendo la boca de un lado a otro, tragando su miembro y soltándolo de nuevo, tratando de usar su lengua como él lo había hecho con ella. Sus suspiros se hicieron más fuertes, más tensos, cuando, de repente, se apartó, cayó de rodillas, la agarró por la cintura y la atrajo hacia él con un poderoso agarre. Sus piernas se balancearon alrededor de sus caderas, agarrándolas con fuerza mientras él se hundía sobre sus talones, la rodeaba con sus brazos y la besaba.

Su sexo comenzó a frotar su néctar sobre su erección hinchada, presionando con más fuerza, hasta que su núcleo encontró su punta y se hundió en él. Gemían al unísono. Él la penetró, cada una de sus embestidas resonaba con los gemidos de ella en su boca, sus pechos apretados con fuerza, sus lenguas bailando al ritmo intenso de su pasión. Su mano se deslizó para agarrar sus nalgas, manteniéndolas en su lugar, y sus caderas aumentaron el ritmo. Los dos se movían en sincronía, balanceándose, como si los recogieran las olas, las caderas de él meciéndola, con sus manos sosteniéndola con fuerza y sin soltarla, y las de ella envolviéndolo como si temieran perderlo. Volvió a gemir, no por el clímax, sino por un hambre abrumadora por él, la lujuria que quemaba su feminidad, el fuego que no quería apagar. Ella lo empujó con más fuerza, regocijándose en el inmenso placer y el exquisito dolor de que él estuviera dentro de ella tan profundamente. Comenzó a golpearla violentamente hasta que su cara se movió hacia su cuello, la empujó por última vez y, con un fuerte gemido, explotó en el orgasmo.

Se abrazaron y respiraron con dificultad, hasta que sus corazones se ralentizaron.

"Ray" susurró ella, acariciándole el pelo.

"May," susurró en respuesta, aspirando su aroma. No era sensato, estos sentimientos, la intensidad con la que la deseaba, la ternura que sentía por la mujer en sus brazos.

Lo estaban destrozando.

Lo entusiasmaban.

Lo cegaban.

Ellos... ¡dolían!

Se suponía que debía bañarse en la dicha del placer sexual. En cambio, sus emociones le dolían. Si muriera aquí mismo, con ella en sus brazos, no habría mejor final.

La idea lo sorprendió. Y como si se tratara de una señal, su voz interior, el susurro de la razón, la suya, la razón de Ashbee, cobró vida como una serpiente.

Oh, Ashbee. ¿Qué has hecho?

Él sonrió.

¿Qué vas a hacer?

Esta era la pregunta, en efecto.

Se desenredaron lentamente, y May se puso de pie frente a él, extendiendo sus manos hacia las suyas. Pero no las tomó, no se levantó. Se arrodilló ante ella, desnudo, luego la acercó y le besó las piernas y las rodillas, y permaneció así callado durante algún tiempo.

May se sintió abrumada, porque ella también quería arrodillarse frente a él y contarle sus sentimientos, abrazarlo, pasarle los dedos por la cara, por el pelo, mirarle a los ojos y decirle que tenían una oportunidad.

Pero no lo hizo.

En lugar de eso, ella lo miró fijamente a la cabeza, con la frente pegada a las rodillas, esperando a que él hablara. Su corazón se hinchó de ternura.

Lord Ashbee guardó silencio, tratando de elegir las palabras. Estaba asustado. Quería agarrar a May y llevarla lejos de este lugar al que no pertenecía, de las personas que encontraban el sentido de la vida en la lujuria y en satisfacer los deseos de sus cuerpos. ¡Toda esa gente estúpida, como él, que pensaba que un ser humano podía vivir como un animal y satisfacer las necesidades básicas!

Tsk, Ashbee, siseó la voz.

Quería llevarla lejos de toda esta oscuridad a un lugar donde pudiera encontrar la luz y la pareja para su ser virtuoso. Pero eso significaría traicionarse a sí mismo, a su verdadera naturaleza, a todo lo que creía y enseñaba a los demás. Significaría dejarla ir y no volver a tocarla con sus manos corruptas, y eso, eso, no podía hacer, porque era un hombre egoísta. Tenía tanto miedo de querer estar con ella y miedo de perderla por algo o alguien que no conocía. Por primera vez en mucho tiempo, Lord Ashbee no tenía el control del futuro, ni sabía qué hacer al respecto, y eso lo destrozó.

Ah, elecciones, elecciones...

Inhaló profundamente y reunió todas sus fuerzas. Luego sonrió, abrió los ojos y se levantó del suelo. El diablo en él le susurraba consuelos, le decía que abandonara los pensamientos sensuales que se agolpaban en su cabeza. Se paró frente a May con la sonrisa habitual que ocultaba sus tormentos.

“¿Qué vamos a hacer, May? ¿Eh?”

Ella lo miró a los ojos y no respondió. En lugar de eso, levantó las manos y le pasó las yemas de los dedos por los hombros y por su cuerpo desnudo, trazando el contorno de su torso. Se le puso la piel de gallina y maldijo en su cabeza. Sus ojos seguían fijos en los de él, y él se sentía más débil que un perro en medio de una tormenta. Sus ojos derretían su alma, llegaban a los rincones más oscuros, a los puntos más débiles, y él no soportaba mirarla sabiendo que ella veía en él algo que él no era, el bien que no podía llegar a ser o no quería.

Le acarició la cara con una mano y con la otra la acercó a él, besándole suavemente la mandíbula y el cuello, entrelazando los dedos en su pelo.

“Me he encariñado mucho, May” susurró él, plantándole besos lentos y suaves en el cuello y los hombros.

¡Cobarde!

No podía decirle todo lo que sentía, ni siquiera una fracción de eso, no podía traicionar su "gran masculinidad". En cambio, quería deshacerse de estas emociones que lo estaban carcomiendo por dentro.

"Podemos ir más allá" dijo él, con los labios en la mejilla de ella, en la sien, mientras sus ojos fríos y decididos miraban por la ventana.

"¿Más allá?" repitió ella, acariciándole la espalda con sus suaves dedos.

Había una manera de deshacerse de ellos: traicionar a May, convertirla en una de las otras y dejarla caer en el caos del placer. Pero no podía hacer eso mientras la miraba a los ojos, así que mantuvo su enfoque en la ventana mientras decía en voz baja: "Deberíamos probar algo nuevo".

"¿Nuevo?" repitió ella, todavía sin entender, aunque sus caricias se hicieron más lentas.

Su mano le alisó el pelo como si estuviera calmando a un niño.

"Tal vez deberíamos conseguir que una de las damas de la casa se una a nosotros en una de estas aventuras".

Aventuras...

Sus manos se detuvieron a mitad de camino.

"Es un tipo diferente de intimidad, tener las manos de otra mujer sobre usted", dijo, ahora sonriendo con astucia, aunque no había rastro de una sonrisa en sus ojos. "Puede que le parezca bastante encantador".

May se apartó bruscamente y sus ojos se posaron en los de él, presa del pánico.

"¿Otra mujer?" Ella frunció el ceño, buscando en sus ojos una explicación, aún sin entender lo que le estaba diciendo.

"Sí, cariño" le apartó suavemente un mechón de pelo de la cara, "otra mujer en su cama, podría disfrutarlo mucho. Eliza es muy habilidosa. Todos nos divertiremos el doble juntos".

May lo miró conmocionada, dolida por sus palabras, y una desagradable sensación comenzaba a sentirse en su estómago.

"¡Dígame que no lo dijo en serio, Ray!"

Sus ojos le suplicaban la respuesta correcta, y había tanto dolor y humildad que no podía soportar mirar en ellos por más tiempo.

"Venga aquí". Volvió a atraerla hacia sus brazos y apretó su cuerpo contra el suyo. "Es solo una idea, cariño. No hay necesidad de tener miedo". Le acarició el pelo. "Solo cuando esté lista", agregó y sintió una punzada de arrepentimiento en su corazón.

Qué cobarde, se dijo a sí mismo.

Pero ya era demasiado tarde. No sabía que estas eran las palabras de las que se arrepentiría durante más tiempo después de esta noche.

May estaba callada. Ella no respondió cuando, al vestirse, él le contó sobre su reunión de negocios más tarde en la noche. Se puso la camisa y se quedó de pie junto a la ventana, aún más hipnotizante en su repentina y silenciosa tristeza. Se acercó a ella, le rodeó la cintura con los brazos y la besó en la frente.

"Volveré más tarde esta noche", dijo, esbozando una sonrisa. May parecía un animal herido y su corazón dolía. Se desbordó de tantas emociones que pensó que iba a explotar. Se apartó, se pasó las manos por el pelo, quiso decir las palabras que habían estado tratando de salir de él desde hacía algún tiempo, pero se encogieron de nuevo dentro.

"¿La veré pronto?" dijo y, antes de cerrar la puerta tras de sí, lanzó una última mirada a May.

Allí estaba él de nuevo, yendo y viniendo, mientras ella permanecía de pie junto a la ventana, encerrada en su jaula, esperando algo desconocido para él.

Salió furioso de la Belle House, girando hacia el ruidoso Piccadilly, con los ojos fijos en la carretera que tenía delante, pero sus pensamientos estaban muy lejos. Caminó por la ajetreada ciudad sin darse cuenta de gran cosa, pasando por delante de los gritos de los mendigos locos, las miradas inquisitivas de las mujeres, los sombreros de copa, las faldas, los escotes bajos, los uniformes raídos de los obreros de las fábricas.

Una pandilla de niños, aullando y chillando, pasó a toda velocidad, rozando su traje. Por lo general, se detenía y los observaba, preguntándose qué estaba pasando. Pero ahora no.

Un grito y un alboroto repentinos lo sacaron de su trance cuando vio que el carruaje que se acercaba rápidamente se dirigía directamente hacia él. Se alejó sin inmutarse, a pesar de los gritos furiosos del conductor.

Se abrió paso entre la multitud que rodeaba a otro artista callejero sin prestar atención a qué o a quién.

Los vendedores ambulantes le gritaban en la cara, tratando de vender algo, pero él no se dio cuenta.

No se inmutó ante el hedor habitual de Arlington Street o el desagradable sonido de Pall Mall.

Estaba a decenas de calles de la Belle House, pero su mente seguía allí, la imagen de May junto a la ventana dolorosamente incrustada en su mente. Quería desesperadamente volver, estar con ella, decirle que era un tonto por decir esas cosas, quería volver a hacer el amor con ella.

¡Amar!

¿Lo hacía? El sentimiento de pesadez en su corazón, la incapacidad de funcionar, de pensar con claridad o de hacer algo al respecto. Las palabras que había dicho antes de marcharse eran un error. ¡Otra mujer! ¡No podía imaginar las manos de otra persona sobre May! ¡No podía soportar verlo! Entonces, ¿qué le había hecho decir eso? Volvería esta noche. Le pediría que se fuera con él. Podrían desaparecer por algún tiempo. O durante mucho tiempo. Podía esconderla, protegerla, ¡lo que ella quisiera! ¡Cualquier cosa! Sabía que quería alejar a May del lugar al que no pertenecía y de la locura de esta ciudad.

May estaba de pie junto a la ventana, ahora vestida, repitiendo la última conversación con Ray.

¿Era ciega? ¿Ingenua? ¿O tal vez había tenido razón desde el principio, y su amor había idealizado la realidad?

Sabía que sus sentimientos por Ray eran reales. No es solo un enamoramiento, no es una pequeña atracción. Eran lo que su madre, cuando estaba viva, le había advertido.

"Esta es la razón", había dicho, "por la que arreglan matrimonios, en lugar de casarse por amor. Porque el amor puede arruinar a las personas, a los hogares, a los países, a los imperios".

Los sentimientos de May le dolían. No era el amor lo que dolía, sino la traición, el deseo de Ray por las demás, el deseo de compartirla con alguien más. El amor era hermoso. May no podía imaginar que encontraría placer e inmensa satisfacción en la intimidad con un hombre. Y no cualquier hombre, sino uno como Ray. Su amor se basaba en la admiración, el respeto, el aprecio por su ingenio, conocimientos, habilidades e independencia. May había llegado a conocer el lado de él que ninguna otra mujer conocía, pensó, y debajo de esa fingida crueldad, sarcasmo y

negación de la sensibilidad, había esa misma sensualidad que veía en su tacto, en sus palabras, en sus ojos. Y ahí fue donde resonó su amor.

La vulnerabilidad, eso era lo que más temían los hombres. Eso era lo que trataban de esconder detrás de toda la lujuria y el sexo sin sentido. Cuanto más poderoso era el hombre, más miedo tenía de parecer vulnerable o de admitir el poder de una mujer sobre él. Como si fuera una competidora. ¡Una mujer no lo era! Podría convertirse en socia. Pero a los hombres les gustaba enorgullecerse de ser fuertes por sí mismos. ¡Tontos! ¡No entendían que encontrar el amor verdadero y aceptarlo podría hacerlos mucho más fuertes!

Pero la mayoría de los hombres eran cobardes en asuntos del corazón. Trataban de negar el amor, y Ray no era diferente. Sus sentimientos salían a relucir de vez en cuando, y tan pronto como lo hacían, se aseguraba de enterrarlos profundamente de nuevo. Para encubrirlo, hacía declaraciones obscenas, cambiaba sentimientos genuinos por placeres corporales, trataba de parecer arrogante. May podía ver a través de él, pero sus palabras y acciones le dolían. El amor era hermoso. La negación de Ray era desgarradora.

May sintió un nudo en la garganta.

El sol se estaba poniendo en los tejados de Londres. Las sombras empezaron a crecer, el patio y la calle de abajo ya estaban hundidos en la oscuridad, las voces y los sonidos eran más apagados. No podía ver el sol a través de la ventana, solo sus débiles rayos y sus reflejos anaranjados. Al igual que nunca pudo ver el amor de Ray, solo su reflejo. Esta ciudad, que al principio no le había gustado a May, se había asociado al principio con la Belle House. Eso era todo lo que sabía. La ciudad de la lujuria. Las damas, los partidos, el lado más bajo de la política y la sociedad como se escucha en las conversaciones en los salones. Hasta que hizo un trato con Ray. Hasta que él le mostró el mundo del placer, tan diferente de lo que ella había imaginado. ¿Quién iba a decir que el placer podía ser tan intenso cuando se mezclaba con sentimientos? ¿Que los sentimientos podían ser tan abrumadores que se convertían en dolor?

Sin embargo, no cambiaría este último mes por nada. La había hecho más fuerte, más sabia. Le había abierto los ojos al mundo y a la naturaleza humana. Para ella, Londres no era la ciudad de la lujuria. Era la ciudad del amor.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos, y se secó las lágrimas rápidamente.

“A la señora le gustaría verla en sus aposentos, señorita” dijo Krissy tímidamente.

Cuando May entró en el salón de la señora, la señora Sharke estaba de pie junto al escritorio, sosteniendo un vaso de brandy en una mano y los dedos de la otra tamborileando sobre la superficie de madera. May se encontró con la mirada tensa que le decía que algo estaba pasando, y cuando los ojos de la señora Sharke se desplazaron hacia el otro lado de la habitación, los de May siguieron en la misma dirección y en ese momento se dio cuenta de la figura vestida toda de negro.

Reconoció al hombre de inmediato, y su corazón palpitó de alegría.

“Mi señora” dijo el hombre e hizo una reverencia. “Es hora de irse”.

PARTE III

EL TOQUE DE MAY

Era el final de la primavera otra vez, y Londres florecía con flores de todo tipo.

Había pasado un año desde que May se había marchado bruscamente sin decir una palabra, se había desvanecido en el aire la noche en que lord Ashbee había regresado sólo para encontrar su habitación vacía, Krissy limpiando y cambiando las sábanas.

"Un carruaje vino a recogerla" dijo solemnemente la doncella, al ver a lord Ashbee en la puerta.

"¿Ha dejado algún mensaje?"

Krissy bajó los ojos con un tímido "no".

Confundido, Lord Ashbee se quedó en la puerta por un momento. Las cortinas de la ventana abierta ondeaban con la brisa de la noche, y las flores marchitas, los únicos restos del asunto, seguían en pie en el jarrón sobre el escritorio.

La señora Sharke tampoco tenía mucho más que decir. "Quienquiera que la haya traído aquí volvió por ella. Dejó una cantidad considerable además de la acordada. Lo cual me alegra bastante".

"¿Debes saber algo, Sally!" preguntó lord Ashbee, pero ella no supo qué más decirle.

"Ella se ha ido. Me alegro. Todo el burdel sabía que pasabas más tiempo en la habitación de esa mujer que en cualquier otro lugar de la ciudad". Ella sonrió. "Estaba destinado a ser de conocimiento público si continuaba más allá".

"Tonterías".

"Te conozco demasiado bien, Ray. Estás acostumbrado a tener la última palabra. ¡Pero esta vez no!". Ella soltó una risa encantada, observando la expresión irritada de lord Ashbee. "¡Ah, querido! ¡Esa es una nueva!"

"Debes saber algo, Sally. ¡Cuéntame!"

"Déjala ir, Ray" dijo ella, súbitamente molesta. "Actúas como un niño mimado al que le han quitado su juguete favorito".

Él la despidió, pero no la soltó.

No esa noche, cuando corrió a casa para ver si alguien había dejado un mensaje.

No al día siguiente, sentado en su estudio con la mirada perdida, sin salir ni aceptar visitas.

Ni una semana después, cuando todavía no había ningún mensaje de May.

Trató de consolarse. Seguramente se sentía lo suficientemente atraída por él como para buscarlo. Solo necesitaba tiempo.

Pero pasó el tiempo, pasó el verano y todavía no había noticias. No importaba dónde mirara, a quién preguntara, lo cerca que estuviera de los que conocían a lord Baillie... ¡nada! Como si la niña nunca hubiera existido.

Déjalo estar, se dijo a sí mismo y fue al Jardín del Edén, consiguió la ramera más bonita, pero el encuentro se sintió plano.

Bebió más que nunca. Pero cuanto más borracho se ponía, más persistentes eran las imágenes de May en su mente, y la punzada del abandono era implacable.

El otoño llegó y se fue, y el invierno le pareció el más cruel que podía recordar. Asistía a fiestas, pero sin May en la ciudad, incluso las más vivaces resonaban en una soledad hueca. Cuando fue invitado a París para su nueva aventura empresarial, Lord Ashbee siguió posponiendo el viaje, como si hubiera algo en Londres que lo detuviera.

Finalmente, se dio por vencido y se fue a Argel con su amigo. Alquilieron una casa para el invierno, pero incluso un mes era demasiado tiempo. Asfixiado por el aburrimiento y el calor, regresó a Londres.

Dondequiera que iba, buscaba a May, estudiando los rostros en las calles con la esperanza de ver el suyo.

Pero ninguno de ellos era ella.

May se había ido.

Demasiado rápido.

Demasiado bruscamente.

¡Oh, si supiera cómo esperaba Lord Ashbee día y noche! ¡Si tan solo supiera lo que se siente estar tan cerca y perderlo todo!

Cenas y proyecciones privadas, conciertos y eventos benéficos, almuerzos y noches de cartas. Por el bien de sus amigos, Lord Ashbee trató de fingir alegría y a veces lo logró. Decían que, dominando el arte de fingir, uno podía convertirlo en realidad y llevar una vida perfectamente satisfactoria. Mentiras, se dio cuenta. Asistía a óperas y teatros, y mientras el público aplaudía y arrojaba flores al escenario, su boca se fruncía en señal de desprecio. Los hermosos jardines de invierno parecían sin vida, como pinturas al óleo. Los elegantes parques carecían de brillo. Trató de esconderse en la oscuridad de la noche, pero los sombríos pensamientos parecían más terribles durante la noche. Caminó sin rumbo fijo por las calles nocturnas de Londres hasta que el carmesí rosa pálido del amanecer estalló sobre los tejados de la ciudad. Pero no logró traer la esperanza que vino con la salida del sol, para mostrar la razón del nuevo día.

Se fue al este de Londres y permaneció allí durante varios días, buscando dolor físico. Pero no logró salvarlo de la extraña agonía que le retorció el alma. Se reía y se burlaba de sí mismo con insultos de borracho, se quedaba drogado con opio durante días en los antros más bajos de Bluegate Fields, y luego se ahogaba en odio y autocompasión. Los recuerdos lo estaban carcomiendo. Sabiendo tanto —la profundidad del placer, los altibajos más felices y los más feos, las aventuras que abren la mente y las sustancias llenas de veneno— le chocaba que los sentimientos por alguien pudieran traerle tanta desesperación.

Gordon lo observaba como un halcón. Ya lo había visto antes. "Es solo una fase", dijo. Pero la fase parecía ser un túnel oscuro sin luz al final. Lord Ashbee pensaba que las personas enfermas lo tenían fácil con el dolor físico. Los amantes risueños y las familias sonrientes le hacían sentir envidia de su felicidad. Se encontró con los lisiados, los enfermos mentales, los locos, y pensó en los bendecidos que eran por no ser conscientes de los tormentos de la vida. ¡Cuán felices eran algunas personas en su locura, mientras que otras eran completamente infelices en su cordura!

"¿Qué le pasa últimamente al Lord Ashbee?" dijo Lady Agatha a Charles una noche en el Teatro de la Ópera Inglesa. Estaba escaneando la multitud a través de sus binoculares de ópera y

vio al Lord Ashbee en una conversación tensa con otro caballero. "La edad saca a relucir los rasgos más prominentes de uno. En el caso del Lord Ashbee, se están volviendo bastante desagradables".

"¡Lady Agatha!" exclamó Charles. "¿Edad? ¡Apenas está en sus mediados de treinta! Creo que el problema aquí es de otro tipo".

"¡Cuénteme!" La mujer inclinó la cabeza, anticipando un chisme fresco.

"A veces, uno se equivoca cuando se trata de algo en lo que ha creído durante mucho tiempo. Puede ser doloroso. Puede ser que Lord Ashbee haya bebido su propio veneno y ahora le esté haciendo sufrir", dijo Charles con una mirada misteriosa en sus ojos.

"¡Vaya!" Lady Agatha entrecerró los ojos a Charles. "No puede ser dinero, tiene de sobra. No pueden ser amigos, porque se sabe que tiene conexiones más que cuestionables. Y los buenos como usted, Charles, nunca pueden decepcionar a alguien como el Lord Ashbee, porque tienen expectativas bajas de las personas de todos modos". Suspiró teatralmente. "Oh, me encantaría ver el veneno con mis propios ojos. ¿Es bonita?"

Y la risa de Charles resonó en todo el teatro de la ópera.

Era una tarde hermosa. Lord Ashbee y Charles estaban sentados en el jardín detrás de la casa de Lord Ashbee y fumaban. El clima era encantador, como solía ser a finales de primavera. Los pájaros revoloteaban entre los árboles y piaban locamente como las damas en las calles. Las plantas estaban en plena floración como las jóvenes en los parques. Todo parecía disfrutar de la vida, sin embargo, Lord Ashbee estaba aburrido e indiferente, observando la naturaleza con ojos apagados. En esta época del año, su melancolía era especialmente aguda ya que todo a su alrededor le recordaba sus tiempos con May.

Charles lo observaba con decepción. Cada vez que veía a Ashbee últimamente, la cara de su amigo estaba sombreada por una expresión hosca.

"¿Era tu primo, Walter Bentley, a quien vi en Drury Lane el otro día?" Charles intentó entablar una conversación.

"Bien podría ser. Está en la ciudad."

"¿No estuvo de visita apenas el mes pasado?" preguntó Charles sorprendido.

"Sí, estuvo. Parece haber desarrollado una obsesión con Londres. O más específicamente, con sus burdeles y vida social. Una chica en particular. Pasará, por supuesto. ¿Para qué es la juventud sino para disfrutar de todo lo que ofrece?"

"Nosotros somos bastante jóvenes, Ray. Deberíamos tomar ejemplo. ¡Vayamos al campo!" exclamó Charles.

Lord Ashbee le lanzó una mirada de reojo.

"¡Exacto!" continuó Charles. "¡Tomemos un descanso! Mi conocido, Sir Yvense, me invitó a su finca en Southampton. Es vecino de mi tía Mildred. Un hombre interesante y decidido. Tuvo algunos problemas hace un tiempo, pero está bien. ¡Genial, de hecho! Le dije que solo iría si podía llevar conmigo al hombre que puede fascinar completamente a la nobleza local y dejarlos murmurando durante semanas."

Con eso, Lord Ashbee se rio.

"No estoy disfrutando la ciudad, y el campo podría matarme con su aburrimiento."

"¡Ah, la ciudad! ¿No te cansas a veces? ¿Del ruido? ¿Los excesos de moda? ¿Los prejuicios? Pero tú, parece que has desarrollado una extraña obsesión con la gente últimamente. Como si estuvieras buscando algo o a alguien. ¿Todavía es esa infatuación tuya?"

"Tal vez," respondió Lord Ashbee con una sonrisa misteriosa pero amarga. "Un sueño que me fascinó una vez. Y desde entonces no he encontrado nada igual."

"Vamos, Ashbee. ¿Se trata de esa chica otra vez? No eres así."

"Tal vez me estoy volviendo viejo. Últimamente he estado pensando que quizás uno necesita más que placeres corporales para satisfacerse y más que estimulación sensual para alimentar la

curiosidad. Hay un cierto encanto en el apego humano entre sí."

"¿Estás borracho?" Charles se rió.

"Ojalá," respondió solemnemente Lord Ashbee.

"¡Ashbee! Suena como ese hombre loco del libro de Sir Rekots."

"¿Qué dijo el hombre loco?"

"Era un *vampiro* que creía que el amor era algo del momento y duraba solo hasta que aniquilabas el alma del deseo. En su caso, beber la sangre de la persona y matarla."

"Y por supuesto, un día, se demostró a sí mismo que estaba equivocado."

"¡Exacto!"

"Qué banal, Charles."

"Si tú lo dices. Se enamoró de su presa. Se dio cuenta de que una vez en la vida, si uno tiene suerte, conoce a una persona que logra llegar a lo más profundo de su alma, lo entiende completamente, recarga su energía y llena el vacío oculto."

"Un concepto interesante viniendo de un vampiro", Lord Ashbee sonrió irónicamente, pero su humor se perdió en Charles.

"En efecto." Su amigo asintió. "Él dice que esta persona abre todo tu potencial, te hace darte cuenta de quién eres y al mismo tiempo lo olvidas."

"La idea parece un poco abarrotada, ¿no crees?"

"¡Ah!" Charles lo desestimó. "Tienes que leerlo. Es una lectura fascinante."

"Entonces, ¿qué pasa después?"

"La única forma para que él esté con su amor es cruzar al otro lado. Excepto que no puede cruzar. Es un vampiro, ya sabes. Así que decide que lo maten."

"¡Sorpresa-sorpresa!" Lord Ashbee se rió.

"Ella le confiesa su amor, a pesar de que él es un monstruo, y en cambio cruza a su mundo."

"Qué bonito cuento de hadas."

"Y luego mueren al final en los brazos del otro."

"¿Oh? Eso es refrescante", Lord Ashbee sonrió.

"Sí, mi amigo. Un libro bastante interesante. Y ¡la mujer! Una mujer que acepta cruzar al mundo oscuro por amor puede ser el doble de peligrosa que un hombre."

Lord Ashbee no respondió. Se alejó, perdido en sus pensamientos, mirando las flores.

Era mayo nuevamente.

Había pasado un año desde el último mayo.

Un año desde *su* May.

Se dio cuenta de que la extrañaba terriblemente y se despreciaba por ello. Si tan solo pudiera saber dónde estaba y que estaba bien, la dejaría ir. Quizás... pero tal vez el universo la mantenía alejada de él por su propio bien. Podría venderse al diablo solo para ver a May nuevamente. Tal vez este fuera el precio que el diablo debía pagar por comprarla en primer lugar.

Ah, la ironía.

Lord Ashbee ya no podía negar sus sentimientos. Pero ahora que los había admitido, May se había ido, y él se quedaba con el rechazo del que tanto advertía apasionadamente a los demás.

"Vamos a hacer un viaje, Ray", interrumpió Charles sus pensamientos, "solo por varios días. Una semana, como máximo. Montar a caballo por el campo. Cazar faisanes. Cricket. Yvense está organizando un baile o una fiesta de baile. Algo por el estilo, como sea que lo llamen en el campo. Tiene una hermana bonita, ¿sabes?" Charles sonrió. "Es hermosa, aunque bastante independiente y con carácter. Escuché que Lord Ramsay va a proponerle matrimonio, y ella podría aceptar, aunque se sabe que es bastante intimidante. Dicen que no hay un solo soltero

decente en Hampshire, Wiltshire o Dorset que no esté fascinado con ella".

"¿La has conocido?", preguntó Lord Ashbee, aunque últimamente las conversaciones sobre belleza también lo aburrían.

"La conocí hace varios años cuando aún no tenía veinte. ¡Ah! ¡Ya era todo un encanto en aquel entonces! Tienen dinero, así que es sin duda un buen partido".

Lord Ashbee sonrió irónicamente. No había estado interesado en las mujeres desde la desaparición de May.

"¿Cuál es su nombre?", preguntó solo para seguir con el tema.

"Mary Ann".

"Qué nombre de campo tan perfecto".

"Pero ¿veo un brillo familiar en tus ojos?"

"No encuentro belleza en el corazón de Londres que traiga lo mejor a la mesa. ¿Realmente crees que puedes seducirme con una campesina?" Ashbee se rió. "Tengo dos fincas a menos de un día de viaje desde esta ciudad, y apenas las visito". Suspiró. "Solo iría para evitar que mueras de aburrimiento. O para vigilarte. Odiaría perderte por alguna campesina con mucho dinero. ¡Lo siguiente que sé, te mudas allí! ¡Imagínate! El aislamiento arruina la agudeza de la mente. Y los buenos hábitos. Y el gusto refinado. Y —"

"Basta, ¡basta, Ashbee! ¡Está decidido, entonces! ¡Vamos a Southampton!"

Charles, emocionado, seguía parlotando al unísono con los pájaros en los arbustos mientras Lord Ashbee se sumía en sus pensamientos.

Miró a su alrededor con una mirada ausente.

El final de la primavera, su época favorita, el momento del despertar cuando la naturaleza daba a luz a sus olores más preciosos. Pero en todo este despertar pintoresco, el triunfo de todas las cosas que estimulaban los sentidos faltaba una cosa.

El aroma de May.

Su May.

Dos semanas después, Lord Ashbee y Charles abordaron un tren.

El viaje a través de pueblos y aldeas fue bastante placentero. Lord Ashbee estaba acostumbrado a viajar. Por lo general, su mente estaba ocupada con los negocios. Ahora divagaba, pensando en lo impredecible que era el destino. Cómo las personas se perdían y se encontraban fácilmente en el vasto mar de la humanidad.

Los dos hombres fueron recibidos por el carruaje que los llevó a la casa de la tía de Charles, Lady Mildred Hamilton, en cuya finca se hospedarían.

Lady Mildred tenía setenta años. Era una mujer grande e impresionante con igualmente grandes ambiciones, un signo de su fortuna. Todo en ella lo era. Sus dedos regordetes estaban adornados con anillos con gemas de varios tamaños. Su grueso cuello estaba envuelto en un collar de belleza extraordinaria y, sin duda, de inversión.

"Cuando uno tiene tanto dinero como yo", dijo, "puede permitirse mostrar buen gusto, así como su ausencia. Sin importarle un carajo las opiniones de los demás".

O el *lenguaje*, pensó Lord Ashbee con una sonrisa.

"No tengo nada que perder excepto mi vida", continuó, "y no me queda mucho de ella".

Así que Lady Mildred estaba en una misión para vivirla al máximo. Eso, a veces, incluía compañía dudosa y entretenimiento cuestionable. Extrañamente, debido a esa actitud despreocupada y directa, su popularidad se triplicó.

"Cuando nadas contra la corriente, la gente te regaña al principio, luego te mira con interés, luego comienza a admirarte", le dijo a Lord Ashbee esa misma tarde durante el juego de cartas.

"¡Le sorprenderá saber que Lord Ashbee sigue exactamente la misma filosofía en su vida!" exclamó Charles encantado.

"¡Vaya!" Lady Mildred se rió. "Si es tan descuidado al respecto a una edad tan joven, debe tener una olla de dinero. ¡O dos!"

"O tres", eco Charles.

"Tiene muy buen trato con las damas, escuché", continuó, estudiando a Lord Ashbee. "¿Qué era?". Presionó su dedo índice en su mejilla jugueteonamente como si recordara. "Un bribón. Un tiburón. Un dandi. Un diablo. Aunque aún no noto nada de eso". Le guiñó un ojo, lo que lo hizo reír. "Escuché que Lady Estee estaba enamorada de usted hace un par de años. Fue todo un escándalo, según recuerdo. Con su esposo siendo un conservador, en alto cargo y todo eso. Dicen que no le importa arruinar una buena reputación". Le dio a Lord Ashbee una sonrisa astuta. "Ya ve, Lord Ashbee, soy una ávida chismosa. Es una de las muchas cosas que me permito".

"Así que le gusta apostar con la reputación de otras personas al expresar sus opiniones y pasar los rumores", se rió.

"¡Ah! No apruebo ni desapruebo. Me da igual una cosa que la otra. Simplemente observo. La belleza de los eventos dramáticos está en la sorpresa de su resultado. Como dije, tener dinero le da la conveniencia de no preocuparse por la reputación. La suya o la de cualquier otro".

"Dinero o autoestima. Si me pregunta, las personas que temen perder una buena reputación no merecen tener una", reflexionó.

"¡Tan cierto!"

"Por otro lado, una persona inteligente no tiene preferencia por una buena o mala reputación. Saben cómo usar cualquiera de ellas a su favor".

"¡Qué refrescante!" exclamó Lady Mildred. "¿Cómo es que conoce a Charles desde hace tantos años, y solo escucho sobre su mente aguda y nunca tuve la oportunidad de disfrutarla en persona? Lord Ashbee", se inclinó sobre él y cubrió su mano con su pesada palma, mirándolo con un brillo en sus ojos, "si tuviera unos cuarenta años menos, me enamoraría locamente de usted. Sin embargo, ahora mismo, siento que vamos a tener un tiempo maravilloso durante su visita".

Lord Ashbee asintió y sonrió, complacido. No estaba seguro acerca de "un tiempo maravilloso", pero disfrutaba de la buena compañía, y Lady Mildred parecía ser una buena rival para su querida Lady Agatha.

A la mañana siguiente fueron a la finca de los Chapman para jugar al cricket. La hermosa mansión con un hermoso césped verde acogía una reunión de unas treinta personas, incluido James Yvense, a quien Lord Ashbee fue presentado.

A lord Ashbee le sorprendió lo joven que era Sir James Yvense, un hombre de unos veinte años, soltero, alto, de complexión fuerte y bastante guapo. Amable y atento, había sin embargo cierta impaciencia en sus modales, como si estuviera fascinado con la vida y tratara de hacerlo todo con un entusiasmo exagerado.

"Es todo un personaje" explicó lady Mildred, como si ese problema en el que se había metido le diera otra probadita de la vida. "Es un placer estar en su compañía".

El juego de cricket fue bastante divertido, aunque estaba destinado a ser puro entretenimiento en lugar de competencia. Los invitados parecían conocerse muy bien, estaban a gusto entre ellos, bastante informales y juguetones. A lord Ashbee le divertía, ¡qué refrescante después de las afectaciones y la competencia de ingenio de Londres! Mientras que la mayoría de los invitados se dedicaban a charlar con Charles y Lord Ashbee, preguntar sobre los últimos chismes de Londres y hacer bromas al respecto, James Yvense se mostraba bastante distante.

"¿Dónde está su hermana?" preguntó lord Ashbee a lady Mildred.

"No lo sé. Por lo general, participa en estas reuniones. Pero seguro que la veremos en la fiesta de baile. Es una criatura bastante interesante". Lady Mildred sonrió. "Puede que encuentre una buena rival para tu ingenio". Ella le dirigió una mirada de "ya sabes a qué me refiero".

Ahora bien, Lord Ashbee sintió curiosidad, pero la idea lo abandonó rápidamente mientras se enfrascaba en otra conversación. Era un hombre observador, pero esa mañana no se dio cuenta de que una sola persona nunca le quitó los ojos de encima. Esa persona era James Yvense.

La finca de Sir James Yvense era encantadora. Era una villa antigua pero muy bien cuidada de estilo palladiano, rodeada de jardines y senderos ordenados, canteros de flores y una terraza bellamente decorada en la parte trasera.

La fiesta de baile no prometía nada extraordinario, pero Lord Ashbee y Charles estaban bastante encantados de estar en ese nuevo entorno.

"Al menos, habrá oportunidades comerciales", dijo Lord Ashbee antes de salir de casa de Lady Mildred.

"Oh, en efecto", comentó Lady Mildred. "Y con tu reputación comercial, podrías darte cuenta de que es más fácil encontrar nuevas oportunidades comerciales donde la gente está menos mimada por ellas".

"Siempre es así", estuvo de acuerdo. "El emprendimiento es como una bola de nieve. Lamentablemente, lo mismo sucede con el fracaso que con el éxito".

"Simplemente trata de disfrutar, Ashbee". Charles lo despidió con la mano, y así lo hicieron.

El salón de la finca de James Yvense, donde tuvo lugar la fiesta, era grande, con plantas y flores, una hermosa araña y apliques antiguos, bellamente decorados. La habitación daba a la terraza trasera, que daba a otro jardín, decorado con pantallas de velas que, al caer la noche, crearon el efecto de luciérnagas gigantes.

Unas cien personas asistieron.

"No es un baile", dijo Lady Mildred, "nada como a lo que estás acostumbrado a ver en Londres. Más bien, una pequeña reunión de baile. Descubrirás que, a diferencia de las grandes ciudades, en los círculos más pequeños del campo, los bailes tienen como objetivo reunir a un número de personas para ponerse al día con las noticias y discutir negocios, pero principalmente, beber y comer. Sí, Lord Ashbee, aquí somos bastante menos conservadores en cuanto a la etiqueta adecuada. Lo que uno podría llamar en Londres simplemente una gran fiesta".

Lord Ashbee y Charles estaban más que satisfechos con eso, aliviados de no tener que adherirse a las estrictas reglas sociales. Inmediatamente, se sumergieron en conversaciones interminables con las personas a las que Lady Mildred los presentaba. De vez en cuando, Lord Ashbee echaba un vistazo alrededor de la habitación: los grupos que se congregaban, los pocos bailarines que giraban en el centro, la modesta banda que tocaba con la ambición de una orquesta real. La reunión era bastante maravillosa, aunque carecía del sentido de "baile". La comida y las bebidas traídas por los sirvientes eran sorprendentemente buenas. Las mujeres estaban bien, aunque intentaban demasiado llamar la atención. Si los invitados posaran para una foto, bien podrían haber pasado como una multitud londinense. Sin embargo, había algo en ellos: la falta de vanidad y arrogancia citadinas habituales, las maneras más despreocupadas, el aire general más

alegre y relajado que el de una fiesta regular en la ciudad.

Lord Ashbee era un experto en personas. Tenía varias propiedades, aunque nunca pasaba suficiente tiempo en el campo como para aprender sobre su vida. ¿Por qué pensaba que el campo estaba lleno de campesinos groseros? ¿Por qué uno de la ciudad siempre pensaba en los de la periferia como una especie inferior?

"Lord Ashbee, espero que esté disfrutando de nuestra modesta reunión campestre", dijo James Yvense con una sonrisa astuta al saludarlo.

¡El tono! Estas personas hablaban sobre los residentes de la ciudad con más curiosidad, pero también con un tono condescendiente, como si hubiera algo sobre el campo y los negocios de la tierra que uno solo conocía si vivía aquí.

Lady Mildred presentaba constantemente a Lord Ashbee y Charles a nuevas personas, una rotación interminable de rostros, sonrisas, risas y el susurro y risita de las damas. La tía de Charles sabía cómo manejar a la multitud y se enorgullecía de tener a "dos de los caballeros más finos de la élite de Londres", como ella lo expresaba. Charles disfrutaba de sí mismo y de la compañía de damas siempre en rotación. Su entusiasmo crecía proporcionalmente a la cantidad de champán consumido mientras parloteaba sobre Londres y lo aburrido que era en comparación con la belleza del campo. ¡Qué coqueto! Sin embargo, Lord Ashbee se sentía aburrido. Entretenido, renovado por la escena de la ciudad, pero incapaz de encontrar un solo tema que capturara su curiosidad lo suficiente como para sacarlo de su habitual indiferencia.

Fue entonces cuando escuchó una risa que resonó en su mente con los recuerdos que lo habían atormentado durante el último año.

Volvió la cabeza para ver de dónde venía y la vio a ella.

Y fue como si le cayera un rayo.

El mundo a su alrededor parecía hundirse en un vacío y expandirse, dejando solo a esa persona al otro lado de la habitación.

Al principio, pensó que era una ilusión. Uno de esos engaños de la imaginación cuando ves a alguien en la multitud y te recuerda a una persona que conoces. Pero la miró fijamente sin pestañear, y no había error...

Era impresionante. Había un rastro tenue de polvo y rubor en su rostro. Su hermoso vestido estaba hecho de tela cara y exquisitamente bordado, su cabello estaba torcido en mechones separados que estaban ligeramente sujetos, con el resto de su cabello castaño recogido en la parte posterior de su cabeza, con flores y hebras de oro en él. Sus hombros y clavícula estaban al descubierto, pero el escote no demasiado bajo y de manera modesta. Sus manos enguantadas se movían con gracia como si estuviera practicando un baile, y su mentón estaba ligeramente levantado, mostrando su hermoso cuello. La forma en que se movía era pulida y refinada. Una belleza fascinante, grácil y delicada. Pero ningún accesorio podía ocultar los rastros de la joven que él conocía.

May...

Lord Ashbee sintió la sangre subir a su cabeza.

Incapaz de moverse, encontró sus ojos clavándose en ella al otro lado de la habitación.

¿Una ilusión?

¿Su mente aburrida le estaba jugando trucos?

Pero cuando rió una vez más y sus ojos recorrieron la multitud y lo encontraron a él, ella se quedó helada, y sus ojos se encontraron.

¡No había error!

Los invitados hablaban a su alrededor, bromeaban, se reían mientras May y Lord Ashbee se

quedaban en los lados opuestos de la habitación mirándose, un año de espera entre ellos.

Una mujer mayor tomó a May del brazo, sacándola de su trance, diciendo algo, mientras Lord Ashbee sentía una mano en su hombro.

"Tienes que admitirlo, es una belleza", dijo Charles.

"¿Quién?" Lord Ashbee preguntó sin apartar los ojos de May.

"La señorita Mary Ann". Charles asintió en la dirección de May al otro lado de la habitación.

"¿Es ella?" Lord Ashbee la miró como alguien bajo un hechizo.

"Sí, Mary Ann Yvense. Te lo dije".

Mary Ann Yvense.

May.

Lord Ashbee quería reír. Sus labios se curvaron en una mueca, o una sonrisa, o lo que fuera que reflejara los sentimientos que le enviaban escalofríos por el cuerpo.

La vida le estaba jugando una broma.

O May lo hacía.

Permaneció como hipnotizado mientras ella se acercaba lentamente en su dirección, sonriendo a la persona que parloteaba en su oído y asintiendo a los invitados.

Charles se acercó más a su amigo. "Aquí viene".

Ella flotaba graciosamente entre la multitud y sonrió a Lord Ashbee mientras se acercaba. Había alegría en sus ojos, así como algo más. ¿Disculpa? ¿Triunfo? ¿Miedo?

No podía decirlo. ¿Tenía miedo de que traicionara su secreto? Nunca lo haría. ¿Que estaba enojado? Estaba más sorprendido que nada. ¿Qué revelaría su anterior conocimiento mutuo? No era tan cruel.

"Señorita Mary Ann", exclamó Charles. "He estado esperando días para presentarle a mi amigo", le besó la mano, "Lord Ashbee. El mejor de Londres. ¡Probablemente el más notorio también!" Charles se rió al unísono con la dama que acompañaba a May.

"Lord Ashbee", dijo May suavemente con una sonrisa, sin apartar los ojos de los suyos, y él le besó la mano con gracia, apretándola un poco demasiado fuerte.

¡Su voz!

¡Cómo la extrañaba!

"Señorita... Mary Ann", dijo con una pausa intencional y sonrió.

¡Dios, estaba hermosa! El vestido, las joyas, el cabello, los ligeros rastros de polvo en su rostro... era una persona diferente, pero ninguna elegancia podía competir con la luz que brillaba a través de sus ojos, que se aferraban a los suyos.

¡Sus ojos! El gris-azul del agua de primavera, casi translúcidos, como si pudieras mirar dentro de su alma. Lo estaban atrayendo. Su sorpresa se mezclaba con fascinación. Alguna extraña fuerza lo estaba atrayendo hacia ella, y quería besarla, acariciar su rostro, sentir sus labios en los suyos. De repente, el mundo parecía más brillante y la vida más emocionante con la presencia de May en la habitación. Permaneció hipnotizado, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

"¿Notorio, dice?" finalmente dijo, volviéndose hacia Charles. "Parece perfectamente encantador. Charles, ¡no lo veo desde hace siglos!" Intentó cambiar de tema.

"Sí, en efecto. ¡Se ve más hermosa que nunca!" Charles sonrió y se volvió hacia su amigo. "Le he estado hablando a mi amigo, Lord Ashbee, sobre usted. No hay otra mujer en esta parte de Inglaterra que tenga tanto encanto e ingenio como usted".

"Me halaga", sonrió tímidamente.

"Y no hay otro hombre en Londres", continuó Charles, "que tenga tanto conocimiento y

comprensión de la naturaleza humana como mi amigo aquí. Pero no se preocupe, ha venido con las mejores intenciones de disfrutar del entorno campestre por un tiempo. Londres, ya sabe, puede volverse sofocante". Volvió a sonreír.

"¡Ah!" May se volvió para mirar a Lord Ashbee con un nuevo destello en los ojos. "Los hombres sabios son buenos ocultando sus intenciones", dijo con una sutil sonrisa.

"Así como las mujeres de belleza extraordinaria son buenas ocultando su pasado", dijo Lord Ashbee con una sonrisa que igualaba la suya.

Alguien distrajo a Charles, y May se quedó sola con Lord Ashbee.

"Lord Ashbee", dijo suavemente, asintiendo.

"Lady... Mary Ann", dijo él, sus ojos perforando los suyos, y después de una pausa agregó, "La extrañé... May".

Las palabras le ruborizaron las mejillas.

"¿Cómo está Londres?" preguntó, girándose para estar al lado de Lord Ashbee para no mirarlo.

"¿Vamos a charlar sobre chismes ahora?"

Ella no respondió.

"Pudo haberme dicho en aquel entonces", dijo él.

"No pude".

"Pude haber encontrado un lugar mejor para usted".

"Hum", repitió ella, manteniendo sus ojos en la abarrotada habitación. "¿Conoce lugares mejores? Ahí fue donde me conoció en primer lugar".

"Pudo haberme dicho antes de irse. Pudo haber enviado un mensaje".

"¿Qué importa? ¿Obtuvo lo que pagó, no es así?"

"May", se rió él. "Todavía tan dulce. Tratando de fingir que no le importa".

"¡Me importa! ¡Oh, sí me importa! Lo extrañé más que nada, Ray".

Cuando ella dijo su nombre, volvió a significar todo lo que solía significar. Él se volvió bruscamente hacia ella, sus ojos ardiendo con intensas emociones.

"¿Entonces por qué no me buscó?" dijo más fuerte, dando un paso hacia ella, y un destello de pánico recorrió su rostro.

"Por favor, Ray. ¡No aquí!" Ella forzó una sonrisa vacilante y miró a su alrededor mientras Lord Ashbee apartaba la mirada con una sonrisa burlona.

La multitud ya estaba borracha y feliz, la música aún más alta. El sonido de corchos reventando y un fuerte ¡viva! llegaba desde el otro lado de la habitación mientras los ojos de Lord Ashbee barrían la multitud. Pero nada podía distraerlo del abrumador deseo de tocar a May.

Charles y James Yvense se acercaron.

"Espero que aún no se aburra, Lord Ashbee", dijo James Yvense. "Esto no se parece en nada a Londres, pero tiene su encanto". Sonrió e intercambió miradas con May.

"Lord Ashbee tiene una amplia variedad de intereses", intervino Charles. "Y ha estado bastante aburrido con Londres últimamente".

Se volvió para saludar a un hombre bajo, rechoncho y desagradable que se lanzó sobre May, agarrándole las manos con fuerza, besándolas ferozmente y parloteando sin parar. Ella rió alegremente.

James Yvense observó a Lord Ashbee durante un minuto, observando su mirada tensa en May.

"Deberíamos cazar algún día", dijo. "He oído que cazó en África y tiene una colección bastante grande de trofeos".

"En efecto", asintió Lord Ashbee con una mirada distraída. "Sería un placer".

James Yvense lo observó intensamente y asintió a May.

"Debería salvar a mi hermana de la compañía de ese hombre antes de que la ponga de mal humor", dijo con una sonrisa de conspirador.

Lord Ashbee se rió. "Lo haré con gusto".

"Y, Lord Ashbee", agregó James Yvense y, sin rastro de sonrisa ahora, se acercó más a su oído. "Si vuelve a molestar o intenta escandalizar a mi hermana de nuevo, prometo que encontraré la manera de arruinarlo".

Le dio una palmada en el hombro y, sin volver a mirarlo, se alejó, dejando a Lord Ashbee con una mirada perpleja.

!"Necesitamos hablar", le dijo Lord Ashbee a May tan pronto como la encontró a solas.

"Ray, no ahora", suplicó ella.

"Por favor", insistió él. "Vamos a salir afuera por un minuto". Se volteó, decidido, y ella lo siguió con una mirada inquieta en sus ojos.

Abandonaron la sala y el pasillo, que estaba repleto de invitados. Él tomó su mano y la llevó por otro pasillo oscuro, alejándose de la multitud enloquecedora, la música y las risas. Cuando llegaron a la esquina, la giró bruscamente y la presionó contra la pared, y su boca chocó con la suya.

Arrebatada por su fuerza abrupta y su propia debilidad, ella se rindió, y cuando lo hizo, deseó que este sentimiento durara para siempre: el dulce deseo que se extendía por todo su cuerpo, sus labios que eran tan familiares, pero tan inusualmente exigentes, sus brazos que la envolvían y la apretaban contra la pared. No tuvo tiempo para pensar, para interrumpir, mientras sus propias manos se aferraban fuertemente a su saco, y ella cedió ante él. Sus lenguas se encontraron, cálidas y húmedas una contra la otra, derritiéndose en las bocas del otro como si pudieran liberar toda la presión que se había acumulado en el último año. Él la estaba besando, y ella sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Su mente giraba como si estuviera perdiendo el control de este mundo, hundiéndose en él.

¡Oh, cómo lo había extrañado!

Su aroma.

Su voz.

Su tacto.

Las semanas que habían pasado juntos.

¡Estaba perdida en él de nuevo!

Su lengua tan insistente dentro de su boca.

Como una corriente fuerte.

Como una marea cálida que se llevaba su fuerza.

Ola.

Tras ola.

Y de nuevo.

Ella gimió. El deseo fluía a través de ella, y una deliciosa debilidad se extendía por cada célula de su cuerpo.

Él movió su mano para acariciar su rostro, no suavemente como solía hacerlo, sino más insistente, como si estuviera tratando de evitar su escape. Sus labios se movieron a su mejilla,

luego a su cuello, besándola ávidamente como si no hubiera suficiente tiempo para compensar el último año.

"Ray", susurró May, tratando de detener la locura, sintiéndose como si se estuviera ahogando, su piel ardiendo por su boca. "Ray, Ray, Ray. Espera".

Intentó detenerlo con las palabras, pero su cuerpo la traicionó, sus dedos se deslizaron por su cabello, presionando su cabeza más cerca de su piel.

"Ray", susurró y jadeó.

"May", susurró él de vuelta, y su boca estaba junto a la suya. "La extrañé, May. No sabe lo que me hizo". Sus labios se separaron de los suyos nuevamente, su lengua hundiéndola más profundamente en la locura. Ella gimió en su boca, y otra ola de deseo la recorrió, más fuerte ahora, hasta su vientre dolorido, hasta el latido entre sus muslos.

Sus manos se desplazaron hacia sus pechos y los apretaron.

Un gemido débil escapó de ella mientras sus labios abandonaban los suyos y descendían, plantando besos codiciosos en su cuello, la clavícula, las laderas superiores de sus pechos.

"Ray", exhaló.

"Ray", repitió mientras sus manos la apretaban con más fuerza.

"Ray", susurró de nuevo mientras sus dedos se curvaban sobre el borde de su corpiño escotado y lo tiraban hacia abajo, tratando de exponer más de su piel.

Su lengua y boca se pusieron a trabajar, atacando las laderas superiores de sus pechos, deslizándose entre la piel y la tela, tratando de alcanzar sus pezones.

May gemía y arqueaba la espalda para acercarse más a él, su cuerpo anhelando con deseo. Solo podía respirar en golpes agudos que escapaban al ritmo de su lengua, sus besos insistentes, sus manos tirando del corpiño hacia abajo, tratando de llegar más profundo debajo de él, descubrir el resto de ella.

"Ray", susurró, y sus manos agarraron las suyas. "¡Ray!" Ella sujetó su rostro, lo apartó de su piel y lo atrajo hacia ella, jadeando al ritmo de su respiración entrecortada.

"Sí, May", susurró él, sus frentes tocándose, sus manos acariciando su piel, suaves como la seda.

¡Oh, cómo quería decirle cuánto lo había extrañado! ¡Que había querido escribirle todo este tiempo! ¡Hablar con él! ¡Volver a verlo!

"Necesitamos parar, Ray", dijo en voz baja en cambio.

Él la besó suavemente en la comisura de los labios. Apartó sus manos y subió el corpiño, arreglándolo en su lugar.

"¿Por qué?" susurró él, y sus manos se movieron para sostener su rostro como si necesitara tocarla en algún lugar.

"No ahora", dijo suavemente. "Necesito estar ahí afuera". Atrapó sus labios para un beso breve y lo soltó.

"Que le importan las personas", susurró él, sus pulgares acariciando sus mejillas, su cuerpo presionándose contra el suyo. "No me importa si todo el mundo muere. Mientras esté conmigo". La besó de nuevo.

Ella se alejó y bajó la cabeza, sonriendo, enterrando su rostro en el hueco de su cuello mientras sus manos se deslizaban alrededor de su cintura.

"Tendremos tiempo. Más tarde. ¡Se lo prometo!" Se apretó contra él durante un breve momento, luego se alejó y lo besó de nuevo antes de huir de regreso a la fiesta.

¡Se fue!

¡Otra vez!

Lord Ashbee exhaló fuerte, tratando de componerse, su cuerpo, sus pensamientos. Palpitaba de tensión y deseo, pero algo más lo estaba molestando, algo que no podía satisfacer con un acto lujurioso. Ahora que May, o Lady Mary Ann, estaba fuera de su vista, sentía la misma desesperación del año pasado, como si estuviera perdiendo algo esencial en su vida.

Como el aire.

Como la razón.

Se pasó las manos por el cabello y sonrió irónicamente. Esta vez, el pequeño movimiento de su boca no estaba dirigido al mundo. En cambio, a él mismo, la patética realidad de que estaba desesperado. No por placer, o dolor, o peligro. Estaba desesperado por la cercanía de una mujer, aquella que había caminado lejos de él, de la oscuridad del rincón en el que se encontraba, hacia la luz del mundo.

Levantó la cara al techo y exhaló de nuevo, reuniendo fuerzas, luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la fiesta.

De vuelta en el salón, la fiesta continuaba, impregnada del pesado olor a perfume, cigarros y vino. Los sirvientes se apresuraban con bandejas de bebidas y aperitivos. La música sonaba. Los invitados reían. Los hombres se embriagaban y se volvían más molestos, las mujeres estaban más coquetas. La fiesta parecía un éxito.

"Somos bastante menos civilizados con respecto a beber en estas partes del país, como probablemente hayas notado", comentó la Lady Mildred, bastante ebria ella misma.

Fue en este bullicio que Lord Ashbee miró a las caras alegres a su alrededor y quiso irse. Solo había una complicación. Quería irse con May.

May...

Ella estaba hablando con un grupo de damas, sonriendo y riendo como si él no estuviera en la habitación. Él, por el contrario, no apartaba la vista de ella. De vez en cuando, ella le lanzaba una mirada a través de la multitud, sus sonrisas persiguiéndose mutuamente. Él seguía observándola, su rostro parpadeando aquí y allá. Era fascinante, como una reina, su postura y modales graciosos y elegantes como si hubiera nacido con ellos.

¡Espera, ella lo había sido!

¡El pensamiento volvía loco a Lord Ashbee! Sabía que tenía una crianza adecuada, educada y bien versada de la manera en que solo el dinero y el estatus social permiten. ¿Por qué nunca se le había ocurrido que podría ser de la clase alta? De vuelta en esa habitación en Belle House, todo lo que había visto era su desnudez. Todo lo que había escuchado eran sus pensamientos. En aquel entonces, sin el vestido elegante y las joyas caras, ya había quedado cautivado por ella. Y ahora...

Ahora ella le quitaba el aliento.

¡Oh, si solo hubiera sabido en ese momento quién era ella, la habría salvado, protegido! Habría sido más insistente. ¡Ah, la naturaleza humana! Él, Lord Ashbee en persona, había caído en la trampa de un mal juicio. ¡Debería haberlo sabido! Ahora que veía a May tan admirada y a la par con todos los demás, su mente enloquecía.

Pero en aquel entonces, nada de eso había importado.

En aquel entonces...

Mantenía su mirada en May dentro de la multitud.

Ella traía los recuerdos con cada uno de sus movimientos.

Su figura le recordaba su cuerpo desnudo entre las sábanas.

Sus miradas hacia él, un flashback de sus ojos a la luz de la lámpara junto a su cama.

El gesto de su mano, y él recordaba su toque.

El movimiento de sus hombros, el recuerdo de su piel suave.

Una sonrisa, y podía sentir sus labios en los suyos.

Nunca antes había ardido con un deseo tan profundo como el que sentía por esta joven mujer. Si no era locura, no sabía qué era. Había intentado escapar de eso toda su vida. Pero parecía que el destino la había traído a él. Así había pensado en aquel entonces, también. Los mayores tormentos de la humanidad se reducían a esta frase: si tan solo lo hubiéramos sabido en aquel momento...

Finalmente logró encontrar el camino de nuevo hacia su compañía. Y por un momento, solo estaban los dos.

"May", dijo con una sonrisa educada.

"Ray", respondió, imitándolo.

"Debo admitir que la deseo más que nunca", dijo en voz baja y notó cómo se sonrojaba.

"Puede esconderse todo lo que quiera bajo este bonito vestido y modales reservados, pero sé que también me desea a mí. ¿Por qué no nos vamos?"

"No ahora."

"Cuanto más esperemos, más evidente será para todos que usted y yo nos conocemos desde hace algún tiempo."

Ella bajó los ojos, luego miró a su alrededor como si estuviera buscando ayuda, tratando de evitar mirarlo. En ese momento, su rostro era un libro abierto: la vacilación, la vulnerabilidad, las emociones, su cuerpo rígido mientras trataba de componerse.

"Si me pregunta, ya es evidente", dijo.

"Ray, por favor", suplicó.

"Se lo advertí", dijo en voz baja y con una sonrisa traviesa, pero con una extraña vacilación en su mirada oscura.

"¡Ah! ¡No me advierta!" Exhaló ruidosamente como si sacudiera su incertidumbre. "La advertencia de un hombre inteligente siempre tiene el efecto contrario. Usted mismo me lo enseñó." Finalmente lo miró y le dedicó una sonrisa vacilante.

Él se rió. "Si no fuera una buena estudiante, no habría tenido problemas".

"El problema es lo que enseña. Pero debo admitir que me acostumbré a ello".

Ella esbozó otra sonrisa.

"Su hermano... él sabe", dijo Lord Ashbee.

"Por supuesto que lo sabe".

"No le caigo bien, ¿verdad?"

"No lo conoce. Tiene miedo de que me arruine", rió nerviosamente.

"¿Arruinar, significa que cederá a sus deseos?"

En ese preciso momento, Charles se acercó a ellos.

"A juzgar por las sonrisas", dijo, "están teniendo una conversación bastante entretenida". Miró a May, que sonreía con diversión, y luego frunció el ceño al mirar a Lord Ashbee.

"Estábamos hablando sobre los deseos de cada uno", dijo ella.

"¿Con Lord Ashbee de todas las personas? ¡No me diga!" Charles sonrió con sarcasmo.

Ella rió.

"Estaba a punto de decirle a Lord Ashbee", dijo con una sonrisa pícará, "que ceder a los deseos de uno puede arruinar a una persona tanto como el arrepentimiento por no hacerlo".

"¡En efecto!" Charles exclamó sorprendido. "Mi dama, ¿por qué suena como si las propias palabras de Lord Ashbee salieran de su boca?" Charles se rió y miró a su amigo. "Le estaba diciendo a Ray antes de salir de Londres que podría resultarle muy interesante conocerla".

"En efecto", dijo Lord Ashbee, mirando fijamente a May. "Aunque volviendo al tema, no estoy seguro de que la palabra '*arruinar*' sea necesaria en este contexto".

"Depende de qué se esté arruinando", explicó May. "Si es la paz de uno, entonces, ¿qué es la vida sino el constante intento de escapar de la paz? La paz, en su esencia, parece un concepto bastante aburrido de todos modos". Ella sonrió.

"¡Ah! ¡Lady Mary Ann!" exclamó Charles. "Sus palabras me recuerdan tanto la filosofía de Ashbee". Se volvió hacia su amigo. "¿Puede que haya encontrado a su alma gemela?" Se rió a carcajadas mientras Lord y Lady Chapman se acercaban para unirse a la conversación, mientras Lord Ashbee y May se quedaban mirándose a los ojos.

A veces un año parece un momento. A veces, una noche puede parecer una eternidad.

Esperar a que terminara la fiesta para estar a solas con ella se sentía como una tortura.

May sentía que los ojos de lord Ashbee se clavaban en ella casi constantemente. La hizo consciente de sí misma y de cada movimiento.

Pero no podía evitarlo. Incluso cuando no miraba en su dirección, podía sentir su presencia, escuchar su voz y su risa. Por primera vez en mucho tiempo, sintió celos de la atención de otra mujer hacia alguien.

Bebió el champán, escuchando a medias las conversaciones de los demás, y notó que James Yvense de vez en cuando le lanzaba miradas frías. Charles estaba ruidoso y excitado, actuando de una manera que rara vez se había comportado en Londres.

Era cerca de la medianoche cuando una joven doncella se acercó a Lord Ashbee y le pidió que la siguiera. Lanzó una mirada a May, y ella asintió con una sonrisa tímida.

La vida es una criatura astuta, pensó lord Ashbee, mientras caminaba por la habitación de May, tenuemente iluminada por las lámparas de las velas. Estudió su sencillo diseño, maravillándose del hecho de que allí era donde May pasaba todas las noches, una idea tan peculiar e íntima.

Entonces se abrió la puerta y May entró.

“Qué ironía”, dijo, mirándola mientras cerraba la puerta y caminaba lentamente hacia él, “que ahora esté en la habitación esperando que venga”.

“Usted le da demasiadas vueltas a todo”, dijo suavemente, y para él, ella lucía aún más hermosa a la luz anaranjada de las velas. “¿Disfrutó la fiesta?”

“¿Es esto lo que quiere hacer ahora? ¿Hablar sobre la fiesta?” Sus ojos estaban fijos en ella mientras ella se paraba frente a él. “¿May?” dijo en voz baja.

“Ray”, respondió ella. Una sonrisa asomó y desapareció de sus labios como si hubiera sido asustada por su repentina timidez.

Esta vez era diferente: su cercanía, las circunstancias. Él sabía quién era ella. Había algo diferente en ella. El aire de confianza y poder a su alrededor lo excitaba aún más. Sin embargo, aún estaba la timidez en sus ojos, lo que confirmaba que nada en este mundo podía superar el poder que él aún tenía sobre ella.

Él lo veía. Pero eso lo hacía sentir más débil. Se acercó y bajó su rostro hacia el suyo, se detuvo, estudiando cada centímetro de ella. Entre el olor a champán y los perfumes de otras

personas, podía rastrear el olor familiar a musgo, lirio de agua. El aroma desencadenó recuerdos familiares. Sus dedos trazaron su mejilla, su mandíbula, su mentón, disfrutando de la sensación familiar, rozaron sus labios mientras sus pestañas temblaban tímidamente ante su toque. Sus ojos buscaron su rostro en busca de una señal de lo que pasaba por su mente. Y cuando no encontró ninguna, acercó su rostro y lo besó.

Suavemente.

Poco a poco.

Como si el beso preguntara qué vendría después.

Tanta pasión solo horas atrás, y ahora, cuando finalmente estaban solos, eran cuidadosos.

Se apartó y la miró, y sus ojos se encontraron de nuevo: los suyos oscuros atrayéndola, y los de ella, grises, derritiendo su corazón, brillando con el reflejo de la luz de las velas, como si pudieran comunicarse sin hablar.

La besó de nuevo, más profundamente esta vez, la atrajo hacia él, su cuerpo cediendo al suyo, sus dedos deslizándose en su cabello. Su lengua, tan cálida, tan familiar, acariciaba la suya, bailando de pasión, cada ola ahogando su mente con deseo ciego, como una droga, filtrándose en su torrente sanguíneo, empapando la unión de sus muslos con una ola de deseo. Sus dedos encontraron los botones de su chaleco y camisa, tratando de alcanzar la piel cálida. Y él comenzó a quitarle la ropa, poco a poco, en movimientos rápidos como si la conociera de memoria, sus besos cubriendo cada parte expuesta de su piel. Sus dedos trabajaban al unísono con su boca. El corpiño se deslizó por su hombro, y él trazó su clavícula con besos. El vestido se deslizó, y su boca encontró la piel suave de sus pechos redondos, tirando suavemente con sus labios en los pezones endurecidos. Se abrió paso hasta su ombligo hasta que estuvo de rodillas, y le quitó el resto de su ropa, besando sus muslos, luego le quitó las medias y colocó su pie en el suelo suavemente, como si estuviera manejando una preciosa obra de arte, luego hizo lo mismo con el otro pie.

Estaba ardiendo de deseo, pero más que nada, quería complacerla, mostrarle lo que había estado perdiendo. Su boca volvió a subir hacia sus muslos, y besó el interior de ellos, empujando sus piernas. Su cabello rozó los rizos castaños alrededor de su sexo, y sintió que ella se acercaba a él, su respiración entrecortada indicaba su impaciencia.

Tomó una de sus piernas detrás de la rodilla, la levantó y colocó su pie en su hombro, abriéndola más a él, y cuando sus besos subieron más por su muslo interno, encontró su piel suave mojada. Esto le dijo todo lo que necesitaba saber. Abrió la boca más ampliamente y montó el lugar entre sus piernas que respiraba calor y humedad, su lengua suave pero insistente, tragando su néctar, calmando su palpitante deseo.

Ella gimió, fuerte, con fuerza.

¡Dios, cómo había extrañado este gemido!

Su olor.

Su sabor.

Su cuerpo, tan sensible en sus manos.

Su mano se clavó en su cabello, y la lengua aplicó más presión, deslizándose hacia arriba y cerrándose con sus labios sobre su clítoris, mientras ella arqueaba la espalda con placer.

"Ray, no te detengas. Por favor", susurró con respiraciones entrecortadas.

Podía sentir cómo le temblaban las piernas, cómo se movían las caderas, cómo intentaba abrirse más. Se levantó bruscamente, la levantó y la llevó a la banqueta. Con un rápido movimiento, enganchó sus piernas detrás de sus rodillas y las levantó en el aire, exponiéndole todos sus encantos. Su boca volvió a tocar su parte íntima y la absorbió.

"¡Oh, Dios!", exhaló con placer. "¡No te detengas!"

Oh, no lo iba a hacer. Sus manos sostenían ambas piernas, dobladas por las rodillas, en el aire, sus muslos blancos como las alas de una mariposa, extendidas frente a él, y su torso como un hermoso adorno, hinchado y húmedo de deseo.

¡Era hermosa! Su cabello, todavía arreglado, pero con mechones sueltos extendidos, el signo de su pasión.

"Por favor, no te detengas" repitió ella, y él volvió a atacar su hermoso capullo, lamiendo su humedad, cada movimiento de su lengua resonaba con sus gemidos. Su mano abandonó su muslo y deslizó su dedo corazón dentro de ella. Sus brazos volaron por encima de su cabeza y se aferró a los lados de la banqueta. El dedo de Lord Ashbee siguió empujándola suavemente con las caricias rítmicas, y su lengua se deslizó entre los labios de su sexo, alrededor de su clítoris y sobre él. Sintió que sus caderas se movían junto con su dedo. Sus gemidos susurrantes se hicieron más intensos. Le temblaban las caderas. Y en segundos, la habitación resonó con sus fuertes gemidos, uno tras otro.

"¿Cómo puede ser tan paciente?" jadeó, tirando de él hacia arriba, desabrochándole apresuradamente los pantalones, y finalmente liberó su erección, dura como una roca. "Ray..." susurró ella.

"Mmm" exhaló en su boca mientras su mano rodeaba su miembro hinchado, moviéndose hacia arriba y hacia abajo, deslizándose sobre la punta del mismo, y la otra le acariciaba los testículos. Inclino las caderas hacia arriba para alcanzar su sexo y las movió hacia arriba y hacia abajo a lo largo de su cuerpo, mojándolo.

¡Oh, cómo había echado de menos sus manos y su sexo! Gimió, empujando con las caderas. Su mano se deslizó hasta la de ella y durante un segundo se envolvió sobre su erección, guiándola, luego se soltó de su agarre y se acercó a su entrada y la penetró en un movimiento rápido. Ella gritó, pero él no se detuvo, sino que empujó una y otra vez, luego se elevó por encima de ella y vio su boca abierta y sus ojos entrecerrados de placer.

"Esa es mi chica" gruñó. "Dígame que me ha echado de menos". Miró su hermoso sexo, el cabello castaño engominado por la humedad, y luego alzó los ojos hacia los de ella.

"Lo hice" exhaló May, arqueando el cuerpo de placer.

"May..." Susurró su nombre como si fuera un mantra y la penetró más profundamente, con su erección como si estuviera en llamas, brillante con sus jugos.

Ella gimió más fuerte, y él siguió profundizando, más rápido. Cada embestida calmaba la locura que ardía dentro de ella, su miembro, el exorcista de sus deseos carnales. Sus caderas se movían violentamente entre sus muslos, y su sexo se empujaba hacia él, tratando de satisfacer el palpitar que la llevaba a la locura, el lugar que él estaba penetrando con tanta insistencia.

El impulso, el deseo, se fundieron en su abrazo, carne contra carne, sexo contra sexo, sus cuerpos como dos péndulos chocando entre sí hasta que estallaron en gritos sincronizados, uno profundo y otro agudo, una y otra vez, disminuyendo gradualmente.

Lord Ashbee se desplomó en sus brazos. Jadearon pesadamente, sus cuerpos se encerraron en un abrazo de amor durante algún tiempo hasta que él se movió de nuevo.

"Agua" exhaló en un susurro. "Por favor".

Él sonrió y besó sus labios secos.

"Agua, por supuesto". Se apartó lentamente, la miró a los ojos y pensó que daría cualquier cosa en el mundo porque esos ojos solo lo miraran a él.

May le quitó el resto de la ropa a lord Ashbee.

"Me echó de menos..." Sonrió.

"Quiero verlo" dijo ella, y él la dejó. Se acostaron en la cama en silencio durante un rato, acariciándose mutuamente, abrumados por la ternura y el anhelo de tocarse el uno al otro.

Le habló de su familia, de sus padres, que habían fallecido cuando ella era pequeña, de su hermano, de la única familia que tenía. Le contó sus problemas, el negocio que había salido mal y cómo su hermano la había enviado a esconderse, para protegerse, en la Belle House, el refugio más inverosímil.

Le habló de su último año y de cómo había tratado de encontrarla, omitiendo la desesperación y los momentos más oscuros. ¿Qué importaba cuando ella estaba en sus brazos ahora?

"No teníamos que esperar un año, ya sabe", dijo, acariciando su hombro.

"No esperamos. La oportunidad se presentó y estuve más que feliz de aprovecharla".

"No me diga que no me extrañó lo suficiente como para buscar un encuentro. Debe de haber algo más. ¿Tiene miedo? ¿Por su reputación, tal vez?" Él sonrió.

"Como dice Lady Mildred, aquellos con dinero tienen el lujo de no preocuparse por su reputación".

Él rió. "Lady Mildred es un personaje".

"También me enseñó lo suficiente como para saberlo".

"Entonces, ¿qué es?"

"No tengo ilusiones, Ray. Sé lo que quería de mí y por qué me visitaba. Todo ese tiempo no sabía dónde más pasar el tiempo, y allí estaba yo, en una habitación pequeña en un burdel, no diferente de las damas de la casa, excepto más educada, más leída y", ella sonrió burlonamente, "una virgen, solo habiendo conocido a un hombre, a usted".

"Se equivoca al pensar que hago las cosas por aburrimiento. Definitivamente, usted no era una de ellas. Se metió en el trato con un sentimiento de aversión. Pero descubrió que le gustaba. Por otro lado, yo lo pensé como una aventura, un proyecto curioso, pero me di cuenta de que había más que belleza y sexo".

May sonrió tristemente.

"Ray, lo conozco mejor de lo que se conoce a sí mismo. Por eso no busqué el encuentro. La última vez que estuvimos juntos, hizo una sugerencia que dejaba claro lo que quería y lo que yo era para usted".

No lo había olvidado, no podía, era lo único que lamentaba, aunque siempre decía que el arrepentimiento era señal de un hombre débil.

May se envolvió en una sábana alrededor de su torso y dobló las piernas para sentarse lo más cerca posible del Lord Ashbee.

Él apartó la mirada.

"Está equivocada, May", dijo, intentando encontrar cómo explicárselo. "Eso no es lo que..."

"Shhh." Ella lo detuvo. "Tengo que contarle algo. Para que entienda por qué no quise buscarlo. Me sentía atraída por usted antes del contrato. Usted también lo sabía. Había algo en usted que me afectaba profundamente. Usted lo sabe. No soy la única". Ella sonrió nerviosamente.

Él llevó su mano hacia ella y acarició los mechones de cabello suelto sobre sus hombros.

"Y cuando comenzamos a vernos", ella soltó una suave risita, "me sorprendió, me dejó atónita, y eso me acercó más a usted. Pero luego comenzó a hablar... Descubrí cosas sobre usted y la vida que me hicieron querer conocer toda su profundidad. ¡Estaba fascinada! ¡Ah! Parece

que soy una de las muchas mujeres que se lo han dicho cien veces antes".

Él la miró fijamente sin decir una palabra.

"Pensé que era temporal", continuó ella. "Pensé que pasaría. ¡Qué tonta fui! Cuanto más avanzábamos, más quería poseerlo, tenerlo a mi lado. ¡Qué tonta! ¡Lo sé! Odia estas palabras. Es todo lo que evita. Y no pretendo asustarlo, Ray. No se burle. En ese momento, no entendía qué era. Me llegó lentamente, y cuando ofreció traer a otra mujer, me dolió".

"May", dijo suavemente.

"Déjeme terminar, Ray. Solo cuando me fui entendí que estaba profundamente enamorada de usted".

May sonrió y giró la cabeza, mirándolo a los ojos.

Las palabras parecían flotar en el silencio de la habitación oscura. Lord Ashbee sintió que su corazón se expandía, llenaba su caja torácica. Sus ojos grises, más oscuros, brillaban con el reflejo de la luz, lo miraban profundamente como si alcanzaran sus rincones más oscuros.

"Estaba enamorada de usted, y todavía lo estoy, Ray", dijo suavemente. "Lo amo por lo que es. Por la belleza y la fealdad en usted. Por el mundo que me mostró. Por mostrarme quién soy..."

"May", la interrumpió suavemente y estaba a punto de decir algo más, pero ella lo detuvo.

"Está bien, Ray. No necesito su opinión. Ya la he escuchado antes". Intentó sonreír, pero no coincidía con sus tristes ojos. "No se lo digo para cargarlo con mi amor, mis sentimientos. No es para poseerlo, o sofocarlo, o limitarlo, o conseguir algo a cambio. ¡No! Solo le pido que no me busque como busca a otras mujeres. Déjeme ser. Déjeme amarlo como lo hago. Esta noche. Ahora mismo. No se aproveche de mis sentimientos. Solo seamos. Mañana volverá a su vida, y yo volveré a la mía. Pero esta noche, somos solo usted y yo. Así que déjeme ser yo".

Ella sonrió tímidamente, le acarició el rostro y se inclinó para besarlo.

Él la apartó suavemente y la miró a los ojos.

¡Cuántas emociones había en ellos! ¡Tanto amor! Su corazón estaba a punto de estallar. Quería decir las palabras que había estado ocultando dentro de él todo este tiempo, pero esas eran las más difíciles de decir. Traicionaría todo lo que había convertido en su dogma.

May acarició su rostro con el dorso de sus dedos.

"Mi amor no es peligroso", dijo suavemente, acariciándole el rostro. "No tenga miedo. No lo perseguirá".

Desenvolvió la sábana y se inclinó para encontrar sus labios. Puso sus brazos alrededor de él y, lentamente y con cuidado, lo envolvió con toda la ternura que sentía por él.

Lord Ashbee era un experto en el placer y en las habilidades de alcoba que podían conquistar los sentidos. Había conocido a muchas que podían llevarlo al éxtasis. Pero nunca antes una mujer le había mostrado con su cuerpo no lo que podía hacer, no lo que tenía para ofrecer, sino lo mucho que él significaba para ella. Olvidó qué era lo que enseñaba en la cama. Esta vez, no se trataba de placer o de estar satisfecho. Se trataba de estar cerca, abrirse, verse a sí mismo en alguien y dejar que ese alguien tocara los rincones más profundos de su alma.

Vio a May como todo lo que era: su alumna y maestra, su debilidad y su fuerza, su duda y su deseo más profundo. Todo se mezcló en una mujer que se derritió en sus brazos, lo envolvió, invadió cada una de sus células, sus labios y su lengua, bailando alrededor de cada parte de su cuerpo.

María Ana Yvense.

Mayo.

Su May.

Fue arrastrado a una marea emocional tan profunda y abrumadora que se sintió como el

sueño de opio más dulce. Contempló su cuerpo, las caricias de sus manos. Sus ojos contenían todas las palabras que habían dicho los más grandes poetas del amor del mundo. Nunca antes había mirado a ninguna otra mujer con tanto asombro y admiración. Como si no fuera un ser humano sino una diosa. Incluso para alguien como Lord Ashbee fue una revelación demasiado grande. Pero últimamente había habido algunas revelaciones: sentimientos que habían sido olvidados durante mucho tiempo y enterrados tan profundamente que ninguna cantidad de dolor infligido podía sacarlos a la luz, ningún latigazo podía atacarlos, ningún dolor podía empujarlos a la superficie. ¿Quién iba a decir que nada de eso funcionaría? Lo que sí lo hizo fueron las simples palabras. Apenas unas pocas palabras había dicho, palabras tan banales que él se había burlado de ellas desde que tenía uso de razón. Ahora apretaron su corazón con tal fuerza que se sintió vivo por primera vez en mucho tiempo.

Le sorprendió.

Le dolía.

Le retorció el corazón y la mente.

Y eso hizo que sus manos acercaran aún más su cuerpo al suyo, como si quisiera que su cuerpo fuera parte del de ella. Nunca antes las palabras habían encontrado en él la respuesta que resonaba con la misma ternura, la misma fuerza, los mismos sentimientos.

Después, se acostaron en la cama, agotados, exhaustos, pero incapaces de detener las caricias. No sabían qué decir y disfrutaban del silencio. Enterró la cara en su cabello, cerró los ojos e inhaló su aroma, cada célula de su cuerpo se despertó al contacto de sus tiernos dedos, el toque de May.

A la mañana siguiente, Lord Ashbee estaba de muy buen humor. Se sentó frente a Charles en la terraza de la mansión de lady Mildred. Los pájaros susurraban en los árboles. Las flores de lila colgaban en pesados racimos, esparciendo el aroma celestial en el aire. El café sabía mejor que en las mejores cafeterías de Londres. Los colores a su alrededor parecían más brillantes que nunca.

"Pareces feliz esta mañana" dijo Charles, estudiándolo. "No veo la habitual sonrisa despectiva".

"Mmm..." Lord Ashbee miró a su alrededor, maravillándose de la pintoresca vista.

Apenas un par de horas antes se había despertado junto a May. Había estado callada y medio dormida cuando él deslizó las manos por debajo de las sábanas y encontró su cálida piel. Acarició su cuerpo, lo cubrió de suaves besos, tiró de las sábanas centímetro a centímetro hasta que sintió que ella se movía y respondía a sus dedos, abriéndose ante él. Y la había cogido despacio, penetrándola con cuidado como si fuera la primera vez que lo hacía, como si cada movimiento dentro de ella tuviera un profundo significado.

Ahora los ojos de Lord Ashbee miraban fijamente frente a él sin ver nada.

May...

Había vuelto.

"¿Estás conmigo, Ashbee?" Charles soltó una risita, sacándolo de su trance. "No me digas que es una mujer en la que estás pensando tan intensamente".

Lord Ashbee agitó la mano en el aire.

"Oh, no, Ashbee. ¡No me digas que es la hermana de James!", exclamó sorprendido y encantado por su suposición y se rió a carcajadas.

"Tal vez" la boca de Lord Ashbee se curvó en una sonrisa.

"¡Lo sabía!" exclamó Charles. "¡Diablo! Siempre encuentras el camino hacia las creaciones más bonitas. Sin embargo, debo advertirte" miró a su amigo con un brillo en los ojos, "lord Ramsay le propuso matrimonio hace unos días. Él no estaba en la reunión. Está ocupado con unos recados en Londres, dicen".

"Tonterías". Lord Ashbee le hizo un gesto con la mano, aunque su sonrisa se desvaneció. "Ella no se casará con él".

"Escuché todo lo contrario".

"Imposible".

"Te lo estoy diciendo. Ella aceptará su propuesta".

"Rumores".

"¡Ja! Admiro tu confianza en ti mismo, Ashbee" dijo Charles, y luego tomó su taza de café.

"Aunque no es un rumor. Ella misma me lo dijo. Pero no hay necesidad de que te preocupes. Hay muchas mujeres bonitas en este país". Y bebió un sorbo con un fuerte sonido mientras lord Ashbee permanecía sentado estupefacto por la noticia.

¡No puede ser! ¡No podría casarse con alguien después de todo lo que le había dicho!

Lord Ashbee se sintió traicionado.

Engañado.

Burlado.

Herido.

Más que nada, había un sentimiento espantoso en su corazón, el mismo que había sentido cuando May había desaparecido hace un año.

Tomó un carruaje hacia la finca de James Yvense. Quería enfrentarse a May.

¡Casarse con Lord Ramsay! ¡Lo había sabido todo el tiempo mientras lo había encantado tan hábilmente la noche anterior profesándole su amor!

Lord Ashbee sintió un repentino deseo de irse, de desaparecer, tal como ella lo había hecho un año atrás. Entonces se dio cuenta de que cuando uno intentaba lastimar a otros, a menudo terminaba lastimándose a sí mismo. Y él se sentía herido.

¡Qué broma! No podría importarle lo que sucediera. El pensamiento lo hizo reír. ¿Estaba jugando juegos? ¿Tratando de castigarlo?

¡Ah! ¡Qué criatura tan astuta!

Sin embargo, Lord Ashbee no podía deshacerse de la amargura que lo consumía por dentro.

Llegó a la finca y lo condujeron a la sala de recepción, donde esperó impacientemente a May.

"¡Ray!" exclamó ella con una sonrisa sorprendida al verlo tan poco después de su partida y se detuvo sin acercarse.

Él se giró para darle una larga mirada.

"¿Lord Ramsay? ¿En serio?" Sus ojos se clavaron en ella con burla, interrogación, furia.

Ella trató de restar importancia con otra sonrisa. "¡Ah! ¡Sí! Él se propuso."

"¿Y?"

"¿Y qué, Ray? ¿Quiere saber si acepté? Probablemente lo haré. Una nunca debe casarse por amor sino por conveniencia. Usted lo dijo una vez."

Su corazón se dio vuelta.

May se acercó a la mesa y se sirvió brandy. Era mediodía, pero ¿qué era la vida sino una ocasión para celebrar temprano de vez en cuando?

"¿Está haciendo esto para lastimarme?" preguntó él. "¿O hay alguna otra razón por la que se está entregando a un hombre en el que no tiene interés?"

"Ray..." Ella se detuvo, luego se volvió para mirarlo, recogiendo sus pensamientos. "Le hablé sobre mis sentimientos anoche. No han cambiado desde entonces." Sonrió. "No esperaba nada a cambio. Ni necesito su opinión. Lo sé. Me lo dijo hace mucho tiempo, y estoy bien con eso."

Ella caminó alrededor de él, sin acercarse, y él se volvió para mirarla. Podía decir que estaba nerviosa. Le costaba hablar. Pero él no interrumpió.

"La gente es diferente, Ray. Usted. Yo. Esa es la belleza de todo. Porque nunca podría albergar tanto rencor y oscuridad como usted. Y probablemente no pueda tener tanta aceptación como yo. ¡Aceptación!" Se rió, pero su sonrisa desapareció rápidamente cuando se volvió para mirarlo. "Ve, usted me enseñó eso. Aceptar, y el sufrimiento termina. Así que lo hice. Me acepté

a mí misma, mis sentimientos por usted y quién es usted Y eso lo hizo más fácil. He pensado en todo esto durante un año. No ha cambiado nada. Mi amor no se ha desvanecido. ¡Al contrario! Estuve esperando verlo de nuevo. No puede imaginar lo feliz que estaba al saber que venía a Southampton. Y estoy feliz ahora."

Ella sonrió y lo miró con tanta ternura que casi le resultó doloroso. Sintió que ella le arrancaba el corazón como si fuera un pedazo de papel. Lentamente. Pedazo a pedazo.

"Ve," continuó ella, "no le pido nada. No necesito nada. Pero siempre estaré feliz de verlo. Dijo que el matrimonio es cuestión de conveniencia, y el amor es desechable. Quizás tenga razón en lo primero. Pero estaba equivocado sobre el amor. El amor no es una decepción. No es dolor. Es un sentido de razón. Es encontrar razón en un mundo que de otro modo no tendría sentido. Y no necesito sus argumentos sobre esto, Ray," dijo suavemente. "Sé lo que quiero y quién soy. También sé lo que puedo y no puedo tener. Y he hecho las paces con eso. Me casaré con Lord Ramsay. Es un buen hombre. Y siempre tendré mi amor por usted." Lo miró con tristeza y amor que brillaba a través de la sonrisa, pero no era una sonrisa feliz. "Solo espero que encuentre lo que sea que calme su corazón, porque eso le dará significado a su vida. Quiero que disfrute la vida como siempre lo hace."

Ella sonrió y miró por la ventana el sol que se extendía sobre el jardín.

"¿Cómo puede sonreír?" Lord Ashbee tragó con fuerza y apartó la mirada con una sonrisa irónica. Esta vez la sonrisa no era un arma. Era un escudo. Porque su corazón dolía tanto que no podía encontrar las palabras adecuadas. "No me ha visto durante un año, sin embargo, estaba feliz. ¿Qué sentido tiene?"

La miró, pero ella seguía mirando por la ventana sin volverse.

"¿Cómo puede decir que estará bien casándose con otro hombre mientras me ama?"

Ella no respondió.

"Si sus sentimientos son tan grandes", continuó él, "¿cómo puede estar aquí sonriendo mientras me dice que se va a casar con otra persona? ¿Cómo puede bailar en la fiesta y reírse de los chistes y actuar feliz sabiendo que no va a estar conmigo?"

Se giró para mirarlo, y él vio un velo de lágrimas sobre sus ojos. Y le provocó un dolor agudo en el corazón.

"Porque miro a mi alrededor, y veo amor", respondió ella, sin apartar la mirada de él. "Miro dentro de mí, y veo lo mismo. Usted mira a su alrededor y ve fealdad y farsa y lo peor de la gente. Para usted, Ray, todo es una trampa. Y no intenta mirar dentro de usted mismo".

"Porque nunca sale nada bueno de ello", dijo él con tensión en su voz.

"Porque tiene *miedo*", dijo ella más alto. "Usted ni siquiera lo intenta, Ray. Construye un muro. Guarda sus verdaderos sentimientos en un cofre de hierro, luego pone un candado y se sienta sobre él como un soldado. Como si estuviera protegiendo una fortaleza. Alejando a la gente con la burla y la filosofía ingeniosa y el cinismo que son su escudo. ¿Cómo sabría qué es el cambio si no baja la guardia, si teme algo nuevo? Usted dijo que la vida es curiosidad. El mayor enigma es uno mismo, y esta es una cosa que usted se niega a explorar".

"Sé lo que hay dentro, May. Sé que, si lo dejo libre, decepcionará. Peor aún, la decepcionaré. Y la lastimaré eventualmente. Y esto es lo último que quiero. Pensé que podría alejarla y que encontraría lo que busca en otro lugar, pero tan pronto como se fue, me di cuenta de que tenía miedo de no volver a verla nunca".

Sus labios se retorcieron en una sonrisa.

"Así que, ahora me ve", dijo ella. "¿Qué le molesta tanto?"

"Que la quiero", dijo con una sonrisa burlona, "pero no puedo ser lo que usted quiere".

Ella levantó las cejas.

"¿Qué es lo que quiero, Ray? Ilumíneme. Ya que es el experto en almas". Lo miró con una sonrisa burlona.

"Nunca podría ser el buen esposo que usted merece".

"¿Quién dijo que quiero un *buen* esposo?"

"No mentiría para facilitarle la vida".

"No necesito sus mentiras".

"No voy a cambiar mis formas".

"No quiero que cambie".

"Nunca renunciaré a mi libertad".

"Tampoco yo".

"Nunca dejaré que me vea como su posesión. Peor aún. Hacerla sentir con derecho".

"Sé todo esto, Ray".

Él la miró a los ojos.

"¿Y aún cree que puede ganar esta batalla?" sonrió.

"La vida no es una batalla, Ray. El amor tampoco lo es". Se acercó a él, levantó la mano y acarició su rostro, buscando su mirada. "La vida es lo que usted piensa que es. Sus palabras", dijo suavemente. "Creo que la vida es amor. Siempre lo pensé, y conocerlo lo demostró".

Lord Ashbee sintió un nudo en la garganta. Quería gritar, llorar, abrazarla y nunca soltarla. Ninguna otra mujer lo había amado por lo que era sin querer nada a cambio. ¿Cómo podía aceptar todo esto, todo de él? Peor aún, ¿por qué se sentía tan asustado, pero se daba cuenta de que estaba dispuesto a arriesgarlo todo para estar con la mujer que lo miraba con más ternura de la que su corazón podía soportar? Miró a May con asombro y quiso aplastar el mundo a su alrededor y ponerlo a sus pies.

De repente, May sonrió ampliamente, apartó los ojos de él y se acercó al aparador.

"¿Qué es toda esta charla inútil, Ray?" dijo de repente demasiado fuerte. "¡Tomemos una copa! Mientras está aquí en Southampton. Antes de que nos separemos de nuevo, quién sabe por cuánto tiempo. ¡Celebremos la vida!" De repente estaba excesivamente alegre, ocultando sus emociones. "¿Le gustaría una copa?" preguntó, sirviéndole una sin esperar una respuesta, con las manos temblando ligeramente.

"No", respondió él, observándola, con el corazón lleno de emociones revueltas. "No quiero una copa, May. Quiero que sea mi esposa", dijo.

Eso la detuvo en seco. Se quedó congelada con una copa en la mano, de espaldas a él, y cerró los ojos como si hubiera escuchado a un fantasma hablar.

Él se quedó mirando su figura y tampoco se movió.

"¿Se casará conmigo, May?"

Le tomó todo el coraje que pudo reunir no gritar. Este hombre, Lord Raymond Ashbee, de alguna manera siempre requería valentía para enfrentarlo, incluso cuando pensaba que lo conocía tan bien.

Apoyó la copa, se dio la vuelta lentamente y lo miró frunciendo el ceño.

"Me malinterpretó. No necesito su sacrificio, Ray", dijo, reuniendo toda su fuerza para no dejar salir las emociones.

"No es un sacrificio".

Dio varios pasos hacia él. "No necesito que lo haga por mí para que luego pueda decirme 'Se lo dije'", dijo con un nudo en la garganta.

"Tampoco es eso".

"No necesito intentar siempre demostrar que alguien está equivocado".

"Tal vez esté tratando de demostrarle que tiene razón", dijo, dando un paso lento hacia ella. "No estoy jugando, May. No hay trampa. No hay intenciones crueles. La quiero para mí mismo. Es así de simple". Se acercó a ella lentamente. "Entonces, aquí está. ¿Se casará conmigo?"

La miró, tenso por la incertidumbre.

Ella negó con la cabeza, aún sin entender. "¿Por qué?"

Cerró los ojos. ¿Por qué tenía que ser tan complicado?

"¿Por qué, Ray?" insistió ella, buscando en sus ojos una respuesta. "Me preguntó todas estas cosas sobre lo que quiero. Pero ¿por qué *querría* casarse conmigo?"

La miró de nuevo e intentó sonreír, pero fracasó. "Solo diga que sí".

Ella negó con la cabeza de nuevo. "Dígame por qué".

Lo miró a los ojos, y estaba todo ahí, su admisión de lo que era y lo que podría ser y lo que le daba más miedo que el dolor y la oscuridad. La oscuridad en él tenía miedo de la luz. Y la respuesta estaba mirándolo a través de los ojos azul-grisáceos que alcanzaban los rincones más oscuros de su alma.

"Dígame, Ray", susurró.

Y finalmente lo dijo, apenas audible, como si temiera sus propias palabras.

"Porque la amo".

Sus ojos se iluminaron como un océano desde lo más profundo, como mil luces que atravesaban la oscuridad hasta su alma. Podía ver las emociones que se hinchaban en ellos, listas para derramarse por sus mejillas con lágrimas, y parpadeó lentamente, intentando sonreír, porque nunca pensó que sus palabras pudieran tener tanto efecto en alguien.

Se acercó a ella, tomó su rostro y acarició su mejilla con su pulgar, mirándola a los ojos con aceptación, y la besó suavemente.

"La amo", susurró de nuevo, y esta vez fue más fácil.

Ella se inclinó para besarle con aún más ternura.

"La amo, May", dijo más alto, como si el miedo fuera parte de la oscuridad que estaba siendo disuelta por la luz en sus ojos.

Sus manos subieron y acariciaron su cabello, y cada pequeño toque resonó en su corazón, sanando las cicatrices que habían estado abiertas durante mucho tiempo.

"Pero aún no respondió, May. ¿Se casará conmigo?"

Ella rió suavemente, tratando de contener las lágrimas, su corazón listo para explotar de alegría abrumadora.

"Sí", susurró como si temiera espantar su alma. Un alma que apenas empezaba a despertar.

Decir que el anuncio del matrimonio conmocionó a todo Hampshire fue no decir nada.

"¡Bribón!" Lady Mildred gritó cuando se enteró de la noticia. "Los hombres la rodean durante meses y son rechazados. ¡Y usted! ¡Seis días después de llegar a la ciudad! ¿Qué le prometió? ¡No podría estar tan enamorada como para lanzarse sobre usted!

"Tal vez fue al revés", dijo con una sonrisa pícara.

"¿A qué juegos está jugando?" Entrecerró los ojos al verlo.

"No hay juegos, lady Mildred, se lo prometo. Digamos que lady Mary Ann y yo tenemos un interés común en el asunto".

"¡El asunto!" Lady Mildred lo imitó y negó con la cabeza. "¡Oh, está tan lleno de eso! Podría haber subestimado su reputación".

"Tal vez la sobreestimó. "Al fin y al cabo, estoy a punto de lanzarme al más banal de los contratos humanos".

"¡Charles!" exclamó lady Mildred, tapándose teatralmente los ojos con la mano. "¡Tu amigo es imposible!" Ella negó con la cabeza, sin poder contener una sonrisa. "Lord Ashbee, usted es, con mucho, el mejor entretenimiento que he tenido en años. ¡Oh, los chismes que vendrán! Puede que tenga que emborracharlo para enterarme de la historia completa".

"Cuidado, tía" le advirtió Charles. "Es el tipo de hombre que puede volver tus trucos contra ti misma. Es bueno emborrachando a la gente, entre otras cosas".

"¡Ah! ¡No puedo esperar! ¡Va a ser una boda increíble! ¡Celebremos esta noche! E invita a la hermana de James, ¿quieres?", exclamó, emocionada ante la perspectiva de otra fiesta alegre.

Charles observó a lord Ashbee durante un minuto con curiosidad.

"Matrimonio... Ashbee, ¿en serio?", dijo con una sonrisa perpleja. "Este es tu truco más inteligente hasta ahora".

"No hay truco, Charles, te lo juro" dijo lord Ashbee con una sonrisa tímida.

"¡Esa es la parte aterradora, entonces!" exclamó Charles, aún más desconcertado, y se quedó callado un rato. "Era ella, ¿verdad?" preguntó finalmente a lord Ashbee. "¿Hace un año?"

Lord Ashbee no respondió, solo sonrió y miró hacia otro lado. Pero Charles comprendió este silencio y asintió. Había observado el cambio en su amigo durante un año y sabía que había uno más grande por venir. Pero por primera vez, pensó que era para mejor y se sintió feliz por él.

James Yvense, por otro lado, no lo hizo.

"¿Has perdido la cabeza?" Miró fijamente a May cuando ella le contó la noticia.

"Ah, James, ¿por qué no puedes simplemente alegrarte por mí?" Lo apartó con la mano.

"Si no fueras mi hermana, habría pensado que te habías vuelto loca."

"¿Por qué? ¿Porque me casaré por amor?" Se rió.

Él levantó las cejas. "Por tu elección."

"Financieramente, parece ser la mejor, ¿no crees?"

"Pero ¡el hombre!" exclamó. "¡No quiero que sufras el resto de tu vida!"

"Estaré bien. Me conoces, James." Sonrió suavemente. "Dime, sin embargo, lo miró traviesamente, ¿no te intriga Lord Ashbee?"

"Estás sesgada", se rió.

"¡Oh, vamos, James! ¿No te halaga que tal hombre sea tu cuñado?"

"Eres una tonta enamorada, querida."

"¡Así es!"

"No puedo creer que haya pasado un año y estés tan cautivada por sus encantos. Y ¡la forma en que sucedió! ¡Todavía!"

"¡Lo estoy! ¡Lo estoy! Pero ¡James!" dijo con deleite en los ojos. "¿No puedes ver que estoy feliz?"

James Yvense negó con la cabeza, tratando de no rodar los ojos, luego se acercó a su hermana y le besó la frente. "Mientras lo estés, querida. Pero te advertí. Solo recuerda esa parte."

"¡James!" exclamó reprochándolo.

"¡Está bien! ¡Está bien!" Se rió. "Es bastante peculiar pensar que tú, de todas las personas, serás la esposa del propio Lord Ashbee."

Ella rió con deleite, y él se maravilló al pensar que nunca antes la había visto tan feliz.

Sólo había pasado una semana desde que lord Ashbee y Charles habían llegado a Hampshire, pero Londres parecía estar a toda una vida de distancia. ¡Cuán rápidamente la vida en el campo, llena de alegría y entretenimiento, podía envolver la existencia y el encanto de uno con su facilidad! Los picnics con pan recién horneado, queso local y vinos. Los viajes de caza a primera hora de la mañana. Los fastuosos almuerzos que se extendían hasta los cócteles de la tarde. Las cenas en los patios, con velas, y músicos, que enviaban la música al aire mezclada con el humo de las hogueras y las flores de primavera.

Lord Ashbee lo disfrutaba inmensamente, para su sorpresa, la élite del campo era tan versátil con sus entretenimientos, sus conversaciones e ingenio, su conocimiento de la vida de la ciudad y los rumores. Asombró a Lord Ashbee. No estaba seguro de si le había faltado comprensión de la vida en el campo o si había tenido prejuicios antes. Tal vez todo era el encanto de May, o de Lady Mary Anne, como la conocían por aquí. La gente de repente quería conocerlo, *o sabía de él*, o estaba intrigada por el hombre que finalmente había conquistado el corazón de la famosa belleza del campo.

May era una mujer completamente diferente. ¡Qué ciego había estado ante sus encantos, su ingenio y su poder! ¡Le encantaban!

No se cansaba de ella. No era un deseo que pudieras satisfacer en una noche o una semana. Pasara lo que pasara, estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa con tal de poder tenerla a su lado, compartir con ella sus pensamientos, sus aventuras. Era una mujer curiosa y esto, *esto*, despertó aún más su admiración. ¡Cuánto más quería mostrarle! ¡Cuánto más estaba por venir!

Acababa de llegar a la finca de James Yvense y entró en el dormitorio de May.

Era mediodía. Yacía de lado, apoyada en el codo, sobre las sábanas, con una bata blanca translúcida sobre el cuerpo. Podía ver sus curvas que tanto lo excitaban. No habían tenido mucho tiempo para estar solos durante mucho tiempo, y por las noches, se embelesaban el uno al otro como si el mañana no fuera a llegar.

“Pensé que íbamos a conocer a tu tía” dijo con una sonrisa, estudiando su cuerpo.

Ella le devolvió la sonrisa.

“Decidí que no tenemos prisa”. Se levantó la parte inferior del vestido hasta los muslos y cambió la posición de sus piernas para que le diera un vistazo de su sexo. Lord Ashbee la miró y la vio mordiéndose el labio. “¿Me acompañas?” Dio unas palmaditas en el espacio que tenía a su

lado.

Él sonrió y se acercó a la cama, pero ella negó con la cabeza.

"Así no" ella le hizo un gesto de asentimiento hacia atrás, "quítatelo todo". Volvió a morderse el labio y se sonrojó.

Oh, May.

Sintió que su miembro se endurecía.

"Necesito volver pronto a Londres", dijo, quitándose el chaleco con una sonrisa. ¡Oh, el juego de la distracción! "Quiero que vengas conmigo". Empezó a desabrocharse la camisa.

"Me encantaría. Aunque no puedo decir que no esté nerviosa al pensar en ello" dijo ella, observando sus movimientos.

"Lo del matrimonio"—se quitó la camisa—"dime lo que quieras, pero me gustaría que fuera muy sencillo."

"¡Ah!" exhaló ella. "Aquí en el campo, nos gusta lo simple."

"Podríamos casarnos la próxima semana."

Se quitó los zapatos y comenzó a desabotonarse los pantalones.

"Podríamos hacer muchas cosas", repitió ella, con los ojos fijos en sus dedos que estaban a punto de revelarlo en todo su esplendor.

"Pronto serás Lady Ashbee", dijo él, y el hecho tan banal lo excitó aún más. Frente a él estaba la mujer que pronto tomaría su apellido.

"Sí", dijo ella en voz baja, mirándolo, luego se sentó y se quitó lentamente el vestido, revelando su cuerpo.

Sus ojos recorrieron su piel blanca impecable.

"Te hablé sobre el negocio en París", dijo él, observándola mientras se quitaba lentamente los pantalones y la ropa interior. Cuando terminó, se enderezó en toda su desnudez y dio un paso hacia la cama.

May lo observó. Dios, cómo amaba a este hombre, pensó.

"París", murmuró mientras sus ojos viajaban por su cuerpo, deteniéndose en su erección, "la ciudad del amor..."

"Quiero que vengas a París conmigo", dijo Lord Ashbee con voz más baja mientras se deslizaba sobre la cama junto a ella.

Sus ojos se iluminaron de alegría.

"¡Nunca he estado allí!" dijo ella, respirando con fuerza, emocionada por la cercanía de él.

"Creo que te gustará." Deslizó sus dedos suavemente sobre su hombro, apartando un mechón de cabello. "Es famoso por la moda y el arte."

"Perfumes y pasteles también", observó mientras sus dedos bajaban hasta uno de sus pechos, delineando su forma.

"Entretenimiento salvaje y cabarés", dijo él, rodeando su pezón.

"Burdeles..." Levantó una ceja, y sus labios se curvaron en una sonrisa.

"Se dice que los franceses saben mucho sobre el arte del amor." Se inclinó más cerca de May, y su mano se deslizó hasta su cadera.

De repente, ella lo empujó, saltó sobre él y lo montó. Con un movimiento rápido, agarró sus manos y las sujetó sobre la cama sobre su cabeza.

Él se rió ante la desesperación, la fuerza con la que ella se lanzó sobre él. ¡La confianza! Sintió una ola de deseo recorrer su cuerpo, su erección ansiosa por su atención.

"Sí" ella sonrió, "me encantaría ir a París. ¡Me encantaría explorar cosas nuevas!" Sus ojos sobre él brillaban con un destello travieso.

"Eres una aprendiz rápida", se rió él. "¡Demasiado rápida!"

"Permíteme mostrarte entonces", dijo ella juguetonamente.

"¿Mostrarme?" Sonrió con anticipación.

Ella tomó una de sus medias del costado de la cama y comenzó a atarle las muñecas.

"Me gusta esto", dijo con voz ronca, estudiando su cuerpo, sus pechos erguidos justo sobre su rostro mientras ella trabajaba en sus manos. Levantó la cabeza y atrapó uno de sus pezones con los labios. Ella rió, lo sacudió y usó el extremo suelto de la media para atarle las manos al poste de metal de la cama.

Cuando se deslizó de nuevo hacia abajo, lo besó, jugando con su lengua suave, moviendo su sexo sobre su erección.

"¿Qué tienes en mente, cariño?" preguntó con una sonrisa, moviendo sus caderas para presionar su dureza más fuerte contra ella.

Ella abrió el cajón de la mesita de noche y sacó una pluma. Larga y oscura, con una punta blanca—¡la reconoció! ¡La del pájaro huía!

"Cariño..." Se rió al recordar esa noche, y la ola de placer recorrió su cuerpo.

Sus ojos se encontraron con los suyos. Ella le dio una mirada traviesa, luego tomó otra media y vendó los ojos.

"Espero que lo disfrutes", dijo con voz suave y seductora.

Sus labios tocaron los suyos con un suave beso, y pasó la punta de la pluma por su pecho. Vio los escalofríos en su piel y sonrió satisfecha.

"May..." Exhaló con placer.

"Shhhh" lo calmó ella, "solo relájate". Guio la pluma hacia su ombligo y más abajo hacia su dureza. "Mereces las cosas más exquisitas", dijo May, su susurro suave y seductor mientras sonreía con astucia y añadía, "cariño".

DEL AUTOR:

Bueno, aquí estás, lector. Llegaste hasta aquí. Me siento halagado. De hecho, ¡estoy extasiado!

Espero que les haya gustado la historia. Muchos de nosotros, autores autopublicados, no escribimos por dinero (desafortunadamente) sino por amor a contar historias. En este caso, la única forma en que sabemos que nuestras historias son apreciadas es cuando recibimos los comentarios de los lectores. Así que, por favor, tómate un minuto o varios segundos y deja una reseña en Amazon o Goodreads. No dudes en enviarme un correo electrónico con cualquier pregunta, sugerencia u opinión.

En cuanto a la exactitud histórica de la novela, el libro es ficción, por supuesto. Sin embargo, la descripción del East End se basa en registros históricos. Los barrios bajos del Londres del siglo XIX eran algunos de los peores de Europa. Las casas adosadas, los "ataúdes de cuatro peniques", la "resaca de dos peniques", las salas de flagelación, las subastas ilegales de esclavos, los fumaderos de opio son hechos históricos. Sí, la realidad de los barrios bajos de Londres era dura. A mediados del siglo XIX, había 80.000 prostitutas en Londres, y este es otro hecho sombrío.

Pero uno espera que siempre haya una oportunidad para el amor, y esto es sobre lo que me gusta escribir. Así que me voy al mundo de la Belle House y el Londres victoriano para encontrar nuevas historias que contar.

Gracias por ser mi lector.

Kahany
16 de mayo de 2020

P. D. Querida Casilda, "Persuasión" de Austen era lo menos que podía hacer por todo lo que has hecho por mí. Estaré eternamente agradecido.

SUSCRIPCIÓN

OBTENGA UNA COPIA GRATIS DE “LA APUESTA MALVADA” AL SUSCRIBIRSE AL
BOLETÍN DE V. KAHANY



LIBRO GRATIS!

LIBROS DE V. KAHANY

THE BELLE HOUSE SERIES:

THE TENDER DAYS OF MAY
THE TENDER TOUCH OF NIGHT
THE TENDER RULES OF EDEN
THE TENDER KISS OF FATE
THE TENDER ART OF WAR

REBELS OF GRACEWYCK SERIES:

REBEL'S MUSE (Book 1)
REBEL'S TEMPTATION (Book 2)
REBEL'S DESIRE (Book 3)

OTHER STAND-ALONES:

A GENTLEMAN'S WISH
FLOWERS FOR THE DEVIL
THE DIAMOND KING

STAY IN TOUCH!

WWW.VLADKAHANY.COM

FACEBOOK: [V. KAHANY BOOKS](https://www.facebook.com/V.KAHANYBOOKS)

INSTAGRAM: [@V.KAHANY.BOOKS](https://www.instagram.com/V.KAHANYBOOKS)

TIKTOK: [@KAHANYBOOKS](https://www.tiktok.com/@KAHANYBOOKS)

EMAIL: VLAD@VLADKAHANY.COM